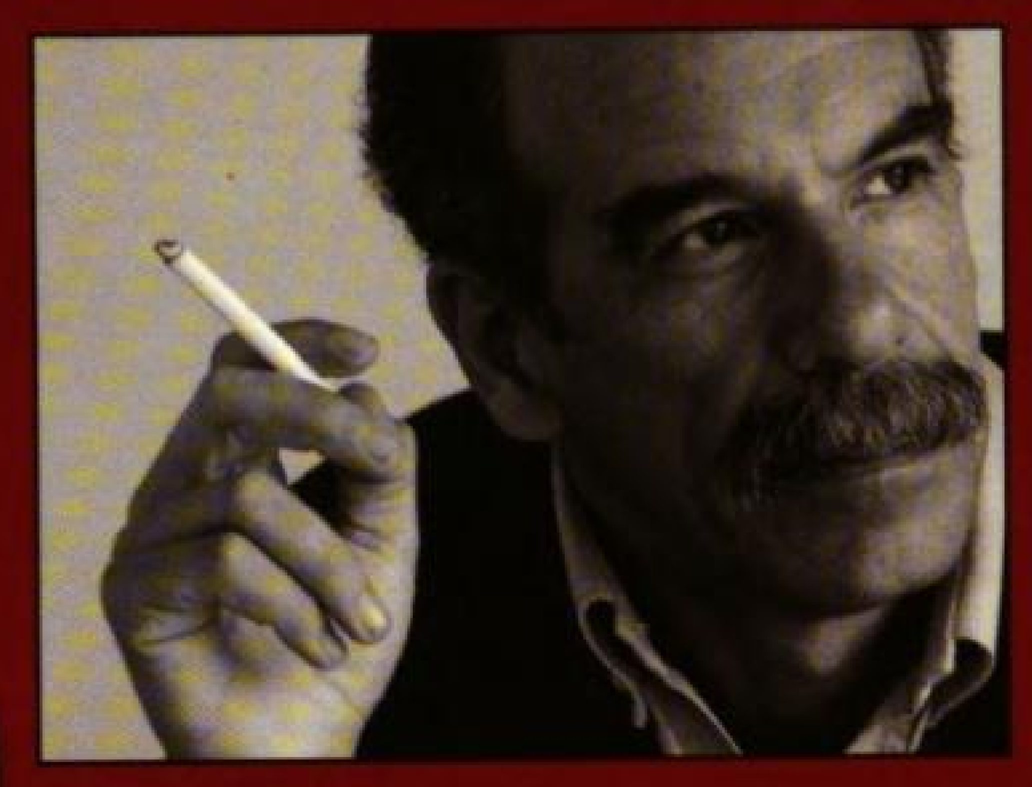
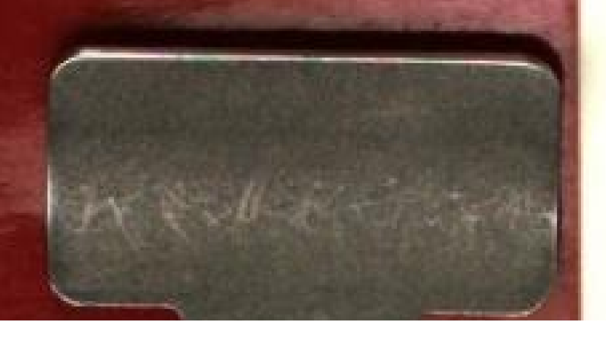

Carlos María Domínguez
Construcción
de la noche
La vida de Onetti



Fotografía: Oscar Bonilla

Carlos María Domínguez nació en Buenos Aires, en 1955, y desde 1989 reside en Montevideo.
Se inició como periodista en la revista *Crisis*, de Buenos Aires, de la que fue secretario de redacción y director periodístico. Fue jefe de redacción de *Brecha*, encargado de las páginas literarias de *Búsqueda*, y actualmente colabora en *Brecha* y *El País Cultural*.
Su novela *La casa de papel* (2002) obtuvo en Uruguay el premio Lolita Rubial, en Austria el premio de los jóvenes lectores de Viena, fue finalista del Athenas Price International en Grecia y ha sido traducida a veinte idiomas.
Editorial ***Cal y Canto*** dio a conocer *La mujer hablada* (1995, premio Bartolomé Hidalgo), *El bastardo. La vida de Roberto de las Carreras y su madre Clara* (1997), *Una joya por cada rata. Memoria de un asaltante de bancos* (2001, en colaboración con Darío Giró), y el libro de cuentos *Mares baldíos* (2005), también traducido al alemán.



Construcción de la noche

Carlos María Domínguez

Construcción de la noche

La vida de Juan Carlos Onetti

Cal y Canto

Construcción de la noche

Distribuye Gussi
Yaro 1119
Teléfono: 413-61-95

ISBN:978-9974-54-059-0

Prólogo

Onetti creó en el Río de la Plata una literatura, una ciudad y una leyenda. Su obra y la fundación imaginaria de Santa María motivaron una abundante bibliografía de admiración y crítica, pero la leyenda alrededor de su vida permaneció dispersa en cronologías, asedios biográficos, conversaciones y reportajes hasta la publicación de esta biografía en 1993, junto a las entrevistas que le hiciera María Esther Gilio a lo largo de treinta años[1].

Actualizada y corregida, esta nueva edición recupera la trama de una de las aventuras más audaces de la literatura contemporánea. Acaso no exista en América latina una obra de mayor intimidad que la de Onetti, capaz de provocar y esconder emociones de un orden que el lector reconoce y teme. El viaje a sus claves involucró acontecimientos de su vida insoslayables para manifestar el origen de sus temas, el carácter y la autenticidad de su escritura.

Igual que Faulkner y Conrad, Onetti confundió no pocos episodios de su vida con versiones contradictorias, ironías y olvidos, pero contó más cosas de las que pudo o quiso advertir. Recopiladas, dan forma a una sinuosa confesión de experiencias que ingresaron a sus ficciones bajo las formas delicadas de su genio y ambición. Sus silencios fueron compensados con el testimonio de personas que lo conocieron en distintas épocas, en su mayoría hoy fallecidas. Sin embargo, la memoria del pasado sólo da la palabra verosímil de unos hechos que fueron y seguirán siendo insondables. Es este un retrato construido con la voz de Onetti y de numerosas fuentes y testigos.

---

1 *Construcción de la noche. La vida de Juan Carlos Onetti*, de María Esther Gilio y Carlos María Domínguez, Planeta, Buenos Aires, 1993.

María Esther Gilio fue la inspiradora de esta biografía y entrevistó al círculo más cercano a Onetti, sus esposas, amigas, hijos y familiares, que aportaron datos valiosos e imprescindibles. Otras entrevistas estuvieron a mi cargo y compartimos varias conversaciones con diferentes testigos. Cabe agradecer especialmente el testimonio de Raquel Onetti, Dorotea Muhr (Dolly), María Amalia Onetti, Elizabeth María Pekelharing, Isabel María Onetti, (Litty), Hilda Onetti, Idea Vilariño, Fabi, Mercedes Rein, Julio Adín, Homero Alsina Thevenet, José Luis Invernizzi, Casto Canel, Manuel Claps, Hugo Alfaro y Nelson Marra. También la generosa colaboración de quienes contribuyeron de distintas formas con la investigación: Ana Inés Larre Borges, Alberto Oreggioni, Elvio Gandolfo, Rosario Peyrou, Pablo Rocca y Marita Prado.

Con el fin de no entorpecer la lectura, las fuentes de información han sido agrupadas al final del libro, donde el lector hallará las referencias sobre los episodios más significativos. Las citas entre comillas, cuando no están adjudicadas, pertenecen a Onetti.

LAS PIEDRAS EN LA MANO

Raquel Onetti recordaba a su hermano Juan con nueve años, en la puerta de la casa de la calle Dante 2168, mientras jugaban a la payana. Como invariablemente se le caían las piedras, le dijo: "Tengo la piel corta. No sirvo para ganar". Por entonces la prensa seguía paso a paso las novedades de la primera guerra mundial y aunque sus padres ocultaban las páginas más truculentas del diario, Juan se las ingeniaba para evadir el cerco. Por las noches, contaba a Raquel y a Raúl lo que había leído, luego de esperar que los padres se durmieran con un método que pretendían infalible. Apenas se apagaban las luces de la casa, los niños contaban hasta cien. Luego, Raúl y Juan colocaban un colchón frente a la puerta que daba a la habitación de su hermana, ella acercaba el suyo, y Onetti iniciaba su relato. Cada noche un cuento nuevo que partía de las novedades del frente de guerra hasta cobrar proporciones de fantasía.

"*Sí, fue una infancia feliz* —escribió Onetti una vez—. *Pero tal vez no exista ningún período de la vida tan profundamente personal, tan íntimo, tan mentiroso en el recuerdo como éste... Decir la infancia implica sin remedio un fracaso equivalente a contar los sueños*".

Nació el 1 de julio de 1909 en una familia humilde, trasladada al barrio Sur de Montevideo desde la frontera con Brasil, donde sus padres se conocieron. Su hermano Raúl era dos años mayor y Raquel nació en 1911. Habían vivido en una casa sobre la calle San Salvador, en otra sobre la calle Timbó y luego, ocupado la de Dante, por la que la familia pagaba un modesto alquiler.

Cuando le preguntaron por sus padres, Onetti dijo: "*Recuerdo que mis padres estaban enamorados. Él era un caba-*

llero y ella una dama esclavista del sur de Brasil". El caballero Carlos Onetti, durante la mayor parte de su vida fue encargado de un depósito de la aduana de Montevideo y es posible que ocultara la historia de su abuelo —un gibraltareño nacido bajo bandera inglesa— en la grafía del apellido. Una versión asegura que Pedro O'Netty fue secretario privado del general Fructuoso Rivera (primer presidente uruguayo), y en medio de las guerras civiles entre Blancos y Colorados, debió italianizar su apellido por razones políticas. Algunos papeles familiares registrarían el apellido paterno escrito de la antigua manera, y otros, escrito con "i" latina, pero con una sola "t".

La dama esclavista del sur, Honoria Borges, había sido criada en los campos de Quaraí, en Rio Grande do Sul, donde su familia tenía una solvente posición. El compromiso paterno con una fracasada revolución riograndense los obligó a dejar sus tierras y trasladarse al norte de Uruguay, donde su padre se desempeñó como jefe de estación del ferrocarril inglés en las localidades de Cuaró, Tres Cruces y Artigas.

Los padres de Onetti se conocieron en Quaraí, un pueblito de frontera, donde don Carlos tenía por entonces un almacén de ramos generales y Honoria una tía a la que visitaba con sospechosa frecuencia. Se casaron por iglesia y al tiempo emigraron a Montevideo, donde nacieron sus hijos.

Un hogar modesto, como el de los Onetti, no contaba con una gran biblioteca, ni siquiera con una medianamente abastecida, y sin embargo, el gusto por la lectura no era ajeno a la familia. Como en tantos hogares de la modesta clase media uruguaya, los libros circulaban en calidad de préstamo, de casa en casa. La madre de Juan Carlos conocía las novelas de Alejandro Dumas desde su temprana infancia, cuando su padre, luego de la cena, reunía a sus hijos en torno a la mesa del comedor y leía para todos las obras de Dumas, Eça de Queiroz y Flammarion. Desde entonces se había aficionado a las novelas francesas y conocía a fondo la obra de Dumas. Don Carlos Onetti, en cambio, sólo leía novelas policiales baratas. Mirándolo leer, Juan ignoraba que prolongaría ese hábito en su propia vida.

La lectura fue una pasión temprana en un niño que pasaba mucho tiempo en el hogar. La historia de esa pasión comenzó en un ropero. El mueble, amplio, de madera antigua, cubría la

pared del cuarto que Juan compartía con Raúl en la casa de la calle Dante. Abría una de sus puertas y entre colchones y almohadas en las que dormían las hermanas de su madre cuando llegaban de visita desde Artigas, con un libro en la mano y su gato Miyunga en la falda, pasaba muchas horas inmerso en la lectura.

El Miyunga había nacido en el depósito aduanero donde trabajaba el padre de Juan. Lo que empezó con una alianza filial, terminó en guerra doméstica. Un jueves llevó a sus hijos al depósito para que conocieran a las crías de la gata parturienta. Luego vino la insistencia de los niños para quedarse con una, la oposición de la madre y su irrebatible sentido práctico —la casa chica, la ausencia de terreno—, y por fin la precaria victoria del clan. Durante unas semanas el gato anduvo por la casa, vestido y desvestido por los niños, pero cuando empezó a afilar las uñas en los sillones y a tomar la costumbre de meterse dentro de unas mayólicas que adornaban el comedor, marchó al depósito de la Aduana sin contemplaciones.

La situación se revirtió cuando al aproximarse el cumpleaños de Juan, sus padres le preguntaron qué deseaba de regalo. Regresó el Miyunga, pero entonces para quedarse en la familia durante dieciocho años. Onetti fue tan amigo del gato como de los libros, a quienes hizo compañeros de sus horas en un dominio íntimo y ya entonces, discretamente apartado del mundo.

A la hora de la cena, mientras su madre preparaba la mesa, Raquel, el Miyunga y Juan transformaban la comodidad del ropero en una diligencia, en el camarote de un barco o de un ferrocarril. Allí, Juan narraba tenebrosas historias de chiquilines que desaparecían y aparecían en medio de irresolubles misterios. Había descubierto que la gente se moría, y que el asunto ejercía una extraña fascinación.

Si le daban ataques de bondad, Juan colaboraba en las tareas de la casa. Tendía la mesa, ayudaba a lavar los platos. "*Pero luego venía otro ataque y me ponía irresistible, mal educado, grosero. Y todo esto sin saber por qué*". Por entonces cursaba la primaria en la escuela Eduardo Acevedo, luego de asistir hasta cuarto año a la escuela Perú. Sus calificaciones no eran brillantes, en parte porque con demasiada frecuencia desviaba su camino hacia el Museo Pedagógico para leer unos

libros de tapas rojas que guardaban las obras completas de Julio Verne. A la mala iluminación del museo Onetti atribuiría el temprano inicio de su miopía, con el orgullo de quien esgrime una cicatriz.

Las "rabonas" de Onetti, en la primaria y en su único año de liceo, eran tan solitarias como la mayoría de sus hábitos. Con frecuencia iba al puerto y pasaba las horas de clase encima de unas bolsas, dedicado a la contemplación de los barcos. La bahía de Montevideo, coronada por el cerro, tiene una cualidad maternal que recibe a los buques sin oprimirlos en las dársenas. El ingreso o la partida de los cargueros produce un efecto secuencial que Juan agradecía y disfrutaba. Un día su padre salió de su oficina en el puerto y lo encontró sobre unas bolsas, con la valija escolar a un lado. Cuando le preguntó qué hacía, le respondió con una franqueza que disipó el reproche y su terror al escándalo. El padre lo invitó a tomar un vermut en un bar cercano y por repugnante que le pareciera, debió beber aquel trago ambiguo para el que no estaba preparado. ¿Bautismo de hombría? ¿Frontera donde debía aceptar que no estaba listo para asumir la independencia de su vida? Por distintos motivos los hombres se imponen aprender a disfrutar de las bebidas amargas.

Onetti recuerda a su padre como un hombre serio, adusto, y esencialmente bueno, que inhibía cualquier intento de aludir a un tema o chiste de giro sexual, por fino que fuera. *"Se enojaba y se ponía a leer el diario"*. Pero hay un momento en que los niños descubren que la casa familiar está llena de secretos que muestran a los padres indefensos, temerosos o expuestos como el resto del mundo. Un día Juan Carlos abrió un cofre negro donde sus padres guardaban bajo llave las cartas de amor que se habían enviado durante su noviazgo. El amor era apasionado, un verdadero "mentís" de lo que la imagen paterna permitía sospechar, aunque a Juan Carlos no le pasaba desapercibido que su padre era capaz de regresar a la casa para buscar un rebozo que abrigara a su esposa. *"La trataba como a una novia"*.

Su madre, más dispuesta a festejar las ocurrencias de sus hijos, conservaba los restos de una educación de dama terrateniente. En sus primeros años había vivido en una estancia servida por negros, quienes pese a la abolición de la esclavitud permanecían atados a sus viejas tareas por temor a vagar sin

conseguir trabajo, lejos del único mundo que les era familiar. *"Lo que se les dio fue la libertad del perro"* diría Onetti cuando comparara la situación de los negros en Estados Unidos con la vida en las estancias de Brasil.

"Cada uno, a su esfera" era la frase de Honoria para desalentar las relaciones de Juan con sus amigos de color. Los tuvo en su adolescencia. En una oportunidad en que su madre viajó a Brasil, aprovechó para llevar a la casa a los hijos de la lavandera, morenos como su madre. Él mismo les cocinaba tallarines hervidos y debieron limpiar todo de apuro para que Honoria no se enterara.

Onetti quería a su madre, pero amaba más a su padre, *"un hombre que creía en la bondad"*. Cierto día en que el aburrimiento lo había arrojado a la escalera de mármol de la entrada, oyó que llamaban a la puerta. Cuando la madre fue a atender, Juan alcanzó a divisar, recortada en el marco de la puerta, la figura de un hombre que sostenía una enorme corvina. Sus palabras acompañaron a Onetti desde entonces. *"Señora, le traigo esto como un regalo para Don Carlos, porque puede ser que haya en el mundo un hombre tan bueno como él, pero más bueno es imposible, señora"*.

La admiración por su padre no lo ponía a salvo de una incomodidad. El reparto de afectos familiares colocaba a Juan en desventaja. La madre prefería a su hermano Raúl, *"era el primogénito, además había nacido sietemecino y bueno, lo adoraba. Mi padre, como corresponde, estaba loco por mi hermanita. Tanto que yo les hacía chistes: me voy a buscar una madre postiza por ahí, para que me mime..."*

Jueves y domingos, para los hermanos Onetti querían decir cine. Había uno en la cuadra donde vivían y rara vez faltaban a la cita con el Lejano Oeste para ver a William S. Hart, Pearl White o Tom Mix pelear contra indios siux y forajidos de la peor calaña, bajo los acordes de un pianista que, a un lado de la pantalla, pasaba de un tango a un vals, de un allegro a un adagio y de allí a un molto vivace. Vieron las comedias policiales de Keystone Caps, las películas de Chaplin y Keaton, y las que invitaban a volver a la próxima función sólo para cerciorarse de que ninguna locomotora, por cercana que estuviera, acabaría con la heroína desmayada sobre las vías del tren.

Los juegos que acentuaban la afinidad de Juan con Raquel, lo alejaban de Raúl, con quien competía en todo lo que su desventaja de dos años le aconsejara. Raúl era de Peñarol y Juan de Nacional, si el mayor mostraba inclinación hacia la responsabilidad y la formalidad, Juan exhibía su vocación por lo irregular y lo excéntrico. Raúl pasaba mucho tiempo en casa de unas tías, dueñas de un pensionado para muchachos del interior que estudiaban en Montevideo, de quienes Juan y Raquel huían por su carácter conservador. Si Raúl colgaba en la habitación un retrato de Don Pepe Batlle, aunque Juan fuera tan batllista como el resto de la familia, colocaba al lado uno de Viera. Pero la rivalidad entre los hermanos no les impediría compartir aventuras de pandillas, guerrillas de pedradas y heroicos partidos de fútbol en las tardes del barrio Sur. *"A los doce años me gustaba mucho el fútbol. Iba siempre a la puerta del estadio para pedir a los jugadores que me dejaran llevar la valijita y yo pasaba sin pagar, como secretario del héroe de las canchas"*. En el barrio, Juan integraba el club del Corsario Negro, enfrentado por honor y fidelidad eterna, con el club de Sandokán. Anunciaban los desafíos en carteles que aparecían escritos en las paredes con solemnidad de duelo: *"...y llevamos pelota, pongan cancha"*. Más de uno de esos enfrentamientos terminaban en pelea. Cierta tarde, un rubiecito de la banda de Sandokán tuvo la "desacostumbrada" ocurrencia de insultarle a la madre. Instintivamente, Juan Carlos le dio una trompada que coincidió con el ojo del otro. Como estaban frente a la casa del rubio, Juan Carlos tuvo la gozosa oportunidad de oírlo llorar dentro de su hogar, junto con el resto de sus amigos. Pero los festejos acabaron apenas el padre del chiquilín salió de la casa con una zapatilla. *"Y vino el padre a cumplir con la justicia, dándome una paliza con una zapatilla. Una zapatilla cómica que no dolía nada, pero tuve que llorar y gritar también, para compensar. Así que de vereda a vereda éramos plañideros los dos"*.

Juegos callejeros, aventuras, pactos y traiciones en veredas y baldíos se desplegaron a pleno cuando la familia Onetti se mudó al barrio de Colón, en 1922. Ese año marcaría un quiebre en la infancia de Juan Carlos Onetti. Había dado examen para ingresar al ciclo secundario y lo había aprobado con "Regular Deficiente", luego de sentir que lo sometían a un interrogatorio

policial. *"Aquellos tipos me preguntaban y preguntaban, y yo tenía ganas de empezar a caminar hacia atrás y salir corriendo"*, le diría a su madre al regresar a casa. Comenzó a cursar en el liceo Vázquez Acevedo, pero no concluyó el año. Los motivos que lo decidieron a dejar el liceo permanecen en la oscuridad. Una versión indica que un compañero le robó el impermeable, dejado provisoriamente sobre una ventana, y el incidente lo impresionó a tal punto que ya no quiso regresar, pero Onetti diría más tarde en un reportaje: " *...largué el liceo, sí, porque no pude aprobar dibujo. Nunca: fracasé en todos los intentos que hice. Así, por no saber dibujar, no pude ser abogado, por ejemplo"*.

Ninguna de las dos versiones explica por sí sola el abandono de los estudios. Cabe recordar que fue su hermano Raúl quien debió interrumpir los estudios de ingeniería por la deficiencia de sus dibujos y la amenaza de un profesor de no aprobarlo nunca. Raúl abandonaría su carrera de ingeniería, precisamente, por la de abogacía.

Las versiones de Onetti acerca de su vida y su pasado rara vez son ajenas a la lógica de sus ficciones, lo que no les quita autenticidad pero las aleja de la confesión. Otra razón se suma a la deserción escolar de Onetti, y está vinculada a la economía familiar. Durante los años de la Primera Guerra Mundial y la segunda presidencia de José Batlle y Ordóñez, Uruguay conoció un período de expansión económica fortalecido por sus exportaciones agropecuarias a los aliados y la valorización de su moneda. La coyuntura mundial y la política social del batllismo benefició a los sectores medios de la sociedad uruguaya, pero el final de la guerra significó un cambio radical de la situación económica. La balanza comercial sufrió un colapso que la transformó en negativa. A la depresión de las exportaciones se sumó la baja de los precios y la caída de la moneda en el mercado internacional, obligando al gobierno a tomar drásticas medidas.

Para la familia Onetti, que vivía de un sueldo estatal de cien pesos mensuales, la situación se hizo insostenible. De un día para otro el alquiler de la calle Dante, en donde vivían desde hacía siete años, pasó de treinta pesos mensuales a sesenta. Los cuarenta pesos que restaban del sueldo aconsejaban buscar una rápida salida a la situación. Y la salida fue mudarse a

Colón, una localidad ubicada al norte de Montevideo, hoy prácticamente integrada a la ciudad pero entonces todavía un pueblo. Onetti tenía trece años de edad.

La estrechez económica y la distancia entre Colón y el centro de la ciudad, fueron un nuevo impedimento para el estudio de los hijos del matrimonio. Había que sacar abono en el ferrocarril los primeros días del mes, pero el padre cobraba una semana más tarde, lo que significaba cuatro o cinco faltas todos los meses. En Colón funcionaba el liceo religioso "Colegio Pío", pero la cuota mensual y el espíritu laico de la familia desterraba esa posibilidad. De los tres hijos sólo Raúl, que estaba adelantado en sus estudios, tuvo su abono en el ferrocarril. Raquel abandonó al poco tiempo y Juan Carlos recibió esa limitación familiar que lo alejaba del liceo como una bendición del cielo.

Se habían mudado en el mes de agosto y la primavera anunciaba en sus brotes un estallido de color que deslumbró a los niños. Venían de los muros de la ciudad, de vivir en una casa de altos, donde el paraíso era la vereda. Liberados de las obligaciones escolares y rodeados de campos y quintas, Colón fue la libertad.

La Villa de Colón había sido fundada en 1872 y ese año cumplía su cincuentenario. Concebida como lugar de veraneo y descanso cuando la aristocracia montevideana todavía no descubría los encantos de la costa marina, de la plaza de la Villa hasta la estación del ferrocarril, distante unos dos kilómetros, grandes mansiones y chalés se extendían sobre la avenida Lezica. Quintas de frutales, viñedos, montes y campos vírgenes rodeaban la escasa urbanización del lugar.

El arroyo Pantanoso contaba entonces con un cauce en el que se pescaban mojarras y tarariras, se tomaban baños y las parejas se cortejaban en botes de paseo. Una confitería sobre una de sus márgenes, originariamente llamada "Tea Garden" y en la época en que Onetti la conoció, "Gran Montecarlo", contaba con un enorme salón, varias glorietas y una frondosa vegetación de sauces debajo de los cuales se reunían los vecinos a beber cerveza. El destino del lugar rindió un secreto homenaje a los climas literarios de Juan Carlos Onetti, de un modo quizá sólo sospechado por el niño que entonces vagaba por las orillas del arroyo y miraba de reojo las mesas bien servidas del "Gran

Montecarlo". En los años siguientes se cerró la confitería, se contaminó el Pantanoso por el vertido de desechos industriales hasta convertirse en un hilo de agua nauseabundo y muchas de las mansiones se transformaron en inquilinatos rentados pieza por pieza. Crecieron los cantegriles (villas miseria) y el antiguo esplendor fue a exilarse en la memoria y la literatura. Pocos barrios de Montevideo expresan con tanta alevosía la decadencia uruguaya de la segunda mitad del siglo XX. Sobreviven aún algunas quintas y el "Monte de la francesa", nombrado así en recuerdo de una melancólica mujer llamada Marguerite que paseaba por el monte con deseos de volver a Francia. Entonces estaba casada con Perfecto Giot, quien concibió y desarrolló el proyecto turístico de Colón. Giot fue responsable del único orgullo que les queda a los habitantes de la zona: el millón de eucaliptos que cubren sus calles y caracterizan el lugar, plantados a fines del siglo XIX por el campesino Jean Pierre Serrés. Onetti trabaría amistad con el único hijo de Giot, André Giot de Badet, y frecuentaría el misterioso palacio familiar en su juventud.

En Colón, los Onetti vivieron en tres casas: la primera sobre la calle Besnes Irigoyen, la segunda en Carve y Avenida del Árbol, y la última, en Lanús y Calderón de la Barca. Juan Carlos había ganado la libertad de vagar por los campos y quintas, pero perdido su ropero de lectura y camarote doméstico, que quedó anclado en la casa de la calle Dante. No pasaría mucho tiempo hasta que recuperara su intimidad con los libros en el foso de un aljibe.

La casa, modesta pero amplia, contaba con un fondo grande, un patio de baldosas coloradas, un limonero, un tangerino y un aljibe. Una tarde de calor bochornoso, seco el aljibe y recién limpiado, se hizo bajar por Raúl al fondo del primer pozo que visitó en su vida, sentado en un pequeño balde y con el *Eclesiastés* en los brazos. La aventura no estuvo reñida con la comodidad. Se hizo bajar también un sillón de mimbre y luego, una jarra de limonada. Permaneció allí por varias horas, entregado a la lectura en el único sitio fresco de todo el lugar.

El *Eclesiastés* causó una temprana y fuerte impresión en Onetti. Desde entonces lo esgrimió frente a quienes lo acusaban de nihilista, desafiándolos a refutar un libro que condena a

los hombres a morir sin culpa y sin que nadie les explique por qué nacen o mueren.

Su entusiasmo por la lectura sufrió un nuevo y decisivo impulso cuando conoció a un hombre de complexión gruesa, que pasaba la mayoría del tiempo leyendo en una cama. Estaba casado con una prima de su padre, se había jubilado y poseía la colección completa de las aventuras de Fantomas. El hombre vivía en el barrio de Peñarol, con su mujer y sus hijos, y sólo estaba dispuesto a prestarle un tomo por vez, para lo cual Juan debía recorrer a pie unos cinco kilómetros de ida y otros tantos de vuelta, cargando con su tesoro.

El pariente lo recibía en la penumbra de su cuarto, recostado en la cama y con una boina en la cabeza que ocultaba su calvicie. Sobre su prominente barriga se balanceaba una palmatoria con una vela, suficiente para iluminar las páginas del libro que sostenía en sus manos extendidas. Acaso el hombre apenas distraía la mirada para vigilar que el niño se llevara un sólo tomo, sin contemplaciones a la larga caminata que ese Onetti repetía, en ocasiones, dos veces en el día.

Sin saberlo, el hombre construía un espejo que hallaría justificación cuando el otro acabara de leer las aventuras de Fantomas y, ya en la madurez, reflejara sobre la matriz de ese recuerdo su largo cuerpo extendido en una cama. Entonces Juan entendería que el último párrafo de la colección —*"Estas aventuras continúan en las aventuras de la hija de Fantomas"*— había condenado a su pariente a una búsqueda perpetua que él asumía con tozudez de escritor, porque ninguno de los dos tenía la menor idea de dónde se hallaban esos tomos prometidos, y no iban a resignarse.

Onetti devoró esa colección hasta su último tomo y otro autor concitó su fervor, Knut Hamsun. Comenzó a imitarlo y mandó algunos cuentos y poemas a la sección "Ecos del canasto" de la revista *Mundo uruguayo*. Ninguno de los redactores creyó que las virtudes del texto correspondieran a un niño de catorce años, de modo que acusándolo en el "Correo de lectores" de mentir su edad, no publicaron ninguno de sus envíos.

Las dificultades de la economía familiar, la necesidad de solventar sus gastos y las salidas con amigos, lo llevaron a afrontar diversos trabajos. Entre los primeros, fue ayudante del

padre de Zelmar Michelini (uno de los políticos más respetados del Uruguay, asesinado en 1976 en Argentina luego del golpe militar). Entonces los Michelini vivían en una casa de altos en San José y Cuareim, donde el jefe de familia desarrollaba su profesión de dentista en un pequeño consultorio. Allí, Onetti atendía la puerta, recibía a los pacientes y resistía las invitaciones del padre de Zelmar a imaginarse un futuro dentro de la boca de hombres, mujeres y niños asustados.

Como debía abrirse camino hacia algún sitio, se empleó más tarde en una empresa representante de neumáticos. También probó suerte como albañil y trabajó un tiempo de mozo en la cantina del Ministerio de Salud Pública. La deserción del liceo —antes festejada como una liberación— lo condenaba a trabajos de poca relevancia en los que sólo exigían la primaria completa, y muy pocos estaban dispuestos a dar fe de su capacidad sin un título que la acreditara. Su porvenir se había vuelto incierto y la literatura, incapaz de garantizar lo que suele llamarse abusivamente, "un futuro", no tenía otra realidad que la del gozo juvenil.

Primero en Montevideo y luego en Colón, Onetti había vivido una infancia feliz que, llegada a su extremo, convertía sus virtudes en una dificultad. Estaba lleno de inquietudes inútiles para desenvolverse en la vida.

Yago y el amor romántico

Onetti conoció a André Giot de Badet cuando el aristócrata regresó de Europa con su madre y la bailarina Tórtola Valencia para levantar definitivamente la casa paterna de Colón y con ella, su juventud en las lejanas tierras uruguayas.

Se había criado en la villa levantada por su padre y cultivado un refinamiento que vestía su declarada homosexualidad. Amigo de la poeta Delmira Agustini, en una foto de 1910, Delmira colocó esta dedicatoria: *"Para André Giot, artista exquisito que produce, todo él, la inefable impresión de una lágrima engarzada en una sonrisa. Fraternalmente, Delmira Agustini"*; y al dedicarle el libro *Las voces laudatorias* escribió: *"Para tí, André, magnífico hermano en nuestra dulce madre Poesía. En la isla azul de la ternura fraternal. Hoy. Delmira"*.

Otro amigo común fue el poeta y luego líder socialista Ángel Falco, a quien André describe como *"el morocho poeta de la ancha melena en desorden, con porte de mosquetero"* y de quien estuvo enamorado. Los tres compartieron idas al teatro, paseos y sesudas conversaciones juveniles. Delmira nombraba *"hermano rubio"* a André y *"hermano negro"* a Falco. Cuando años después fue asesinada por su ex marido, hacía tiempo que André se encontraba en París, conviviendo con Maurice Rostand, el entonces afamado autor del *Cyrano,* quien tuvo una influencia decisiva para impulsarlo a la dramaturgia.

En los círculos literarios y artísticos de París, André fue conocido como "el Oscar Wilde sudamericano". Escribió, siempre en francés, varias obras teatrales, entre ellas una comedia musical llamada *La vida ateniense* en colaboración con el músico uruguayo Alfonso Brocqua, y se le conoce un libro, *Contes au clair de lune,* ilustrado por Valentine Hugo, nieta del novelista

Victor Hugo. También compuso varias canciones para el tenor Gigli y para Josephine Baker, con quien habría de casarse en París, entre ellas "Sous le ciel d'Afrique", perteneciente al film *Princesse Tam Tam* , "Masyari" y "La conga Blicoti", todas entre los años 1935 y 1936 .

Alto, de ojos azules y penetrantes, disimulando con esmero sus 38 años, André regresaba a Montevideo para borrar la huella de un destino familiar inmigrante que se había vuelto definitivamente inútil. Se había asegurado un palco en el Solís para asistir a las funciones de la temporada, pero no lo abandonó su gusto por lo extravagante ni la audacia para concurrir con su famosa amiga a un acontecimiento que por entonces despertaba curiosidad entre los vecinos de Colón: la representación de una parodia de *Otelo* en el cine local, creada e interpretada por un grupo de jóvenes del pueblo.

Cuando en los inicios de la obra un adolescente pronunció con sostenida tensión: *"No puede ser que Desdémona continúe mucho tiempo enamorada del moro, ni él de ella. Estos moros son inconstantes en sus pasiones; el manjar que ahora le sabe tan sabroso como las algarrobas pronto le parecerá tan amargo como los purgantes"*, André supo que tendría su premio. Disfrutó tanto de la representación que al término de la obra invitó a la compañía a su casa quinta para festejar el éxito durante el resto de la noche. Quien había creado la versión y encarnado el papel de Yago, de momento apabullado por el entusiasmo del aristócrata, era Juan Carlos Onetti.

Un fragmento como ese había alentado a Onetti a escribir su versión humorística y a entusiasmar a sus amigos para formar "La tribu del huevo" (por el huevo de Colón). Su hermana Raquel, de vestuarista; él, de Yago; Luis Antonio Urta, Desdémona; otro, Emilia; todos varones. Un fragmento así podía abrir un camino para reír de las alternativas de una vida amorosa que merecía la distancia inescrupulosa. El amor sexual como drama irresuelto, felicidad y embotamiento de los sentidos, emergía de la mano de Shakespeare bajo la forma de una parodia pueblerina en la que Onetti buscaba tempranamente una razón que explicara, quizá, sus propias experiencias.

A partir de la noche del estreno de *Otelo*, Onetti visitó la quinta de los Giot —sobre la avenida Lanús, en esa época to-

davía llamada Giot—, entablando una amistad con André y con Marguerite, la aristócrata francesa, quien le contó la historia que años más tarde narraría bajo el título de *El perro tendrá su día*[2] .

Cuando André se dispuso a levantar la casa, pidió a sus amigos que eligieran lo que desearan. En medio de la repartija de cuadros, candelabros, jarrones y muebles, Onetti le pidió una foto y André le entregó dos. En una de ellas vestía enteramente de negro, una perla brillaba en medio de su oscura corbata y sostenía los brazos cruzados sobre el pecho. Estaba desnudo en la otra, recostado sobre un diván y con una pierna flexionada que le ocultaba el sexo. Ambas se extraviaron cuando Onetti se marchó a Madrid.

Hay en la obra de Onetti un modo de vivir el amor que guarda estrecha relación con su vida y su tiempo. Cuando inició sus primeras experiencias amorosas, amar era un sentimiento que debía vestirse en público con paroxismos líricos o esconderse en los rincones más secretos de la vida privada. En el Uruguay del primer cuarto del siglo, el clero y la medicina se disputaban la hegemonía de una moral que, laica o religiosa, condenaba a la mujer a vivir cercada por la vergüenza de su sexo. La sociedad burguesa de entonces, señala José Pedro Barrán en su *Historia de la sensibilidad en el Uruguay*[3] *"creó su imagen del deseo sexual femenino, el que se definía por una negación: la mujer era un ser pasivo, un vaso de carne que el hombre llenaba. El burgués negó la necesidad femenina del placer porque en primer lugar, temía al placer femenino y lo juzgaba como potencialmente devorador... Lo que también asustaba al hombre 'civilizado' era el carácter aparentemente incomprobable del deseo sexual femenino. El hombre partía de la igualación entre virilidad, erección y deseo; la mujer, libre de la probanza física, aparecía siempre como virtualmente dispuesta a demostrar su femineidad, lo que también conformaba un*

2 El texto fue publicado por primera vez en *Tan triste como ella y otros cuentos*, Alfa, 1963, Montevideo. También pertenece al mundo de Colón la historia que dio origen a la novela corta *La muerte y la niña*, publicada en 1973.

3 José Pedro Barrán, *Historia de la sensibilidad en el Uruguay*, Ediciones de la Banda Oriental, Montevideo, Uruguay, mayo de 1990 , *Tomo 2, El disciplinamiento.*

misterio... Porque el poder estaba detrás de estas concepciones culturales de la sexualidad, fue que católicos y liberales, maestros y médicos, decretaron que el placer era exclusivo del hombre y que la mujer a lo sumo lo sentía como reflejo".

Pascua de este orden moral fue la poeta Delmira Agustini, quien desarrolló en la lírica un erotismo sin fronteras y ciñó su vida cotidiana a los prejuicios sociales. Luego de cinco años de noviazgo se casó con el rematador Enrique Job Reyes. Al cabo de un mes de matrimonio dijo *"basta de vulgaridad"* y regresó a la casa materna. Tiempo después, celada por su ex marido, pagó con dos balazos en la cabeza la osadía de hacer primar sus deseos de mujer. Reyes se mató junto a ella.

En contraste con el yugo moral que la época imponía sobre las clases medias, el Uruguay del 900 conoció una serie de personalidades que desafiaron las costumbres sociales. Entre ellas, además de Delmira, su amigo Roberto de las Carreras, que esgrimió su origen bastardo provocando una cadena de escándalos más famosos que su obra. Entre ellos también, André Giot de Badet, sobreviviente de un decadentismo que debió atraer a un adolescente como Juan Carlos Onetti, quien por entonces se enteraba con qué clase de dificultades tendría que lidiar su desarrollo sexual.

Si el despliegue de la sexualidad femenina entrañaba peligros, estos tampoco escaseaban para los hombres que acudían al prostíbulo, donde acechaban las enfermedades venéreas. En la mente de cualquier joven de la época resonaban las frases de un folleto publicado por el Consejo Nacional de Higiene durante la presidencia de Batlle y Ordóñez, alertando sobre *"las feas deformidades, parálisis incurables, la locura, cuando no la muerte, además de la vergüenza"*[4] que podía acarrear la intimidad con una meretriz.

Los chancros, si no se atacaban pronto, cobraban *"un aspecto de gangrena, pueden comerse casi todo el miembro... pueden dejar la cabeza del pene llena de agujeros, y entonces al salir la orina parece que saliera de una regadera"*. Otras recomendaciones incluían: *"No debe estarse con mujeres en*

4 Consejo Nacional de Higiene: "Profilaxis de las enfermedades venéreo-sifilíticas", Montevideo, El Siglo Ilustrado, 1906, 29 páginas. Citado por José Pedro Barrán.

posiciones forzadas o viciosas. Todas ellas predisponen a enfermedades no sólo venéreas por la irritación producida en los órganos genitales (miembro) sino también de la médula espinal. Es sobre todo muy peligrosa la posición de parado para esas enfermedades".

La satanización del burdel es una clave para entender la fascinación que podía ejercer sobre un adolescente de la época y, de un modo más indirecto, la importancia que el mundo de la prostitución iría a ganar en la obra de Onetti. La prédica del publicista católico uruguayo Rafael Sienra, atraería hasta a un niño de cinco años que estuviera acostumbrado a la propaganda de los circos: "*Junto al mostrador o sentadas en largas banquetas tapizadas de cretona, las mujeres esperan compañero, con los brazos en jarra, y el cigarrillo en la boca, tarareando o discutiendo(...) Hay en el baile aquel madrileñas alegres (...); pervertidas francesas e italianas (...); criollas de rostro fresco con el sufrimiento y un resto de vergüenza (...); alemanas frías, de un embrutecimiento ejemplar, endurecidas en el oficio (...); y (...) las crines erizadas, por las fosas nasales echando fuego, chinas ardorosas con el espíritu en tensión, la carne y los hijares palpitantes, goteando sudor, como yeguas de carrera cubiertas de espuma*"[5].

La primera vez que Onetti pisó un burdel tenía dieciséis años y estaba lejos de aparentar la mayoría de edad. Fue con un amigo de su misma edad y la madama los dejó entrar, por aquello de que siempre es preferible iniciar a un cliente en un prostíbulo que perderlo detrás de una novia. Quienes no estuvieron de acuerdo fueron los dos policías que le reclamaron la cédula en una recorrida de rutina. El coraje le dio para decir que no la traía, pero no para insistir. La aventura sexual terminó en el calabozo de la comisaría, donde pasó la noche con su amigo hasta que el padre fue a buscarlo a la mañana siguiente.

De su primera novia Onetti ha dado una vaga noticia. Dijo que ambos tenían dieciocho años, que era española y tras la muerte de su padre, heredó el título de marquesa. Alguna vez, en Madrid, donde ella se radicó finalmente, Onetti la buscó en

5 Rafael Sienra: "Llagas sociales. El carnaval de Río de Janeiro", Tip. Oriental, Montevideo, 1896, 62 páginas. Citado por José Pedro Barrán.

la guía telefónica con intención de felicitarla por las traducciones que había hecho de Faulkner. Aunque asegura que halló el número, dos motivos lo detuvieron. Sabía que no iba a creer en la intención de la llamada, que lo tomaría como un pretexto. El segundo motivo era más difícil de asumir. *"Es que mi imagen avanza separada de mí. Mientras yo permanezco adolescente, calmo, interesado en lo que me importa, bondadoso y humilde por indiferencia y por la asombrosa seguridad de que no hay respuesta, ella, mi cara, ha envejecido, se ha puesto amarga y tal vez esté contando o invente historias que no son mías, sino de ella"*. Entre Onetti y su lejana novia mediaban más de cincuenta años.

En la época en que contemplarse el creciente bigote en un espejo todavía era un placer, Onetti fundó con dos amigos, Juan Andrés Carril y Luis Antonio Urta, la revista *La tijera de Colón*, de la que editaron siete números, entre marzo de 1928 y febrero de 1929. Gran parte de la tarea de Onetti consistía en cobrar los avisos a los comercios de la zona que, resignados, terminaban por darle unos pesos, pero como el incipiente sentido crítico ya tenía sus pretensiones, no siempre resultaba sencillo. Más de una vez la revista criticaba a viejos vecinos del lugar o comportamientos de jóvenes y mayores, lo que redundaba en anónimos que los amenazaban con temerarias palizas.

Casi desde el comienzo, la revista organizó un ambiguo "Concurso de belleza y de lo otro" que le permitió incrementar sensiblemente las ventas. Durante varios números Onetti figuró a la cabeza de los preferidos en el concurso "de lo otro", pero el negocio se hallaba en el certamen de belleza, que agitaba vanidades y orgullos entre la muchachada de Colón. *"Hicimos trampas horrorosas* —confesó Onetti cierta vez—. *Con las niñas era fabuloso porque había que mandar cupones que salían en* La tijera..., *entonces los novios de las niñas compraban revistas para quemarlas, pero recortaban los cupones y los mandaban. Nosotros hacíamos un trabajo muy lindo: un mes adelantábamos a una y otro mes a otra. Entonces la desplazada compraba muchas revistas y mandaba más cupones. Al final el concurso lo ganó, creo, la hija de un español, Carmen García Pardo, que realmente era muy bonita"*.

Juan Carlos publicó en la revista, a los 19 años, cinco de sus primeras narraciones: "La derrota de Don Juan", "Crónica de unos amores románticos (Cuento para niñas sentimentales)", "David, el platónico", "Una tragedia de amor" y "El hombre del tren"[6]. Si se repara en sus títulos, es sencillo deducir que las experiencias amorosas no le eran ajenas.

En su adolescencia Onetti alternó la lectura y los amores con el ejercicio físico y el deporte. En la biblioteca de Colón descubrió las novelas de Valle Inclán, Eça de Queiroz, Pío Baroja y Anatole France, entre las más festejadas, pero ningún prurito intelectual le impidió jugar al básquetbol en el Club Olimpia, practicar remo en el Rowing Club o arrojar el disco y la jabalina en la pista oficial del Parque de los Aliados. Entonces tenía su ídolo deportivo, un uruguayo campeón de básquetbol y de atletismo, y aunque nunca llegó a tratarlo personalmente, iba a verlo jugar y lo buscaba en las revistas. En la cumbre de su carrera, un día su héroe desapareció. Supo que debió viajar a las sierras de Córdoba y que al tiempo murió allí. Pero Onetti lo reencontró por los años cincuenta, cuando tenía más palabras. En *Los Adioses* quiso imaginarlo como si lo viera por primera vez desde un polvoriento mostrador y no se jugara él también, un boleto de ida y vuelta a su pasado. Entonces, *"sin alegría, pero excitado, pude explicarme la anchura de los hombros y el exceso de humillación con que ahora los doblaba, aquel amansado rencor que llevaba en los ojos y que había nacido, no sólo de la pérdida de la salud, de un tipo de vida, de una mujer, sino, sobre todo, de la pérdida de una convicción, del derecho a un orgullo. Había vivido apoyado en su cuerpo, había sido, en cierta manera, su cuerpo. Acepté una nueva forma de la lástima, lo supuse más débil, más despojado, más joven. Comencé a verlo en alargadas fotos de* El Gráfico, *con pantalones cortos y una camiseta blanca inicialada, rodeado por otros hombres vestidos como él, sonriente o desviando los ojos con, a la vez , hastío y modestia que conviene a los divos y a los héroes. Joven entre jóvenes, la cabeza brillante y recién pei-*

6 "La derrota de Don Juan", en *La tijera de Colón*, Nº 1, marzo 28 de 1928, página 6; "Crónica de unos amores románticos (Cuento para niñas sentimentales)", Nº 2, abril, página 4; "David, el platónico", Nº 3, mayo, página 8; "Una tragedia de amor", Nº 4, junio, página 6 y "El hombre del tren", Nº 5, agosto, página 11.

nada, mostrando, aun en la grosera retícula de las sextas ediciones, el brillo saludable de la piel, el resplandor suavemente grasoso de la energía, varonil, inagotable. Lo veía acuclillado, con la cabeza desviada para ofrecer tres cuartos de perfil al relámpago del magnesio, los cinco dedos de una mano simulando apoyarse en una pelota o protegerla; y también en una habitación sombría, examinando a solas, sin comprender, la lámina flexible de la primera radiografía, rodeado por trofeos y recuerdos, copas, banderines, fotografías de cabeceras de banquetes. Podía verlo correr, saltar y agacharse, sudoroso, crédulo y feliz, en canchas blanqueadas por focos violentos, seguro de ser aquel cuerpo largo y semidesnudo, convencido de la eternidad de cada tiempo de veinte minutos y de que el nombre que gritaba la multitud con agradecimiento y exigencia servía para expresarlo, mencionaba algo real y perdurable".

Mil novecientos veintinueve fue el año que selló de un modo definitivo la infancia y la adolescencia de Onetti. El 20 de octubre falleció José Batlle y Ordóñez, el líder de las grandes reformas sociales que dieron al Uruguay su perfil democrático y progresista. Ocupaba la presidencia Baltasar Brum. Pero Juan Carlos tenía la expectativa depositada en Lenin y soñaba con viajar a la Unión Soviética para ver con sus ojos la construcción del socialismo. Colmado de entusiasmo, un día juntó valor y pidió una entrevista con el embajador ruso en Montevideo. El hombre, gordito, simpático y bastante culto como para impresionarlo, lo atendió una mañana y escuchó con interés las razones que le expuso Onetti para viajar al otro lado del mundo. Cuando terminó, el hombre esbozó una leve sonrisa y le preguntó si sabía ruso. Le contestó que ni una palabra, pero que estaba decidido a aprender la gramática. Entonces el embajador se lo quedó mirando, movió tristemente la cabeza y dijo: *"catorce declinaciones..."*. Resignado, Onetti comprendió que su pasaje no iba a provenir de la embajada.

Mientras su viaje a Rusia se demoraba, le consiguieron un caballo y un trabajo como encuestador en el censo de Colón. Con el cobro de su jornal, le compró a la madre y a la hermana dos pasajes en tren para que pasaran las fiestas de fin de año con la familia materna en Artigas. Cuando regresaron, algo ha-

bía sacudido de raíz los planes de Onetti. Dos de sus primas habían llegado de Buenos Aires para visitar a sus parientes de Sayago. Se había enamorado de la mayor, María Amalia. No hubo reparos a la urgencia juvenil. Ese mismo verano se casaron. Onetti tenía veintiún años.

Por una verdad más firme

El casamiento se realizó en Buenos Aires con una fiesta modesta en la que Juan Carlos bailó, batió palmas y aturdió a la concurrencia con las tapas de una olla. La familia de María Amalia era oriunda de Melo y a diferencia de los Onetti de Artigas, que pertenecían a la tradición del Partido Colorado, de filiación blanca. Su nuevo suegro, don Lisandro, había sido comandante del caudillo Aparicio Saravia en la guerra de 1904. Emigrado a Buenos Aires con su esposa y cuatro hijos, dejó tres hijas al cuidado de parientes en Montevideo, lo que los llevaba a cruzar de orilla con cierta regularidad.

El verano de 1930 no había sido el primer encuentro de la pareja. Años atrás, durante una visita a la casa de Dante, el matrimonio había jugado a la pelota en la calle, junto a Raúl y Raquel, aunque sus diez años de edad los llevaron a reparar más en los defectos que en las virtudes y, tratándose de fútbol, la dama corría en desventaja. Pero a los veintidós años la prima María Amalia era una bella mujer de cabellos rubios y ojos celestes, y Juan Carlos comenzaba a ejercer una seducción que con el tiempo aprendería a dominar. Una promesa de frialdad y ternura a la vez, que cautivaría a muchas mujeres.

Luego del casamiento regresaron a Montevideo y se instalaron en la casa paterna de Colón, pero al mes siguiente, la precariedad y la falta de perspectivas de trabajo los decidieron a radicarse en Buenos Aires, esta vez en casa de los padres de María Amalia. Una escala ciudadana tan superior a la de Montevideo alentaba mayores oportunidades de progresar, le aseguraba su nueva parentela porteña, cuyos integrantes se convertirían más tarde en personajes de la novela *Tierra de nadie*. De momento, consiguió trabajo en una gomería y taller mecánico.

Una de sus primeras sorpresas al llegar a Buenos Aires fue ver que todavía quedaban carteles de publicidad con la inscripción: *"Yrigoyen, la gran esperanza argentina"* y como primer firmante, Jorge Luis Borges. *"Entonces me pareció muy lindo eso"*, le dijo una vez a Jorge Ruffinelli. Yrigoyen, como Batlle y Ordóñez, gozaba de su simpatía. Ambos eran pilares de la democracia social y de las reformas que alentaban el progreso de los sectores medios. Pero don José Batlle había muerto en octubre del año anterior y el líder del radicalismo debía enfrentar una crisis económica que, iniciada con los ecos del derrumbe de la bolsa de Walt Street, culminó en el golpe militar de Uriburu. La referencia a Borges iba en busca de una segunda vuelta. *"Después, bueno, llegó el 6 de setiembre, se fue Yrigoyen a Martín García, y parece que el joven Borges cambió de idea y pensó que... José Evaristo Uriburu era la gran esperanza argentina"*.

Poco más tarde Onetti ingresó como empleado en una empresa que fabricaba silos para las cooperativas agrarias, empleo con el que la literatura contrajo una deuda singular. Allí conoció a un hombre joven al que todos llamaban Ramonciño. Tenía su misma edad y era ayudante del tenedor de libros. Simpatizaron y al terminar la jornada solían salir juntos, oportunidad en la que, invariablemente, Ramonciño entraba a la peluquería de enfrente, sobre la calle Defensa, para hacerse afeitar y acicalarse las uñas por una manicura. Pero al día siguiente el hombre se quejaba de que la afeitada no había sido perfecta y tampoco el trabajo en sus uñas. Juan Carlos no comprendía por qué un tipo de apariencia tan viril manifestaba ese entusiasmo femenino por su aspecto hasta que un día le confesó que tenía dos mujeres trabajando en los prostíbulos y que en realidad, utilizaba el trabajo como pantalla para eludir la ley Palacios que deportaba a los proxenetas.

Una noche, al salir de la oficina, Onetti lo vio llorar en el boliche de la esquina. Cuando le preguntó qué le pasaba, el otro le contó que acababan de asesinar al "Bebe" frente a uno de los prostíbulos. *"Y el Bebe era la gran esperanza argentina prostibularia frente a los marselleses* —recordaría Onetti por si alguien no tenía claro que "las grandes esperanzas" abundaban en medio de la ruina—. *Lo habían liquidado... y el hombre,*

como dice el tango, lloraba como una mujer. Era un orgullo patriótico, ¿se entiende? Porque los marselleses habían ganado en ese golpe, y la gran esperanza de ellos había sido que el "Bebe" liquidara a los marselleses y los prostíbulos volvieran a ser argentinos".

Esa noche Onetti caminó por la ciudad con la imagen dolorida de su amigo. Esa noche demoró en llegar a casa, y mientras imaginaba una razón que justificara llorar así, cada paso alentaba el nacimiento de un personaje sin historia, lugar o fortuna, un mamarracho dibujado en medio del tránsito que con el tiempo alcanzaría a cobrar la fisonomía de un hombre y un sueño: el prostíbulo de Larsen.

Al año siguiente de radicarse en Buenos Aires nació su hijo Jorge. Todavía trabajaba en la empresa de silos pero no por mucho tiempo más. Las acciones de la empresa contaban con el aval del gobierno de Uriburu. Cuando en 1932 asumió la presidencia Agustín P. Justo los avales fueron retirados y la empresa se fundió. Onetti volvió a probar diversos oficios, entre ellos, mozo de café, aprendiz de pintor —*"Tenía la tarea más ingrata: sacar toda la pintura vieja, despegarla. Al terminar la jornada tenía las manos llagadas, goteando sangre"*—, vendedor de máquinas de calcular Víctor, de las que no llegó a vender ninguna. Un día conoció a Conrado Nalé Roxlo, que comenzó a publicarle comentarios de cine en el diario *Crítica*.

Cuando andaba sin trabajo y el hambre asediaba, salía a caminar por Corrientes solo para ver si encontraba a algún amigo que le prestara plata. *"Cuando rajés los tamangos buscando ese mango que te haga morfar..., decía Discépolo. Bueno, yo recorrí la calle Corrientes no buscando el mango sino buscando cinco mangos, porque tenía una mujer que se quedaba en la cama de debilidad, de pura hambre, sin poder moverse".* Si andaba de suerte, conseguía que alguno los invitara a cenar a los dos. Entonces María Amalia, con disimulo, tomaba un pancito de la panera y lo escondía en su cartera, Onetti deslizaba otro a un bolsillo, y se aseguraban el desayuno del día siguiente.

Un fin de semana en que se quedó sin tabaco —un decreto prohibía la venta de cigarrillos los sábados y domingos—, la desesperación lo llevó a escribir treinta y dos páginas de un tirón en las que desahogó sus ganas de atrapar una verdad más

firme que aquella en la que se hundía. El fracaso estaba ahí, con la alevosía de sus veintitrés años amenazados de infortunio. Fue la primera versión de *El pozo*, cuyo original se encargó de perder y luego rescató de la memoria en otra ciudad. Pero estaba el sueño de la muchacha que en la noche de verano bajaba por la pendiente de Eduardo Acevedo hacia la rambla, con pasos largos, su vestido blanco y el sombrero caído sobre una oreja. Estaba el viento que golpeaba la pollera trabándole los pasos, su leve inclinación como un barco de vela, y el deseo de salvarla del desfiladero por el que una muchacha acababa convertida en una mujer experta en cortes de vaca.

Lo que adelantaba el cínico Yago, lo confirmaba con no menos mordacidad Eladio Linacero, prefigurado en la primera versión de *El pozo*: *"He leído que la inteligencia de las mujeres termina de crecer a los veinte o veinticinco años. No sé nada de la inteligencia de las mujeres y tampoco me interesa. Pero el espíritu de las muchachas muere a esa edad, más o menos...Y si uno se casa con una muchacha y un día se despierta al lado de una mujer, es posible que comprenda, sin asco, el alma de los violadores de niñas y el cariño baboso de los viejos que esperan con chocolatines en las esquinas de los liceos".*

Aunque Onetti se encargó de diferenciar la visión de Linacero de la suya, el texto refleja el límite de una ilusión juvenil y su desencanto frente a las formas maduras de la vida. El tiempo vivido como deterioro, enemigo del deseo, señalaba una confrontación que hallaba en el amor sexual su metáfora más preciada. Como en el tango *Uno*, de Discépolo, la virilidad se veía amenazada en muchos órdenes y encontraba en la imagen de la mujer un espejo donde mirarse y perderse.

En esos años Onetti descubría *El juguete rabioso*, *Los siete locos*, *Los lanzallamas* y principalmente las "Aguafuertes porteñas" que Roberto Arlt publicaba en el diario *El Mundo*, primero todos los martes y luego en forma irregular por astucia del director, Muzzio Sáenz Peña, quien advirtió que las ventas se duplicaban cuando aparecía la columna. *"El triunfo periodístico de los 'Aguafuertes' es fácil de explicar* —diría Onetti en el prólogo a la edición italiana de *Los siete locos*—. *El hombre común, el pequeño y pequeñísimo burgués de las calles de Buenos Aires, el oficinista, el dueño de un negocio*

raído, el enorme porcentaje de amargos y descreídos podían leer sus propios pensamientos, tristezas, sus ilusiones pálidas, adivinadas y dichas en su lenguaje de todos los días. Además, el cinismo que ellos sentían sin atreverse a confesión; y, más allá, intuían nebulosamente el talento de quien les estaba contando sus propias vidas, con una sonrisa burlona pero que podía creerse cómplice". La evocación permite captar una época y con mayor precisión, la lectura que de Roberto Arlt hacía Onetti, por entonces empleado de una oficina ubicada en un sótano, rodeado de tipos que se doblaban sobre sus escritorios con resignación. El terror a quedar atrapado en aquella vida se le personificaba dos veces a la semana cuando el viejito que iba a darles clases de inglés, cansado y consumido, subía y bajaba las escaleras que llevaban a la calle de una forma penosa, sin entusiasmo por irse o por llegar. "*Me horrorizaba pensar que mi vida podía terminar en eso*", recordaría más tarde.

Por si la suerte premiaba su insensatez de imaginar historias, hacia fines de 1932 escribió un cuento y lo envió a la redacción de *La Prensa*, que por entonces organizaba un concurso literario. Seleccionaron diez textos, entre ellos, *Avenida de Mayo-Diagonal-Avenida de Mayo*, que fue publicado el primer día de 1933 para festejo de su espíritu y de sus bolsillos, engrosados con la suma de cuatrocientos pesos.

Era la primera vez que publicaba, a excepción de los relatos juveniles de *La tijera de Colón*. Pero aquello había sido una experiencia pueblerina y casi doméstica. Ahora se trataba de un diario de gran tirada y de un reconocimiento profesional que estimulaba la confianza. Aunque luego sentenciara sobre ese cuento: "*James Joyce, a pesar de que todavía no había descubierto el monólogo interior*", el premio sostuvo su amor propio, maltrecho por la errante situación laboral y el irreversible derrumbe de su matrimonio, que lo llevaría de regreso a Montevideo al año siguiente.

Regresaba fracasado y sin un peso, con el destino un poco más irresuelto. Buenos Aires había sido una ilusión de la que acababa de caerse. De su experiencia en la gran ciudad traía, sin embargo, el cuento premiado por *La Prensa* y los manuscritos de una novela titulada *Tiempo de abrazar* que, como la primera versión de *El pozo*, luego se encargaría de extraviar. Trece

capítulos aparecieron años más tarde en una caja guardada en la casa de su hermana Raquel, los que fueron publicados bajo el mismo título por la editorial Arca, en 1974. Llegaba también enamorado de quien convertiría ese mismo año en su segunda esposa, María Julia Onetti, hermana de su ex mujer y cuatro años menor.

Desde marzo de 1933 regía en Uruguay la dictadura de Gabriel Terra, asociado con el sector herrerista del Partido Nacional. Baltasar Brum, relevante político del Partido Colorado, se había suicidado con la intención de provocar un alzamiento popular, sin conseguir más que una fecha luctuosa en el calendario. Pero la oposición había comenzado a moverse y aunque Onetti no asumiera compromiso político alguno, la resistencia al régimen contaba con sus simpatías.

En los primeros tiempos su hermana Raquel le pagó el hospedaje en una pensión y le pasó alimentos hasta que Onetti consiguió ingresar como vendedor de entradas en las boleterías del Estadio Centenario, un trabajo que resultó más redituable de lo que esperaba. *"Me rendía mucho dinero, porque eran tan brutos los tipos que no esperaban el cambio. Traían billetes de cinco pesos, yo les daba la entrada, y entonces salían corriendo para no perderse nada. Se oían los aullidos de la multitud y rajaban. No sabían de qué cuadro era el gol, y se iban dejándome un remanente de dinero, de la estupidez humana. Había días de lluvia en que los veía llegar y pensaba: pero no tendrán un amorcito para pasarse el domingo metidos en la catrera, oyendo la lluvia en el techo de zinc..."*

El remanente de la estupidez no era un beneficio al que Onetti se fuera a encadenar. Poco después entró al Servicio Oficial de Semillas, un empleo público y solitario que requería de sus músculos pero le dejaba tiempo suficiente para meditar, leer y escribir. Le encargaron la custodia de una tolva en la que debía verter una bolsa de semillas, de tanto en tanto. Aislado del tránsito de la ciudad, que llegaba apenas como un rumor, sin otros compañeros de trabajo, pasaba la mayoría del tiempo en la casilla ubicada junto a la tolva, con un libro en las manos o dedicado a la escritura de su novela *Tiempo de abrazar*. De a ratos se echaba una bolsa al hombro, iba hasta la máquina, la alimentaba y volvía a la penumbra de la casilla. El trabajo te-

nía todas las comodidades que podía ofrecer Montevideo a una proletaria vida de escritor. Cuando se cansó de la tolva, ingresó en una concesionaria de automotores, con cuyo dueño, un turco apellidado Jorge, trabó una estrecha amistad.

El 14 de abril de 1934 el diario *Crítica*, de Buenos Aires, publicó un fragmento de la novela que escribía, bajo el título *"La total liberación"*. Hasta entonces, *Crítica* había difundido textos de varios escritores uruguayos, entre ellos Enrique Amorín, Juan José Morosoli, Giselda Zani y Francisco (Paco) Espínola, a quien Onetti seguía con interés. El año anterior había leído en el suplemento sabatino del diario "Las tres confusas borracheras" y "Los cinco jinetes rumbo al calabozo"[7], dos cuentos que confirmaron su admiración por Espínola.

Onetti lo conoció en la redacción del diario *Uruguay*, aventura editorial del fundador de *Crítica*, Natalio Botana, donde Paco trabajaba como corrector de pruebas. Ocho años mayor, Espínola había publicado *Raza ciega* (1926), *Saltoncito* (1930) y la novela *Sombras sobre la tierra* (1933), no sin escándalo. Única participante en la categoría "Novela" del concurso municipal de 1934, el premio fue declarado desierto, en parte, según lo entendieron sus admiradores, porque Espínola había participado en el levantamiento armado de Paso Morlán contra la dictadura —aunque no hubiese disparado un solo tiro—, en parte por la crudeza con que asumía el lenguaje del mundo del "bajo".

Con *Sombras...* Paco Espínola apostaba por la temática urbana, alejándose de la problemática gauchesca. En ese giro Onetti percibía el desafío que Arlt planteaba en Buenos Aires bajo el aliento de Dostoievski, un estímulo a lo que se proponía realizar. Lo explicó unos años después desde las páginas de *Marcha*, en ocasión de la segunda edición de *Sombras sobre la tierra*: "*demostró que era posible hacer una novela nuestra, profundamente nuestra, sin gauchos románticos ni caudillos épicos; y trajo hacia nosotros un clima poético sin retórica,*

7 La primera versión de "Qué lástima" se publicó bajo el título de "Las tres confusas borracheras" en la *Revista Multicolor* del diario *Crítica*, Buenos Aires, el 30 de setiembre de 1933. La primera versión de "Los cinco" apareció en el mismo suplemento bajo el título "Los cinco jinetes rumbo al calabozo", el 9 de diciembre de 1933.

que emana de sus personajes y sus lugares, sin esfuerzo, revelando la esencia angélica de los miserables (...) el más largo paso dado en la evolución de nuestras letras (...) un recio tronco del que se desprenden nuevas y numerosas ramas".

Cuando inició su relación con Espínola, Onetti conoció también a su cuñado, Casto Canel, que por entonces era una joven atraído por la música, los libros y el mundo del bajo. Los tres sostuvieron una amistad en la que no faltaron muestras de lealtad en su producción creadora y en la vida cotidiana.

La aventura de Botana y su periódico *Uruguay* fue tan inspirada como fugaz. La dictadura de Terra no demoró en advertir la hostilidad de Botana contra el gobierno. Clausuró el diario y deportó a su director a Buenos Aires. Pese a gozar de un reconocimiento que lo consagraba en la literatura, entonces Espínola pasó por muchas dificultades. Tras el cierre de *Uruguay* volvió a quedar sin trabajo y sumido en la estrechez económica. *"Me gastaba en un santiamén lo que agarraba y había momentos en que me faltaba lo imprescindible"*, recordaría años más tarde. Vivía en un cuarto de pensión al que llegaba Onetti a tomar mate y conversar de literatura, o a contemplar en silencio la llama del primus y el precio de asumir una coherencia individual. Onetti trabajaba en la concesionaria de autos y ganaba alrededor de setenta pesos, lo que frente a las dificultades de su amigo le parecía una fortuna. Una tarde llegó más temprano que de costumbre. Desde hacía varios días Paco sobrellevaba una dieta obligada y el sueldo que acababa de cobrar debió parecerle un sacrilegio. *"Mirá, tomá, che. Cobré y me sobra. Tomá..."*, le dijo mientras sacaba un fajo de billetes. Pero Paco no quiso recibir el dinero y negociaron darse un banquete en un gran restorán.

Ya entonces Onetti tenía una actitud personal que lo vinculaba a un mundo sumergido bajo las formas de la moral convencional. *"Siempre tuvo la conducta del reo* —dice Casto Canel—, *del que sabe que debe pagar por lo que es. Cuando se bajan varios escalones en el medio social, las relaciones son distintas, más profundas, más espontáneas, más amplias y al mismo tiempo más confusas. Un reo de esos que encontrábamos andando por ahí, no sabía nada de la moral y las costumbres, sin embargo, aunque se dedicara a la trata de blancas y*

fuera un antisocial, tenía una rectitud de conducta difícil de encontrar en capas sociales más educadas".

"Había amistades muy sólidas entre individuos que no se veían por largos períodos —agrega el pintor Tola Invernizzi, quien trataría a Onetti unos años más tarde—. *La amistad no se basaba en lo que el individuo hacía sino en lo que sabíamos que no era capaz de hacer. En una razón ética que no tiene que ver con la moral sino con el compromiso que toma con lo que ha dicho públicamente. Podés ser puto y podés ser ético, podés ser chorro y ser ético. El compromiso que tú ofreciste a los otros hombres debía operar como una seguridad. Podías ser cualquier cosa, pero debías cumplir con el pacto".* De esas lealtades da cuenta el gesto de Onetti con Espínola, y de una forma más dramática pero signada por la misma lógica, la anécdota de otro de sus amigos, Julio Adín. *"Todas las debilidades que puede tener un hombre* —dice Tola—, *alcoholismo, juego, lo que quieras, se las podías poner en esos años a Julio Adín. Ahora, era insobornable en su ideología. Él tenía una enorme valentía moral y una gran cobardía física. Un día, por esos saltos que a cada hombre le toca dar alguna vez en la vida, estaba con un grupo de jóvenes judíos del MAPAM (sigla en hebreo del Partido Obrero Unificado) en un campamento de las sierras de Córdoba, y una barra de muchachos fascistas los fue a provocar. 'Ustedes son judíos y deben irse a Israel, no tienen nada que hacer acá', dijo uno de ellos. 'No hay que discutir —dijo Julio—, son antisemitas, son hijos de puta'. Uno de los provocadores respondió: 'si decís otra vez que soy hijo de puta te mato'. Por primera vez en su vida Julio puso el pecho. Le dieron una puñalada, de la que se salvó por milagro. Ese fue un salto tremendo..., como si hubiera dicho: mi cuerpo también pertenece a la valentía. En ese momento asumió con lo más cobarde que tenía, la defensa de sus ideas. Porque el tema de la valentía es: qué hago con mi cuerpo. Mi alma está muy bien, pero qué hago con mi cuerpo...".*

Entonces Onetti continuaba la escritura de *Tiempo de abrazar*, cuyos manuscritos Espínola seguía atentamente, y en forma paralela, la de sus cuentos. En un viaje a Buenos Aires decidió llevarle a Eduardo Mallea, que por entonces dirigía las páginas culturales de *La Nación*, el relato "El obstáculo". No

lo conocía personalmente y temía que el escritor lo rechazara por inmoral. La historia había nacido de una experiencia en su anterior estadía en Argentina. Un médico amigo, llamado Salustio, *"...un animal, una bestia, pobre, tan bruto"*, debía hacer una suplencia de un mes en la colonia de un reformatorio en Marcos Paz, y lo invitó a acompañarlo por temor a aburrirse. El único atractivo era comer y comer hasta reventar, por lo que Salustio organizó grandes comilonas en el reformatorio, junto a otros médicos conocidos de la zona. *"Allí observé la relación de parejas que se establecía entre los muchachos. Me impresionó sobre todo cuando descubrí a un chico que hacía de mujer de la pareja, y le cuidaba la ropa al otro, que hacía de varón. Cuando éste estuvo en el sanatorio de la colonia, el otro, tenía tal vez unos catorce años, le iba a hacer una visita y llevaba una rosa en la mano. Me acuerdo de la sonrisa del muchacho, lleno de vergüenza y timidez, sabía que todo el mundo sabía"*, recordó una vez. Mallea publicó el cuento el 6 de octubre de 1935 y volvió a publicarle otro, "El posible Baldi", el 20 de septiembre de 1936. Para demostrarle su respeto y su confianza, cada vez que Onetti llegaba a la redacción de *La Nación* con algún cuento, Mallea tocaba un timbre y hacía llevar el texto directamente a la imprenta, sin leerlo. *"Pero claro que era todo mentira. Seguramente luego lo examinaba"*.

La preocupación de Onetti por la moralidad o inmoralidad de sus ficciones respondía a dificultades concretas. *Tiempo de abrazar* fue mutilada por esas razones. *"Iba a publicarlo un señor judío y entonces él me dijo que tenía que suprimir esto y aquello porque lo estaba leyendo su señora y le había dicho que era inmoral"*. Pero también formaba parte de una tensión social que por aquellos años encontraba expresión en la literatura. Sus primeros cuentos coincidieron con los libros de Roberto Arlt, con *El hombre que está solo y espera* (1931), de Scalabrini Ortiz; *Radiografía de la Pampa* (1933), de Martínez Estrada; *Historia de una pasión argentina* (1937), de Eduardo Mallea; *El más allá* (1935), de Horacio Quiroga; *Historia universal de la infamia* (1935), de Jorge Luis Borges. Los tangos de Discépolo y Cadícamo, el suicidio de Leopoldo Lugones en 1938, sumaban expresión al sentimiento de fracaso que embargaba a las capas medias del Río de la Plata. De las debilidades

de un mundo que se mostraba como no era, Onetti extraería la materia de sus historias. Escribir había comenzado a ser un vicio, una manía, una manera de la felicidad privada, indiferente a un destino profesional que, aunque alentado por la publicación de sus primeros cuentos, todavía se mantenía distante.

En 1934 llevó su novela *Tiempo de abrazar* a Roberto Arlt, que por entonces trabajaba en el diario *El Mundo*, de Buenos Aires. Pasaba una temporada en la casa de su amigo Italo Constantini (Kostia), *"una de las personas que he conocido, hasta el límite de intimidad que él imponía, más inteligentes y sensibles en cuestión literaria. Desgraciadamente para él leyó mi novelón en dos días y al tercero me dijo desde la cama —reiterados gramos de ceniza de Player's Medium en la solapa—:*

—Esa novela es buena. Hay que publicarla. Mañana vamos a ver a Arlt."

Kostia era la oveja negra de una familia propietaria de una cadena de florerías, que le pasaba dinero siempre y cuando se mantuviera a prudente distancia del negocio. En esa situación privilegiada había cultivado su inteligencia con lucidez y modestia, dedicando la mayor parte de su vida a la lectura. Había crecido con Arlt en el barrio de Flores, conocía a muchos protagonistas de *Los siete locos* y *Los lanzallamas*, e invariablemente se tiraba ceniza de cigarrillos en la solapa.

A los reparos de Onetti, Kostia contestó: *"Arlt es un gran novelista. Pero odia lo que podemos llamar literatura entre comillas. Y tu librito, por lo menos, está limpio de eso. No te preocupes, lo más probable es que te mande a la mierda"*.

En el verano de ese año, Arlt había cumplido los planes de Silvio Astier, el protagonista de *El juguete rabioso*. Viajó a la Patagonia munido de botas, una chaqueta de cuero y una pistola automática. Después de recorrer los lagos de la cordillera y las inhóspitas tierras de Neuquén, había regresado a su escritorio en el diario, satisfecho de sí mismo y entusiasmado con los avances de su invento para fabricar medias de mujer cuyos puntos no se corrieran. *"Conseguí hacer la media eterna, reforzándola en la puntera y en el talón con una combinación de caucho. ¿Te das cuenta? Es como el fósforo de Kreuger"*, le diría a su amigo Calki el día de la presentación del procedimiento, un 17 de octubre que en 1934 todavía no era peronista.

Pero a las cuatro de la tarde del día en que Kostia entró a su oficina en el diario, con un manuscrito que traía de regalo un aspirante al parnaso literario de veinticinco años, Arlt acababa de mesarse el mechón de pelo volcado sobre su frente y hacía cuentas sobre el dinero que necesitaría para fabricar las medias. Como para hacer algo, Onetti le ofreció un paquete de cigarrillos, pero Arlt lo desechó con un gesto silencioso, se dio un tiempo para mirarlo y calcular en qué kilómetro se le acabaría la gasolina. Tenía un método del que se ufanaba. A diferencia de sus colegas, que cuando les llevaban un manuscrito para leer ponían trabas tan corteses como desinteresadas, se dedicaba a conseguir toda clase de facilidades para que el nuevo genio publicara. El método no fallaba. Un año o dos, y el tipo ya no tenía nada más que decir, enmudecía y regresaba a lo suyo con la vanidad de su aventura literaria.

Después de un incómodo silencio en el que Onetti se inhibió de confesar admiraciones, lo que sin duda Arlt agradeció, tomó el manuscrito con pereza y dijo: "assí que usted escribió una novela y Kostia dice que está bien y yo tengo que conseguirle un imprentero". Comenzó a leerla por fragmentos, salteando de cinco a diez páginas, como quien hojea una revista. Un año de trabajo, pensaba Onetti, y éste la quiere leer en diez minutos.

Finalmente Arlt abandonó el manuscrito sobre el escritorio y le dijo a Kostia, que fumaba en un rincón de la oficina:

—Dessime vos, Kosstia, ¿yo publiqué una novela este año?

—Ninguna. Anunciaste pero no pasó nada.

Empezó a echarle la culpa a las *Aguafuertes* sin ninguna necesidad. Habló de ellas con un exhibicionismo pueril y compadrito, y finalmente dijo: *"entonces, si estás seguro que no publiqué ningún libro, lo que acabo de leer es la mejor novela que se escribió en Buenos Aires este año. Tenemos que publicarla".* Onetti quiso desaparecer. Podía ser un párvulo a la vista del gran escritor, pero no tan idiota para ignorar una escena fingida. Algo de esa hostilidad sintió el otro, porque enseguida puso una mano sobre el manuscrito y lo atajó: *"Claro, usted piensa que lo estoy cachando y tiene ganas de putearme. Pero no es así. Vea: cuando me alcanza el dinero para comprar libros, me voy a cualquier librería de la calle Corrientes. Y no necesito hacer más que ésto, hojear, para estar seguro de si una no-*

vela es buena o no. La suya es buena y ahora vamos a tomar algo para festejar y divertirnos hablando de los colegas".

En la conversación que mantuvieron en el café de Rivadavia y Río de Janeiro, a pocos pasos del edificio de *El Mundo*, Arlt citó con precisión y se burló de la mayoría de los escritores argentinos que impostaban una retórica literaria de principios de siglo. Onetti le estudiaba la soberbia pero advertía que lejos de guiarlo la envidia, exponía muchos de los supuestos que sostenían la autenticidad de su obra. Nació entonces una amistad que los volvió a reunir en unas pocas ocasiones. Onetti admiraba más sus libros que su personalidad. En un prólogo a *Los siete locos*, señaló: *"...el pobre hombre se defendió inventando medias irrompibles, rosas eternas, motores de superexplosión, gases para concluir con una ciudad. Pero fracasó siempre y tal vez de ahí irrumpieran en este libro metáforas industriales, químicas, geométricas. Me consta que tuvo fe y que trabajó en sus fantasías con seriedad y métodos germanos. Pero había nacido para escribir sus desdichas infantiles, adolescentes, adultas. Lo hizo con rabia y con genio, cosas que le sobraban".*

De mediados de 1937 data la primera nota conocida de Onetti para la prensa uruguaya. Apareció en el diario *El País* y estaba destinada a defender la obra de teatro *La fuga en el espejo*, de su amigo de las horas del primus, Paco Espínola, quien había vuelto a provocar polémica en el mundillo cultural. Esta vez la discusión no se vinculaba a la moral sexual, pero las reacciones no eran menos prejuiciosas. Unos le reprochaban falta de dramatismo teatral y otros, ausencia de compromiso ideológico con las causas populares. Sin conformar a la élite, que veía la obra demasiado sofisticada, ni a los idealistas sociales, Espínola había subido al escenario luego de la última representación y vestido con un traje negro y cuello palomita, munido de puntero y pizarrón, se dispuso a explicar la estructura de la obra al público reunido. Onetti defendió la pieza, señalando que *"las imágenes fragmentadas, los pedazos de recuerdos, los asomos de ideas, recuerdos y sentimientos que bullen incesantes dentro del hombre, en su vigilia y en su sueño"* tenían el derecho y la necesidad de expresarse fuera de *"la manera común y gramatical que sirve para el tráfico de pensamientos"*. Sus

argumentos adelantan la idea que comenzaba a consolidar bajo influencias cruzadas. La correspondencia de Onetti con el pintor y crítico de arte argentino Julio E. Payró, iniciada en 1937 y prolongada durante veinte años, muestra hasta qué grado se hallaba compenetrado con la pintura postimpresionista y la crítica de arte. Le escribe en 1937: "*... Siempre he sacado poca o ninguna utilidad de mis lecturas sobre técnica y problemas literarios; casi todo lo que he aprendido de la divina habilidad de combinar frases y palabras ha sido en críticas de pintura. Y un poco en las de música. El por qué de esto no lo veo muy claro.*" En muchas de esas cartas expresa su admiración por Gauguin, su preferido, Cézanne y Rousseau, en quienes advertía un cambio de rumbo de substanciales consecuencias estéticas. Como señala el crítico Hugo Verani, que descubrió y rescató la correspondencia con Payró de los archivos de la Universidad de Notre Dame, en Estados Unidos, "*No debería extrañar que Onetti, familiarizado con el arte moderno, y apoyado por Joaquín Torres García y Payró, comprendiera el legado de los pintores de fines del siglo XIX. El realismo de Rousseau, Cézanne y Gauguin posee la cualidad de transponer la vida diaria, cotidiana, a un mundo imaginario que nada tiene que ver con el llamado realismo mágico, mítico. Todo pertenece al orden de lo natural, de lo reconocible e inmediato, adhesión a la realidad, ajena, sin embargo, al concepto convencional de realismo. La pintura que Onetti aprecia revalida una noción no figurativa del arte, un ideal constructivista, de realización artística.*"

La atención sobre la pintura posimpresionista acompañaba por entonces su lectura de narradores norteamericanos como Hemingway, Dos Passos y principalmente, Faulkner, en quien había hallado una nueva forma de narrar y abarcar la realidad.

Le contó a Juan Cruz que lo descubrió en Buenos Aires: "*yo iba caminando y me encuentro con una revista que me había comprado y hojeado, y me encuentro con un cuento que se llama 'Todos los aviadores muertos', o 'Todos los pilotos muertos'. Empecé a leer eso y fue un deslumbramiento tal que me senté en un café hasta terminarlo. Me dio la sensación de que aquel era un genio, para mí era un genio*". Si el recuerdo es fiel

debió leerlo en la *Revista de Occidente,* que publicó el cuento en 1933, pero Onetti sumó otras versiones de esa lectura inaugural, y deliberadas o no, las confusiones no esconden sus consecuencias literarias. Faulkner acercaba al Río de la Plata un tono diferente al que había dejado la influencia de Dostoievski. Estaba escrito el hacinamiento de los suburbios y la mística de los miserables, pero Onetti buscaba abrir una distancia americana con las experiencias más sensibles, sin escamoteos ni engaños, y para hacerlo era necesario ser un artista: *"un hombre capaz de soportar que la gente —y, para la definición cuanto más próxima mejor—, se vaya al infierno, siempre que el olor a carne quemada no le impida continuar realizando su obra* — como escribiría más tarde en las páginas de *Marcha—. Y un hombre que, en el fondo, en la última profundidad, no de importancia a su obra. Porque sabe, no puede olvidar —y ésta es su condena y su diferencia— que todo termina"* en la muerte[8]. Ese hombre era William Faulkner, y ese hombre quería llegar a ser Onetti.

8 Onetti, Juan Carlos, "Réquiem por Faulkner", Marcha, 13 de julio de 1962.

Marcha, el capitán Langsdorff y *El pozo*

El sábado 23 de junio de 1939 Onetti salió de los Talleres Gráficos Sur después de dos días sin dormir. Había corregido pruebas, discutido con Ardao y con Castro, y disputado a las galeras de una linotipo cada centímetro de espacio. Luego debió ir con los muchachos de *Marcha* a pegar el gorro frigio que diseñó Julio Suárez en los afiches de propaganda. Pero se rompió un engranaje de la impresora, o eso decían para ocultar un supuesto sabotaje, y perdido el viernes, hubo que recomponer tipografía, vigilar al pie de la máquina. El linotipista lo había aturdido toda la noche con sus cuentos del Oro del Rhin, Julio Daldorf, el Führer uruguayo, la actividad de los nazis en Montevideo, y el recuerdo de su voz pudo mezclarse con la de los canillas que gritaban: *"¡Marcha...! ¡Marcha...!* ¡Violenta carta del doctor Quijano contra Emilio Frugoni...!" El semanario estaba en la calle y lo único que Onetti quería era dormir. *"Nadie sabía qué era en realidad,* Marcha, *ni siquiera nosotros que la estábamos haciendo. Aquello era un monstruo, no había rumbo ninguno"*— diría años después.

Desde los diecisiete años Carlos Quijano había desarrollado una intensa actividad estudiantil. Recibido de abogado, viajó a París a estudiar economía en La Sorbona y de regreso, en 1928, fundó la Agrupación Nacionalista Demócrata Social, como alternativa independiente dentro del partido Blanco. Luego del golpe de Terra su figura había crecido en la oposición con una prédica antiimperialista que, sin conmover a los sectores populares, reunió a importantes figuras progresistas, primero a través del periódico *El Nacional,* luego del semanario *Acción* y

finalmente de *Marcha*, que durante 35 años habría de operar como faro de la izquierda uruguaya y referente continental. Sus posiciones independientes lo llevaron a oficiar de francotirador en el campo de la política y a ejercer un liderazgo intelectual que quedó inscripto en la cultura uruguaya como símbolo de una pasión romántica y aleccionadora.

Onetti estuvo vinculado directamente a *Marcha* en su inicio y en su cierre, en noviembre de 1974. Conoció a Quijano a través de su hermano Raúl, amigo y profesor adjunto de la cátedra de estadística que hacia 1939 don Carlos dictaba en la Universidad. Por entonces, el dueño de la concesionaria de autos donde trabajaba Onetti había viajado a operarse a Estados Unidos y no regresó. Quijano lo nombró Secretario de Redacción del naciente semanario y de ese modo abrupto lo inició en el periodismo, pese a que Onetti no compartía las ideas de Quijano con el fervor militante de quienes lo rodeaban.

Necesitaba un empleo y abrirse camino en un oficio cercano a la escritura, pero no esperaba cargar con tanta responsabilidad. Se lo dijo a Julio E. Payró, sin ambigüedades: *"El señor Onetti quería periodismo y le dieron con cierta exageración. Todas las traducciones, todas las correcciones, toda la armada. Y el relleno, maldito sea. Y las notas que se hacen pero no se cobran. Bueno, no me haga mucho caso porque estoy particularmente malhumorado. A mitad de semana me entusiasmo, vuelvo a entusiasmarme como un imbécil y no me quejo por nada. Lo malo es que a mitad de semana no tengo tiempo para escribirle."*

La redacción funcionaba en el primer piso del ala derecha del edificio de Rincón 593, esquina Juan Carlos Gómez, y en la misma planta, pero sobre el otro extremo, vivían las mujeres del "Boston", un cabaret frecuentado por la bohemia montevideana. Los comienzos fueron difíciles y audaces. Teodosio Lezama, el encargado de los Talleres Gráficos Sur, no imprimía sin que le pagaran el número anterior y desde el inicio nadie podía asegurar que aquello fuese posible. Entre mates y copas, Onetti corregía y se encargaba del tráfico de los artículos a publicarse. Lo ayudaban los más antiguos colaboradores de Quijano: Arturo Ardao, Julio Castro, Wellington Andreoletti, Julio A. Cedrán, quienes acompañaban al director desde la época de *El Nacional*. En el área cultural,

Onetti contaba con los aportes de Paco Espínola, Lauro Ayestarán, Carlos Gurméndez, Danilo Trelles y Arturo Despouey, a quien le había encargado la página de teatro y cine, confiado en su talento pero ignorante de su impuntualidad. *"Llegaba la madrugada, la una, las dos, las tres, y Despouey no aparecía. Entonces le decía a Quijano: 'Se acabó, acá metemos cualquier cosa, no puede ser...' En ese momento aparecía Despouey, le recitaba un poema de Shakespeare a Quijano, Quijano lo reconocía, se abrazaban y chau. Entonces había que seguirla, pagar las horas extras de los linotipistas y publicar lo que traía Despouey, que siempre era muy bueno"*. Cuando Despouey no llegaba, Onetti se aislaba en un rincón del taller o se iba a tomar un café, y regresaba con un cuento policial escrito de apuro por un escritor extranjero de origen desconocido.

Omar Prego logró identificar dos de esos cuentos y hacerlos confirmar por su verdadero autor: "El fin trágico de Alfredo Plumet", firmado por Pierre Boileau y "adaptado" por Jean Samal, publicado el 28 de julio de 1939, y "Un crimen perfecto", firmado por Regy, aparecido el 19 de enero de 1940. Otros cuentos de autores improbables fueron reconocidos por Onetti como *"pecados juveniles que he sabido hacerme perdonar con otros cuentos menos malos"*. El recurso, propio de un escritor y asiduo lector de novelas policiales, eludía la vigilancia de Quijano, aunque es probable que habiéndolo sospechado, el director prefiriera no indagar.

En el primer número de *Marcha*, Onetti inauguró una columna semanal denominada "La piedra en el charco", firmada por "Periquito el aguador". Contó Onetti que haciendo numeritos sobre las 25 horas diarias que le dedicaba al semanario, a Quijano se le ocurrió *"que yo destinara el tiempo de holganza a pergeñar una columna de alacraneo literario, nacionalista y antimperialista, claro"*. Se negó con el pretexto de desconocer la existencia de una literatura nacional, pero Quijano le habría respondido que algo similar le ocurría a él con la política y a pesar de eso podía escribir un macizo editorial por semana sobre la nada. Tiempo después, en un reportaje, Quijano desconoció el diálogo y señaló que respetaba el derecho del novelista a imaginarlo, acaso preocupado por lo que siendo virtud en un escritor pudiera parecer inadecuado en un político.

En su primera columna, titulada "Señal", Onetti desenmascaró el epigonismo de los escritores de la época y alentó la búsqueda de un lenguaje auténtico que expresara la vida montevideana. *"En otras épocas, que nunca fueron de oro —fuerza es reconocerlo— jóvenes inquietudes removían el curso de las generaciones y por lo menos una apariencia de labor colmaba el correr de los días. En la actualidad, sobre los cotidianos escorzos poéticos, síntomas más bien de insuficiencia que de riqueza, las letras siguen destilándose de las antiguas y patinadas plumas. Esto induce a pensar en un país fantástico en que de pronto hubiera desaparecido la juventud y el reloj de la vida siguiera dando siempre una idéntica hora... Entretanto vírgenes territorios literarios de la ciudad y el campo ofrecen su angosta pero profunda riqueza sentimental a los más nuevos viadores. Es necesario que una ráfaga de atrevimiento, de firme y puro atrevimiento intelectual cure y discipline el desgano de las inteligencias nacientes..."*[9]

En el número siguiente, explicaba para quienes habían sintonizado "la señal": *"...No hay aún una literatura nuestra, no tenemos un libro donde encontrarnos... El lenguaje es, por lo general, un grotesco remedo del que está de uso en España o un calco de la lengua francesa, blanca, brillante y sin espinazo. No tenemos nuestro idioma: por lo menos no es posible leerlo... Luego de una generación de escritores profesionales —en el buen sentido de la palabra—, de hombres que vivan para su oficio, lo amen y lo dominen, sería tal vez posible producir un tipo de artista que nadie ha querido imitar entre nosotros, que Europa ya tiene y en la cual, felizmente para ella, abunda Norteamérica. El escritor no hombre de letras, el anti-intelectual. Céline en Francia; Faulkner, Hemingway y tantos otros en USA... Es esto, en definitiva, lo que necesita la literatura rioplatense. Una voz que diga simplemente quiénes y qué somos, capaz de volver la espalda a un pasado artístico irremediablemente inútil y aceptar despreocupada el título de bárbara. Bárbaros llamaba admirativamente el dulce*

9 "Señal" y "Una voz que no ha sonado", Marcha, Año 1, Nº 1, 23 de junio de 1939, pág. 2 y Año 1, Nº 2, 30 de junio de 1939, pág. 2, respectivamente, recogidos en *Cuentos secretos, Periquito el aguador y otras máscaras*, Biblioteca de Marcha, Montevideo, 1986.

Charles-Louis Philippe a aquellos escritores que él anunciaba, destinados a vivificar las letras y limpiarlas, repitiendo en la literatura la impagable tarea cumplida por los fauves en la pintura".

A los 30 años Onetti tenía su idea de lo que debía ser la literatura bajo el dominio de la autenticidad. Su columna era una verdadera piedra arrojada por un extranjero a los círculos literarios, sin más respaldo que el de sus convicciones y desde el único lugar en que podía ser lanzada, el semanario de un francotirador. Su reivindicación del fauvismo, del artista antiintelectual, denunciaba un conflicto que también él sobrellevaba: ser un intelectual y no querer serlo bajo otra forma que la voracidad del novelista.

Onetti leyó *Viaje al fin de la noche* en francés, antes de que fuera traducido por las editoriales españolas. La historia del médico Destouches, la manera en que Céline daba cuenta de un sujeto que se perdía en las miserias del progreso y la modernidad, lo impresionó con la misma fuerza que lo hizo Faulkner. Dio aviso de su excelencia a un círculo de amigos que por entonces se reunía en el café Metro, ubicado frente a la plaza Libertad. La Segunda Guerra se iniciaba y nadie tenía por qué juzgar a Céline por su antisemitismo y su colaboración con los nazis, pero aun cuando luego se conoció su adhesión a la xenofobia alemana, Onetti no dejó de reivindicar la jerarquía de su obra. Céline era una bestia literaria en el sentido que por entonces lo reclamaba Onetti, quien ese año 39 iría a culminar la escritura de *El pozo* con la mística nocturna de *Viaje*... *"Esta es la noche; quien no pudo sentirla así, no la conoce. Todo en la vida es mierda y ahora estamos ciegos en la noche, atentos y sin comprender. Hay en el fondo, lejos, un coro de perros, algún gallo canta de vez en cuando, al norte, al sur, en cualquier parte ignorada... Me hubiera gustado clavar la noche en el papel como a una gran mariposa nocturna. Pero, en cambio, fue ella la que me alzó entre sus aguas como el cuerpo lívido de un muerto y me arrastra, inexorable, entre fríos y vagas espumas, noche abajo...".*

La escritura y publicación de *El pozo* tuvo una historia sinuosa. El cobrador de avisos de *Marcha*, el poeta Juan Cunha, se había asociado a un amigo común, Casto Canel, para abrir

una imprenta pequeña. A los trabajos de publicidad sumaban la edición de cuadernos de poesía. Editaron un libro de Juan Cunha, otro de Oribe, otro de Beltrán Martínez, y la primera edición de *Cometa sobre los muros*, de Líber Falco. Cuando Canel le pidió un texto para publicar, corto, porque un libro de más de cien páginas rara vez era tolerado por las editoriales locales, Onetti guardaba memoria de una historia extraviada en Buenos Aires, escrita de un tirón. La había vuelto a escribir y enviado a la revista *Sur*, de Buenos Aires, que no la publicó. Ante el pedido de su amigo, la rescribió por tercera vez y le entregó *El pozo*.

A Juan Cunha no le gustó, pero Canel insistió en publicarla. Harían una edición de quinientos ejemplares en papel de estraza, utilizado en los comercios para envolver alimentos sueltos, con una de mayor gramaje para la cubierta. La tapa dio origen a una leyenda en la que se anudaron distintas versiones. Casto Canel afirma que cuando preparaban la edición le ofreció a Onetti ilustrar la tapa con el dibujo de una cabeza que él mismo había realizado. Onetti le dijo que le parecía bien, pero si la firmaba Picasso. La broma cobró otra magnitud cuando la entusiasta María Julia, dedicada a las artes plásticas, dijo que le resultaría fácil imitar la firma del pintor. El carácter marginal de la publicación, en un medio marginal de un país marginal, los animó a estampar la firma de Picasso y satisfacer su deseo, que no era otro que el de la burla. Años después Onetti refirió una circunstancia penosa que lo obligó a respaldar la falsificación. *"Un señor —en aquel tiempo creo que era simplemente diputado, después llegó a ser Ministro del Interior— vino a la oficina de Reuter, en Montevideo, a preguntarme de dónde había sacado yo ese grabado de Picasso. Que él tenía la colección, estaba seguro, completamente seguro de que tenía todos los Picassos, los grabados —reproducciones, naturalmente—, y no sabía de dónde yo había conseguido... Y bueno, para mí fue una situación muy violenta, de vergüenza: no podía decirle al hombre la verdad, porque la verdad era humillante para él".*

El pozo apareció en el mes de diciembre de 1939. Refiere Canel que ambos caminaron unas pocas cuadras por la Ciudad Vieja, desde la imprenta hasta la librería Barreiro y Ra-

mos, donde la edición fue a dar al depósito. Eso parecía todo. Sin sospecharlo, de pronto, como si el mundo hubiera dado un giro absurdo, la atención internacional se centró en el puerto de Montevideo. El acorazado *Graf Spee*, que había hundido nueve barcos y más de 50.000 toneladas de acero en el lecho del océano, había entrado a refugiarse en la bahía la noche del 13 de diciembre, luego de dar batalla contra tres naves inglesas en las cercanías de Punta del Este. Desde entonces, los nazis, la posición uruguaya, la figura legendaria del Capitán Langsdorff, las presiones del embajador británico Millington-Drake, el gas mostaza, la cabeza de la guerra, su fascinante estupidez, cubrían las páginas de la prensa. Después de unos días de excitación, Langsdorff sacó el barco del puerto, lo hundió frente a Montevideo y fue a pegarse un tiro al Hotel de Inmigrantes de Buenos Aires, luego de poner a salvo a su tripulación. ¿Quién iba a prestar atención a un librito que cabía en un bolsillo, impreso en papel de fideo?

Cuando Quijano leyó *El pozo* le dijo: *"¿Te volviste loco? Retiralo de circulación. ¿Cómo vas a publicar una cosa así?""La cosa así"* era la confesión del deseo de violar a una prima, la confesión del asco y de una pena mortal.

El tiempo adjudicó a *El pozo* la dimensión de un clásico de la literatura rioplatense. La crítica ha consensuado que Onetti es *El pozo*, que el desarrollo de su obra posterior está contenida en esa pequeña novela. Pero en el momento de escribirla, Onetti no hacía cuentas con la posteridad. Le escribió a su amigo Payró: *"tengo un amigo que, a su vez, tiene una imprenta. Quiere hacer una editorial y me ha pedido un libro, chico, lo más posible, para iniciarla. Como yo estaba hundido en una novela —de extensión prohibitiva, claro está— recordé cierto relato que mandé una vez a Sur. Usted lo leyó. Es la historia de un pobre hombre que vive solo y sueña. La rehice por tercera vez y creo que quedó peor que nunca. Es una cosa escrita a las patadas, usted comprende, y que no servirá para conseguirme ningún premio académico. Dentro de una semana o diez días tendré el primer ejemplar que, como es natural, será suyo."*

Poco después Onetti le envío un ejemplar con esta dedicatoria escrita a máquina en papel de estraza, de igual tamaño

que el libro e inserta en la anteportada como si formara parte de la encuadernación:

"Mi querido Payró:

Aquí tiene el primer libro de su amigo que sale al mundo. Usted lo conoce y no tiene, pues, obligación de releerlo. Sobre todo cuando me han dicho tantos horrores de estas humildes cien paginitas. Amoral y degenerado fueron los adjetivos más reproducibles cosechados hasta ahora. Sin embargo, a Torres creo que le gustó mucho y de verdad. Entiéndalo como pueda. En cuanto a mí, yo frente al libro, una desilusión. Ni frío ni caliente; me es completamente lo mismo que se haya publicado o no, que guste o no, que sea un capo lavoro, *un libro despreciable o una cualquier cosa de esas que me llegan con corteses dedicatorias a la redacción de* Marcha (aún vive, 35 números). *Lo peor es esto que paso a confesar y que espero usted sabrá lamentar como se merece: técnicamente, estilo y adornos, esto es un mamarracho. Creo que usted sospecha que puedo hacerlo mejor. Pero siento aquí algo de aquello que France llamaba belleza invisible; una cosa de comunicación, brutal, sucia, espesa, lo que se quiera, pero que me parece mil veces más verdadera, más mía, más caliente, que todas las bellas cosas que pudiera escribir y que he escrito. Absúelvame...*

Como siempre, con muchas ganas de verlo. Es necesario que en el próximo invierno uno de los dos cruce el río. Pienso que ahora el turno es mío. Y perdón por la consonancia.

Escribo siempre, hago Marcha, *traduzco a [Jack] London, espero un empleo fabuloso que me han prometido para dentro de un mes. Mlle. Vibert bien. Me gustaría mucho que viera usted las cosas que ha pintado últimamente... Como ve usted, esto de hacerse un libro con las propias manos tiene inconvenientes pero existe la compensación de escribir a máquina las dedicatorias. No me reproche demasiado el Picasso de la carátula. Me ha servido para divertirme en silencio con mucha gente.*

Cariños a todos los suyos. Un abrazo de su amigo invariable. Onetti"

En la prensa uruguaya, sólo una voz comentó el libro. Paco Espínola, desde las páginas de *El País*, el 18 de septiembre de

1940[10]. No era frecuente que comentara libros de escritores uruguayos contemporáneos, pero le pareció tan deslucida la edición de un libro importante que le dio todo el respaldo que entonces le podía dar. *"Consideré a Onetti un extraordinario escritor, un artista de raza, desde que, hace ya tiempo, conocí una extensa novela inédita para cuya obtención de editor conspira la crudeza leal de algunas de sus páginas* [se refería a *Tiempo de abrazar*]. El pozo, *que acaba de aparecer, supera todavía aquella obra"*, comenzaba.

El destino de la edición no estuvo exento de controversias. El crítico literario Ángel Rama y Casto Canel aseguran que se vendió muy mal y que la edición entera quedó apilada en los depósitos de Barreiro y Ramos, su distribuidor. Otra versión señala que quedó *"entregada a la voracidad de las ratas y a un moroso consumo de 26 años"*. Cuando en octubre de 1989, el crítico Hugo Burel rescató esa historia en el suplemento cultural del diario *El País*, de Montevideo[11], la firma Barreiro y Ramos dio su versión de los hechos mediante una carta publicada en el suplemento, unos números más tarde: *"... De los 500 ejemplares de la edición entraron en nuestra librería, en mayo de 1940, sólo 150 ejemplares. En febrero de 1951 el autor pidió la devolución de 101 ejemplares. No es exacto que los ejemplares de* El pozo *hayan sido expuestos al consumo de las ratas, los estragos del polvo y la humedad. Ni tampoco que su venta haya sido descuidada, siendo así que, al revés, buscando su promoción, fueron incluidos en una venta-oferta especial realizada a principios de los años sesenta, que originó un renuevo del interés de los lectores en dicha obra literaria. Estos son los hechos que atestiguan el servicio diligente que nuestra Librería Nacional Barreiro y Ramos ha prestado y presta a la literatura uruguaya"*. En respuesta a la carta, Burel destacó el hecho de que el *"servicio diligente"* consistiera en vender 49 ejemplares a lo largo de veinte años, suministró sus fuentes de información —Ángel Rama en "Origen de un nove-

10 Francisco Espínola, "*El pozo*, de Juan Carlos Onetti", en diario *El País*, Año XXIII, Nº 6533, Montevideo, miércoles 18 de setiembre de 1940.

11 Hugo Burel, "Un pozo con medio siglo de profundidad", en *El País Cultural*, Nº 2, Montevideo, 20 de octubre de 1989. La respuesta de la editorial fue publicada en el Nº 10, del 15 de diciembre de 1989.

lista y una generación literaria"[12] y Fernando Curiel en "Onetti, obra y calculado infortunio"[13]— y se disculpó por no poder brindar pruebas incontrastables de la acción de los roedores.

En el verano de 1940, cuando el destino del libro era incierto, algunos jóvenes salieron a ofrecer entre sus conocidos ejemplares de *El pozo* a cincuenta centésimos. Entre ellos, un muchacho que tenía un curso de periodismo sin terminar y manifestaba una temprana inclinación por las palabras bien escritas, antes que en el estilo, en la sensatez de la gramática y la ortografía. No había demorado en advertir la cultura literaria del secretario de redacción de *Marcha*, expresada con melancolía y amargo humor.

Cuando Homero Alsina Thevenet lo conoció en la pieza de la calle Rincón, donde funcionaba el semanario, Onetti estaba con lo que le pareció una alternadora, pero entonces no imaginaba que le conocería tantas mujeres como ronquidos, cuando compartieran una pieza de Buenos Aires no muy diferente de aquella. El día del encuentro, Onetti tenía 30 años y Homero 17. La publicación del *El pozo* confirmó su sospecha de que algo fuera de lo común tenía ese hombre que lo desafiaba entre displicente y sarcástico: *"mirá, nunca vas a hacer algo que pueda, realmente, sorprenderme"*. Ayudó a vender el libro porque para la pequeña barra atenta a las preocupaciones del editor, *"la única salida de* El pozo *era salir a venderlo"*.

"Recibimos El pozo *como la obra esperada para arrancar para otro lado. Humberto Zarrilli, Julio J Casal, Juan José Morosoli, habían quedado viejos, y aparecía un libro que tenía a la ciudad como protagonista* —dice el pintor Tola Invernizzi, entonces con veinte años de edad—. *Cuando Zorrilla de San Martín todavía hablaba de ánades y gacelas, empezar a hablar del primus de la cocina era completamente nuevo. De alguna manera, el primer paso lo había dado Espínola con* Sombras sobre la tierra, *narrando el ambiente especial del bajo, pero Onetti extendía el escenario por primera vez a toda la ciudad. Y había más: un hombre con sentido ético,*

---

12 Ángel Rama, *Origen de un novelista y una generación literaria*, editorial Arca-Calicanto, Montevideo,1977, pág.97

13 Fernando Curiel, *Onetti, obra y calculado infortunio*, Universidad Autónoma de México, 1980, pág.66.

y sufriendo el mundo, nos mostraba que era muchísimo más ancho de lo que nuestra literatura expresaba. Las formas del pudor impedían que alguien confesara las ganas de cogerse a la prima o a la hermana, o qué sé yo..., el mundo de la violación, por ejemplo. Se contaban las causas ganadas pero no las perdidas. Y Onetti venía a decirnos: 'mirá, flaco, las causas perdidas también son mías, las malas, las zonas oscuras de la vida, y te las cuento también. No somos tan campeones como creemos'."

Durante lo que Onetti llamó *"la época heroica de* Marcha", su trabajo como secretario de redacción incluyó la columna de "Periquito el aguador" y desde el 29 de noviembre de 1940 hasta el 25 de abril de 1941, la redacción de una nueva columna firmada como "Grucho Marx", en la que habría de ejercer su mordacidad en una realidad más vasta que la de la literatura. En su primer artículo. titulado "Se regala una idea", decía acerca del dios del Antiguo Testamento, que el séptimo día había mirado su obra y juzgó que era buena: *"... Éste no era creador; nunca pasó el pobre de diletante y siempre le atribuí algo cómico y lastimoso de aprendiz de brujo. Si no lo cree, eche una miradita alrededor y opine sobre este pabellón de retardados donde transcurren nuestros días".*

El tono purgativo planeó por la política nacional e internacional, los episodios de la guerra y la realidad social uruguaya, a menudo en forma de cartas al director, todas destinadas a provocar la reacción de la "aldea" con un marcado escepticismo.

La escritura bajo seudónimos caracterizó sus dos años de trabajo en *Marcha*. En su primer número, el semanario convocó a un concurso de cuentos para autores nacionales, prometiendo un premio de cien pesos y la publicación de la obra en sus páginas. Integraban el jurado Emilio Oribe, Francisco Espínola y Montiel Ballesteros, en sustitución de Luisa Luisi. No pudiendo presentarse por su calidad de secretario de redacción, tomó prestado el nombre a una de sus primas, Herminia Ferreira Ramos, y envió un cuento titulado "Convalecencia", que resultó finalista en un premio compartido con otros dos concursantes. Cuando el 2 de febrero de 1940, ya conocidos los fallos, *Marcha* pidió a los autores que se identificaran con un breve curriculum, Onetti comprendió, como en un cuento de

hadas, la imposibilidad de abrazarse con el premio cuando daban las doce. Renunció a cobrar la tercera parte de los cien pesos y se envió estas líneas que fueron publicadas en el número siguiente, junto a los datos de los escritores premiados: *"Recién a último momento decidí mandar este trabajo al concurso de* Marcha, *pero esto es largo de explicar. ¿Declaraciones? Hace tiempo que escribo. Preparo un libro de cuentos. Pienso que no hay aún una literatura que sea auténticamente femenina y que, a la vez, pueda interesar a toda persona inteligente. Trabajo en eso y el tiempo dirá".* Quijano y el jurado, el resto del personal y los lectores, creyeron en el balbuceo tímido de una mujer que había escrito aquel monólogo interior y lo había enviado con desinteresada intuición. Onetti guardó el secreto y no lo reveló hasta treinta años después.

Esperanzado en ganar un premio que pudiera cobrar, en noviembre de ese mismo año Onetti presentó su novela *Tiempo de abrazar*, aquella que habían celebrado Arlt y Espínola sin que lograra publicarla, a un jurado nacional que debía elegir la mejor novela uruguaya para competir en un concurso organizado en Nueva York por la editorial *Rinehart & Farrar*. Entre los miembros del jurado norteamericano se encontraba su admirado John Dos Passos, pero para que el manuscrito llegara hasta él debía convencer a los jurados de la aldea, quienes preseleccionaron el libro pero eligieron la novela *Iyarís*, de un autor de nombre tan rimbombante como olvidado, José Alberto Idoyaga de Olarte. Un miembro del jurado, Juan Mario Magallanes, declaró, una vez conocido el fallo, que destacaba *"tanto como la obra elegida, la titulada* Tiempo de abrazar" y profetizaba: *"creo que* Tiempo de abrazar *será un libro de gran éxito literario el día que se publique, y dará lugar a juicios apasionados".* Quizá aludía a los que pudieron producirse dentro del jurado. Se equivocaba, no obstante, respecto a su publicación, ya que los originales se extraviaron y la novela sólo llegó a publicarse parcialmente, treinta y cuatro años después, en edición de Arca, al cuidado de Jorge Ruffinelli. El premio final del concurso hispanoamericano fue para el peruano Ciro Alegría y su famosa novela *El mundo es ancho y ajeno.*

La profesión de periodista traía consigo las efemérides de la noche, la hora suspendida de la madrugada que suele ingre-

sar a la prensa en las páginas policiales. Luego de corregir las pruebas de imprenta de *Marcha*, Onetti visitaba los cafés de la Ciudad Vieja y alguna vez los *dancing* de la calle Rincón o de 25 de Mayo. Locales pequeños y mugrientos, con carteles de neón en las vitrinas y una densa oscuridad en su interior, de la que emergía entre la barra y unas pocas mesas, un rostro aciago, el cuerpo transido de una alternadora, el torso de algún marinero llegado de cualquier orilla del mundo a pagar tragos y sonreír a una mujer.

En uno de esos *dancing* Onetti escuchó a un tipo que le preguntaba a otro: *"Ché, ¿vino Junta?"*. El nombre quedó en su cabeza. Junta, Primera Junta, Junta de Buenos Aires, Junta de abogados..., ¿quién podía cargar con un apodo como ese? Cuando volvieron a preguntar por Junta, Onetti le comentó al mozo: *"Qüé nombre raro..., ¿quién es Junta?"*. La realidad tiene muchos títulos que la ficción se arroga. *"No* —dijo el hombre—, *le dicen Junta porque le llaman Juntacadáveres. El hombre está en decadencia y sólo consigue monstruos, mujeres pasadas de edad, de gordura, o de flacura"*.

Esa noche Onetti se fue a dormir con la sensación de que un nombre como ese merecía ingresar a la literatura. Días después, un 6 de enero, regresó al lugar, esta vez con el cometido de reparar una porquería. Un compañero de trabajo no se animaba a regresar a su casa porque sin un peso y en noche de Reyes, no podía llevarles regalos a sus hijas. Con otro amigo, Onetti había organizado una recorrida por los boliches que frecuentaban para hacer una colecta. Cuando llegó al *dancing* vio a Juntacadáveres apoyado en el mostrador. Sin darle nombres, sin agregar otros datos que la situación urgida, le dijo —"*Hay un amigo que no puede volver a su casa sin llevarle un regalo a sus hijas...*" Juntacadáveres se tomó un tiempo para mirarlo a los ojos y confiar. Le dio cincuenta pesos, que entonces era una suma importante, no por "el mangazo", lo comprendió bien, sino por la situación penosa del hombre, algo que Onetti agradeció descifrar.

Marcha sobrevivía por milagro, y sus empleados también. Onetti aprovechaba las horas que debía pasar en el taller Sur para corregir textos de algunas editoriales, con lo cual apenas llegaba a fin de mes. Dos años al lado de Quijano lo habían fo-

gueado en las excelencias y desdichas del periodismo romántico. Hay quienes dicen que se fue de *Marcha* peleado con Quijano. En todo caso, Onetti nunca lo declaró en público y Quijano tampoco. A juzgar por las respetuosas relaciones que conservaron a lo largo del tiempo y la asidua publicación de textos de Onetti en *Marcha,* luego de su partida, si hubo conflicto debió tratarse de un asunto menor. No deja de ser sugerente, sin embargo, la penúltima columna de Grucho Marx, publicada el 4 de abril de 1941 bajo el título "¿Xenofobias a mí?" Su primer párrafo da a entender una cierta incomodidad, que tal vez acompañó su decisión de alejarse. *"Así como alguien dijo que consideraba perteneciente a la canalla a todo el que pensaba bajamente, yo voy a declarar hoy perteneciente al tipo 'hombre de la calle' al que no piense de manera enana ni de manera himaláyica, ni de manera de regular estatura. Eso se aclara para evitar confusiones y líos; ahora, todo el que se sienta aludido por lo que siga optará por callarse la boca, considerándose fuera de fronteras del término. Y hará bien, ya que mis lectores son en teoría, todos ellos, accionistas del trust de los cerebros".*

Ese año Onetti ingresó como redactor de la agencia de noticias Reuter. Había consolidado su opción por la literatura y conseguido una profesión alternativa como periodista, de la que viviría en los próximos años, pero su vida personal conocería la amarga experiencia del abandono. Lo revela una carta que le envío a Payró, escrita en una hoja de Reuter, fechada el 11 de noviembre de 1941. *"Querido Julio: Unas pocas líneas, justamente ahora, después de tanto silencio, para cumplir con el deber de amistad de comunicarle que Mlle. Vibert, Mlle. Miracle* [María Julia Onetti], *ha decidido cambiar su escritor de cuentos por un homérico narrador de viva voz. Vino, estuvo una semana conmigo, ofreció quedarse por encomiable espíritu de sacrificio y acabó por irse para siempre jamás en el ómnibus de las 8:30 de la mañana de hoy, lunes 10 de noviembre del enigmático año de 1941. No puedo decirle qué fue para mí esta semana. Tenerla a mi lado y verla ardiendo y en silencio, como una bestia enferma, de su amor por otro, ver su 'cara de tierra y sus desesperados ojos' vueltos hacia el recuerdo y la esperanza de otro hombre. Todo esto después de ocho años de milagro cotidiano, luego de haberme decidido yo a cimentar*

en piedra mi vida con ella, cortar el resto y hacerle un hijo. He pensado mucho en el 'Niño Eyolf'. Creo que está loca, enferma, embrujada; pero el amor es así. Para rematar esto quiero decirle que no sufro. Esta mañana acabó con eso; si no me maté enseguida es posible que me haya salvado de werthear si no me tiende una emboscada algún momento aislado de soledad y desesperanza. Pero por lo que puedo sentir lo peor pasó; estoy invadido por una paz y lleno de una fuerza como nunca me habían sido dadas. No tengo por ahora ningún plan de futuro. Si pudiera saber que ella no va a sufrir dormiría en paz y estaría contento. Es posible que mi vanidad sea excesiva, pero no tengo absolutamente ninguna clase de celos. Por desgracia, mi temor de que sea desdichada tiene base intuitiva y cínica base lógica. Aparte de esto me siento tranquilo y seguro —se lo confieso a usted— confortado por una mezquina satisfacción de pastor protestante de no haber sido yo quien rompió el pacto tácito. Cuando quiera escriba. Tengo un cuento absurdo a medio hacer para Mallea. No olvide su promesa de hacerse una escapada a Montevideo. En alguna parte dice Goethe algo así como que 'uno es lo que hace'. Ergo, cuando uno hace otra cosa ya no es uno. La carne y el cerebro pueden tratar de mantener la ilusión. Pero hay alguna parte definitiva que de manera inexorable anota el cambio y registra con todo el luto necesario la correspondiente defunción. Saludos. Onetti"

La alegre caravana

A principios de 1991 Onetti recibió en su departamento de Madrid la visita de una amiga uruguaya que se proponía entrevistarlo por enésima vez. Intercambiaron noticias, ardides, silencios. Cuando María Esther Gilio le preguntó en qué lugar de Montevideo querría estar por media hora, le contestó: *"Indudablemente, en el café Metro". "¿A quién querrías ver del otro lado de la mesa?" "Uh...* —dijo Onetti—, *a toda la barra vieja de la alegre caravana".*

Cincuenta años pudieron parecerle una distancia excesiva, tratándose de un café al que sólo podía acceder por la memoria. Pero si el recuerdo se abriera oiríamos el bullicio nocturno de un café cavernoso, a la española, con doble entrada, sobre la plaza Libertad y por Cuareim. Los mozos merodean entre la barra del mostrador y las mesas redondas con sillones de mimbre, y de lo alto de las paredes cuelgan grandes espejos inclinados que *"hacia la madrugada reflejan a los parroquianos con sus cigarrillos exhaustos y ceniza en las solapas, como si de algún modo los hubieran vencido".*

A partir de las siete de la tarde se reúne un grupo de periodistas, escritores y artistas, a enredar opiniones sobre mujeres, libros y los avatares de la guerra. Los atiende Plata, un mozo que todavía no ha enloquecido y por fidelidad patronímica fía a cuenta de su bolsillo. La costumbre se ha extendido. Pepe fía en El Ateneo, y otro mozo en el Hoyos de Monterrey, un boliche que en la madrugada sirve unas milanesas redondas para beneficio de la bohemia hambrienta.

La política se mezcla sin provocar rupturas. Mario Arregui participa en el movimiento de apoyo a la República Española, Carlos Maggi y Manuel Flores Mora están en el batllismo, hay

comunistas, anarquistas y desinteresados en otra cosa que no sea la poesía y la literatura.

Con el correr de las horas se van unos y llegan otros. Cabrerita, Parrilla, Casto Canel, Domingo Bordoli, Carlos Martínez Moreno, Roberto Ares Pons, el tarta Luis Larriera, Tomy Merlis, Mario Rodríguez Gil, Luis Cuesta, Gómez Rincón. Arregui admira la prosa de Jorge Luis Borges, pero a Onetti le parece formalista, distanciada de las pasiones de la vida. Prefiere a Roberto Arlt y trata de interesar a los otros en Céline y en Giono. Su figura desgarbada, el tono pausado, nunca entregado del todo ni apurado por seducir, atrapa la atención de los demás.

El grupo tiene a su maestro presente en la mesa. El liderazgo de Espínola es cultural en el sentido más abarcador. No lo ejerce sólo su prosa. También el modo de situarse frente a la realidad. *"Espínola habla, queridamente, con los tonos y las palabras y los errores de los paisanos analfabetos* —señala Carlos Maggi—, *y así induce a creer que no sabe nada, que es un genial improvisador, un mentiroso entretenido, un juglar o charlista, asistido por una gran fantasía y ponchadas de sentimiento, pero ignorante y en bruto con respecto a las creaciones de la cultura"*. Es capaz de sumar una buena dosis de humor a su pueblerino tono de San José, y con ambos abordar densos análisis de la cultura griega, que desarrollará más adelante en la facultad de Humanidades bajo el nombre "mateando con los griegos".

Con el tiempo, el grupo reconocerá tres maestros decisivos. Paco Espínola y el español José Bergamín son los maestros eruditos. Bergamín llegó a Montevideo a principios de octubre de 1947. Poeta, cristiano y republicano, amigo de Federico García Lorca, Rafael Alberti, integrante de la "Generación de 27", está orgulloso de haber dado a conocer la poesía de Vallejo en su país, a través de las páginas de su revista *Cruz y Raya*. *"Para un amplio grupo de jóvenes escritores resultó el ansiado maestro que sólo habían encontrado en la presencia viva de Espínola"*, recordaría Ángel Rama. Lo incorporaron rápidamente a la barra del Metro y muchos de ellos habrían de descubrir a través de él la última producción de la literatura española. Onetti es el maestro creacional, el oscuro. Trabaja en la agencia británica Reuter, instalada a pocos pasos del café, y la noche lo encuentra

indistintamente en un lugar o en otro. Cuando la guerra ingresa un cable importante en la agencia lo mandan llamar. Regresa. Enciende otro cigarrillo. Nadie sabe cuándo está atento o abstraído. Se ha difundido *"la leyenda de su humor sombrío y de su acento un poco arrabalero; la leyenda de sus grandes ojos tristes de enormes lentes, la mirada de animal acosado, la boca sensual y vulnerable; la leyenda de sus mujeres y sus múltiples casamientos; la leyenda de sus infinitas copas y de sus lúcidos discursos en las altas horas de la noche"* dirá Rodríguez Monegal. Tola Invernizzi se siente incómodo a su lado. Cree que debe pagar un peaje por estar allí y no sabe cuál. Con sus veinte años se siente *"un grandote molesto"* que no debería compartir las horas del genio.

Denis Molina es el poeta mimado del grupo. Ha editado tres libros de poemas y todos le auguran un futuro que haga justicia a su talento. Ausente, callado, con sus ojos celestes y tristones, Líber Falco amenaza irse temprano pero se deja arrastrar al fondo de la noche. Desde que uno declaró: *"este no es de este planeta. A vos, viejo, te trajo una cigüeña equivocada"*, le llaman "Equivocación Falco". Tiene el cabello rubión y aspecto humilde. Casto Canel le ha publicado en su editorial *Signo* el libro de poemas *Cometa sobre los muros*. Onetti rechaza su bondad boba, su excesiva ingenuidad. Los demás tampoco valoran sus poemas, pero el tiempo los hará confesar: *"estábamos al lado de un gran poeta y no lo sabíamos"*.

Equivocación Falco defiende a los ángeles en pleno siglo XX, habla del bien y del pan con unos versos que huelen a panadería y espejan como la superficie de las aguas calmas. *"Entonces te tirás* —dice Tola Invernizzi—, *te sumergís en esas aguas inocentes y preguntás ¿dónde está el fondo?, y el fondo no llega, no llega, no llega..."*

Como todos los demás, Equivocación Falco bebe por rechazo de lo que muestra la luz del día, exaltación o epifanía. Quieren probarse algo en el alcohol, puede que el asunto sea pueril y no vayan a reconocerlo. Cuando la madrugada está avanzada, los amigos arrastran a Falco por las calles de Montevideo donde ebrio como un marino, secreta y amorosamente va del brazo de la muerte, dice. Pero va apoyándose en Arregui, que se sostiene de Larriera, que se agarra del Tola, y cuando la

bóveda del cielo amenaza clausurar la noche y vira al color del alba, anudado de lágrimas Equivocación Falco levanta los ojos y comienza a aullar: *"¡la vaca azul...!, ¡la vaca azul...!"*, hasta que uno lo manotea y lo consuela: "no te aflijas porque venga otro día podrido, no va a durar más que un día", y el Tola grita a las ventanas cerradas: *"¡El día....!, ¡el día...! ¡Yo soy Walt Whitman, que como, bebo y engendro...!"*

La única vez que Tola llevó a Falco a un cabaret, se enamoró de la muchacha que atendía el guardarropas. *"Para Falco era un mundo totalmente desconocido* —recuerda—. *Fue en el Scala, donde tomabas una copa de caña por veinticinco céntimos. Eso desapareció con la guerra, cuando empezaron a llegar los marineros llenos de billetes. Entonces ibas y ninguna mujer te daba bola. Ellos traían dólares, y venían con una sed..."*

Falco solía discutir con un hombre pequeño y pálido, de ademanes nerviosos y también poeta, llamado Pedro Piccatto. Un accidente en la niñez le había quebrado la columna vertebral. Cargaba una fea joroba y esgrimía una apasionada defensa de la violencia y el demonio. Falco le discutía su pretendida preeminencia sobre el mundo, convencido de que detrás de las formas monstruosas que asumían sus palabras, habitaba el ángel. Cuenta Arregui que una madrugada en que Piccatto estaba locuaz, *"urdió entre veras y burlas un complicado elogio de las prostitutas, desde las hetairas y las cortesanas a las yiras que carcajeaban en los reservados que el café poseía. De ahí pasó al vejamen de las mujeres hogareñas. Puso en acción, entonces, su violencia amarga y fulgurante. Entre otras muchas cosas inescribibles, las calificó de 'estúpidas bestias que paren y lavan los platos'. Falco nunca interrumpía a nadie, pero esa vez lo hizo:*

"—Pero Piccatto... ¡son seres!

"—¡Bah!

"—Y Dios las mira cuando lavan los platos.

"Piccatto le clavó sus ojos acerados y avanzó hacia él su largo índice acusador:

"—Usted, Falco, va a ir al cielo. ¿No le da vergüenza?".

A los 36 años, el 26 de febrero de 1943, Piccatto eludió el cielo dejando un único libro de poemas, *El ángel amargo* (*"Creo/en la angustia!/ sinceridad de mi niñez azul e inútil/*

cuando casi sin aire y sin cometas/ yo era blanco de nubes y de burlas"). Aunque ni Falco ni Arregui mencionaron los motivos que lo llevaron al suicidio en las páginas de *Marcha*, recordaron una frase que solía repetir: *"hay que jugarse la vida a una sola carta. Yo la juego a la poesía"*.

"Esta es la noche, quien no pudo sentirla así, no la conoce". Son palabras que pudieron dibujar un puente cuando desde la cama de su dormitorio en Madrid Onetti imaginaba media hora en el Metro. *"Aquel era un mundo de frivolidad en el que se vivía de anécdotas* —recuerda Tola—. *Montevideo era maternal. Una frase de José Ingenieros, 'alimentados con la leche de la clemencia', nos describe en muchos sentidos. Entonces, si te llevaban en cana a los dos días alguno te sacaba. Cada vez que recuerdo aquella consigna: 'Abajo la brutal y sangrienta dictadura de Terra', me dan ganas de pedirle perdón"*.

Muchos de quienes se reunían en el Metro integraron la "Generación del 45", que comenzaría a editar sus obras hacia los años 50 y 60, cuando unas pocas editoriales se afianzaron en el mercado local. Mientras eso no sucedía, ejercitaban en los cafés sus críticas a los mitos de la cultura nacional y a los escritores contemporáneos. Una vez arremetieron contra *Sombras sobre la tierra* y se toparon con la furia de Onetti, que marcó un límite al entusiasmo parricida.

Entonces los intelectuales montevideanos se nutrían de su propia bohemia y seguían atentos la escritura de Borges, Marechal, Mallea, Nicolás Olivari, González Tuñón y Carlos de la Púa. A diferencia de los cantores de tango y de los jockeys, que buscaban el éxito en Buenos Aires, los escritores sostenían el sueño de París. Tal vez tuvieran la expectativa de verse publicados en la revista *Sur*, que dirigía Victoria Ocampo en Buenos Aires, pero ninguno se proponía conquistar un público al otro lado de la Banda Oriental. A Onetti, sin embargo, París le parecía una fiesta lejana y Buenos Aires lo cautivaba.

Por consustanciados que estuvieran los integrantes del grupo del Metro con la cultura popular, muy pocos eran asiduos del cabaret o la milonga. A Onetti le gustaba el tango pero nunca fue muy bailarín, aunque Canel asegura que cuando bailaba lo hacía de un modo *"muy personal, ceñido, bien adentro, retorcido y pegado"*. Prefería el tango reo, a Troilo, a Gardel.

Lo escuchó por primera vez en el Teatro 18, cuando en los años 30 Gardel hacía el número final de una compañía de zarzuela. Entonces Onetti rondaba los veinte años y en la noche montevideana, reencontraba a "el Mago" en el Hoyos de Monterrey.

"Tenía esa clase de tristeza que sale de adentro —le diría a Alfredo Zitarrosa en una entrevista—, *que surge de un problema interior, aunque el problema interior no se sabe nunca de dónde viene. Nunca hablé con él, solamente lo veía de vez en cuando en ese café que te digo, de madrugada. Hablaba poco, era cortés y retraído, y daba la impresión de ser tímido. Tenía una gran cordialidad; yo lo veía escuchando a todo el mundo con verdadera atención y siempre sonreía... El sentía más ese tipo de tango melancólico y cínico: 'por qué me das dique, señora, de grupo...', y aquel otro,* Tortazos: *'qué hacés, tres veces qué hacés (...) No te rompo de un tortazo por no pegarte en la calle...'. La mejor postura que tenía era la del fioca postergado, la que le cuadraba mejor; para mí el Gardel más auténtico es ese".*

Pero en Hoyos de Monterrey —recordaría años más tarde— había un tipo más interesante que Gardel. El hombre se hacía llevar en taxi todas las noches, y antes de entrar al boliche se aseguraba que el chofer lo pasara a buscar a determinada hora de la madrugada. Se sentaba a beber whisky, solo en una mesa. Nunca invitaba a nadie y nadie lo invitaba a él. El rito culminaba con la llegada del taxista en el momento puntual en que el hombre se derrumbaba. Entonces lo cargaba sobre los hombros, lo metía en el auto y se lo llevaba. Onetti no tardó en imaginarle un destino, pero abandonó el esfuerzo cuando se enteró que Horacio Quiroga se le había adelantado.

En el Hoyos de Monterrey, en el Tupí Viejo o en el Metro, reflejado en una ventana o en un vaso de alcohol, Onetti construía la trama de un mundo que la noche arrastraba hacia el límite donde cobraba las formas que le importaban. Cierta vez, en el Metro, conoció a dos anarquistas, uno español, el otro italiano, fugados de España luego de la derrota republicana. Ignoraba por qué lo habían ido a buscar, pero les escuchó la historia y con avidez de novelista, se abochornó por lo que entonces escribía. Onetti había iniciado la escritura de *Tierra de nadie*, en la que recogía experiencias de su primera estadía

porteña. Con el recuerdo del macró que tuvo por compañero en la empresa que fabricaba silos, había creado un personaje bajo y redondo, de andar cansino, las uñas impecables, boca pequeña, ojos responsables de una habitual expresión de fastidio, hosquedad e impaciencia, llamado Larsen. *"Era gordo y lustroso, con un fuerte olor a peluquería"*. El gordo Larsen, sin otra pretensión que vivir encerrado en su soledad, era cómplice de otro caftén, abogado y falso homosexual llamado Aránzuru, quien imaginaba la idea de viajar a una isla de la polinesia llamada Faruru. *"Oiga Larsen, ¿Por qué no se viene conmigo a la isla?"* —le propuso una vez—. *"Déjeme de embromar. Más vale irse a pudrir a cualquier parte"*, contestó quien aún ignoraba que terminaría involucrado en otro sueño. Aránzuru planeaba prostituir a una mujer, viajar a un remoto lugar del interior argentino y recrear con imitaciones del ambiente polinésico, la fantasía de su isla Faruru. Onetti buscaba un recurso que le permitiera abrir una puerta entre las frustraciones de la realidad y las formas del sueño imposible, cuando los dos anarquistas le contaron que durante el gobierno de Negrín en Valencia, un Comité de No Intervención, al que con justicia denominaban "Comité de No Intervención contra Hitler", envió un barco para expatriar a los republicanos. Pero el operativo estaba organizado de tal manera que permitiendo el viaje de todos, sólo los comunistas accedían a los pasajes. La historia comenzó a darle vueltas en la cabeza, a cuenta de futuras elucubraciones. Y no le faltaban. Acababa de soñar a una mujer, de pie, en la vereda, aguardando el paso de un auto. Ella tenía alrededor de cincuenta años, el pelo gris, vestía de negro, llevaba un reloj con cadena al cuello y también soñaba. No tenía idea de lo que hacía allí, con esa ansiedad, pero lo averiguaría cuando escribiera el cuento *Un sueño realizado*.

La noche montevideana amparaba un trasiego de historias, confesiones de última hora, los secretos que una cara prometía y traicionaba. La leyenda quiere a Onetti seductor, paladín de la conquista amorosa. En varias entrevistas responsabilizó a otros por el mito construido. Pero el mito no se hubiera fundado sin una experiencia magnificable. Su teoría de la mujer violín, aquella que sólo sonara en sus manos, su debilidad por las adolescentes y las mujeres indomesticadas, locas, incom-

pletas, recoge claves del erotismo de los años 40 en el Río de la Plata. Quienes reconocen en su obra una forma generacional de vivir la sexualidad, recuerdan el temor a que la mujer se realizara sexualmente por sí misma y no porque su hombre entrara dentro de ella. *"Podía ser Juan, podía ser Pedro...* —dice Tola Invernizzi—. *Adolescentes o locas, te quitaban el temor de que pudieran amar a otros hombres. La mujer violín, aquella que sólo funcionara con uno, era la ambición de seguridad que ningún hombre tenía. Los hombres somos unos estupendos cornudos porque damos a la mujer la dimensión donde florece. El causante de los cuernos es uno mismo. Eso está en toda la obra de Onetti. Esa desesperación porque la mujer sea mujer, y no mujer únicamente de uno. Todo esto está ligado a que una mujer puede fingir el sexo y el hombre no. Si no estás erguido, fallaste. Es la gran diferencia, el gran miedo del hombre, el temor al desnudo. La mujer siempre está erguida, con sus senos y sus piernas. El sexo del hombre en cambio, cuando no está erguido es ridículo."*

"Era la época de las milongas —continúa Tola, alentado a reconstruir la erótica de esos años—. *En la milonga tenías la posibilidad de levantarte una mujer del cabaret que fuera contigo y no por plata, a diferencia de la whiskería, donde se planteaba la fiesta erótica entre hombres y mujeres. En la milonga el sexo era ejercido como una forma de la hombría, entendida como soledad, como individualismo. De eso está empapada la literatura de Onetti y también la de Roberto Arlt. La vanidad, el orgullo, el miedo al ridículo y sobre todo, el individualismo. No estaba vedada la fantasía, pero se accedía a través de lo que imponía un hombre sobre una mujer. Un ritual de la hombría y del machismo, no del poder. Más que el dominio, la pertenencia. No se trataba del simple goce, de las cosquillitas de Eros, sino de algo más profundo, de una especie de prefiguración de lo que ha de ser un hombre. Existía el sufrimiento por los celos retrospectivos, el temor a encontrarte con el pasado de una mujer. '¿Cómo te besó?, ¿cómo puso la boca?, ¿y vos qué hiciste?'. Ahora, el pasado de la mujer se acepta de antemano. Pero entonces, nos preguntábamos: ¿cuáles son los recuerdos tuyos que yo no comparto?, aquel tipo que te vio con ese traje que yo nunca he visto y te miró...'*

"Para mí, y creo que para la mayoría de los hombres de mi generación, el amor y el erotismo eran fundamentalmente un ejercicio de la individualidad. A quien compartía el sexo contigo tenías que presentarle un individuo, no una especie de ameba, sin forma, entregada a la ausencia de límites. Porque en el goce pleno, da lo mismo que hagas cualquier cosa, que lo hagas con un toro, con una chiquilina, con tu hermana o con quien sea. No lo hacemos por orgullo de nuestra identidad de hombres. Por eso no hay que dispersarse en el goce, que es uno de los grandes enemigos de la virilidad; el goce en cualquiera de sus formas, el goce del dinero, el goce del poder, es la gran trampa del hombre. Hay que defenderse del goce erótico, saber cuándo comienza a destruirte."

El sexo vivido como drama permite una aproximación a la compleja erótica de Onetti. La mayoría de las mujeres que mantuvieron relaciones con él, recuerdan el precio que debieron pagar por su horror a la mentira. Onetti no ocultaba su relación con otras mujeres, las esgrimía en los momentos más inoportunos. El deseo, la piedad, el sometimiento, formaron parte de su fascinación por las adolescentes y las putas.

Mientras trabajaba en su despacho de Reuter, una tarde recibió una curiosa llamada. Ella tenía voz de adolescente, furia de adolescente, y la impertinencia de que es capaz una muchacha que quería conocerlo y había sido plantada en un café, junto a dos amigos comunes, Carlos Maggi y Manuel Flores Mora. Onetti no sabía si arrepentirse o felicitarse, ahora que la mujercita chillaba en el teléfono y recitaba su rosario: cómo podía ser que citara a una persona y no fuera, que si se creía que los demás no tenían nada que hacer para pasarse una hora esperándolo en un café, y quién demonios se creía que era. En la primera cita, Onetti descubrió sus dieciséis años disfrazados de Michele Morgan, pilot y boina al tono, la loca historia de su lectura de *El pozo*, desde la salida del liceo hasta la puerta de su casa, una treintena de cuadras en las que sorteó el tránsito, las veredas rotas, la embestida de la primavera, con el libro frente a los ojos. En la segunda cita, sobre las rocas del mar, él le dijo: "*Voy a besarla*", y María Esther Gilio le contestó: "*me parece bien*". En la tercera, mientras paseaban de mañana por el parque Durandó, le estudió la nuca, el bello de la nuca infantil y

caprichosa. *"El deseo* —dijo—, *me viene el deseo, a pesar de que pasé la noche con una mujer..."* A él le atraía su desenfado, el coraje con que iba al encuentro de un hombre que la doblaba en edad, su manera insensata de esconder el temor y de provocarlo. A ella le fascinaba poder interesar a un hombre alto, misterioso, de mirada ensoñada y andar perezoso. Sus amigos le advertían de la crueldad de Onetti, que "*la iba a hacer puré*", "*a chupar como a un caramelo para después tirarla*", pero ella aseguraba que sabría cuidarse. *"Es que como contaba Oscar Wilde de las aguas en las que se miraba Narciso, también yo me miraba en sus ojos."*

En la cuarta cita María Esther lo apartó de su vida, con el pretexto de que se había entregado sexualmente a su novio. Años después volvieron a cruzarse en Buenos Aires, ella embarazada y lejana. Bajo los efectos de esa impresión, Onetti construiría en *La vida breve* ciertos rasgos del personaje de Raquel, hermana de la mujer de Brausen, dueña de una seducción sepultada en un biológico, repulsivo embarazo.

Desde aquella remota cita, ambos cultivaron una amistad que con el paso de los años creció en la complicidad abierta por el juego de la adolescente loca y el hombre del traje gris que le hurgaba la nuca, reiniciado cada vez que ella iba a entrevistarlo para un medio de prensa.

"Yo he perdido mucho tiempo en eso que llaman amores o amorcillos, y no lo sabía —señaló Onetti una vez—. *He pasado muchos años con una fijación sexual por una jovencita sin escribir una sola línea. Me decía a mi mismo: un día me pongo a escribir, por supuesto: malgastaba el tiempo sin perderlo. (...) Yo he sentido una gran atracción por las adolescentes. ¿Qué es lo que quiero decir? Que Nabokov, que ha escrito* Lolita, *no sabía nada de 'lolitismo'. Si usted practica el 'lolitismo', jamás le puede hacer el amor a Lolita, porque usted tendrá entonces una mujer."*

Una noche, en El Metro, vio reunirse a dos adolescentes, tarde, en la madrugada. A ninguno de los que quedaban a esa hora en la mesa les pasaron desapercibidas. Pero Onetti comenzó a prestar especial atención al *"largo y pesado pelo de mujer, castaño, recogido y a medias deshecho en la nuca, rodeando una cara infantil y pálida, con una nariz recta y muy*

corta, con una boca grande y mal pintada que penetraba en cada risa en los huecos hambrientos de las mejillas. Le miraba las manos sucias, flacas y largas, la humillación del vestido de verano, no hecho para ella, opaco y mustio por los lavados, demasiado amplio para el pecho chato, con aberturas excesivas para los flacos brazos de muchachita"[14].

La muchacha era rubia, esquelética, y en 1941 se parecía a Loretta Young, o al menos así lo creía Onetti, que la buscaba entre el humo del café en las noches del Metro, cuando *"la vida rodeaba la Plaza con sus bares y sus quioscos, su frenesí débil y provinciano pero infaltable..."* Es posible que haya ignorado de qué modo fue amada en la literatura sin que nadie le diera un peso, como entonces, cuando ejercía la prostitución con sus diecisiete años y debía escuchar los reproches de la otra, la melliza que nacida unos minutos antes, sabía manejarse y sabía cobrar, *"réplica dudosa de la otra: más baja y ancha, más rubia y desenvuelta, llena de seguridad, sabia y protectora, casi con pechos y caderas"*.

Mientras Onetti imaginaba *"la emocionante separación de los muslos descarnados sobre la paja del asiento, la colgante escasez del vello"* de la única melliza auténtica, la escuchaba confesar, resignada, que no había cobrado ni un cobre. *"La mayor se ponía furiosa, la retaba, la insultaba... La pobrecita decía: ¿Y qué querés que haga, si cuando les digo que me paguen se ponen a reír?"*, contaría Onetti, años después, a Emir Rodríguez Monegal.

Una madrugada la encontró, con su aire de Loretta Young, en el momento en que perdía el último ómnibus con destino a Punta Rieles, en las afueras de Montevideo. Debía quedarse en el centro, pero siendo menor no podía alojarse en un hotel. *"La única solución era pasarse la noche en una casa de citas* —dijo Onetti—. *Me acuerdo que era imposible la relación, muy extraña. Y siempre pasaba lo mismo. Ella se quedaba conmigo o me seguía por los cafés." "Por aquel tiempo, recuerdo* —escribiría en el cuento que le dedicó—, *yo no pensaba en Dios ni como posibilidad ni como desafío; no sabía a quién agradecer*

14 "Las mellizas", de Juan Carlos Onetti, publicado en la revista *Crisis* Nº 2, Buenos Aires, junio de 1973.

la sorpresa cotidiana que continuó emborrachándose y riendo durante noches hasta que el último 141 entraba en una estación y apagaba las luces."

El respeto de la melliza por Onetti era extremo. Una noche Onetti se enredó en una discusión sobre Joyce. Estaban en el viejo Tupí Nambá y uno de la mesa tuvo el arrojo de decir que Ulises era un mamarracho. Onetti lo había leído en inglés, con cierta ayuda, y también en la traducción francesa, que celebraba. La melliza no lo había leído en ningún idioma ni pensaba hacerlo, atareada como estaba en limpiar unos anteojos que sostenía en sus manos, pero en lo más acalorado de la discusión tiró de pronto los lentes y dijo: *"Ustedes, se callan, imbéciles; ustedes qué saben de Ulises, qué saben de Onetti"*.

Por reacciones como esa, por la forma en que dormía, borracha, *"con gotas de saliva en las puntas de la boca grande y gruesa... desnuda, desnutrida y sin uso en la ancha cama de barrotes dorados de la enorme habitación de amueblada antigua... murmurando ternuras a un Josecito desconocido"*, o por la forma en que irrumpía de una pesadilla gritando, tres veces por noche, *"La poli, vienen y me llevan, la poli"*, Onetti imaginó un cuento en el que por piedad la asfixiaba con una almohada, y hasta llegó a pensar en casarse con ella como única solución para la melliza y su conciencia. Permanecer hasta las doce o la una, todos los días, perder el último ómnibus con alguna excusa cómplice y mal armada, se había transformado en un sufrimiento. Al fin acudió a una amiga para que lo ayudara. Ella tenía una casa grande, frente a la Caja de Jubilaciones, y debía contratarla como dama de compañía. Onetti aportaría el sueldo que su amiga le pagaría, sin que la melliza se enterara. Mientras duró la primera entrevista, todo parecía marchar bien. La melliza se mostró cordial y contenta. Pero al salir a la calle le dijo: *"Para mí, es un truco. Te vas a la gran puta. Ya me di cuenta cómo te mira esa mujer..."* Desapareció y nunca más supo de ella.

Años después, cuando Onetti publicó el cuento "Las mellizas" en la revista *Crisis*, lo acompañó con unas líneas manuscritas: *"Claro, usted debe tener razón. La historia de las mellizas tiene una clave. Se trata de la piedad. Ahora lo recuerdo como un sentimiento más poderoso, más corrosivo que el amor y*

el odio. Intento pensar en las mellizas, en mí y en tanta gente que estuvo complicada en el asunto sin sospechar nunca la profundidad de la anécdota en que se metían. Creo que todos actuamos de buena fe y esta fue la causa que impuso el final y —para mí— el remordimiento inolvidable. Todo esto sucedió, es verdad parcial. Pero nunca podré contentarme con lo que pueda escribir sobre las mellizas; nunca acertaré a decir toda la verdad. Y ésto no por escrúpulos que casi no tengo, que aplasté en autodefensa. No puedo decirla porque la historia funcionó en otro lado —la historia real. Debajo de las piedras y la madera de los pisos de cafetines y hoteles que pisamos. Comprendo que es inútil resolverme a escribir, que me equivocaré siempre, que los dibujos del aire que alguien imponía para rodearnos eran y son intocables. Puedo gastar doscientas páginas para hablar de ellas y estaré seguro de mentir, de esconder, a pesar de toda mi dudosa voluntad de ser sincero y abarcar el total de la historia increíble. Onetti."

Segunda conquista de Buenos Aires

"¿Hasta dónde un hombre entiende a una mujer? ¿Hasta dónde una mujer entiende a un macho? Una mujer entiende a un hombre de una manera muy objetiva, lo digo muy en el sentido de la pasión, del amor. A un hombre le debería importar una mujer exclusivamente desde el punto de vista subjetivo, es decir, desde su propio punto de vista de hombre", dice Onetti a Emir Rodríguez Monegal, una tarde de agosto de 1969. Es otra forma de explicarle su historia con la melliza, pero Emir busca un puente que lo cruce a los tópicos de la literatura, de modo que Loretta Young ha dado paso a Marion Bloom y su monólogo en el *Ulises* de Joyce. *"Si vas a mirarlo bien* —dice Onetti— *no es nada más que el monólogo de una pobre vieja, una infeliz que se acuerda de cuando era joven, y mezcla todas esas cosas, el clavel o la rosa, con la menstruación y con los hombres que tuvo, o la tuvieron. Sin embargo, el tipo salva todo eso y le emboca el tono justo."*

"¿Nunca discutiste con alguna mujer el monólogo de Marion Bloom? Es decir, si a ella le parecía o no el verdadero monólogo interior de una mujer...", pregunta Emir, interesado en la fidelidad de los espejos.

"No, eso no, pero llegué a una cosa muy divertida con una niña de Buenos Aires que me pidió que le regalara el Ulises *traducido* —contesta Onetti—. *Entonces yo le dije: Te lo regalo si vos me lees las cuarenta páginas del monólogo, a solas y en voz alta. Y ella me dijo: Claro que sí. Pero creo que no había pasado de las diez primeras páginas cuando se acabó la historia literaria"*. Aunque no consta, la conversación a la que alude

Onetti pudo desarrollarse en "La Helvética", en "El Foro" o en el "Politeama", tres cafés de la avenida Corrientes que convirtió en refugio y mirador nocturno de Buenos Aires, cuando a comienzos de los años cuarenta la agencia Reuter lo trasladó a la orilla porteña con el mismo cargo.

Ya entonces había enviado a un concurso organizado por la editorial Losada, su novela *Tierra de nadie,* dedicada a su amigo Julio E. Payró. Como el premio estaba reservado para los argentinos, lo remitió con la dirección de otro amigo de Buenos Aires. El jurado, integrado por Jorge Luis Borges, Nora Langhe y Guillermo de Torre, otorgó el primer premio a *Es difícil empezar a vivir*, de Bernardo Verbitsky, y adjudicó el segundo lugar a Onetti. La novela había sido editada el 27 de junio de 1941. También había publicado en el diario *La Nación* el cuento "Un sueño realizado" y planeaba una nueva novela basada en la historia de los dos anarquistas que conoció en el Metro. La República Española y el levantamiento del General Franco habían conmovido a la sociedad rioplatense. La inmigración aluvional de españoles en las dos orillas se vio incrementada luego del triunfo del franquismo. Quien no estaba con La República, para Onetti "era un hijo de perra". Una versión dice que en 1936 había intentado enrolarse como voluntario para ir a pelear a España, pero la noticia es vaga y del tema, Onetti habló poco. A la información de los dos anarquistas, sumó el testimonio de muchos exiliados españoles con quienes conversó interesadamente, entre ellos con el Jefe del Estado Mayor en Madrid. Le dijeron que en los bombardeos de Madrid y posiblemente, también en Barcelona, se había ensayado una bomba nueva, que explotaba, absorbía y despedazaba los cuerpos en una forma monstruosa que Onetti trasladaría a las últimas secuencias de su novela. En *Tierra de nadie,* bajo el influjo de aquella conversación en El Metro, había adelantado en palabras de uno de sus personajes, Bidart, su próxima obra: *"Estaba leyendo el diarito de los anarcos. Te cuentan cosas feroces sobre la guerra de España, después de Barcelona. Tenían un hermano en el gobierno de Negrín y hay una historia con los pasaportes y la intervención inglesa que es para morirse de asco. Casi me dio por pensar que una persona decente no puede estar con los Negrín y Prieto y todos ésos, no puede hacer nada junto con ellos".*

Entre 1942 y 1943 trabajó en el manuscrito hasta encontrarle el tono de un asunto personal. Poco a poco se transformó en la *"historia nocturna de un hombre que busca escapar a la muerte, suelto y prisionero dentro de una ciudad sitiada"*. Por impactado que estuviera con la historia real, buscaba una manera de indagarla, aunque fuera a contramano de los compromisos de la política: *"Prometieron tres barcos. Sólo vino el 'Bouver'; sale esta madrugada. El gobierno firmó todos los salvoconductos que se pidieron, toda la ciudad tiene un salvoconducto en el bolsillo. Pero no hay pasajes. El gobierno se encargó de los pasajes pero ya no hay gobierno ni pasajes. Hay esta trampa para esperar que te destripen"*. El vagabundeo nocturno en un círculo vicioso, los límites de la ética y la trampa canalla, indicaban el camino por donde la historia iba a volverse onettiana.

Unas breves líneas, a modo de prólogo a la primera edición de *Para esta noche*, dedicada a Eduardo Mallea, expresan la tensión existencial de Onetti: *"En muchas partes del mundo había gente defendiendo con su cuerpo diversas convicciones del autor de esta novela, en 1942, cuando fue escrita. La idea de que sólo aquella gente estaba cumpliendo de verdad un destino considerable, era humillante y triste de padecer. Este libro se escribió por la necesidad —satisfecha en forma mezquina y no comprometedora— de participar en dolores, angustias y heroísmos ajenos. Es, pues, un cínico intento de liberación"*.

El hecho de que la ciudad en la que transcurre la novela no tenga nombre ni ubicación precisa, el desdibujamiento de lugares y personajes políticos reconocibles, la asunción de un lenguaje rioplatense para narrarla, llevó a muchos críticos a ver una metáfora anticipada del golpe militar argentino del 4 de junio de 1943, encabezado por el General Ramírez y por un grupo de oficiales liderados por Juan Domingo Perón. En su ensayo *La historia secreta de Para esta noche*, Jorge Ruffinelli se encargó de demostrar el error y justificar la coincidencia. Indujo también al equívoco la historia de su título, originalmente, *El perro tendrá su día*. Onetti lo explicó más tarde: aludía a las fuerzas policiales y militares de la represión, a un dicho popular sobre los castigos merecidos y a un soneto de Yeats, pero el

editor rechazó un título que podía hacerle tener su día antes que llegara el del perro. El nombre de una sección del diario *Crítica* proveyó el título sustituto con el que fue publicada en noviembre de 1943 por la editorial Poseidón.

En los primeros tiempos de su segunda estadía porteña, Onetti vivió en una pensión de la calle Basavilbaso, aunque la mayor parte de sus horas libres transcurría en bares y cafetines de la avenida Corrientes. En ellos frecuentaría a muchos personajes de la vida nocturna, luego incorporados al mundo de sus ficciones. En el Foro se reunía con una barra de periodistas e intelectuales, Ceba, Raffo, el poeta León Kop, Matilde Zagasky, quien años más tarde traduciría *El señor de los anillos*, de Tolkien. Pero antes o después se daba una vuelta por el Politeama, un café al que concurrían actrices de los teatros amateurs, buscadores de fortuna y profesionales de la pobreza; entre ellos, Eva Duarte, que se convertiría en la primera dama del peronismo y por entonces buscaba su destino entre los trabajadores de la radio. *"Fue un período de muchas mujeres... Me enamoraba todos los días"*, recordaba Onetti. A un lado y otro, porque reunía dos requisitos encantadores, muchas veces lo acompañaba Fabi.

"Fabi era una muchacha hermosa, intelectual, pero con un encanto especial que consistía en ser adolescente y a la vez, ya mujer. No como la Lolita del ruso. Tenía el aire de la Maga de Cortázar, y enloquecía a todo el mundo noctámbulo de las dos orillas del Plata —dice Tola Invernizzi. Uruguaya de nacimiento, vivió entre Montevideo y Buenos Aires la mayor parte de su vida. Hacia 1941 tenía 20 años, el cabello con mechones blancos y la historia de su apellido sin resolver porque su padre, hijo natural, lo había cambiado. Muy lectora, en Montevideo había vivido con su madre en una pieza de pensión, y trabajado en una casa de venta de artículos dentales. Haciendo gala de un conocimiento intuitivo, deslumbraba a los intelectuales con sus interpretaciones de la Biblia. *"Una vez consultamos a un psiquiatra para ver qué opinaba de unas cartas que había escrito y nos parecían demenciales* —dice Manuel Claps—. *A nosotros nos parecía que estaba loca. Hablaba de Dios con mayúscula, de Jesús, y de intrincados misterios que semejaban delirios. El médico nos confirmó que se trataba de un caso patológi-*

co, pero ¿qué podíamos hacer? Fabi era una bomba explosiva. Todos los hombres que la conocían se enamoraban perdidamente de ella." Entonces tenía un aire místico que derivó hacia las religiones orientales. Pero una crisis existencial volvió a dejar atónitos a los amigos que la frecuentaban. Repentinamente, como si hubiera hallado una puerta insospechada, cambió las religiones por la mística del sexo. Comenzó a deambular con una seductora boina en la cabeza y la convicción de que entregarse a un solo hombre era un acto egoísta que nadie merecía. Su nueva búsqueda incluía también al sexo femenino. Algunos recuerdan que en cierta oportunidad, enamorada de una mujer, viajó a Chile para cortejar a su compañero y cuando consiguió separarlos, fue a la conquista de su verdadero amor. Los enredos engrosaban una larga lista de anécdotas que la volvían misteriosa y cautivante. *"Más que bonita era interesante* —dice Claps—. *Morocha, de cuerpo pequeño pero muy inteligente. Al principio interpretaba la Biblia a golpes de intuición, pero luego se fue haciendo más culta y más intelectual. Todos los hombres que la rodeaban entonces, menos yo, debo decirlo, iban a la pieza donde vivía con la madre y se agarraban unas calenturas frenéticas. Armaba unos líos espantosos."*

Cuando Onetti la conoció, ella trabajaba en la agencia de noticias ANSA y desde entonces compartieron muchas noches. *"En esa época vivíamos en los bares. Pasábamos de uno a otro hasta muy entrada la madrugada* —recuerda Fabi—. *El mundo de Onetti era el mundo femenino sometido... aunque por entonces también yo ejercía el sexo como dominio. Un juego que solía pagarse caro. Onetti siempre fue un testigo, un relator, un tipo que estaba sentado en un balcón mirando la vida. Recuerdo que caminaba imitando a Luis Jouvet. El mismo era un personaje del cine francés. Ese desapego por las cosas, esa comprensión, la apertura para entenderlo todo, pero quedando del lado de afuera."*

En enero de 1943 Homero Alsina Thevenet cruzó el río con dos ilusiones. Enamorado de Fabi, seguía sus pasos, y buscaba las oportunidades profesionales que Montevideo le negaba. La relación con Fabi no progresó —"*afortunadamente*", diría más tarde—, pero Buenos Aires compensó el desengaño amoroso. Su amistad con Onetti, iniciada en el semanario *Marcha*, se

afianzó a partir de la corrección de las pruebas de imprenta de *Para esta noche*, una tarea que hicieron juntos en el café "La Estrella", de Maipú y Lavalle, sostenidos por píldoras de Benzedrina para no dormirse. Esa primera y penúltima benzedrina de su vida, le permitió a Homero despejarse y eliminar hasta la última errata de la edición, mientras escuchaba al mismo tiempo las cinco conversaciones que se desarrollaban en las mesas vecinas, *"incluidos los silencios de Onetti, que eran una sexta conversación"*.

Por entonces Alsina le hablaba a Onetti de un linotipista llamado Julio Adín, a quien acababa de conocer por intermedio de Tola Invernizzi, *"el 19 de abril de 1943"*, recuerda, orgulloso de su maniática precisión. Atraído por su inteligencia había comenzado a frecuentar a Adín en el pequeño departamento de Lavalle 2822, donde vivía.

"Julio era deslumbrante. La clase de tipo que te conoce y a los treinta segundos sabe qué es lo que te interesa de la vida, qué opinás de ésto y aquello, lo que estás pensando y no te animás a decir" —afirma Alsina Thevenet, quien asegura haber hecho las presentaciones de Fabi, Onetti y Adín. Judío ruso, nacido en la ciudad de Grodno, en 1929, Adín tenía dieciséis años y había cometido dos imprudencias que lo traerían al Río de la Plata: creer que Grodno pertenecía a Rusia, cuando permanecía en manos polacas, y fundar la primera célula de estudiantes del Partido Comunista en la región de mayor terrorismo antibolchevique. El grupo no tardó en ser diezmado. El compañero que los delató se disparó un tiro en la cabeza, otro murió en las torturas y un tercero desapareció. Adín logró escapar con dos camaradas gracias al cónsul uruguayo en Prusia Oriental, que vendía pasaportes falsos por doscientos dólares. Entonces Uruguay era un nombre que sus labios apenas lograban pronunciar y designaba un lugar sobre la superficie del planeta donde nadie trataría de romperle los huesos. Una red de contrabandistas e intermediarios lo ayudaron a pasar la frontera polaca y a cruzar territorio alemán. En 1931 y sin hablar una palabra de español, desembarcó en el puerto de Montevideo, sorprendido de no encontrar tolderías indígenas.

Adín se vinculó al Partido Comunista uruguayo y consiguió ingresar en la Facultad de Veterinaria, donde pletórico de fe en

la movilización revolucionaria de las masas lideró una huelga de estudiantes que paralizó la facultad durante dos días. Allí conoció a Tola Invernizzi, por entonces representante de la llamada Asociación Estudiantil Roja. Llegó a Buenos Aires en 1938 para trabajar de periodista en un diario judío y poco después, un alemán que atendía las necesidades de los refugiados de la guerra le compró unas máquinas de linotipia, le abrió una cuenta en el banco y le montó una empresa editorial que se encargó rápidamente de fundir.

Pese a la afirmación de Alsina Thevenet, Adín recuerda una noche de 1943 en la que Tola Invernizzi lo llevó a conocer a Onetti, en una lechería ubicada a pocos metros de Corrientes y Pueyrredón, cerca del diario en el que trabajaba Julio. El local, que tenía la indispensable propiedad de servir alcohol, los reunió a los tres en una mesa servida con grappa. Tola y Adín conversaron con entusiasmo sobre la obra de Walt Whitman, a quien el último acababa de descubrir, mientras Onetti los observaba en silencio, desentendido en apariencia, pero atento a los gestos y palabras del nuevo personaje.

Al rato, un hombre entró a la lechería y fue hacia el mostrador dibujando en las baldosas del piso un alcohólico zigzag. Ante el previsible pedido de una grappa, el dueño contestó con desprecio que no había alcohol. Los borrachos miran desconsoladamente cuando delante de estanterías bien nutridas alguien insiste en que el alcohol se acabó. Acaso por eso, cuando el hombre emprendió la retirada y pasó junto a su mesa, Onetti lo llamó.

—¿Querés tomar una copa? Vení. Acá hay —, dijo y le ofreció la suya.

—No sé por qué no me quiere vender...— se quejó el hombre mientras hundía la mano en el bolsillo y sacaba un enorme fajo de billetes que, se enterarían después, era producto de un asalto.

Onetti insistió en que se sentara a la mesa, pero el otro se negó. Tomó dos grappas de parado y se marchó.

"Desde entonces quedé completamente enamorado y seducido por ese personaje llamado Onetti —dice Julio Adín —. *Lo nuestro fue amor a primera vista. Empezamos a vernos casi todos los días. Después hicimos una especie de trío con*

Alsinita, que por entonces daba en Buenos Aires sus primeros pasos de niño prodigio. Deslumbrado por Onetti, recuerdo que venía a decirme: "¡Cómo escribe este tipo...!"

Adín y Onetti solían discutir durante horas si la ética era un apriori de la experiencia o viceversa, las disputas del trotskismo con el leninismo, la situación soviética, el golpe militar que acababa de derrotar al presidente Castillo o el desarrollo de la guerra. *"Julio estaba muy compenetrado con los destinos de la política nacional e internacional, con las ideas dominantes y sus contradicciones. Claro que entonces, la información sobre los campos de concentración del nazismo o las purgas de Stalin, era escasa o prácticamente nula"* —señala Alsina. *"Compartíamos plenamente nuestra posición antinazi frente a la guerra* —dice Adín—. *En aquellos años Onetti coincidía con Sartre y sin ser militante, asumía posiciones de izquierda. Recuerdo una noche, cuando comenzó la contraofensiva de Stalingrado. Lleno de entusiasmo, escribió un cable diciendo que el ejército rojo había desbordado como un río sobre las tropas enemigas. Estaba contentísimo."*

A diferencia de Onetti, que mantenía una actitud progresista pero reticente a los pronunciamientos ideológicos, Julio exponía sus análisis políticos con pasión de iluminado, sobre todo si en la mesa había mujeres. Sus diferencias respecto de la política se diluían en materia de conquistas sexuales. Cada uno ejercía su modo de seducir. Si Julio las impresionaba con su inteligencia, Juan Carlos las atraía con un aire de atenta lejanía que había aprendido a dominar. *"Julio era como la novia de Onetti* —dice Fabi, quien alternativamente, fue amante de ambos—. *Los tres estábamos muy unidos pero en ellos, tal cual los veía yo, aunque uno alardeara y el otro escondiera, había una especie de represión permanente."* Una noche Fabi llegó a la mesa del bar donde estaba Onetti con los ojos radiantes. *"Tengo que decirte algo importante. Estoy muy feliz, me enamoré." "¿Ah...sí?* —dijo Onetti—. *Te felicito ¿y quién es el afortunado?" "Afortunada* —corrigió ella—. *"Pero salí de acá..."*, le dijo Onetti agarrándose la cabeza.

A pocos pasos de la agencia Reuter, un café llamado La Helvética, ubicado en Corrientes y San Martín, en cruz con La Fragata, era habitual centro de reunión de los amigos

más íntimos de Onetti. Una noche se dieron cita en torno a una de sus mesas, Fabi, Onetti y Kostia, el hombre de la ceniza Player's Medium que le había presentado a Roberto Arlt. Julio Adín llegó un poco más tarde, acompañado por dos deslumbrantes mujeres. De su novia Bluma todos tenían noticias porque Julio no había dejado de hablar de ella, pero la sorpresa era su hermanita Mina, de una sensualidad desbordante.

A Onetti le bastó mirarle la línea profunda de los labios, el dibujo de los ojos, el movimiento de sus manos y sus pechos, para saber que iba a enamorarse. Pero lo que comenzó como atracción fue transformándose en angustia. Cuando ya no pudo soportar la idea de que una mujer le hiciera perder la cabeza de ese modo, furioso, tomó un vaso y lo partió contra el borde de la mesa. El ruido quebró el bullicio del bar y todos lo miraron sin comprender. *"Ahora me voy a suicidar"*, dijo y amagó cortarse las venas. Le sacaron el vaso de las manos y sólo después que la noche terminara, contó los motivos de su arrebato, pero entonces todo estaba perdido porque la que se llevó a la codiciada Mina fue Fabi. Viajó a Chile con ella y al tiempo regresó diciendo que había resultado una Mina insoportable. A quien no le pareció tan insoportable fue al pintor Wassily Kandinski, quien la conoció en París y se casó con ella. *"Onetti se enloquecía por razones que resultan absolutamente indescifrables* —dice Adín—. *Solía repetir aquella frase de Céline que tanto admiraba: 'llegar al máximo de sufrimiento para ser uno mismo hasta el final'.*

"Él tenía ese estilo de seducción siempre reservado, callado, que le resultaba muy exitoso —continúa Adín—. *Podía, a lo sumo, pasar la mano por la cabellera de la dama o por su espalda, con esos dedos largos que tenía, pero no era infalible. Una noche encontré una italianita con la cual después tuve muchas historias, pero esa vez bebimos juntos con Onetti. La italiana era una sensualota, chiquita, muy desenfrenada. Más tarde fuimos a su departamento y cuando Onetti se acerca a ella, la italianita le dice: 'No, yo quiero hacerlo con Julio'. En pleno invierno, estando en su propia casa, Onetti se puso el sobretodo, se mandó a mudar y no regresó hasta la mañana del día siguiente."*

En La Helvética Onetti también solía reunirse con Manuel Claps. Porteño de nacimiento, en la niñez había emigrado con su familia a Montevideo debido al golpe militar de Uriburu. Por entonces estudiaba filosofía en la Universidad de Buenos Aires y formaba parte del comité de traducción del *Ferdydurke* de Witold Gombrowicz. El comité se reunía en el sótano del café Gran Rex, sobre Corrientes, a pocos pasos del obelisco. En el salón de ajedrez, bajo la presidencia del cubano Virgilio Piñeda, trece colaboradores, entre ellos los hijos de Macedonio Fernández, que usaban el apellido materno, Ovieta, se turnaban en la farragosa tarea. *"Quien tenía un rato libre llegaba a la mesa de Gombrowicz, traducía algunos párrafos y se iba* —dice Claps—. *Después llegaba otro y continuaba traduciendo. Él apenas dominaba el español y nosotros no sabíamos nada de polaco. Entonces pronunciaba su palabra en polaco, buscaba otra aproximada en francés y nosotros discutíamos qué palabra podía ser en español. Se trataba de una traducción permanente, se iban unos, llegaban otros. Los hijos de Macedonio le dieron la peinada final. Por entonces Gombrowicz andaba en la mishiadura total. Jorge Calvetti lo protegía mucho y lo hacía desayunar, mientras contaba sus hazañas eróticas en los baños públicos."*

Onetti no conocía a Gombrowicz y tampoco frecuentaba la peña del Tortoni, donde Claps se encontraba con Carlos Mastronardi y Oliverio Girondo, a quien Onetti trataría más adelante. Buenos Aires era lo bastante grande como para que los mundos personales, aun los más próximos, se cruzaran por azar. *"Él tenía dos vidas* —dice Adín—. *La vida de los intelectuales, que desconocíamos, y la vida con nosotros, que era la vida de parranda, de mujeres y vida nocturna."*

"Por aquellos años Onetti estaba lleno de amigos en Buenos Aires —recuerda Alsina Thevenet—. *Poetas de todo tipo, pintores, peñas literarias. En cualquier café de Corrientes, desde el Obelisco a Callao, podía haber gente vinculada a Onetti"*. Un día en que ambos caminaban juntos por la vereda izquierda de Corrientes, con las manos en la espalda y en silencio, Onetti le confesó su alegre extravío, su nostalgia montevideana: *"Lo que tiene de bueno estar en Buenos Aires es que uno no conoce a nadie. Nadie lo saluda a uno, la gente no molesta."* —Caminó

unos pasos y agregó: —*"Lo que tiene de malo Buenos Aires es que uno no conoce a nadie"*.

"Homero era más chico que Julio Adín y Juan Carlos, aquellas dos inteligencias... —dice Fabi—. *Deben haber sido las únicas personas en este mundo que lo hicieron callar la boca. A él, que siempre hizo callar a todos"*. Durante cuatro meses Homero compartió con Onetti un cuarto de pensión en Avenida Córdoba 587, en la casa de una mujer estricta que los acusaba hasta de gastar el agua del calefón para bañarse. Desayunaban juntos, se iban a trabajar —Homero en una compañía de seguros, donde había logrado colocarlo Julio Adín—, y por las noches se demoraban conversando en el pequeño cuarto de dos camas, envueltos cada uno en su propia nube de tabaco, rodeados de las ropas que Onetti había desparramado en la habitación, ajenas a los beneficios de la plancha. En la librería Pigmaleón descubrieron juntos a Kafka, recién traducido al español, y los primeros textos de la escritora norteamericana Mary McCarthy, que leían con su todavía precario inglés. La revista *Sur* había publicado "El hombre con la camisa de Brooks Brothers", la historia de una relación sexual en un tren que, contada desde el punto de vista de una mujer, los había fascinado.

"¿Hoy qué te toca, rubia o morocha?", solía preguntarle Homero, apabullado por el desfile de mujeres que Onetti conquistaba. Trece años mayor que su joven compañero de cuarto —Homero tenía veintidós años—, acostumbrado a contar con su admiración, pero acaso, también, con un secreto, inconfesado reproche, Onetti tradujo la ambigüedad de ese vínculo a su mundo literario. No es improbable que una tensión producida por el amor de Homero hacia Fabi y las relaciones de Fabi con Onetti, hallaran eco en el cuento "Bienvenido Bob", publicado el 12 de noviembre de 1944 en *La Nación* y dedicado a "H.A.T.", sin que Homero lo descubriera hasta el momento en que lo leyó impreso. *"Hicimos chistes. Tuvimos un diálogo a cerca de si Bob era yo o no* —recuerda Alsina—. *Estaba seguro de que yo no era porque entre otras cosas, pintaba a un tipo que asciende con jactancia y termina siendo un fracasado. Pudo haber tomado algún rasgo mío, pero se sabe que un novelista toma episodios de la realidad y los combina con lo que se le ocurre.*

Sabiendo esto de antemano, nunca tuve por qué sentirme aludido." En realidad no fue "*lección ni enseñanza*", diría Onetti a Jorge Ruffinelli, "*sino una reacción ante los reproches irónicos de un amigo, con el cual conviví en una pensión de Buenos Aires... Bueno, él más o menos practicaba el coito (perdón), más o menos bebía, y no le gustaban mis entreveros con mujeres. Era una época terrífica, de garufas todas las noches, junto con otro amigo, que es Julio Stein en* La vida breve. *Y eso duró años de años, años de whisky, porque entonces yo trabajaba en Reuter y allí el trabajo empezaba en la madrugada... En aquella época muy lejana me gustaban mucho las mujeres y me era fácil conseguirlas. Sobre todo en aquel boliche en que paraba, el Politeama, donde había muchas actrices o candidatas a actrices, y un ambiente bohemio y muy libre."*

Onetti tenía un buen trabajo, dinero para gastar, tres novelas editadas, publicaba sus cuentos en el diario *La Nación* y en revistas de Montevideo como *Apex, Alfar* y *Marcha*. Cuando salía de la agencia, solía ir con Adín por los cabarés del bajo. "*En cualquiera de esos bares te encontrabas con un compadrito y una prostituta mirándose a los ojos, tomados de la mano, escuchando el tango* Mano a Mano *desde una mesa*". Su mundo literario se definía en el carácter de sus experiencias, guiado por un hambre de destinos que tomaba de la realidad, dislocaba y recomponía bajo una forma precisa. "*Yo lo arrastraba a los cabarés donde estaban las coperas, que bailaban y bebían con uno* —continúa Adín—. *El cabaret todavía tenía el típico aire del tango. La mitad de los hombres eran cafishos y la otra mitad, clientes. Entonces yo seducía a las mujeres con fervor, con la fe del amor, creía en la pasión. Con el tiempo descubrí que Onetti lograba ser testigo de las situaciones que vivíamos, no sólo era actor como yo, que estaba perdido en mi juego, limitadamente. Él me observaba a mí, pero también se observaba a sí mismo en el amor."*

Una noche, con una de aquellas aspirantes a estrella de cine o de radioteatro del Politeama, Onetti recaló en una casa de citas de la calle Bouchard, frente al Luna Park. Al salir de la habitación, pidieron un taxi y los hicieron pasar a una especie de patio donde un hombre manejaba una centralita telefónica con precisión de computadora. "Libre el 24", "Limpiar el 16",

"Taxi para el 5". Entonces pensó en un aparato que permitiera ver a las parejas que ingresaban, de modo de darles el lugar que les correspondía si eran viejos, jóvenes o gordos. Entonces imaginó que un tipo como aquel Larsen, en *Tierra de Nadie*, merecía la idea de una casa de citas perfecta, acaso un prostíbulo, un sueño que justificara su vida, porque al fin y al cabo parecía imperioso ir detrás de algo y condenarse en ello.

Distanciado, incluso de sí mismo, en la entrega o la reticencia, Onetti hallaba el lugar desde donde dar forma a los pequeños fracasos personales. Alguna vez señaló que igual que su personaje Díaz Grey, también él tenía esa *"manía que puede ser perversa de meterse en asuntos ajenos, buscar que se enfrenten, sólo por el placer de enterarse"*. Las mujeres eran, de alguna manera, el límite donde medir ese oscuro poder porque *"el deseo era, ciertamente, hijo del cuerpo, pero éste ya no bastaba para aplacarlo. Nada podía modificar ella dejándose usar o usándolo como un varón sin rostro; con nada era posible sustituir las imposibles iniciativas y conquistas, la sensación de dominio"*, escribiría en *La vida breve*.

"Él siempre se enamoraba de él —dice Fabi—, *de ese Onetti que iba dibujando con Luis Jouvet y alguna otra cosa que podía ayudarlo. Misterioso, siempre fumando, bebiendo vino blanco. Tenía la idea de que una mujer era un objeto. Me decía: yo quiero tener una mujer desnuda tirada ahí, y me marcaba la cama, y de pronto se ponía a escribir. Sus silencios, sus largos silencios eran una forma de provocar, de obligar al otro a actuar algo de sí mismo. Jamás se entregaba. El sexo para él era un instrumento, un modo de llegar a otro estado, tal vez al conocimiento de la mujer que tenía sometida. El quería una unidad, necesitaba una coherencia total. Exigía la integridad y le tenía horror a la mentira, lo cual podía ser muy ético, pero muy poco piadoso. Llevaba las cosas a los extremos, amando hasta la despersonalización de lo que amaba. Un juego terrible. Puedo equivocarme, yo no sé qué es querer, puedo estar inventando nuestro pasado. Yo también salía de noche, elegía, conocía, dominaba. A ver quién se monta a quién. Un juego en el que nos perdíamos sin tener de dónde agarrarnos. En mi vida Onetti no ha cesado. Onetti permanece. Siempre lo vi como mi enemigo."*

"Creo que existe una profunda desolación a partir de la ausencia de Dios —dijo Onetti una vez—. *El hombre debe crearse ficciones religiosas... La pérdida del sentido a causa del alcohol, o a causa de estar escribiendo casi obsesivamente, o el momento en que se hace el amor, son hechos religiosos..., es la forma que uno quiere darle a la vida."*

"Es que la libertad y el sexo son dos tipos opuestos —señala Tola Invernizzi, como si volviera a conversar en el Politeama con Onetti, Julio Adín, Fabi—. *Fijate que el sexo es un asunto tribal, obviamente, y la libertad es un fenómeno individual. Pero resulta que la libertad se consigue colectivamente, y el sexo, que es tribal, se realiza individualmente. Porque el amor, la unidad, la posesión, es la defensa del individuo frente a la tribu."*

"Un problema de intento de integración —dice Onetti—. *De que dos sean uno. Un intento imposible, condenado al fracaso desde el principio."*

"Es que el goce mata, disuelve la personalidad y te conduce de nuevo a la tribu —continúa Tola—. *La tribu dice que está todo bien. Pero yo, que soy miembro de la tribu, digo no. Yo quiero separarme de la tribu. Porque un hombre para cumplir con la humanidad tiene que realizarse como individuo. Y el goce desdramatiza, descarga del peso del mundo, exonera del sufrimiento. No hay que confundirse con sus espejitos de colores, con sus cosquillas. No estoy poniendo vedas al erotismo sino deslindando al hombre y a la mujer en el contacto cerrado que establece una pareja, individualiza la relación y la aparta de la tribu. Eso es lo que se disuelve en la orgía colectiva, el reconocimiento de que ese pedacito de vida que el otro vivió, lo vivió contigo. Al fin de cuentas, todos buscamos que en los quejidos de placer el otro nos nombre."*

"El sexo de la mujer, en un sentido concreto —agrega Onetti—, *es un misterio psicológico que trae para nosotros consecuencias psíquicas enormes."*

"Claro, las mujeres dicen que pueden sentirse vírgenes con uno, como si se tratara de la primera vez —sigue Tola—. *Una vuelta, mirando las playas argentinas, que son metafísicas, entendí que sí, que ellas borran su pasado con cada menstruación. Entonces vos pensás que dentro de tres años, ella le va a*

estar diciendo a un tipo: 'mirá, de aquella relación, de aquel tipo, ya no queda nada', y te vienen ganas de matarla..."

"Las mujeres, como los niños, son bichos de otro mundo —corrobora Onetti—. *No se las puede tratar como a personas sino como a mujeres. Adorándolas, y también brutalizándolas."*

"Qué horrible ser varón —dice Fabi—, *tener la limitación de la erección. Es terrible, yo pienso que es una maldición bíblica. Porque a una le puede gustar alguien y no tener ganas de acostarse con él. Los caminos del amor son muy misteriosos... O puede tener ganas de acostarse con alguien que quiere mucho, pero no le gusta físicamente. En cambio para el hombre eso es terrible. Una verdadera maldición."*

El diálogo, sólo imaginario en su ocasión, revela varias raíces de la erótica onettiana, su complejidad, el mundo que iba a reunirse con sus palabras.

Santa María cayó del cielo

En Reuter Onetti era conocido como un jefe responsable y silencioso que corregía las notas de los redactores, una vez que los cables del frente de guerra salían de la teletipo. El inicial temor de sus empleados dio paso al reconocimiento de una casi enfermiza timidez y de un humor corrosivo que no todos entendían. En las oficinas trabajaba de secretaria una muchacha de dieciocho años, holandesa, flaca, muy alta y erguida, que cautivó a Onetti con un involuntario atentado al orgullo del imperio británico. Eficiente, políglota y aplicada, Elizabeth María Pekelharing era hija del director de la empresa Philips y había llegado a Buenos Aires hacía cuatro años. Sus ojos claros y el rostro lleno de pecas alentaban el apodo de la Peke, que coincidía con las primeras letras de su apellido, pero sus compañeros comenzaron a llamarla "la Boya" porque con demasiada frecuencia exclamaba: ¡Oh..., boy! "Oh...., boy!

Desde hacía varios meses, las agencias de Reuter en el continente temían la imprevista visita de un inspector británico que nadie sabía dónde se hallaba. Cuando entró a la oficina de Buenos Aires, en medio del revuelo enviaron a la holandesa a prepararle un té. Primero fue al baño a lavar la tetera en una palangana, pero al quitarle la tapa y dejarla a un lado, no advirtió que la apoyaba sobre un pequeño jabón. Lavada la tetera, volvió a colocarle la tapa, unos gramos más pesada. Juran los testigos que cuando el inglés se sirvió el té, la taza se cubrió de burbujas. Y la Boya, encantada, se puso a saltar y a batir palmas. *"¡Oh..., boy! ¡Oh..., boy!"*

"Me enamoré perdidamente de ella, en ese momento", confesaría Onetti.

"Es que entonces yo era alta, flaca y boluda —dice la Peke—, *y no me di cuenta dónde ponía la tapita de la tetera. Eso inauguró una serie de bromas al inglés, que era una persona muy seria. Siempre le preguntaban: ¿usted cómo prefiere el té, suave o cargado? Y el hombre respondía: yo lo quiero cagado."*

"A veces Onetti me ayudaba a preparar el archivo. Una agencia de noticias tiene que tener un archivo para cuando espicha alguno y poder dar los datos básicos. Entonces yo le dictaba y él tomaba nota. Se reía de mis traducciones. Recuerdo que una vez me topé con una ficha de la reina de Holanda que decía que se había salvado raspando. Yo traduje: la reina tuvo un escape angosto. Se mató de la risa."

A ella le gustó su manera de tomarla en cuenta, su experiencia en el amor, de lo que la Peke sabía poco y nada. Entonces estaba comprometida con un holandés, amigo de su hermano, que había pasado tres días por Buenos Aires. Un beso la había convertido en su novia, una carta en su comprometida. Al tiempo, él le había hecho llegar un anillo de diamantes por correo y la noticia de que debía ir a pelear al frente de guerra.

"Yo me junté con Onetti porque me sentía bien, me daba pelota. En mi casa no me daban pelota porque era mujer", dice la Peke. La primera vez que habló de él en su casa, la madre se horrorizó. La prefería viuda de un soldado holandés que amante de un latino. Cuando fue a su primera cita amorosa, le advirtió: no te dejes besar, todos los latinos tienen sífilis. "*Pero entonces* —recuerda—, *nos divertíamos, nos divertíamos, nos divertíamos."*

A Onetti le gustaban sus disparates, su juventud y su locura. Si caminando por la calle Onetti iba demasiado serio, ella ponía cara de enferma mental, dejaba caer un brazo simiesco, arqueaba las comisuras de la boca y las piernas, y lo seguía en silencio. Él la miraba taciturno, pero ella sabía que aplaudía y disfrutaba de sus ocurrencias. Un día le dijo que un escritor de su talento no debía tener un origen italiano sino irlandés, de modo que Onetti, en realidad, provenía de un antepasado que se apellidaba O' Netty, y que se encargara él de inventar el resto de la historia. Seducido por la idea que lo ligaba al país de Joyce, Onetti hizo suya la versión y la repitió luego.

Pese a que ella le había mencionado la escasa simpatía de sus padres hacia la relación, Onetti quiso conocerlos. El encuentro no fue feliz. La madre tejía en un sillón mientras el padre se mantenía apartado. Por toda gentileza, la madre le dijo en holandés a su marido: "*dale un trago al hombre*". Y por toda gentileza, el padre respondió que no. El tono adelantaba las discusiones que más adelante, Onetti tendría con aquel hombre de ideas racistas, con el que coincidiría sólo en la crítica del capitalismo, aunque desde veredas opuestas. Esa tarde se reconocieron como enemigos. Los esfuerzos de la Peke por llevar el diálogo adelante, dejaron grandes jirones de silencio entre una iniciativa y la siguiente. A los treinta y seis años, doblándola en edad, Onetti no estaba en condiciones de proponerse conquistar complicidades familiares, así que ayudaba poco, sin temor al naufragio. Al fin la madre levantó la vista del tejido y le dijo: "*mire, señor, mi hija no sabe cocinar, no sabe lavar, no sabe planchar*". Inmutable, como si estuviera allí para jugar una partida de póquer, Onetti contestó: "*si quiero una sirvienta, la busco*". La mujer guardó silencio y al rato dijo, sin mirarlo: "*Cuando no hay orden en la casa el amor sale por la ventana*". El rechazo había sido rotundo. Después que terminó la visita, los padres de la Peke corroboraron: "*Todos los latinos son como serpientes en el pasto*".

Días más tarde Onetti le propuso matrimonio, aunque a su modo. "*Yo me quiero casar contigo porque no soporto a las mujeres*" —le dijo—. "*Ah, bueno* —contestó ella, que ya advertía sus furtivas miradas a otras mujeres—, *lo disimulás muy bien...*"

Vía México, porque su vocación matrimonial desbordaba el código civil del Río de la Plata, se casaron el 12 de abril de 1945, con la oposición de los padres de la Peke. "*Decidimos casarnos con Charlie* —recuerda ella—, *compramos un montón de novelas policiales, terminamos los trámites y nos fuimos de luna de miel a Córdoba.*"

Resignada, por toda celebración, la madre de la Peke acompañó a su hija hasta la estación de Olivos y la despidió sin advertencias. Fueron a un hotel de las sierras. La historia de *Los Adioses*, en torno a la relación de un hombre maduro y una adolescente, tiene acaso, una secreta deuda con el viaje. Pero

en la vida real otras tramas preocupaban a la pareja, no menos onettianas. El hotel era atendido por una mujer demasiado bonita para que Onetti no reparara en ella, lo que provocó las primeras rencillas. *"La verdad es que yo fui muy infiel en ese casamiento, claro que tenía ciertas razones..."* —señaló Onetti, años después, a Magela Prego, refiriéndose a la noche de bodas—. *"Recuerdo que ella llevaba un diario íntimo. Cuando se acerca la media noche, hora trágica para ella, me llaman de la agencia para decirme que había llegado un telegrama anunciando la muerte de Franklin D. Roosevelt. El director de Reuter me dijo que no me preocupara, que no tenía que volver a la oficina. Pero ella anotó en el diario que gracias a Dios, ese día se había muerto Roosevelt. Ella debía estar, lógicamente, deseando esa noche. Sin embargo, le produjo un gran alivio esa noticia."*

De regreso de la luna de miel viajaron a Montevideo para que la Peke conociera a sus nuevos suegros, con quienes pasó la mayor parte de su estadía. *"Me dejaba todo el día con los viejos* —recordaría—, *y él se iba por ahí a ver a sus amigos."*

Como para inducirlo a confiar en los cambios que se querían definitivos, por esos días el mundo ponía fin a la Segunda Guerra y dieciséis días después de la muerte de Roosevelt, fusilaron a Benito Mussolini, atrapado cuando intentaba escapar a Suiza. Tres días más tarde, el mundo entero conoció la noticia del suicidio de Adolfo Hitler y el 9 de agosto los norteamericanos arrojaron la segunda bomba atómica, esta vez sobre Nagasaki. Para el secretario de redacción de Reuter, aquellos meses estuvieron signados por una intensa actividad.

El 17 de octubre inauguró en Argentina una nueva épica popular, de la mano de uno de los hombres más complejos de su historia. Ese día los obreros ganaron las calles para reclamar por la libertad del coronel Juan Domingo Perón, encarcelado en la isla Martín García luego de renunciar a la vicepresidencia, al Ministerio de Guerra y a la Secretaría de Trabajo y Previsión. Viéndolo instalado en el fervor popular, Onetti confirmó la desconfianza que había sentido cuatro años atrás, cuando lo entrevistó en su despacho ministerial junto a un periodista del diario *El Mercurio*, de Santiago de Chile. Liberado por la presión popular, en inmejorables condiciones de

alcanzar por fin la presidencia de la Nación, los brazos alzados y abiertos de Perón evocaron en Onetti el gesto inútil de aquel periodista chileno vestido con un ambo gris oscuro, camisa blanca de cuello duro y corbata azul, decidido a incomodar al coronel con preguntas que adelantaba, serían "escabrosas". Pero cuando se hicieron anunciar, el mismo Perón les abrió la puerta de su despacho y los hizo pasar. Apenas tomaron asiento frente al escritorio, los contempló con una sonrisa sobradora, se pasó una mano por la cara y dijo: *"Miren, muchachos: para entrar en confianza les voy a decir que, en lo que a mí respecta, aquí en la Argentina las opiniones están divididas"*. Calculó una pausa, como para que nadie dudara de que iría a decir algo trascendente, y agregó: *"Unos putean a mi padre, otros a mi madre"*. El chileno debió aceptar la derrota y Onetti midió el poder que anunciaba esa habilidad para conquistar simpatías con una admiración que, rápidamente, se transformaría en rechazo.

Al peronismo Onetti le debe el miedo, el deseo de estar en otro sitio, y en parte, la creación de Santa María. Como otros intelectuales, vio en el peronismo, instalado en el gobierno desde 1946, la demagogia y la persecución, la puesta en escena de una ficción popular como las que se habían adueñado de Europa. Aun antes de que Perón prohibiera los viajes a Uruguay, comprobó hasta qué punto *"el gobierno del general Juan Perón Primero, que en realidad fue una dictadura"*, lo había domesticado en el temor. En uno de sus viajes a Montevideo, luego de bajar del Vapor de la Carrera se metió en un boliche del puerto y compró los diarios del día. *"Me acuerdo como si fuera ahora* —le comentó a Omar Prego—, *que en uno de ellos,* El Debate *(diario del Partido Nacional, entonces en la oposición), había un enorme titular: 'Batlle Berres Ladrón'. Imaginate, Batlle Berres era el Presidente de la República. Y mientras leía eso, todavía asombrado, pasó un tipo detrás y yo, en un reflejo, escondí el diario... En Buenos Aires,* La Vanguardia, *que era un diario de oposición, se leía a escondidas y se pasaba de amigo a amigo.* La Prensa *era demasiado imparcial, demasiado fría, pero al final Perón y su camarilla lo liquidaron y terminó intervenido. Bueno, en ese momento, en el puerto de Montevideo, tuve ese reflejo de miedo. Yo tenía el deseo de no*

estar en Buenos Aires, de venirme a Montevideo. Y al mismo tiempo sabía que no podía hacerlo por razones económicas."

En esos años Onetti dejó la agencia Reuter, se desempeñó un tiempo como secretario de redacción de la revista *Vea y Lea,* y al fin se distanció del periodismo para dedicarse a hacer una pequeña revista de publicidad llamada *Impetu*, en la que traducía artículos y escribía *"sesudos editoriales sobre el consumo, casi todos robados"*. Financiada por la agencia Walter Thompson, la revista salía una vez por mes y tenía la ventaja de dejarle gran parte del día para dedicarlo a una nueva novela. *"El mejor empleo de mi vida. Comenzaba a trabajar a las tres de la tarde, tenía que escribir solamente un editorial por mes y, de tiempo en tiempo, el texto de un aviso. Sorprendente, ¿no?... El trabajo era muy cómodo, la hacía cuando se me daba la gana. Yo he amado la publicidad por culpa de sus horarios de trabajo."*

Un día, un empresario que tenía una agencia publicitaria en Montevideo y otra en Buenos Aires, le ofreció *"un sueldo fabuloso para que trabajara en ambas"*. La posibilidad de viajar semanalmente entre las dos orillas habría bastado para que Onetti aceptara. El hombre lo llevó a un sastre y le hizo hacer un sobretodo, dos trajes a medida, zapatos finos y guantes de pecarí. El atuendo, escondía un riesgo insospechado.

Cuando se disponía a gozar de las periódicas travesías sobre el Río de la Plata, Perón prohibió los viajes a Uruguay y le quitó la euforia. La temporaria interdicción infligió a Onetti una herida imperdonable. Coincidió con el fallecimiento de su madre, obligándolo a viajar de Buenos Aires a Asunción, y de Asunción a Montevideo, sólo para llegar dos días después de los funerales.

En uno de esos viajes tuvo oportunidad de comprobar hasta qué punto su condición de uruguayo resultaba un salvoconducto más eficaz que su vestimenta porteña, por empeño que hubieran puesto sus compañeros en enseñarle a sacarse el sombrero de forma que se viera la marca. *"Llegué a Asunción con mi atuendo de publicitario* —le contó a Jorge Ruffinelli—. *Había una fila de taxímetros que por supuesto, eran coches de contrabando. Me tocó un Cadillac novísimo, que manejaba un hombre con los pies descalzos."* El hombre lo paseó por me-

dia ciudad antes de dejarlo en el hotel, donde lo recogió al día siguiente para llevarlo a la agencia de viajes. Cuando pagaba su pasaje a Montevideo, el chofer se le puso al lado sin quitar la vista de su billetera. Al salir del local, le dijo con su tonada india: *"¿No me acompañaría unas cuadritas, patrón?"*. Ya entonces Onetti contemplaba el violento anochecer de Asunción como si fuese el último de su vida. Imaginaba la esquina oscura y maloliente donde el otro le daría una cuchillada para manotear el dinero. Pero no se quiso "achicar" y contestó: *"Sí, cómo no, cómo no lo voy a acompañar, vamos"*. Caminaron unas cuadras hasta un boliche donde el indio lo invitó a tomar unas copas de caña paraguaya. *"Cuando fui a pagar —el hombre hablaba guaraní con el del mostrador—, me dijo: ¡No! está todo pagao. Y yo me dije: Bueno, este ya me tiene liquidado, se convino con el tipo del mostrador..."* Pero como sucedió en la agencia, el hombre se le acercó hasta ponerse de frente y levantándose la camisa, le mostró el reguero de agujeros de bala que le cruzaba el cuerpo, recuerdo de su acción en la guerra del Chaco. *"Yo quería decirle una cosa, patroncito. Lo que yo quería decirle es que cuando lo vi a usted, por la ropa que traía, yo pensé que era porteño. Y entonces había planeado estafarlo en el viaje, darle vueltas y cobrarle miles y miles, pero ahora voy a devolverle toda la plata que le robé dando vueltas por Asunción. Cuando yo me acerqué en la agencia de viajes, y usted creyó que me acercaba por la plata, no era por eso...Yo quería ver el pasaporte suyo. Y cuando vi que era uruguayo, bueno, ya todo cambió. Porque López y Artigas son únicos. Nosotros estamos siempre contra el gobierno de Buenos Aires y ahí nos tenemos que mantener"*.

"Esto lo cuento —dijo Onetti, entonces—, *como algo extraño de un analfabeto que se llamaba Anacleto Medina, de un indio analfabeto que manejaba un Cadillac y tenía sus firmes opiniones políticas..."*

En el mundo de la publicidad, Onetti tuvo oportunidad de dedicarse con mayor comodidad a su producción literaria. Durante el verano de 1948/49 pensó que había llegado el momento de conocer a Jorge Luis Borges. En un tiempo remoto, había visto en sus cuentos una traducción de Melville, pero luego había terminado por reconocer en el Borges de *Fervor de*

Buenos Aires, Luna de enfrente, Hombre de la esquina rosada, la jerarquía de su talento. Le pidió a Emir Rodríguez Monegal, entonces de paso por Buenos Aires, que los presentara. Emir admiraba y trataba a los dos, desde hacía unos cuantos años. Concertó una cita en La Helvética. Pero Borges y Emir demoraron en llegar algo más de lo que Onetti podía permitirse sin adelantar unos tragos de cerveza, de modo que cuando los tres estuvieron reunidos en la mesa, uno de ellos ya sabía que no iba tener suerte con el otro. Acaso durante el tiempo en que bebió solo recordó su encuentro con Arlt y aquella farsa que le montó en la redacción del diario *El Mundo*. Tal vez comparó las diferencias en su forma de hablar, de mostrarle la cara, de anunciar su vanidad. O quizá se arrepintió de haber alentado el encuentro. Lo encontraron con "*aire fúnebre*", "*hosco, como retraído en sí mismo, y a la defensiva. Sólo salía de su isla para atacar con una violencia que nunca le había visto* —recordaría Monegal—. *Era obvio que él había leído a Borges y que Borges no lo había leído, ni tal vez lo leería nunca. La conversación saltaba sin progresar, hasta que de golpe, Onetti embistió con una frase que se dejaba silabear como un verso de tango: 'Y ahora que están juntos, díganme, explíquenme, ¿qué le ven a Henry James, qué le ven al coso ese?*"

Borges accedió a explicar su admiración por James, a trazar un pedagógico laberinto de comparaciones con Cervantes, Chesterton, Kafka y Dickens. Emir lo siguió con entusiasmo, esperanzado en borrar el origen infortunado de la conversación. Pero parecía claro que nada de lo que dijera iba a conciliar dos mundos que se querían paralelos. De regreso, por si quedaba alguna chance de que Borges no hubiera advertido las irritantes actitudes de su amigo, Emir le preguntó qué le había parecido Onetti. Dijo que le había gustado y Emir lo entendió como una gentileza más. "*¿Pero por qué habla como un compadrito italiano?*", agregó.

De camino a su hotel, Emir comprendió que Borges había registrado las provocaciones de Onetti y hasta percibido otras que él pasó por alto. "*Estuvo censurando a Borges al arrastrar las sílabas más que de costumbre, deliberadamente, como un acto fonéticamente agresivo y suicida*", se dijo. Emir debe haberse sentido traicionado por Onetti, pero crítico al fin, pensó

que había personificado a Roberto Arlt como una sorda y demorada revancha del autor de *Los siete locos*, ignorado también por el maestro. Una justificación imprecisa para una intuición, después de todo, no mal encaminada. Borges tenía entonces 50 años y preparaba la edición de *El Aleph*. Onetti, diez años menor, construía una novela que establecería un corte con su producción anterior y lo cruzaría, definitivamente, a la ciudad de Santa María.

Además de las novelas y cuentos ya nombrados, Onetti había escrito y publicado los relatos "Mascarada", "La larga historia" (primera versión de *La cara de la desgracia*), "Regreso al sur", "Esbjerg, en la costa", y traducido junto a su esposa *The Cape Cod Mystery*, de Phoebe Atwood Taylor, para la editorial Poseidón. Pero en 1948, un día en que salía para el trabajo y mientras caminaba por el corredor de su diminuto apartamento de Independencia 858, donde vivía con la Peke, le "*cayó así, del cielo,* La vida breve. *Y la vi. Me puse a escribirla desesperadamente... A tal punto vi el asunto, fue tan poco deliberado, que no sé realmente por qué diablo fue así*", le comentó a Rodríguez Monegal. Había visto a Larsen, en un bar, junto a un viejo, una puta y un adolescente rubio, mientras conversaba con alguien que, oculto detrás de una cortina, no lograba divisar, pero intuía, era policía; "*los ojos claros y salientes... sin expresión, como bolas de vidrio; la nariz curvada avanzaba como una proa, triunfante de la grasa y la decrepitud de la cara*". Y todo aquello tenía un aire final, funerario, en un pueblo junto al río. Ignoraba lo que eso significaba, el lugar donde sucedía y porque estaba decidido a averiguarlo, cómo se las arreglaría para llegar hasta el momento en que la nariz de Larsen, delgada y curva, mostrase con amargo heroísmo que su juventud y su audacia se habían conservado únicamente en ella.

Deliberada o desaprensivamente, Onetti ha mezclado las versiones sobre la creación de *La vida breve*. Por las declaraciones a Monegal, es probable que en la escena, Onetti haya intuido el ocaso del sueño de Larsen, aquel prostíbulo que imaginó en el hotel de la calle Bouchard. Durante los dos años siguientes trató de alcanzar el momento de esa despedida, pero habiendo partido de un personaje que vivía en un departamento porteño y sufría su misma asfixia, el proceso que llevó a Juan

María Brausen a crear Santa María terminó por abarcar toda la novela y sólo sobre el final Onetti incluyó la escena primera, inserta con gratuidad y sin conexión con el resto de la trama, testimonio de su fracaso por explicarla. La literatura está colmada de afortunados fracasos.

A diferencia de la versión dada a Monegal, unos años más tarde, cuando Ruffinelli le refirió su impresión de que en medio de la escritura de *La vida breve* había modificado el proyecto novelístico, Onetti omitió la referencia a Larsen y reconoció otro punto de partida. *"Yo estoy completamente de acuerdo, pero no podría dar una explicación exacta del proceso. Comienza con una cosa bien realista, que es la imposición de que Juan María B. (creo que Brausen, ¿no?) escriba un guión cinematográfico para ganarse la vida. Ahora, a medida que lo va haciendo, se da cuenta de que como guión no sirve, pero sí le sirve a él, ¿cómo te voy a decir?, como desapego de la realidad, como una posibilidad de que todo se cumpla: hacer lo que se le da la gana, fabricar Santa María. Esa es la raíz, no veo un proceso consciente en el hombre".* Aquí el punto de partida es Brausen, la experiencia de un publicitario en Buenos Aires, asediado por la frustración que, de un modo insospechado hasta para el propio Onetti, disocia, primero, su identidad, y culmina dotando de realidad a un mundo imaginario.

Sobre el dato de que en el final de *La vida breve* el hombre que se despide es nombrado como "Junta" y no como Larsen, además de otros indicios, Ruffinelli construyó la hipótesis de que Juntacadáveres y Larsen son dos personajes paralelos que sólo en el fin de la saga de Santa María terminan por identificarse en una sola persona. *"Onetti nos ha confundido* —señala en su ensayo "Notas sobre Larsen", publicado en *Cuadernos Hispanoamericanos*—. *Nosotros nos hemos confundido: Larsen no fue desde el comienzo 'Junta', y 'Junta' nació sin deberle nada a Larsen. Pero desde* El astillero, *el lector onettiano, acostumbrado a oír hablar de una 'saga', la saga de Santa María, con los mismos personajes siempre, identificó ambos personajes en una sola figura."*

"Lo que pasa es que para mí, durante un tiempo, Larsen era sólo Larsen —había señalado Onetti a Monegal—. *No había llegado a la categoría de Juntacadáveres. Es decir: al princi-*

pio era sólo un macró porteño, un tipo que explotaba mujeres en el ambiente, y nada más. Es un tipo convencional, mucho más despreciable, mucho más en decadencia. Pero un día, así repentinamente, se me ocurrió que este Larsen, este macró, tiene una ambición: el prostíbulo perfecto, y se pone a juntar mujeres (cadáveres, si querés) para realizar su sueño, y se las lleva a Santa María."

En todo caso, no sólo el lector se habría confundido, el mismo Onetti se habría dejado llevar despreocupadamente por su proceso creativo. Se haya iniciado *La vida breve* a partir de Larsen o Juan María Brausen, la pequeña ciudad, ese pueblo de provincia, no podía tener otras fronteras que las del deseo de Onetti porque desde que Perón prohibió los viajes a Uruguay, Montevideo se había vuelto lejana y Buenos Aires una trampa. *"Entonces me busqué una ciudad imparcial, digamos, a la que bauticé Santa María y tiene mucho de parecido —geográfico y físico— con la ciudad de Paraná, en Entre Ríos"*, le dijo a Ruffinelli. En pleno invierno porteño, había viajado allí, invitado por un amigo notario. Había mirado la rambla sobre el río grueso y marrón, el embarcadero de donde partía el trasbordador hacia la orilla santafesina, el tiempo semidetenido y herrumbrado. *"Allí sentí una sensación de felicidad, no sólo por el calor sino por los entrerrianos, que se parecen mucho a los uruguayos, y no a los porteños"*. *"Yo viví en Buenos Aires muchos años* —señaló otra vez—, *la experiencia de Buenos Aires está presente en toda mis obras, de alguna manera; pero mucho más que Buenos Aires está presente Montevideo, la melancolía de Montevideo. Por eso fabriqué a Santa María, por nostalgia de mi ciudad"*. Entonces no tenía por qué saber que ese territorio nacido del desarraigo, daría origen a una saga de novelas, pero el manuscrito de *La vida breve* llegó a tener alrededor de setecientas páginas, más del triple de su extensión definitiva, y algunos cuentos y novelas posteriores fueron elaborados en base a fragmentos de las páginas desechadas[15].

La vida breve es su novela más ambiciosa, la que consigue cruzar las fronteras del realismo sin esconder el procedimiento

15 El relato "La casa en la arena", originalmente formó parte de *La vida breve*. *Para una tumba sin nombre* y el cuento "Jacob y el otro" también pertenecen a la saga de Santa María, como *Juntacadáveres* y *El astillero*.

ni quitarle misterio. Buena parte de la novela refiere a circunstancias vividas en su estadía porteña. Juan María Brausen es publicitario, como Onetti en esos años. *"Yo vivía en un departamento pegado a la habitación de esa mujer, llamada la Queca* —refirió al periodista Mario Chao—. *En mi piso había una de esas camas empotradas que se bajan de noche, y ella tenía otra igual. Pero lo grave es que las dos camas coincidían y cuando estaban las dos bajadas, se oía todo. Y, bueno, la Queca era un monstruo, muy liberada, digamos. Yo tenía un hijo que algunas veces iba a visitarme, me lo tenía que llevar afuera por las cosas que gritaba esta mujer. Después nos hicimos más o menos conocidos."*

Una noche Julio Adín atendió el teléfono de su casa y oyó la voz de Onetti que le decía: *"Escuchá, no digas nada... Stein, ¿te parece bien? Julio Stein"*, repitió. Sí, le dijo Julio, me parece bien. Acababa de cruzar el umbral de la literatura onettiana, con un nombre que se haría tanto o más real que el propio Adín. De sus andanzas comunes, Onetti construyó un personaje enamorado de la noche y la frivolidad, deportista de la generosidad, el amor y la inteligencia. *"Entonces éramos amigos intensamente vinculados. No me profesaba la admiración que yo tenía por él, pero me quería mucho* —dice Adín—. En la vida breve *hay un episodio en el que Brausen y Stein van a la casa de una mujer. El origen de ese episodio es un gran amor que tuve hace añares. Ella se llamaba Hebele y su primer marido fue un abogado argentino, líder del Partido Comunista, un tipo que murió estúpidamente, por rencor de la policía. Se cayó, borracho, de un colectivo, y en vez de llevarlo a la asistencia pública lo metieron en un calabozo, y ahí murió. Una noche Hebele me llamó para que fuera a cenar a su casa. La distancia que yo había tomado de ella, mi desamor por esa mujer a la que le hubiera dado todo era tan grande, que la sola idea de ir me aterraba. Y en vez de negarme, decidí llevarme a Onetti conmigo, pero no le dije adónde íbamos, sólo que me tenía que acompañar a la casa de alguien. Después me confesó que creía que lo llevaba a la casa de un hombre. Apenas llegamos, Hebele quedó completamente enamorada de Onetti. Y a tal punto que en un momento, prácticamente me echó de la casa. Para vengarme, me llevé una pipa de su marido, que lógicamente*

no estaba en casa, y algunos de sus libros. Cuando salía, ella me palmeó la espalda y en medio de la borrachera, me caí al suelo, los libros se desparramaron... todo eso está contado en la novela. Después venía a pedirme la llave del departamento de ella, que yo retenía..."

El origen de Mami, la trasegada amante de Julio Stein que cantaba en francés « *La vie est bréve/ un peu d'amour / un peu de réve / et puis bonjour / La vie est bréve / un peu d'espoir / un peu de réve / et puis bonsoir* », remite a una noche con Tola Invernizzi, Milka, su mujer, y los padres de ella, ambos judíos rusos. El padre de Milka se fue a dormir temprano, pero quedó su madre, Raquel, casi de sesenta años y dueña de una desbordante vitalidad. Onetti le había estudiado la gordura, el atractivo de sus rasgos, la boca sensual, sus enormes ojos rusos. Entonces apenas sabía de su participación en la revolución bolchevique del 17, de su pasión por el juego y su afición por el canto lírico.

Esa noche Raquel ya sabía —se lo había dicho a Milka—, que no importan las arrugas, las canas ni las impiedades del cutis, dentro de los ojos una luz se retrae y se apaga, que esa luz de hambre de vida en la mirada comienza un día, de modo indeclinable, a desinteresarse. Quizá por eso, en la noche que avanzaba entre cigarrillos y copas, comenzó a cantar en *yidis* una canción rusa, pidiéndole a sus ojos que brillaran otra vez.

"Y repentinamente, como si acabara de escuchar los compases que le daban entrada, echó la cabeza hacia atrás sin violencia y pareció sumergirla, mientras empezaba a cantar, en una reducida atmósfera nostálgica, en un muerto mundo personal —contaría Onetti en *La vida breve*—. *Y allí, metida allí la fofa cara de bebé, tan solitaria y lejos de todos... revivió a la muchacha que había emigrado treinta años atrás... para conocer la lengua y el alma de un pueblo nuevo... Tal vez no lo supiéramos nosotros que escuchábamos, tal vez alguno lo intuyera con un sentimiento de piedad y ridículo; durante los cinco largos minutos de la canción, durante las pausas que concedía fielmente a la imaginaria orquesta, ella, despojada de grasas, años y estragos, cantaba con la agresiva seguridad que presta la piel joven, con el amor por la entrega y el riesgo que nace de un cuerpo que solo ha sido gozado por quien él*

eligió." Cuando dejaron de cantar, Raquel y Mami, cuando terminó de confundirse en una sola y fija sonrisa, triste, dichosa y desafiante, Onetti se levantó de su asiento, fue hacia ella y la besó en la boca.

El otro

La publicación de *La vida breve*, en noviembre de 1950, pasó prácticamente desapercibida en Buenos Aires. Unas pocas reseñas en los diarios dieron cuenta de la edición de Sudamericana, que demoraría más de quince años en venderse. La indiferencia de los críticos argentinos acrecentó la imagen de Onetti como escritor maldito en los círculos montevideanos. Por entonces Onetti ya era plenamente Onetti. Su mundo literario estaba configurado, si no en sus límites, en el carácter de su escritura.

Fue durante ese año, en uno de sus viajes a Montevideo, cuando conoció a los otros dos miembros de la revista *Número*: Idea Vilariño y Mario Benedetti. Desde abril del año anterior, Emir Rodríguez Monegal, Idea Vilariño y Manuel Claps editaban una revista literaria de inclinación cosmopolita que pronto se convirtió, junto a la revista *Asir*, en uno de los referentes de la intelectualidad uruguaya. Mario Benedetti acababa de integrarse al grupo de exigente erudición y con un orgullo capaz de rechazar originales de Borges y Onetti, si no los hallaban valiosos. Recuerda Manuel Claps que cuando Onetti le entregó un adelanto de *La vida breve* para publicarlo en la revista, se encontró con Héctor A. Murena en el patio de la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires. Murena hojeó rápidamente el manuscrito y dijo: *"¡Pero esto es Faulkner!"*. *"Sí —le respondió—, pero es más que Faulkner, es uruguayo"*. Para el equipo de *Número*, Onetti era uno de los pocos autores nacionales cuya obra realmente importaba.

El encuentro de Idea y Onetti en un café de Malvín, desmintió dos equívocos que no eran literarios. Cuando Manuel Claps le avisó a Idea que en la noche se encontrarían con Onet-

ti, ella dijo que con ese cretino no quería saber nada. Maggi, Flores, Rama, le habían hablado de su cinismo, de su falta de piedad, de su negra fama.

Idea se recuperaba de una larga enfermedad que la había postrado en cama durante tres años. Enamorado, Manuel Claps había cuidado de ella y entonces insistía en que el hombre tenía un encanto que merecía conocerse. Débil aún, finalmente se levantó de la cama y concurrió a la cita.

Onetti tenía una versión estrafalaria de Idea. Creía que era una "buscona". Pero con el correr de las horas, Idea, que permaneció callada la mayoría del tiempo, descubrió a un Onetti atractivo, serio, más adulto que los demás, un hombre inteligente que hacía gala de su cultura con autenticidad. Onetti le confesaría después que ella lo había impresionado como un ser delicado, con una sonrisa giocondiana y silenciosa. *"Esa noche él estaba seduciéndome a fondo con lo mejor de sí mismo y tanto, que yo me quedé convencida de que aquello era la séptima maravilla. Esa misma noche me enamoré de él. Me enamoré, me enamoré"*, recuerda Vilariño. Pudieron imaginar que la confusión inaugural merecía el enredo de los cuerpos, pero entonces sólo asomó el discurso intelectual y brillante, la fascinación de las miradas retraídas. Onetti regresó a Buenos Aires dos días más tarde y desde entonces iniciaron una correspondencia que comenzó con el trato precavido del "usted" y culminó en postales más inquietantes. Los temas de la revista permitían una aproximación paulatina, favorecida por el hecho de que al año siguiente *Número* recogió y editó algunos cuentos de Onetti bajo el título *Un sueño realizado.*

Una de las primeras cartas que le envió Onetti revela sus preocupaciones intelectuales y adelanta señales del giro que iba a tomar la relación. *"Querida Idea: Casi puntual, le mando mi humilde contribución a* Número. *La otra noche invertí un par de horas en rebuscar en el mamotreto algo que me pareciera adecuado. Material separable, tipo señor Albano, no hay. Material mejor que el que incluyo, sí hay; pero sucede que el novelón está en estado de borrador, que no sé qué es lo que en definitiva quedará ni en qué estado. Ustedes resolverán; si no es tan repugnante como Mascarada, publíquenlo. Si se empareja con ese asco, pidan otra cosa. Tal vez, además, sea*

muy corto. En fin, no sé nada; puede servir para mostrar un apecto de mi literatura no tan negro, más simple, candoroso y pueblerino. Sí, yo sé que aquel maldito —que los dioses lo protejan y lo amen, que le den otro premio— tiene en Absalón algo sobre un verano de jazmines. Pero hubo, hace unos años, un verano de jazmines en Buenos Aires, juanramonesco, insolente, insoportable. Esto, para futuros exégetas. Si les viene bien, avisen a los lectores que se trata de un pedazo de novela. Gracias por Número. *Leí, claro, y tengo que releer, más claro, el trabajo de Monegal. Primera impresión: es excesivo; es tratar a S.S.S. como si se tratara de J.J. o W.F o M.P. o el ubicuo J.L.B.. No lo digo, usted entiende, por modestia, sino porque me parece que todavía no. Que falta mucho por decir, que unas cosas aclararán a otras, etc. De todos modos, el trabajo es admirable, agotador del tema; el hombre lo vio todo y lo explica todo. Le tengo que escribir una larga carta, felicitadora, agradecida y polémica —porque si no, no me divierto. Vi, me llegó hoy, también, el prólogo o nota de* Asir. *Respecto a la crítica de Monegal, lo razonable sería que los entrañavivistas, a pesar de la inexplicable amistad, se descolgaran con un apasionado brulote. Me imagino que los odios y las antipatías que se ha fabricado Emir, tan cuidadosamente muchas veces, habrán de extenderse e incluirme. Lo cual es muy conveniente como alimento de una fama montevideana.* Número *está muy bien, cada vez mejor. Me gustaría pelearlo a Martínez Moreno, sofisma por sofisma; de todos modos, es muy bueno que escriba. Picaneadlo. También pelearía —estoy bastante agresivo, parece— con Benedetti por elogiar los cuentitos de Greene. Es la primera vez que no estoy de acuerdo con él y no me gusta.*

"Ahora bien; si publican el envío —o algún otro en sustitución— traten de incluir en el mismo número poemas de Idea Vilariño. Es superstición. Y si se encuentra con Idea, pídale que me escriba, dígale que ella y yo estuvimos o estamos histéricos, que mi última carta era asombrosamente imbécil. Amistosamente. Juan Carlos Onetti".

En 1951 Onetti sería padre por segunda vez, esta vez de una niña llamada Isabel María, "Litty". Hasta entonces, la Peke había demorado la oportunidad de tener un hijo con alguien que

no le ofrecía suficientes garantías de compromiso y responsabilidad. Onetti continuaba trabajando en publicidad, pero desinteresado de todo lo que no tuviera relación con la literatura. Los resquemores de los padres de la Peke, con una lógica de tragedia griega, no habían tardado en confirmarse. El hombre era improductivo, un irremediable latino que pasaba la mayor parte del tiempo leyendo en una cama. Pero a ello sumaba una inclinación que ostentaba sin disimulo. Sentados en un banco de Retiro, poco después de casados, la Boya advirtió que Onetti miraba con insistencia hacia un lugar apartado. *"Che, ¡estoy acá...!"*, le reclamó. *"Me di vuelta y vi a una mina que estaba mirándolo con cara de vampiresa. Y él me dice: es que no la puedo humillar. Yo a vos te quiero, pero a ella yo no la puedo humillar."*

"Encargamos a Litty con todo el amor del mundo. Y fue divino, aunque después no fue tan divino porque empezó el despiole —asegura ella—. *No tenía la menor idea de lo que era la fragilidad de un bebé. El día en que volvimos del hospital, Litty tenía cinco días, me dice: bueno, vamos a comer afuera. Le digo: no puedo ir afuera (el médico me había prohibido subir y bajar escaleras por tres días), ¿y la nena? Me dice: ¡eh... qué tiene, y qué puede pasar... es acá a la vuelta, estamos cerca..!"*

El pequeño departamento de Independencia 848, lindero al de "la Queca", cobijó una difícil vida familiar. Las dificultades de espacio en el único ambiente, que incluía una kitchinet, obligaban a Onetti a escribir de noche sobre una mesa, con un lápiz y un cuaderno, mientras su esposa y su pequeña hija dormían en la cama matrimonial. Como la Peke y la beba se despertaban a las siete de la mañana y Onetti pasado el mediodía, para no molestarlo se trasladaban al baño y allí permanecían hasta las dos o tres de la tarde, cuando el hombre de la casa se levantaba. Entonces ella trabajaba de traductora. Luego de alimentar a la beba y volver a acostarla, colocaba su máquina de escribir portátil sobre el bidet, se sentaba en el suelo y convertía el baño en oficina. Para que el timbre no importunara el sueño de Onetti y de Litty, había ideado un circuito especial. Cualquiera que se propusiera llamar al departamento durante la mañana, en reemplazo de un timbre inutilizado, encontraba un extraño piolín

que colgaba desde el extremo superior de la puerta junto a un cartel que decía: tire de la piola y será atendido. El largo piolín atravesaba la habitación en penumbras, se metía por debajo de la puerta del baño y volvía a subir hasta el lavatorio. Culminaba en una campanilla que, al moverse, golpeaba contra una de las canillas. La Peke quería prosperar, a toda costa.

Aunque en ocasiones Onetti se mostraba tierno, lo que Peke había imaginado con deseo mostraba un envés cotidiano plagado de sombras, no por conocidas menos angustiantes ¿Era Onetti un precio imposible de pagar? La mayoría del tiempo él permanecía parco, indiferente, reacio a tolerar la vulgaridad de la vida doméstica. *"Todo lo que era burgués a Onetti le espantaba* —dice la Boya—, *y en la casa todo le parecía burgués. Pasar la aspiradora era burgués. Me decía: 'no quiero saber nada con eso. Vos tenés un complejo de inferioridad y un complejo de culpa'. 'No —le decía yo—, simplemente quiero tener la casa en orden, y después sigo haciendo mis cosas'. 'Sos maniática', contestaba él. ¿Pero cómo ser maniática en un boliche tan chiquito? Tampoco podía usar zapatos que desnudaran el talón porque eso le parecía obsceno. Los odiaba. Los talones para él eran una cosa espantosa, deforme."*

De sus primeros años, Litty, a quien también llamaban Beth, recuerda ciertas horas en que jugaba con su padre a la maestra y el peor alumno. *"Yo aprendí a hablar inglés con mami, antes que el castellano* —dice Litty, ahora directora de un colegio inglés—. *Charlie me pedía que le enseñara y se hacía el alumno bobo para que me enojara mucho. Entonces, deliberadamente, se equivocaba, pronunciaba lo peor que podía, y yo tenía que volverle a explicar y tratarlo como a un demente."* Golpes en la cabeza, retos, penitencias, equívocos, formaban parte de un juego que condensaba los secretos que habrían de convocarlos durante años. Por algún motivo, Charlie no se comportaba como debía. No hacía lo que todos esperaban que hiciera, y se burlaba de normas y castigos.

Alejado del periodismo, Onetti había logrado desentenderse de las presiones políticas del gobierno sobre la prensa, pero no le resultaba sencillo vivir al margen de una realidad de la que sólo podía huir con la imaginación. *"En la época de Perón* —cuenta la Boya—, *había discursos. Le gente escuchaba lar-*

gos, kilométricos discursos. Las radios siempre prendidas, y a todo lo que da para que nadie dejara de escucharlos. Onetti quería escribir, ¿y qué hacía? No le alcanzaban los algodones. Bajaba la persiana del departamento, cerraba la puerta del balcón por más calor que hiciera y se ponía rebanadas de jabón en los oídos hasta taparlos. Después se le inflamaban, le daban unos dolores horribles."

En otra pieza porteña, acaso a la misma hora del mismo discurso, Julio Cortázar planeaba su propia fuga en su máquina de escribir, asediado por los bombos peronistas. En vano erigía una barrera de música contra los sonidos de una hora popular que, como Onetti, rechazaba. Construir la huida en los túneles del lenguaje parecía la única alternativa de sobrevivir. Pero las armonías de Béla Bartók podían poco contra la contundencia de los bombos y al fin la música cedía, perforada como un colador. Es posible imaginar ahora que cuando los discursos terminaban, de la pieza de Palermo Viejo donde Cortázar acababa de colocar un disco de 78 revoluciones, se alzaba la voz del saxo alto que Charlie Parker había hecho bufar en el Minthon's Playhouse de New York, y que sus melodías no llegaban al departamento de la avenida Independencia. Cortázar aún ignoraba la vida de ese negro loco que tocaba con *"un deseo de romper las barreras para pasar al otro lado"*, aunque intuía lo que quería decir: *"pueden chuparte la sangre, pero no pueden sacarte lo que tienes dentro de la cabeza"*. Onetti recibiría el mensaje años después, cuando Cortázar escribió *El perseguidor* en tiempo de jazz y le envió una copia de los originales desde París. Le explicaba que las editoriales lo habían rechazado por ser excesivamente largo, juicio al que añadían otros desalentadores reparos. Sólo su mujer parecía confiar en el cuento.

Entonces Onetti vivía en Montevideo, cerca de la rambla. Lo leyó en la cama, como era su costumbre. Cuando terminó, apartó el cuento a un costado y caminó hasta el baño. Se miró la cara en el espejo y lo rompió de una trompada. "Charlie brother, se trata de Bee", dejó escrito sobre el fondo del botiquín, cuando en la sangre de su mano corría el dolor por la separación de su pequeña Lilly. Pero cuando el saxo de Charlie Parker todavía sonaba en la noche peronista, Onetti, que vivía acosado por depresiones, no encontraba con facilidad qué cosa romper.

Con frecuencia, al llegar a casa, la Peke lo encontraba llorando sobre la cama. Decía que iba a morirse, que estaba condenado a fracasar. Atenuaba el dolor de oídos, el de su boca abandonada, el dolor ciego e inútil, con generosos tragos de alcohol, y con mujeres.

La Peke sabía que se veía con otras mujeres y se esforzaba por disimularlo, pero no resultaba sencillo cuando las llevaba a comer a casa. "*Una vuelta vino con una tal Bunge* —recuerda—, *la trajo a comer y se pusieron a mirar unas fotos de ella, toda vampiresa, y meta mirar y conversar. Me aguanté hasta que no pude más y dije: qué está pasando acá...Y ella me dice: ah, bueno, es que ustedes no están casados por la iglesia... ¿y todavía me la traía para que le diera de comer? Otra vez vino la tercera mujer de Payró, que quería conocer a la beba. Bueno, le dije, venite a las diez, más o menos, cuando le doy el pecho, y después te vas. Vino a las nueve y se quedó hasta las tres de la mañana conversando con Onetti. Al fin dije: yo cierro el boliche, pongo las sillas sobre la mesa y se va. Tengo que dormir, a las tres de la mañana tengo que dar el pecho otra vez...*" Para evitar escándalos, cuando las mujeres que visitaban el departamento debían irse, se lo llevaban con ellas.

"*Nunca me quería llevar a las fiestas de Nora Langhe y Oliverio Girondo* —cuenta la Peke—.*Yo le decía: bueno, voy con vos. No, no, me decía, porque son cosas medias de relajo que no te van a gustar. Si iba a la casa de otros amigos suyos, tampoco quería que fuera: no, quedate, a Sofía siempre se le da por sacarse la ropa, es un relajo que te va a hacer sentir incómoda*".

"*Una vez lo invité a la casa de Raquel (Mami)* —dice Julio Adín—, *a quien yo estaba vinculado porque era muy amiga de quien entonces era mi mujer. Ella había convertido su casa en un salón literario donde se reunían muchos escritores y artistas judíos. Había sido cantante, siempre hablaba de sus encuentros con Gardel y al fin terminó siendo directora del círculo del ICU, el Centro Cultural del Partido Comunista. Como todos, Raquel estaba muy seducida por Onetti, y creía que bastaban sus conocimientos del socialismo para llevarlo a la senda del bien... Esa noche vino con la Boya. El asunto es que yo me puse a bailar con ella y debo haberla abrazado. Se*

puso tan celoso que me dije: perdí un amigo. Me despedí y me fui. A los días me llamó por teléfono. 'Esta noche te necesitamos' fue la fórmula que encontró para reconciliarnos."

Por entonces la maternidad de la Peke, el hacinamiento en el pequeño departamento, atentaban contra la felicidad de su matrimonio. Onetti prefería irse en la noche a conversar con Julio Adín y alguna amiga, a veces con la von Klesitein, una mujer lesbiana, ultranazi, antisemita furiosa, que recibía dinero de su familia peruana todos los meses con tal de que no regresara a Lima. Inspirado en ella, Onetti construiría años más tarde el personaje de Frieda, que acompaña a Medina en *Dejemos hablar al viento.*"*Me gustaría, usted lo sabe, estar a su lado y mirar por una ventana la llovizna sobre enredaderas* —le escribía Onetti a Idea Vilariño—. *Se espera, se escribe, hay una racha de mujeres lindas e incomprendidas y cuanto más bruto es uno más insisten y más talento le atribuyen. Pero, como usted dice, aunque esto guste, uno siente que la vida ya está más manyada que el tango La Cumparsita."*

Al regreso de cada viaje de Onetti a Montevideo, solía llegar al departamento de Buenos Aires correspondencia de Idea Vilariño que ya no refería a intereses literarios. La historia de "El infierno tan temido" pudo contársela Luis Batlle Berres, pero Onetti tenía motivos para entusiasmarse con ella. Eran fotos de Idea cortadas por la mitad, tomadas en un parque o en cualquier otro lugar de la ciudad, que decían: "*pasó el verano y no viniste*", o "*estoy sola, dónde estás tú*".

En los meses que precedieron a su radicación en Montevideo, las relaciones de Onetti con Idea se profundizaron. "*Teníamos la relación más difícil y más imposible* —dice Idea—. *Es el último hombre de quien debí enamorarme porque éramos lo más imposible de ligar que había. Nunca entendió el ABC de mi vida, nunca me entendió como ser humano, como persona. Y así teníamos nuestros grandes desencuentros. Si yo hablaba de algo sumamente delicado, él me salía con una barbaridad. Decía cosas que me hacían echarlo, imposibles de soportar. Todavía me pregunto por qué aguanté tanto, por qué volví tantas veces. Nos peleábamos y volvíamos a juntarnos, lo echaba, regresaba. Una noche me llamó desesperado para que fuera a verlo. Yo estaba con alguien que me amaba*

y lo dejé por ir a pasar la noche con él. Y recuerdo que lo único que hicimos fue ponernos de espalda, leyendo un libro él, y yo otro. A la mañana siguiente le agarré la cara y le dije: sos un burro, Onetti, sos un perro, sos un camello. Y me fui."

Cuando estaban juntos, a veces trabajaban cada uno en sus textos y rara vez hablaban de literatura. Ella le reprochaba que sus libros sólo se ocuparan de borrachos, de locas y de putas, y que entre sus personajes nunca apareciera ninguna mujer entera. Aunque celebrara los poemas de Idea, Onetti se mostraba parco en los elogios. *"Pasábamos días sin comer, siempre con las ventanas cerradas. Como nos costaba mucho comunicarnos, él buscaba discutir porque decía que era la manera de hacerme hablar. Me atacaba de una manera terrible, entonces ya no podía seguir una conversación civilizada. Eso para él era una manera de explorarme, de torturarme, de revolverme el corazón y de hacerme decir hasta lo que no quería."*

"Tenía un atractivo, sin embargo, que no se puede explicar —continúa Idea—. *Durante mucho tiempo creí que era el tipo más adulto que había conocido. Después llegué a dudar de mi propio juicio. Discutíamos, nos dejábamos de ver, pasaban meses, yo comenzaba otra relación y cuando estaba en lo mejor, llamaba Onetti y se iba todo al demonio. Le decía que sí, que viniera a casa. Después, otra vez las discusiones. Terminaba durmiendo en un sillón. Una locura, el infierno de la calle Durazno. Eso sí, no decía una mentira, aunque partiera el alma decía la verdad. Una temporada en la que estábamos muy bien, tanto como parecía imposible, quedamos en que iba a venir a pasar un fin de semana a mi casa de las Toscas. Lo esperé y no vino. Apareció como a los quince días. Cuando le pregunté qué le había pasado, me dijo: 'mirá, la verdad es que estuve con otra mujer'. Decirme eso, en ese momento, era como romperme el alma, partirme en pedazos. Podría habérse inventado una gripe y sin embargo, me dijo: 'mirá, me imagino que te molesta, pero si te sirve de algo, te digo que cada vez que prendía un cigarrillo me quedaba pensando en vos y en lo nuestro'..."*

"Pese a todo fue el hombre más importante de mi vida, aun contando todas las formas del desprecio, de la indiferencia, de mandarlo al diablo que pudo haber. Hay un poema que dice:

"te eché de casa enfermo, borracho, viejo, triste..." Lo echaba porque no podía tolerar más las situaciones que creaba. De repente me llamaba por teléfono y me decía: tengo una loca que se me ha tirado al suelo y me abraza los pies, y no sé qué me pide. Te llamo porque tengo necesidad de oír tu voz y escuchar a alguien sensato..."

Onetti al teléfono podía ser imprevisible. *"Ayudame a entender el modo como nos queremos"*, dice de pronto. Sospecha que ella está acompañada, le estudia el apuro. Dice que pensó ir a su casa pero está con un pantalón viejo y con una camisa sucia de sangre. Un poco, muy poco borracho. Le propone escribir algo juntos, ella cree que es una broma, ríe, él corta la comunicación.

Días más tarde, Idea se prepara para pasar unos días en su casa de Las Toscas, pero llama Onetti por teléfono y se queda. Cuando él llega, pasan dos o tres horas sentados frente a frente, a cada lado del mueble de una radio, separados y reunidos de una manera que conocen. Las frases se agotan, sufren, el silencio se burla de ambos mientras Onetti termina su whisky. Pregunta al fin, por qué si le gusta tanto estar con ella, deja pasar siglos para ir a verla. Ella dice que la olvida cada vez, que se acuerda cuando se le acaba alguna aventura. *"Nunca creíste en mi amor* —dice ella—, *hasta pensaste que se trataba de una premeditación para la historia de la literatura". "Pero no te diste cuenta de que era por humildad"*, contesta él.

Cuando dejan la radio a un lado, él dice: *"Tú ves lo que me cuesta entregarme contigo, bueno, me cuesta con las otras mujeres. Con algunas me acuesto para conseguir su compañía, que es lo que me interesa; con otras sólo quiero acostarme y tengo que aguantar su compañía por delicadeza. A nadie deseo así. No entiendo por qué no te busco más. Podrían sobrarme amigos, gente que me guste, pero no. Flores, que se acabó; Maggi, ya no. Hay todas las razones para que te busque"*. La noche se prolonga como el alcohol en dos namurones.

Los *Poemas de amor* que Idea publicó por primera vez en 1957 y a los cuales fue añadiendo otros en sucesivas ediciones, nacieron de su relación con Onetti. Están allí las ceremonias: *"Entro en el juego/ Juego/ hago de cuenta/ voy/ te sigo me sonrío/ me desentiendo me/ abandono me olvido/ cuando es-*

tás/ cuando me amas/ pero cuando ya no/ aún no/ qué difícil/ quererte". Está allí la soledad: "*Qué estás haciendo vos/ gastado y destrozado/ por todas las materias desgarrantes/ el pelo encanecido/ miope el ojo/ repitiendo mi nombre siete veces/ abrazado a mi espalda/como un náufrago.*" También el dolor: "*Pesa mucho/ me pesa como si el mar pesara con su bloque tremendo/ sobre mi espalda/ en la más negra tierra del dolor/ y me deja/ ahí deshecha/ amor/ sola ahí/ tu abandono*".

Es en el momento en que él se va, cuando ella se siente impregnada de su presencia en la casa, de su sueño, de las lecturas de Onetti mientras ella trabajaba, de la voz de Gardel, de los mandados, caña y cigarros, de las tres únicas veces que comió en seis o siete días. "*Pienso que sos imbécil y que sos maravillosa*", ha dicho él. "*Es fundamentalmente bueno y egoísta. Toma lo que quiere de una, cuando quiere. No conoce, no entiende a los otros. Los interpreta según sus esquemas personales*", escribe ella en su diario.

La Peke nunca conoció a Idea Vilariño, aunque supo de su relación con Onetti. Más difícil de tolerar fue su fascinación por Dolly, a quien encontraron un día en la calle, cargando su violín de estudio. En ese encuentro casual, Onetti había quedado impresionado por la gracia que desplegaba la muchacha mientras preguntaba algo a un policía. "*Mirá qué maravilla de criatura*", le dijo a la Peke. "*¿Querés que te la presente?* —arriesgó ella—. *Fuimos compañeras de colegio*". Desde entonces Dolly había comenzado a visitarlos. Iban juntos a la quinta de un amigo común, el escultor Michael, amor imposible de Fabi y por entonces casado con una pintora que intentaba redimirlo de los estragos de la bebida. Para todos fue evidente que algo crecía entre la amiga violinista y Onetti, y no parecía que fuera a detenerse. La adolescencia de Dolly parecía demorada en el límite de una dicha a la medida de Onetti, el muchachismo perseverante. Entonces encontró a la mujer que habría de acompañarlo por el resto de su vida. "*Fue inventada para mí*", dijo en una oportunidad, seguro de que también el amor protector le había sido dado sin avaricia.

A Dolly le atraía su aire misterioso y distante, el tono reposado de sus conversaciones, siempre alejadas de las convenciones burguesas, su carácter imprevisible. Por alguna razón los amigos lo buscaban para confesarle amores y desdichas.

En el verano de 1953 la revista *Sur* publicó su cuento "El álbum" y en junio la misma editorial editó *Los Adioses*, dedicada a Idea Vilariño. Ese año sería particularmente difícil para Onetti. Las relaciones con la Peke empeoraban y todo indicaba que después de ocho años de matrimonio, no iban a mejorar. *"Lo único que Onetti quería en la vida era escribir* —dice ella—, *perfecto... que se dedicara a escribir, que alimentara un mundo paralelo aunque fuera a costa de lo que lo rodeaba"*. Algo que estaba escrito parecía haberse vuelto incompatible. *"Lo único que Brausen realmente quiere* —dijo Onetti a Monegal—, *el único deseo de él, es salirse de su vida, ser otro. Ni siquiera busca ser otro mejor, más importante, más rico, o más inteligente. No: lo que él quiere es ser otro, simplemente. Como la Bovary... El individuo ese, Brausen, no tiene ningún tipo fijo de aspiración. Y de pronto se encuentra con el milagro de que escribir es como ser Dios..., la sensación de ser como una espada, y la espada es la palabra de Dios. Y todo lo que escribe es fácil y mentirosamente definitorio. O dicho de una manera más simple: el individuo ese tiene un poder. Un poder de decir una palabra, poner un adjetivo, modificar un destino. Eso le pasa a un pobre desgraciado como Brausen, hasta que descubre su poder, y entonces lo usa para entrar él mismo en su mundo imaginario."*

La oportunidad de una mudanza detonó la separación. Un amigo de la Peke que vivía en Lanús, dejaba el alquiler de su departamento y se los ofrecía. Ella vio la posibilidad de acabar con el hacinamiento del "*boliche*" de la avenida Independencia e insistió en que se mudaran. *"Onetti dijo que le parecía bien, si yo y la niña dormíamos en un cuarto, y él en el otro. Le contesté: vos, ya mismo te vas afuera. Vení esta noche a buscar tu ropa y te vas. Al día siguiente abrí las ventanas a las siete de la mañana. Podés hacer ruido, le dije a Litty."*

Onetti, que pasaba la mayor parte del tiempo con Dolly, volvió por la noche a recoger sus cosas y se fue a vivir a una casa en el Delta del Tigre. Cuando subía el río, debía llevar todas las cosas a un altillo, que se transformaba en guarida. La soledad de las islas, la precariedad de la vivienda, los cursos del agua dentro de las habitaciones, lo sumergieron en una melancolía profunda. Pasaba la mayor parte del día llorando, inmerso en

una sensación de derrumbe irreversible. Luego de unos días y viendo que no mejoraba, Dolly fue hasta el departamento de la Boya a decirle que Juan estaba muy mal y debía ir a verlo. Ella se negó, convencida de que era inútil cualquier intento de reconciliación y que Onetti había colmado los límites de su paciencia. Tenía otra mujer, que lo consolara ella.

Cuando logró alejar la depresión, Onetti volvió a mudarse al centro y retomó su trabajo en publicidad. Escribía entonces la historia de Larsen en Santa María, que no había contado en *La vida breve*. Le construía un pasado sobre el recuerdo de los tipos humanos que lo habían llevado hasta su personaje. Del gozo de la escritura emergía el compañero de trabajo en la cooperativa de silos que un día había encontrado llorando en un bar por la muerte del "Bebe". *"No sé cómo se llamaba* —dice Larsen en un pasaje de *Juntacadáveres*—; *el apellido, quiero decir. Se llamaba Julio. No lo vi morir, pero había estado con él unas horas antes, el día antes. Tenía veinticuatro años, era menor que yo, un poco menor entonces; pero era lo mismo: hombres curtidos, hombres que se habían hecho mucho antes de que los polacos vinieran a rematar mujeres en el sótano del Aiglon, hombres que eran hombres como ya no quedan, lo tenían por jefe y se llevaban de su consejo. Por aquel tiempo, le hablo de cuando la dictadura, todos estábamos separados, cada cual buscando hundir al compañero por roñerías sin importancia. Los marselleses, no; porque es como siempre, a ellos sólo les importaba el negocio y sabían entenderse para defenderlo. Marselleses y judíos y después los polacos que se arrimaron al sol que más calentaba, sin contar que también eran gringos, se explica. Y él era una esperanza para todos nosotros, mayores que él, le repito, cansados de andar en entreveros, hombres criados entre mujeres de la vida y los tiras...Yo lo vi unas horas antes, en el centro, era un sábado, me llamó desde el mostrador de aquel café que no hay más, el Dorrego, y me invitó riendo a tomar una copa, medio me abrazó, con un diario doblado abajo del brazo y —por primera vez para mí— con una corbata que no era negra y un alfiler, lo estoy viendo, en forma de herradura, con piedras muy chiquitas. Yo estaba apurado por cualquier cosa y no pude adivinar. Al otro día, domingo, de tarde, en cuanto bajó el sol, estaba parado en*

la puerta de una casa con parrillada y los marselleses lo madrugaron desde un taxi, media docena de balas en la barriga. No pudo hablar. Tenía que ser. Y entonces sí que se acabó la patria, se acabó todo".

Varios caftenes se habían mostrado dignos de ver llorar a Larsen en el mostrador de un café, que tenía dos crespones colgados del palco de los guitarristas por la muerte del pibe Julio. *"Algunos de ellos quisieron ayudarlo en la venganza o en sus interminables preparativos. También en la desobediencia a la orden de esperar y contemporización que dictaron los jefes nativos, los amulatados Pérez y Giovaninis. En realidad, y lo sospechaban, las conspiraciones para la vindicta, arrastradas en restaurantes, bares y enramadas, no eran otra cosa que el prolongado velorio del pibe Julio, que nadie pudo celebrar. Se contaban historias y se hacían profecías de cumplimiento improbable, se buscaba coraje en las pausas rodeadas por los vasitos de caña, y las manos que golpeaban las culatas de los revólveres arriba de las nalgas medían también el desconcierto, lo irremediable de la muerte, una estupefacta impotencia."*

En el letargo de la noche porteña, Onetti dibujaba sobre un cuaderno la letra del pasado de un hombre que debía desmentir una profesión canalla en el esfuerzo por fabricarse su redención y su esperanza. Después de pasar seis meses en la cárcel, Larsen "*pensó que había nacido para realizar dos perfecciones: una mujer perfecta, un prostíbulo perfecto*". Poco después de salir, decidió irse al interior en busca de la mujer que necesitaba y el dinero para instalar la casa. Pero la muchacha no apareció y tampoco la oportunidad de instalar el prostíbulo, y como debía vivir mientras pasaban los años "*se comprometió a no mirarse, a no hacer juicios, a no saber nada del hombre grotesco en que se estaba convirtiendo. Había que vivir y, por eso, inventó el patronazgo de las putas pobres, viejas, consumidas, desdeñadas. Impasible en el centro de las miradas irónicas, en restaurantes que servían puchero en la madrugada, sonriendo a gordas cincuentonas y viejas huesosas con trajes de baile, paternal y tolerante, prodigando oídos y consejos, demostrando que para él continuaba siendo mujer toda aquella que lograra ganar billetes y tuviera la necesaria y desesperada confianza para regalárselos, conquistó el nom-*

bre de Juncatadáveres, conquistó la beatitud adecuada para responder al apodo sin otra protesta que una pequeña sonrisa de astucia y conmiseración".

Cuando llevaba la historia por la mitad, el padre de un amigo que acababa de asociarse a la empresa en quiebra de un tal Du Petrie, lo llevó a las oficinas que tenía la firma en la calle Florida. Explotaban dos astilleros, uno en Rosario y otro en Dock Sur. Pese a que las actividades estaban paralizadas, mientras contenía a los acreedores y los embargos, Du Petrie se comportaba como si los astilleros siguieran funcionando. El juez había sellado las instalaciones con bandas judiciales para que nadie tocara nada, pero el hombre conseguía entrar con una llave extra cuando quería. Al ingresar a la oficina del centro, el abandono, la mugre, el polvo que cubría una enorme mesa de directorio de madera de petiribí, impresionaron vivamente a Onetti. Du Petrie despreciaba las evidencias del naufragio con una actitud heroica o necia, según el futuro se encargaría de sentenciar.

Unos días después su amigo y nuevo gerente lo invitó a acompañarlo al astillero del Dock. Las máquinas y galpones herrumbrados, los restos de una ambición que ofrecía su riqueza al escarnio del viento, comenzaron a inquietarlo con un nuevo interés. Allí conoció a un viejito muy duro y bien vestido llamado Fleitas, imbuido del mismo entusiasmo de Du Petrie en ganar los pleitos de la empresa. Los acompañó a mirar las instalaciones, le regaló unos remos de madera de la india y lo llevó hasta un galpón de zinc que había oficiado de boliche, despacho de bebidas, reguero de puñaladas y de tiros. En una de las vigas, un cartel deteriorado todavía permitía leer: "Prohibido el porte y el uso de armas". La frase quedó resonando en la cabeza de Onetti. Si prohibían el porte de armas, ¿para qué prohibir también su uso?

Más tarde visitó el astillero de Rosario, las vías muertas del ramal de ferrocarril que llegaba hasta ahí, las rampas vacías de barcos. Contempló las grúas herrumbradas, los techos agujereados, los escritorios polvorientos y cojos, las malezas enredadas en los hierros de los ventanales desguarnecidos, los documentos sucios de lluvia, sol y pisotones, mezclados en el piso de cemento, y en medio de aquel abandono, el entusiasmo suicida

de otro gerente, amarrado a la esperanza de Du Petrie y a su inevitable derrota. *"Todo allí estaba pudriéndose, se estaba agujereando, deshaciendo"*, como en el Dock. Interrumpió la escritura del prostíbulo sanmariano porque, con la nitidez con que años atrás había visto la despedida de Larsen, iniciadora de *La vida breve*, ahora lo veía bajar en la parada de los ómnibus que llegaban desde Colón, acomodar su valija en el suelo y estirarse los puños de seda de la camisa, con un aire de fantasma resurrecto, desafiado a cumplir la profecía de su regreso, cinco años después de la humillante expulsión.

Era de mañana y acababa de llover. Son muchos los que aseguran haberlo visto ese mediodía de fines de otoño. *"Algunos insisten en su actitud de resucitado, en los modos con que, exageradamente, casi en caricatura, intentó reproducir la pereza, la ironía, el atenuado desdén de las posturas y las expresiones de cinco años antes; recuerdan su afán por ser descubierto e identificado, el par de dedos ansioso, listo para subir hasta el ala del sombrero frente a cualquier síntoma de saludo, a cualquier ojo que insinuara la sorpresa del reencuentro."*

"Lento y balanceándose, tal vez más gordo, más bajo, confundible y domado en apariencia", Larsen entró en Santa María y en la historia de *El astillero*. *"No se burle demasiado* —le escribía Onetti a Idea—; *nunca supe escribir, sólo puedo expresar aceptablemente una idea (no, un pensamiento) si la convierto en elemento de novela o cuento, en un gesto, un diálogo, una pared, la definición imposible de un color. Está bien. No, no trabajo duro en la P. ni en la J. porque apareció otra cosa y se impuso, otra novela corta, una mujer loca (¿nunca leyó el proceso Bonapelch?), un astillero en ruinas, tres malandrines. Hay que resignarse y aceptar, vivir sonámbulo un par de meses, acariciar con cuerpo y alma los yuyos entre las tablas, las máquinas oxidadas, las ratas gordas, la cursilería de la loca"*.

La hija de Petrus, pero principalmente Larsen, el personaje que había dibujado casi quince años atrás, en *Tierra de nadie*, había cobrado vida propia y respiraba con sus pulmones el aire onettiano. *"A mí lo que me importaba de esa historia era la nueva visión y la nueva derrota* —le dijo Onetti a Monegal—.

Por eso aparece Larsen... Para mí Larsen existe. Lo veo como un individuo que hace un gesto cuya fuerza es notable porque no se puede creer en él. No sé si me explico. Él trata de fabricar su redención por medio de una nueva esperanza".

En esa aventura a Onetti le iba la vida.

El rey y el náufrago

Roto su tercer matrimonio, agobiado por el peronismo, Onetti concibió la idea de regresar a Montevideo. Necesitaba un trabajo y lo encontró en la agencia de publicidad Bastarrica Propaganda. Pero no logró concretar su plan sino hasta después de la caída de Perón, en noviembre de 1955. Regresaba acompañado por Dolly, con quien se casó ese mismo mes.

"La verdad es que hice todo lo posible por venirme a Montevideo, por razones económicas también —comentó una vez—. *Estaba escribiendo mucho, y lo que pasaba allí, políticamente, no me tocaba para nada; quiero decir: yo no era argentino. No me resultaba, hasta tenía el orgullo de pensar: esas cosas no pasan en mi país. Un orgullo estúpido pero yo sufría, sufría espiritualmente por estar allá. Por eso me vine. Fue la vorágine de la vuelta, propuesta en el orden de lo personal por viejos amigos que han sido amigos de la juventud: Maneco Flores, Michelini y Luis Batlle. Después del triunfo de 1954, querían que me viniera a Montevideo. A última hora decidí que lo haría."*

Luis Batlle Berres había obtenido la presidencia de la República, al frente de una fracción del Partido Colorado, y varios de sus amigos estaban con él. Apenas llegado, alguien le preguntó cómo se sentía con el regreso. *"Ah, sí, aquí me siento bien* —dijo Onetti—. *Todo el mundo me conoce, todo el mundo me saluda"*. *"Habrás extrañado en Buenos Aires"* —comentó el otro—. *"No, ¿por qué? allá era feliz, nadie me conocía. Nadie me saludaba"*.

Alentado a comparar las dos orillas, señaló: *"Los porteños son más superficiales; quiero decir, siempre se están interpretando a sí mismos. Un doctor porteño se viste y actúa,*

siempre, como supone que debe actuar un doctor; lo mismo un mozo de café o un boletero de cine. Los uruguayos andamos por más adentro. Una vez tuve que hacer un viaje a provincias, y descubrí a los entrerrianos. Esos son los uruguayos de la Argentina. Muy parecidos a nosotros, dedicados menos a lo aparente y a lo formal que a las cosas que corren por debajo". Y en otra oportunidad, precisó: *"El porteño que yo conocí era un hombre que se gastaba el sueldo en estar bien vestido, que se hacía lustrar los zapatos varias veces al día. Nunca ese porteño, que podemos dar como un modelo hipotético, te invitaba a ir a su casa, porque no podía demostrar que estaba en un rango económico inferior".*

En Montevideo, Onetti y Dolly alquilaron un departamento de dos ambientes en el sexto piso de un edificio ubicado sobre la avenida Gonzalo Ramírez, cerca de la rambla. Caluroso en verano, en invierno el frío del mar se colaba por las ventanas desgonzadas y pretendía barrerlo todo. El balcón daba sobre un amplio cielo de ceniza debajo del cual las aguas se encrespaban contra los muros de la rambla. Aterida de frío, un día Dolly tomó su violín y comenzó a trabajar una sonata de Beethoven. Unos metros detrás, Onetti leía tirado en la cama. En el centro de la pieza, un primus esforzaba una llama inútil para calentar la habitación, pero a medida que la tarde languidecía, Dolly lo acercaba a ella para desentumecer las manos. *"De pronto miré a Juan y no lo vi más* —recuerda—. *Se había puesto tantas cosas encima que había desaparecido, pero lo cómico era que de aquella especie de iglú, hecho de sacos y mantas, de la parte más alta, salía una columna ininterrumpida de humo. Juan se las arreglaba para aun así, seguir fumando."*

Pese a la precariedad doméstica, su trabajo en la agencia de publicidad lo obligaba a vestir de un modo impecable y comenzar el día muy temprano, con la elegancia de un dandy. El empleo, sin embargo, duró poco, y al cabo de un tiempo comenzó a publicar columnas y artículos literarios en el diario *Acción*, que respondía al sector de su amigo Luis Batlle Berres, donde llegó a desempeñarse como secretario de redacción. A pocos meses de ingresar, lo enviaron con otros periodistas a cubrir las elecciones en Bolivia. Durante la jornada electoral, debió viajar por la carretera que llevaba hacia El Alto, en un auto de

la embajada uruguaya en el que también iban el líder socialista Gerónimo Cardozo, el "Tape" López Silveira, Diego Burgos y un revolucionario boliviano. A mitad de camino, en medio de una ruta desierta atravesada de viento, polvo y arbustos arrancados de cuajo, un disparo dio en el baúl del coche y los hizo detener. Las esquirlas se metieron dentro de la cabina. Una de ellas cruzó el abdomen de Burgos y salió por el otro lado. Otra quedó a dos centímetros de su corazón y una tercera, descubierta más tarde, perforó el sombrero de Onetti.

Mientras el doctor Cardozo atendía a Burgos, Onetti bajó del auto con los demás. Caminaba con las manos en los bolsillos del sobretodo cuando se topó con un campesino, que lo apuntaba con una vieja carabina. El hombre se le acercó hasta hundirle el cañón del arma en el estómago. *"Te voy a matar, hijo de puta. Te ibas a votar a El Alto contra la revolución..."* —le dijo. Unos metros más atrás, la mujer del hombre, en una crisis de nervios, lloraba y le pedía: *"No lo mates, por favor, no lo mates"*. Onetti, con las manos hundidas en el sobretodo y su sombrero agujereado, lo miraba como si hubiera ingresado por una puerta equivocada al sueño de un idiota y no acabara de entender su significado. Lo único que atinó a decir fue: *"¡Pero cómo me vas a matar a mí, si soy uruguayo...!"*.

Los gritos de la mujer, las aclaraciones de Onetti y la presencia del líder revolucionario, convencieron al campesino de su error. Las experiencias de Onetti en América indígena implicaron, inevitablemente, una amenaza a su vida.

A su regreso de Bolivia, Onetti trabajó en la traducción de una novela de Paul Wellman, *The Comancheros*, para la Editorial Acmé, de Buenos Aires, y publicó el cuento "Historia del Caballero de la Rosa y de la Virgen encinta que vino de Liliput" en la revista *Entregas de la Licorne*, de Montevideo. Pese a ser amigo de Luis Batlle Berres, se mantenía alejado de la política. Sostenía con el presidente una fraternidad desinteresada que Luis Batlle cultivaba en muchos órdenes, como parte de una probidad oriental. Fue Luis Batlle quien le contó la historia que dio origen al cuento "El infierno tan temido", no sin advertirle que carecía de la pureza necesaria para narrarla: un matrimonio de recién casados, seguros de que nada podía modificar su amor, se juraron sinceridad absoluta. Ella fue de gira con

una compañía de teatro y tuvo una aventura con otro hombre. Cuando se lo contó al marido, el hombre la llenó de insultos y la trató de puta. El juramento había durado un suspiro. Algunos amigos, muchos años después, recordaban la noche en que Onetti llegó al bar de Andes y Colonia, impactado por la historia que acababan de contarle. *"Hizo el relato del tipo, de la conducta de la mujer, de su regreso, diciendo me pasó ésto, el tipo que la rechaza, el suicidio. Terminó de contarlo y quedamos muy conmovidos. Parecía que acababa de ocurrir y el hombre todavía se desangraba. '¿Esto no es una historia de amor —comentó—, algo así como un ersatz de Romeo y Julieta?'"* Con "*irrespetuosa fidelidad*" Onetti construyó su historia y publicó el cuento en la revista *Ficción*, de Buenos Aires, en el verano de 1957.

Meses más tarde, Zelmar Michelini y sus amigos en el gobierno, que buscaban para Onetti una agregaduría cultural en alguna embajada, lo integraron a la Directiva de la Comedia Nacional por cuatro años y lo nombraron Director de Bibliotecas de Montevideo, un empleo que habría de conservar hasta el momento en que la dictadura militar golpeó a su puerta.

Su ingreso a la administración municipal no estuvo exento de dificultades con el personal de la oficina de bibliotecas. Una cultura burocrática muy afianzada repartía los cargos de las dependencias públicas según criterios de clientelismo político. Onetti entraba por la ventana, abierta gracias al triunfo de la Lista 15 en las elecciones, cuando la mayoría de los funcionarios municipales respondía a la Lista 14, de la cual los quincistas acababan de separarse. Su nombramiento provocó el descontento de los funcionarios que aspiraban al cargo, ocupado por alguien completamente ajeno, quincista e ignorante del funcionamiento de las bibliotecas que debía controlar. La recepción fue un soberano silencio en el que el intruso debía ahogarse.

Le asignaron una oficina humilde, compartida con otro funcionario, que Onetti aceptó sin reclamos, inhibiéndose de pedir la alfombra, la estufa o el sillón giratorio con que los jerarcas de entonces marcaban su privilegio. Durante los primeros días nadie se le acercó más que para cumplir con los trámites de

rutina. Nadie lo nombró fuera de la burla y el secreto de los pasillos. Nadie imaginó que merecía otra cosa que el desprecio.

En la sala contigua, la vida administrativa reunía a un conjunto de muchachas y empleados, expedientes y conversaciones municipales. Dentro de su despacho, reinaba la soledad y el castigo. Un día, el ordenanza que servía la merienda se asomó a la puerta de su oficina y le preguntó al empleado que trabajaba con Onetti: "*¿Te traigo el café acá o venís a tomarlo con nosotros?*" "*No, no* —contestó el otro—, *voy a tomarlo allá*". "*Y para los paracaidistas...* —interrumpió Onetti—, *para los que entraron por la ventana, ¿no hay café?*" El ordenanza quedó paralizado, sin saber qué contestar, enfrentado a una audacia que reclamaba la propia y no estaba seguro de asumir. "*No* —dijo su compañero de oficina—, *mejor traé dos cafés para acá.*"

El mundo de la oficina tiene sus ritos, sus mensajes y códigos, capaces de superar la complejidad de la vida doméstica. Cuando el ordenanza regresó con los cafés, Onetti acercó su silla al escritorio de su compañero y bebió el café con él. Luego regresó a su sitio y continuó con su trabajo. Desde entonces se ganó la simpatía del empleado y la de Karol, el ordenanza. Como el hombre completaba su magro sueldo con el trabajo en una barraca, Onetti le inventó falsos mandados que le permitían salir antes de hora. Pronto, Karol pasó del recelo a la devoción, y los demás empleados cedieron a su influjo.

Onetti se encargó de demostrar que no sería un jefe convencional y que estaba dispuesto a ganarse la confianza sin falsedad ni apuro. Un día llegó a su oficina el secretario de un alto director municipal con una tarjeta en la que el jerarca le solicitaba un libro para su hija. Le habían pedido *La Odisea* en el liceo, y el hombre quería que le facilitara el ejemplar de la biblioteca. Onetti leyó la misiva, le pidió al secretario que tomara asiento y llamó a Karol. Le dio dinero y lo mandó a la librería Papacito a comprar un ejemplar de *La Odisea*. Cuando Karol regresó con el libro, Onetti lo entregó al secretario y le dijo que lo disculpara ante su director por no tener tarjetas personales para contestar por escrito, pero que le enviaba de regalo, para su hija, el libro que le habían pedido en el liceo. Sometido a la vergüenza de pretender sacar un libro de la biblioteca, para servicio de niños sin recursos económicos y accesible por pocos

pesos en cualquier librería, el jerarca no tardó en llamarlo por teléfono y deshacerse en excusas. El personal aplaudió su ironía y el jerarca se cuidó de reiterar pedidos semejantes.

El trabajo en las bibliotecas municipales le resultaba tedioso, aunque en ocasiones irrumpía el país real, del que podían o no hablar los libros. Un problema considerable era el robo de las bibliotecas. "*Hay que cerrar todo con llave don Juan, si no le roban el acervo*", le repetía el portero. Cierta vez debió inspeccionar una biblioteca barrial, alertado por los empleados. El sereno se había llevado, primero, un colchón, después unas alfombritas que colocó a cada lado del lecho, y finalmente a su mujer, para no tener miedo en las noches, dijo. El terror de los demás era que siguiera sumando mobiliario y montara su casa entre los anaqueles. No era la primera vez que sucedía. El sereno de la biblioteca del barrio de Sayago la había declarado cerrada y se había quedado a vivir adentro. Cuando Onetti fue a sacarlo, el hombre abrió la puerta en ropa interior y se negó a dejar lo que consideraba su vivienda. Respaldó sus argumentos con una contundente escopeta.

Durante los primeros tiempos Onetti dio batalla contra la burocracia municipal. "*Como había lamentos engañosos sobre la falta de afluencia de público a las bibliotecas* —contó una vez—, *decidí promover los libros de Simenon que podían encontrarse en Montevideo. Al principio, gran éxito: atraído por las novelas policiales, el público empezaba a interesarse en libros 'más serios' (si es que puedo atreverme a decirlo, porque Simenon es uno de mis compañeros favoritos, o más exactamente, Maigret; lo considero uno de mis prójimos; Maigret es un vecino de piso por quien siento amistad). Pero mi decisión creó inquietud y terminaron por exhumar una vieja ley jamás aplicada, según la cual el estado debía, en prioridad, pagarles los libros a los estudiantes. Contesté citando a Malraux, ministro de cultura de Francia, y a André Gide, premio Nobel, según el cual Simenon era el mayor novelista francés del siglo XX. Nada que hacer: suprimieron las novelas policiales de los exhibidores.*"

El criterio que reducía la actividad de las bibliotecas al suministro de libros de texto, lo llevó a comentar: "*¿Seré yo también pasto de los planes de estudio? ¿Habrá una última*

gozosa generación que me leerá libre? ¿Caerán después Díaz Grey, el basquetbolista y Medina bajo la molienda infame del sujeto, el verbo y el predicado, la explicación del simbolismo, las profesoras mal pagadas?".

"En esa época Juan era muy activo, se movía mucho — dice Dolly—, *así que salíamos casi todas las noches, aunque se levantara muy temprano. Recuerdo verlo salir algunos días, a las siete de la mañana, para cumplir con tareas culturales en los barrios. En aquella época íbamos mucho al cine, al teatro. Como director de la biblioteca, tenía un palco en el Solís al que llevábamos a los amigos. Veíamos ballet, ópera, teatro, conciertos. No nos perdíamos nada. Y cuando salíamos del teatro nos metíamos en algún café a charlar hasta las tres o cuatro de la mañana".* Su modesto sueldo se completaba con el que ganaba Dolly como secretaria bilingüe y taquígrafa en la firma Electrolux. Aunque Dolly se ejercitaba en el campo de la música, Onetti desestimulaba su trabajo como violinista.

Cuando sus esfuerzos sucumbieron al desaliento con que los funcionarios designaban al municipio, "la tumba de los cracks", Onetti comenzó a faltar algunos días a la semana y finalmente, por semanas enteras. Un día Eduardo Galeano, que siendo muy joven iniciaba su amistad con Onetti, fue a buscarlo a la oficina. Aguardó a que una de las funcionarias se acercara al mostrador. Cuando le preguntó por él, la funcionaria se sacó los lentes, inclinó la cabeza y dijo:

"—No... —se interrumpió para limpiar sus lentes con un pañuelo— No... Él no vino. Hace mucho tiempo que no viene.

—¿Qué le pasa? – preguntó—. *¿Está enfermo?*

Ella alzó las cejas en un gesto de compasión. Miró los lentes al trasluz.

—Pobrecito... —dijo—. Pobrecito.

Y agregó:

—¿Sabe? Él no es de este mundo."

El reencuentro con Montevideo le permitió recuperar amigos y escenarios que afianzaban los climas pueblerinos de Santa María. Lo que Brausen había inventado como fuga de su pequeño departamento porteño, ahora cobraba la magnitud de una geografía cruzada por múltiples historias. El médico Díaz Grey, el gordo Larsen, el joven Jorge Malabia, que estaba ya

implicado en *Juntacadáveres*, tejían la trama de un mundo que, no por paralelo, tenía menos pretensiones de realidad. En el inicio de sus manuscritos , en ocasiones Onetti solía escribir un conjunto de letras mayúsculas con apariencia de mensaje cifrado: "A M LL E D G E S E C B T E E T L M Y B E F D T V J". Imposible precisar con qué propósito, reproducía las letras iniciales del Ave María. Más esclarecedor es el plano de Santa María dibujado en el manuscrito de Juntacadáveres Onetti habría de dibujar el plano de Santa María: la ubicación de la plaza, la iglesia, el consultorio de Díaz Grey, el club, el hotel, el periódico, la farmacia, el cine. *"Es fácil dibujar un mapa del lugar y un plano de Santa María* —escribió—, *además de darle nombre; pero hay que poner una luz especial en cada casa de negocio, en cada zaguán y en cada esquina. Hay que dar una forma a las nubes bajas que derivan sobre el campanario de la iglesia y las azoteas con balaustradas cremas y rosas; hay que repartir mobiliarios disgustantes, hay que aceptar lo que se odia, hay que acarrear ente, de no se sabe dónde, para que habiten, ensucien, conmuevan, sean felices y malgasten. Y, en el juego, tengo que darles cuerpos, necesidades de amor y de dinero, ambiciones disímiles y coincidentes, una fe nunca examinada en la inmortalidad y en el merecimiento de la inmortalidad; tengo que darles capacidad de olvido, entrañas y rostros inconfundibles".*[16]

Jorge Malabia apareció un día arrastrando un chivo en el entierro de una misteriosa mujer, enigma de una novela contada por Díaz Grey, que Onetti dedicaría a su hija Litty. La publicó en agosto de 1959 bajo el título *Una tumba sin nombre*, luego corregido por *Para un tumba sin nombre*. Malabia prometía un destino que luego se iría a malograr. *"Es que en cierto momento me di cuenta de que no tenía una vocación* —dijo Onetti—. *Este Malabia escribe poemas y todo eso, se los deja leer al viejo Lanza, pero nunca hará nada concreto. Tal vez le consta que tiene demasiado dinero, que no está obligado a buscar un camino."* Tras la muerte de su padre, con el tiempo Malabia se convertirá en dueño del diario "El Liberal", pero Onetti nun-

16 El mapa fue dado a conocer por el crítico Daniel Balderston y actualmente se encuentra en el Archivo Literario de la Biblioteca Nacional de Uruguay, junto a otros manuscritos donados por Dolly Muhr.

ca le vio dotes de periodista. Al viejo Lanza, que reaparece en varias historias sanmarianas, Onetti lo había conocido en la redacción de la revista *Vea y Lea*, en Buenos Aires. *"Era un refugiado español... se llamaba realmente Lanza y conservé el nombre* —recordó una vez— *¡Qué viejo simpático! Ese pobre se murió de 'franquitis'; sufría como un perro, extrañaba de una manera brutal... Y como no pudo aguantar se volvió, aún en vida de Franco."*

Al mundo de Santa María también pertenece el relato "Jacob y el otro", narrado alternativamente por Díaz Grey, el dudoso príncipe Orsini y otro personaje no identificado. El cuento compitió en 1960 en un concurso organizado por la revista *Life en Español,* pero el premio fue para el escritor argentino Marco Denevi y como en otras oportunidades, Onetti obtuvo sólo una mención[17].

Además de este relato, Onetti publicaría en esos años *La cara de la desgracia* (Alfa, 1960), segunda versión de un relato publicado en 1944, bajo el título *La larga historia*. Recuperaba el misterio del crimen de una adolescente en un balneario, esta vez contado con ambigüedad y maestría por el principal implicado. Los beneficios de su empleo en el municipio le permitieron entregarse a Santa María sin retaceos y, entre todas sus historias, principalmente a la de Larsen en el astillero de Geremías Petrus.

Larsen había regresado a Santa María una mañana de otoño por motivos que a Onetti nunca le importó averiguar. Sabía, sí, que aceptaría el juego del astillero arruinado, el sueño de Petrus, y que intentaría casarse con su hija en busca de un estatus económico. Pero si la ruina de la empresa no tenía solución, ¿para qué casarse con la hija del dueño? Esa actitud, incomprensible en otro sujeto que no se llamara Larsen, le otorgaba una dimensión que dignificaba su fracaso y oscurecía su ingreso al astillero.

---

17 "Jacob y el otro" fue publicado por primera vez en el volumen colectivo *Ceremonia secreta y otros cuentos de América Latina*, Doubleday, Nueva York, 1961. Un estudio comparado fue a dado a conocer por la crítica Ana Inés Larre Borges en *La cara de la desgracia*, Juan Carlos Onetti. Edición crítica y ensayo interpretativo, Ana Inés Larre Borges, Biblioteca Nacional, Montevideo, 2008.

Desde el día en que sintió que Larsen tenía su porcentaje de fe y desinterés por las cosas que lo rodeaban, Onetti comenzó a creer en él de un modo nuevo, como en un artista. No era sólo el dinero lo que lo había motivado a instalar un prostíbulo o a querer casarse con la hija de un empresario en decadencia. El hombre tenía un sueño de perfección y lo único que conseguía era su caricatura.

Ya no se trataba del Larsen de las primeras obras, *"un personaje totalmente cursi, un pobre desgraciado, un pobre diablo. Por el ejercicio de la voluntad, que el tipo ejerce o contra la que surge, se va espiritualizando* —diría Onetti a Monegal. Sin embargo, al final de su vida, *"en esos años en que el tipo se pasa llevando los libros de contabilidad del astillero quiere esconder que es, que ha sido, un cafisho, un explotador de mujeres toda su vida (...) Y todo termina sórdidamente: en ese entrevero con la sirvienta de la hija, no con la hija misma sino con esa sirvienta achinada de provincia, que lo lleva a la casa pero a las habitaciones del subsuelo, a las habitaciones de sirvienta, con la foto de Carlitos Gardel y la Virgencita del Luján. Es decir: que al final lo único que consigue Larsen es volver a ser lo que era: el mismo Larsen de antes, el Larsen porteño que fue".El astillero* fue publicada por primera vez en mayo de 1961 por la Compañía Fabril Editora, de Buenos Aires, y Onetti la dedicó a Luis Batlle Berres, quien acababa de perder las elecciones nacionales y de entregar el gobierno al Partido Blanco. Le llevó un ejemplar a la quinta que Luis Batlle tenía en el llamado Camino de las Tropas. Entonces Batlle era un perdedor y su fraternal dedicatoria quería testimoniar su aprecio en el momento aciago.

Para desmentir la extendida interpretación de *El astillero* como una alegoría de la decadencia uruguaya, Onetti aclaró a Rodríguez Monegal: *"En primer lugar, Luis Batlle era mi amigo y por eso le dediqué el libro. Como he dedicado otros libros a otros amigos. Además, Batlle era un gran hombre, una gran persona. Era como un niño. En cuanto a si* El astillero *es o no una alegoría, ya te dije que no me interesa ese tipo de novela. No hay alegoría de ninguna decadencia. Hay una decadencia real, la del astillero, la de Larsen". "No fue una profecía* —alegó en otra oportunidad—, *ni tampoco un juego en el campito*

ilimitado de la futurología. Se trataba de la sensación de que algo hedía muy fuerte, no sólo en Uruguay o en Dinamarca. Hoy, el olor aumenta. Es indudable que los embalsamadores llegarán puntuales y que la hedentina será disimulada durante un tiempo." Y en 1970, le decía a Carlos Martínez Moreno: *"Yo esto no lo escribí en ningún momento pensando en el Uruguay ni con ánimo profético, simplemente yo creía que se parecía más a la vida humana que a la vida del Uruguay."*

Por esos años Onetti llegaba a su casa y se metía en la cama, en la que permanecía el mayor tiempo que podía. Ahí leía, escribía, recibía amigos, amaba, bebía, construía un mundo en posición horizontal por derecho de la pereza. Cierta vez en que Julio Adín fue a visitarlo, aprovechando que Onetti se había levantado para ir al baño, Dolly, que entonces creía posible revertir la situación, le pidió a Julio que se metiera en la cama para que no tuviera lugar donde acostarse. Julio obedeció, pero cuando Onetti regresó al cuarto, lo miró impasible y se acostó al lado, como si no hubiera nadie. El asunto era más serio de lo que sospechaban.

Reclinado sobre el lado derecho, el codo apoyado en el colchón y el brazo izquierdo libre para sostener el cigarrillo, pasaba horas leyendo novelas policiales, Chandler, Hammett, Proust, Faulkner, Kafka. El alcohol era una compañía privilegiada que debía graduar si quería escribir. Se estimulaba con la mitad de una Benzedrina combinada con un vaso de vino aguado, para conseguir una mayor desinhibición, pero llegaba el momento en que debía rechazar la promesa de un cielo más azul y más profundo, donde el alcohol disipaba la conciencia. Algunas tardes, cuando no había logrado resistirse, los amigos lo veían avanzar por la vereda, *"caminando muy durito para la casa, con esa cadencia de borracho viejo. Llegaba a la esquina y tanteaba el cordón. Primero un pie, después el otro* —dice Casto Canel—. *A veces llegaba de la calle, se metía en la cama y me mandaba a comprar whisky al bar de enfrente. Lo que ha tomado Onetti no se puede saber".*

La leyenda de un escritor genial, huraño, reacio a la vida de los círculos literarios, que escribía en soledad una de las obras más importantes de la literatura uruguaya, estaba entonces plenamente consolidada entre los intelectuales montevideanos.

La leyenda decía que dormía de mañana, trabajaba de tarde y de noche escribía, que para llegar hasta él había que sortear una serie de obstáculos, la carencia de teléfono, la ausencia de portero eléctrico en el edificio, subir seis pisos por la escalera, implorar que se dignara a recibir al visitante importuno, siempre y cuando no estuviera escribiendo o faltara el cartelito que colgaba del picaporte del departamento, en el que anunciaba que había salido.

Entregado al mundo de Santa María, indiferente a la política, Onetti tenía ya como ideal de vida, pasar la mayor parte del tiempo en la cama, dedicado a la lectura o escribiendo. Paraba cuando le venía un calambre en la muñeca que acabó por hacerse crónico, como las dificultades para dormir, la necesidad de tomar pastillas, el acecho de la angustia.

Cuando en agosto de 1961 el Che Guevara llegó a Uruguay como delegado cubano para participar en la Conferencia del Consejo Interamericano Económico y Social de Punta del Este, hacía tres días que Idea y Onetti vivían encerrados en el departamento de la calle Durazno con las persianas bajas, iluminados con luz artificial, casi sin alimentarse, amenazados de extenuación amorosa. Aprovisionado de cigarrillos y alcohol, él quería prolongar la despedida hasta el límite de lo imposible, aunque afuera el mundo se deshiciera. Idea buscaba la manera de huir de la indiscriminación de los cuerpos, del clima de asfixia y saturación, de la secreta muerte. El crimen sólo parecía poder evitarse con otro crimen, y el otro se anunció público, en la página de los diarios. Al término de la conferencia del Che Guevara en el Paraninfo de la Universidad y mientras se desconcentraba la multitud sobre la avenida 18 de Julio, un bala acabó con la vida del profesor Arbelio Ramírez, bibliotecario que por entonces finalizaba su tesis de licenciatura en historia.

La noticia convulsionó a la ciudad. "Así comenzó el fascismo" tituló *Marcha* en su primera plana. El atentado inauguró la violencia política de los años sesenta en el país y separó a los amantes que a varias cuadras, vivían al margen de la realidad que se descomponía. La movilización del gremio docente requería a Idea en el liceo Vásquez Acevedo, donde trabajaba. Onetti se resistía a que lo abandonara, apelando a todos sus recursos. Cuenta Idea: *"Yo no sé si vas a la asamblea o si te vas*

a encontrar con alguien, me decía. Me di una ducha, me vestí, me peiné, me arreglé y dije: 'bueno, me voy, vuelvo dentro de dos o tres horas'. Cuando llegué a la puerta y estaba por salir, me dijo: si te vas, no me ves más. Entonces me saqué la ropa y me metí en la cama de nuevo. Me dice: 'no, así no quiero que te quedes. Si te vas a quedar de esta manera es mejor que te vayas'. '¿Sí?, bueno, entonces me voy', y cuando llegué a la puerta, agregó: 'te vas a arrepentir de esto. Vos sabés que yo no me puedo ir solo, pero me voy a ir de cualquier modo'. Conocía la manera de retorcerme el corazón. Entonces me saqué la ropa y volví a la cama. Ahí nos volvimos a pelear y entonces sí, me vestí y me fui."

Todos los días Onetti tenía que darse una inyección para contrarrestar un mal incierto, que lo sumía en un estado de postración y abatimiento. La dosis de medicación debía aumentar diariamente y requería un cuidado que Onetti malograba con tragos de alcohol. *"Pasé por la peluquería* —continúa Idea—, *fui a la asamblea y en cuanto pude me escapé y regresé a casa. Como vi la luz prendida pensé que estaba, pero cuando abrí la puerta sentí como si me golpearan en el pecho. Había dejado una nota insultándome y diciéndome un montón de barbaridades. Y mis poemas, unos poemas de amor que le había dado, estaban arrugados y tirados a los pies de la cama. Cuando empiezo a ordenar, llena de tristeza, encuentro la inyección que debía darse ese día. Como no podía interrumpir el tratamiento, me fui a su casa con el medicamento. Toqué timbre y me atendió Dolly, que había viajado a Buenos Aires y ya estaba de regreso. 'Mirá', le digo, 'se dejó la inyección de hoy en casa, así que vine a traerla'. 'No, no', me dice, 'pasá que Juan está muy mal'. Cuando entro, me encuentro allí a los Artagabeytia, unos amigos a quienes Onetti había llamado por teléfono desde mi casa para que lo ayudaran a bajar las escaleras y lo llevaran de vuelta a su departamento. Dolly les dijo: 'vamos a la cocina, así dejamos hablar a estos dos locos', y nos cerró la puerta del dormitorio. Estaba desesperado y triste, ya no tenía nada que ver con aquel tipo que me había estado amenazando toda la tarde. '¿Y los poemas? ¿Dónde están los poemas?', me preguntaba. 'Creí que formaban parte*

del insulto', le dije. 'No, no', dice, 'se me cayeron, yo quiero esos poemas'... Estuve un rato, lo consolé y me fui."

Días después Idea volvió a visitarlo. Al despedirse, Dolly la acompañó hasta la puerta de calle. *"'Vamos a tomar un vino', me dijo. Yo no tomaba vino ni muerta, pero la acompañé. Entonces me dijo que me envidiaba porque pudiera escribir esos poemas. 'Yo lo quiero tanto..., pero no puedo expresar todo lo que lo quiero', dijo, 'me da envidia que tú puedas decirle esas cosas. Pero hay algo que no entiendo. ¿Cómo es que queriéndolo así, de esa manera, tú puedes andar, después, con otros? Yo no podría', me dijo. 'Es distinto', le contesté. 'Tú lo tenés y yo no. Vivo sola, soy joven, a veces me paso años sin verlo, no puedo estar dependiendo de un hombre que se acuerde dentro de tres meses que existo. Ahora, lo que yo tampoco comprendo es cómo hacés tú para tolerar su relación conmigo y con otra mujeres'. 'Mirá', me dijo, 'es que si no lo tolerara sé que lo pierdo. Lo que lo hace feliz a él me hace feliz a mí. Y yo quiero que él sea feliz'."*

Retrato de familia

Verano de 1961. Su hijo Jorge ha venido a visitarlo desde Buenos Aires, con su mujer y su hijo, de siete años de edad, llamado Carlos Esteban. El nieto lo observa, lo estudia, le devuelve las miradas desde el otro lado de la mesa donde almuerzan. Onetti conoce esa mirada irrepetible, la curiosidad que recae en él, insistente. Se la ha visto a su hija Litty, que el año pasado fue a verlo, acompañada de su madre. Entonces la Peke temía que la seducción fuera excesiva y la niña, de nueve años, se entregara a los brazos de su padre sin reservas. En esa ocasión Litty descubrió la parte oculta de la familia, la rama Onetti sesgada tras la separación de sus padres, y apenas pudo conciliar a ese hombre que la trataba con ternura con el causante de los males familiares. La sedujo y le despertó temor. Onetti la vio dudar, confrontarlo con el doble construido por el resentimiento holandés, a conciencia, quizá, de que encarnaba su fantasma de un modo más oscuro, más complejo, más real que el otro, y más inaccesible.

Este verano Litty no ha regresado, pero está Carlos Esteban, con la misma mirada incisiva, y sus propias cuentas. De la mesa del domingo, larga, solemne, el nieto construirá un recuerdo que sumará a otros, hasta formar en su adolescencia una memoria de su abuelo. La mesa estaba *"ubicada junto a las ventanas abiertas al verano. Se hablaba de política o algo por el estilo. Con mucha calma, y a la pesca del detalle que alegrara definitivamente la reunión, mis parientes masticaban un almuerzo sabroso y abundante.*

"Juan Carlos era, porque así lo decían mi padre y su mujer, el ogro. Claro que era un ogro completamente inofensivo, un ogro de entrecasa, de peluche. Creían cortarle las uñas

con sólo bautizarlo de ese modo. Pues bien, el ogro presidía la mesa.

"Por mi parte, diré que conocía historias de ogros, lo que ignoraba era la sutileza de tal sobrenombre. Es fácil entender, entonces, que un chico de siete años se deslumbre ante semejante personaje y no tenga mejor idea que armarse de su pistola de rayos. Gracias a algún encantamiento, el ogro, lo recuerdo perfectamente, se apoderó de mi arma, y cuando la familia se distraía me apuntaba con cara asesina. Yo no era un tonto y sabía que nada demasiado grave podía pasarme; no obstante, daba un paso hacia adelante o hacia atrás, dejando a algún pariente en contacto con el peligro.

"La gente hablaba de cosas incomprensibles para mí y todos parecían satisfechos. No había de qué preocuparse.

"En un momento dado, y por causas que honestamente ignoro, caí en manos del monstruo. ¡Horror! La cosa tenía su encanto, el encanto de lo prohibido, la atracción de lo siniestro. No exagero.

"Mirá, ¿ves a ese tipo que está sentado ahí? Bueno, andá y sacale con esto un vaso de sangre.' Después de encargarme tan cruel mandato, me dio un sacacorchos y con un leve empujón, me dijo: 'Andá, apurate que tengo sed'. Como yo era un chico astuto, simulaba sacarle sangre a la parentela haciendo horribles ruidos. Luego, le llevaba un vaso de vino tinto con la cara más ingenua del mundo. Esto me convenció de que el ogro era bastante estúpido, y, sin embargo, ¿era tan estúpido? El juego se repitió muchas veces. El ogro tenía sed, de eso no se podía dudar".

"Mi familia —continúa Carlos Esteban—, *se divide en juancarlistas y antijuancarlistas. Me tocó en suerte una educación incompatible con los 'demasiados flexibles' principios juancarlistas. Ello, unido a que verdaderamente le tenía pánico, me llevó a alistarme en las filas de los antijuancarlistas. Durante años repetí, más o menos convencido, las consignas que justificaban la reacción. Bajo la tutela de mi padre, enriquecí mis argumentaciones y aprendí un poco de moral. Pero ¿por qué le tenía pánico? Más allá de mis siete años, le tuve miedo porque Juan Carlos tenía y tiene la habilidad de poner al descubierto afectos de uno que no son, precisamente, perlas*

de Oriente. Juan Carlos me hacía dudar de mis más firmes y elementales creencias."

El rechazo de Onetti al hogar burgués implicaba si no un desprecio, desatención a las obligaciones de familia. En ocasiones, la falta de compromisos iba todavía más allá y, al modo de Díaz Grey, Onetti promovía situaciones tensas por el gusto de verlas.

A su hijo Jorge, que se hizo escritor bajo la presión de un nombre excesivo, a su hija Litty, a su nieto Carlos Esteban, nunca les resultó sencillo relacionarse con él. El vínculo de Litty con su padre estuvo signado por la temprana ruptura familiar, el amor, la distancia y la dificultad de conciliar dos mundos que se volvieron incompatibles. Desde que Onetti partió de Buenos Aires, siempre se encargó de tener noticias de su hija, a veces personalmente, por lo común a través de terceros. Litty lo visitó nuevamente en 1966, cuando tenía quince años. Su madre volvió a acompañarla y regresó a los pocos días, dejándola en la casa de Raquel Onetti. *"Cada vez que venía a buscar noticias a Buenos Aires, Dolly me contaba de mis primas, de la vida en Uruguay* —dice Litty—. *Entonces, un día, le dije: 'a ver, contame un poquito, hagamos un mapa, a ver quién es quién, dame una idea'. Y me decidí a viajar. Me quedé un verano entero, y me fui integrando a una parte de lo que era mi familia. Lo pasé tan regio que me vinieron ganas de largar todo y quedarme a vivir allí. Aunque por entonces ya tenía la sensación de ser una especie de fracaso para él, la intuición de que si fuera una bohemia, de esas que les pesa la vida y se deprimen, mi destino le parecería más creíble."*

El año en que Litty fue por segunda vez a visitarlo, también llegó Carlos Esteban, entonces de trece años de edad. *"A esa altura, si bien había asimilado lo necesario para ser recto en la vida, tenía una idea aproximada de las fuentes y no estaba dispuesto a creerles de un modo tan irreflexivo* —cuenta Carlos Esteban—. *Por esa época había oído decir, con escándalo, que Juan era, definitivamente, una mala persona, llena de defectos y de vicios. Se me dijo que era una mala compañía para los niños, que deformaba las cosas, que era egoísta y cobarde. También me susurraron que su talento era enorme, que era un tipo de una ternura infinita, que tenía mil encantos que*

yo descubriría con la edad. En suma, un tipo vinculado con el Bien y con el Mal.

"No es posible que exagere ni que me vaya por las ramas, pero creo que fuera de la literatura (Dios me libre de nombrarla) Juan Carlos es sólo comprensible si lo ponemos sobre una cama, con ese sombrero ridículo de tanguero, rodeado de botellas llenas y vacías, de colillas de cigarrillo y de libros. ¡Qué cuadro! Dirán que es a propósito. No obstante, si tenemos la audacia de aceptarlo con alguna naturalidad, lo veremos bastante menos efectista que esto que escribo y bastante más emocionante que un relato. De eso se trata, de dar el verdadero límite sin caer en las consignas familiares. Para eso me valgo de recuerdos."

"Fue entonces, a mis trece años, cuando con un pretexto que me justificaba, fui a verlo, esta vez en mi propio nombre. Fue una situación incómoda en la que me sentí vulnerable y con ganas de escupirle un ojo, pero con el consabido temor de que nos caiga en la cara; a pesar de venir de la reacción, lo valoraba demasiado. Fui a verlo por curiosidad; tenía que saber si era tal como lo pintaban. Muy nervioso, hablé de política, de mis parientes porteños, del tiempo, y no recuerdo de cuantas otras estupideces. Me acuerdo de que, desesperado, le hablé del casamiento de una tía mía; por casualidad le comenté que el viejo Kostia fumaba como un murciélago dejando que la ceniza ensuciara sus solapas. En ese mismo momento, dijo: carajo; se incorporó y se acercó hacia mí. Cuando me dio el beso en la frente, yo me di por vencido y declaré no entender nada. Me era más aceptable un garrotazo que ese beso delicado. Después de la ceremonia, me dijo: 'lo resucitaste'. Todo se daba en ese estilo ritual, pesado, lleno de sorpresas. Lo malo es que por momentos, tirado en su cama con un libro abierto, me miraba largamente como si quisiera llegar a alguna conclusión. Después de mucho, declaró que yo tenía cara de carajo hervido. Eso me pareció intolerable, pero me supe indefenso: ¿qué decirle? La lógica no tiene nada que ver con esto, y me inquietaba. A medida que pasaba el tiempo la situación se ponía más tensa, él no decía nada y yo fingía ocuparme con pavadas. No me echaba. Su actitud me resultó de mal gusto: tirado en la cama, fumaba sin prestarme la más

mínima atención. En nombre de la objetividad diré que yo no era, precisamente, un duque. A mi vez, esperaba el reconocimiento absolutamente gratuito de su parte. Esperaba que mi calidad de nieto bastara para conmoverlo y llenarlo de amor hacia mí. Recuerdo que yo pasaba el rato jugando con un encendedor muy bonito. En principio se podía decir que era un entretenimiento casual, inventado sólo para llenar la espera del dichoso reconocimiento. En lugar de eso, escuché un: 'El encendedor se queda acá'. Es un buen ejemplo. Tengo que decir que me dejó mudo de espanto; ¡acaso eran esas mis intenciones! Y si lo eran, ¿tan claramente aparecían a sus ojos? En una palabra, entendía que con Juan Carlos no tenía ningún sentido fingir. O le decía cosas como para que ambos charláramos interesados, o me callaba la boca, o peor aún, revelaba los propios jueguitos siniestros. No sólo él juega con sangre.

"Me molesta recordar estas cosas porque me veo muy poco habilidoso, muy sonso. Pero, como dicen los mayores, de todo se saca una enseñanza. Creí descubrir que la única manera de abordarlo era confesarme culpable, fiel a la confederación contraria y, con cinismo, víctima de mi poca edad. Así lo hice, con un sentimiento de traición bastante perturbador. Conté de las fábulas que se decían, del miedo que le tengo, de mis expectativas, del afecto.

"Desde entonces las cosas cambiaron y los recuerdos son menos rígidos, menos anecdóticos. A partir de entonces, recuerdo, charlé muchas horas en su casa de Lagomar. Con entusiasmo creí que en cualquier momento descubriría algo revelador detrás de cada frase, de cada historia: 'y le dije que, por lo menos, me dejara besarle los pechos'. Esas historias me volvían loco, me fascinaban. ¡Eso era un abuelo! En su casa me sentía cómodo; silbaba, charlaba, cantaba con una naturalidad que se me ocurría sorprendente. Tomaba vino y fumaba convencido de que nada podría haber más importante en ese momento.

"Confieso que fue un modelo que me parecía delicioso de imitar. Empecé a admirarlo en secreto. Con mis amigos jugaba a ser Juan Carlos y me tiraba en un sillón con los labios adelantados, una mano muerta en el aire y con la voz suya repetía lo que, sin duda, era la actitud más inteligente, más

cordial y más despiadada que se podía tener con el mundo. Decía, entonces, entre solemne y jocoso, que las cosas eran así, que qué quieren que haga, que el afecto no se puede normar y, nuevamente, sin embargo..."

Imitar a Onetti podía ser un desafío excitante para un adolescente, pero para Litty la relación era más difícil de sostener. "*A los treinta años, después de leer toda la obra de Charlie hasta ese momento* —cuenta Litty—, *sentí que tenía que elegir definitivamente entre un mundo y otro. Entre su visión del mundo desesperanzada, nihilista, onettiana, porque ya tiene su nombre, y la onda inglesa, protestante, donde el esfuerzo dignifica, donde hay principios y valores. Yo sé que hay ecos de Charlie en mi manera de ver las cosas, que me hacen relativizar un poco los roles. Pero no podría embarcarme en un plan onettiano de vida. Su obra me pareció magnífica, me hizo sentir lo mismo que sentía cuando leía a otros grandes de la literatura, como Eliot. Pero yo me daba cuenta de que no me podía dar el lujo de elegir su mundo, porque cuando alguien lee un libro de Charlie, está haciendo algo con su vida. No se leen como otros libros más livianos. Se ingresa en un viaje a un mundo subterráneo. Entonces, siendo un genio y encima mi padre, si me tengo que levantar temprano en la mañana no puedo andar con Larsen en la cabeza, si soy directora de un colegio, no puedo ir con Larsen a vigilar que cada alumno esté en su clase. Parte de mi vida ha sido un esfuerzo para que lo cotidiano camine, y algo debí sacrificar.*

"Desde entonces, algo pendiente, que se desovilla con la lentitud de una novela, hace de él un personaje que va y viene por mi vida. Charlie no está rotulado como las mariposas. Yo no quiero darle un nombre a lo que me pasa con mi padre. Es como una intriga, una madeja que voy desovillando con el paso del tiempo.

"Y todos los años, el día de mi cumpleaños, jugamos por teléfono una farsa llena de señales. Repetimos la escena del loco y la dama sensata con una especie de amarga piedad. 'La saludo con el mayor de los respetos', me dice. 'Igualmente, señor', le contesto. '¿Cuántos hijos pariste este año?'. 'No', le digo, 'estamos siempre en la misma cantidad'. Aunque hace siete años que no tengo más hijos, soy madre de tres, siempre

me pregunta por lo mismo, como si fuera una coneja. 'Bueno, que seas muy feliz'. 'Bueno —le digo yo—, es que soy muy feliz'. Es toda la bolilla que nos damos. Después viene Dolly a hacer los deberes. Dolly viene a sacar las fotos, a juntar recuerdos, historietas.

"Todo es entre comillas, lo que yo le digo y lo que él me contesta, absolutamente. 'Sí señor, cómo le va, ¿y usted cómo está...?' '¿Ha parido más hijos hasta el momento..?' 'No, sigo en la misma cantidad'... es como el delirio. Es una forma de delirio, pero donde cada uno se lo permite. Cuando estoy con él soy el paradigma de la sensatez. Jugamos al juego de que yo no soy loca como él. Mucho cuidado de qué nos decimos, cómo lo decimos. No queremos lastimar al otro ni salir heridos. Si saliéramos de esa fórmula, quién sabe qué pasaría. Entonces es alto voltaje. Las veces que hemos charlado sobre la felicidad, si soy feliz o no soy feliz, él escucha con asombro, sorprendido de que pueda serlo llena de obligaciones, con un marido, fijándome si tiene las camisas listas, ese mundo alejado de todo lo que le pertenece."

Cierta vez en que Dolly le manifestó a la madre de Litty su deseo de tener hijos con Onetti, la Peke le respondió: *"mirá, entonces tenés que poner un aviso en el diario: 'cambio genio por chupete'. Porque te va a rajar, te va a dejar sola como nunca"*.

La vida familiar estuvo reñida con el camino de la fuga que Onetti emprendió en su vida, hasta construir un mundo paralelo lo bastante complejo para permitirle incluirse. De todos los integrantes familiares, celebró a sus padres y más de una vez lamentó que fallecieran sin conocer su destino de escritor. Mantuvo un cariñoso vínculo con su hermana Raquel y en muy pocas oportunidades mencionó a su hermano Raúl. Convirtió a dos de sus primas en esposas y a un tío lejano, el tesorero de Fantomas, en profeta de sus lecturas. Entre todos los personajes de familia, prefirió a los niños, con quienes siempre compartió un código de complicidad. Más de una vez, repitió que el hombre que no conserve algo de su infancia, nunca podría ser totalmente amigo suyo. *"Una de las cosas que más me interesan y me alegran es mirar o jugar con los niños. En ellos se da intacto lo más valioso que luego pueden tener los adultos, pero que la inmensa mayoría pierde"*. Cuando una periodista

española le preguntó qué conservaba de la niñez, respondió: *"Las mentiras, los caprichos, las ganas de esconderme. En mi infancia me escondía a leer en un ropero, ahora lo hago dentro de una cama... Se puede interpretar como una huida de la vida, búsqueda de refugio, yo qué sé... No me interesa nada la deducción que saque de esto".*



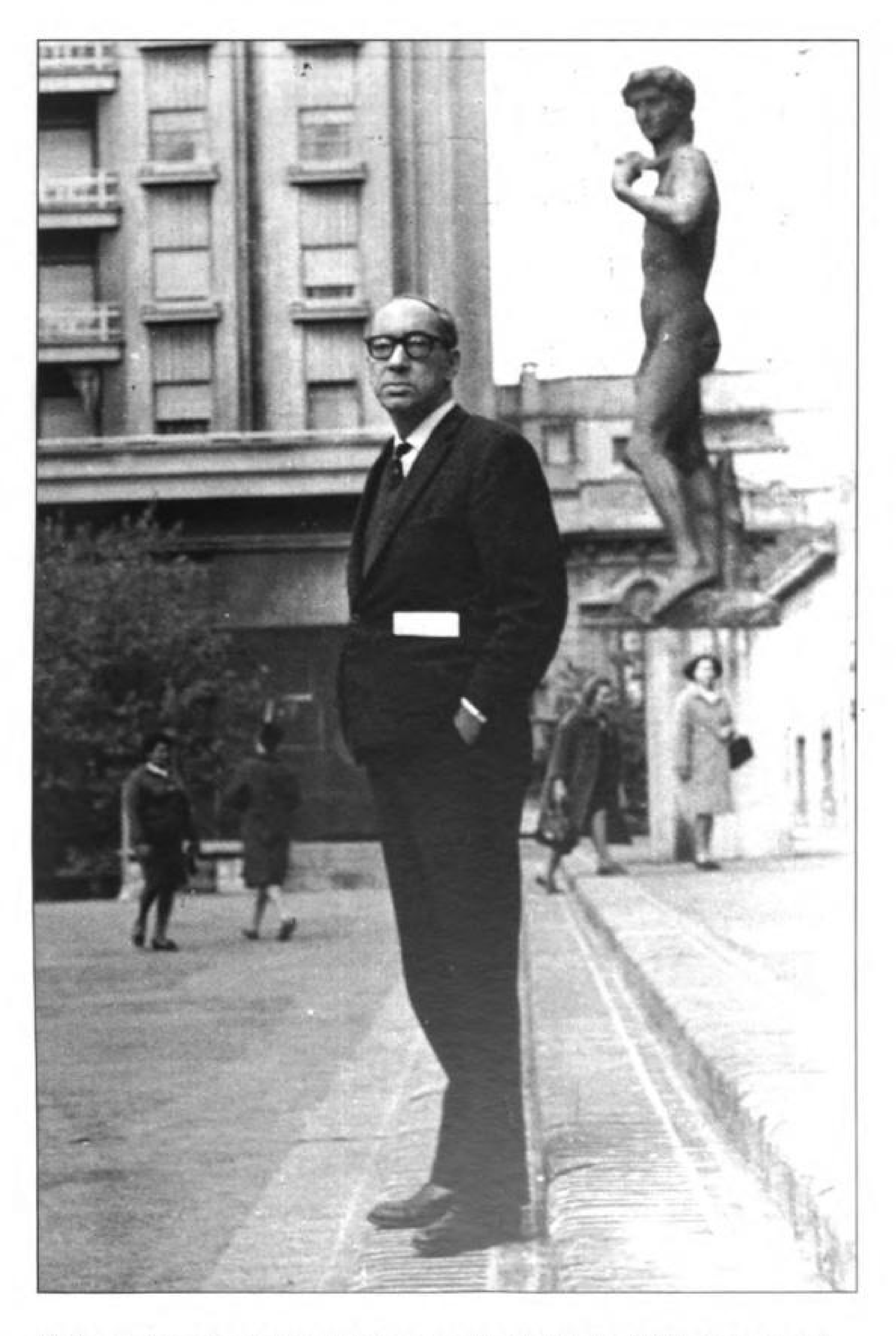
"Tal vez no exista ningún período de la vida tan profundamente personal, tan íntimo, tan mentiroso en el recuerdo como éste... Decir la infancia implica sin remedio un fracaso equivalente a contar los sueños". Onetti (derecha), junto a su hermano Raúl.

Foto de la credencial

"El tenía ese estilo de seducción siempre reservado, callado, que le resultaba muy exitoso"



Contra la voluntad de sus padres, Elizabeth se casó con Onetti, y tuvo a Litty. Elizabeth María Pekelharing, Litty y las manos de Onetti, en los años 50.



En la explanada del municipio, cuando dirigía las bibliotecas municipales.

"Esta es la noche. Quien no la ha visto así, no la conoce"
El pozo.





"No quiero darle un nombre a lo que me pasa con mi padre. Algo pendiente, que se desovilla con la lentitud de una novela, hace de él un personaje que va y viene por mi vida."
Onetti y Litty en París, 1978.



"La adolescencia de Dolly parecía demorada en el límite de una dicha a la medida de Onetti, el muchachismo perseverante." Música de violín en el departamento de Gonzalo Ramírez.



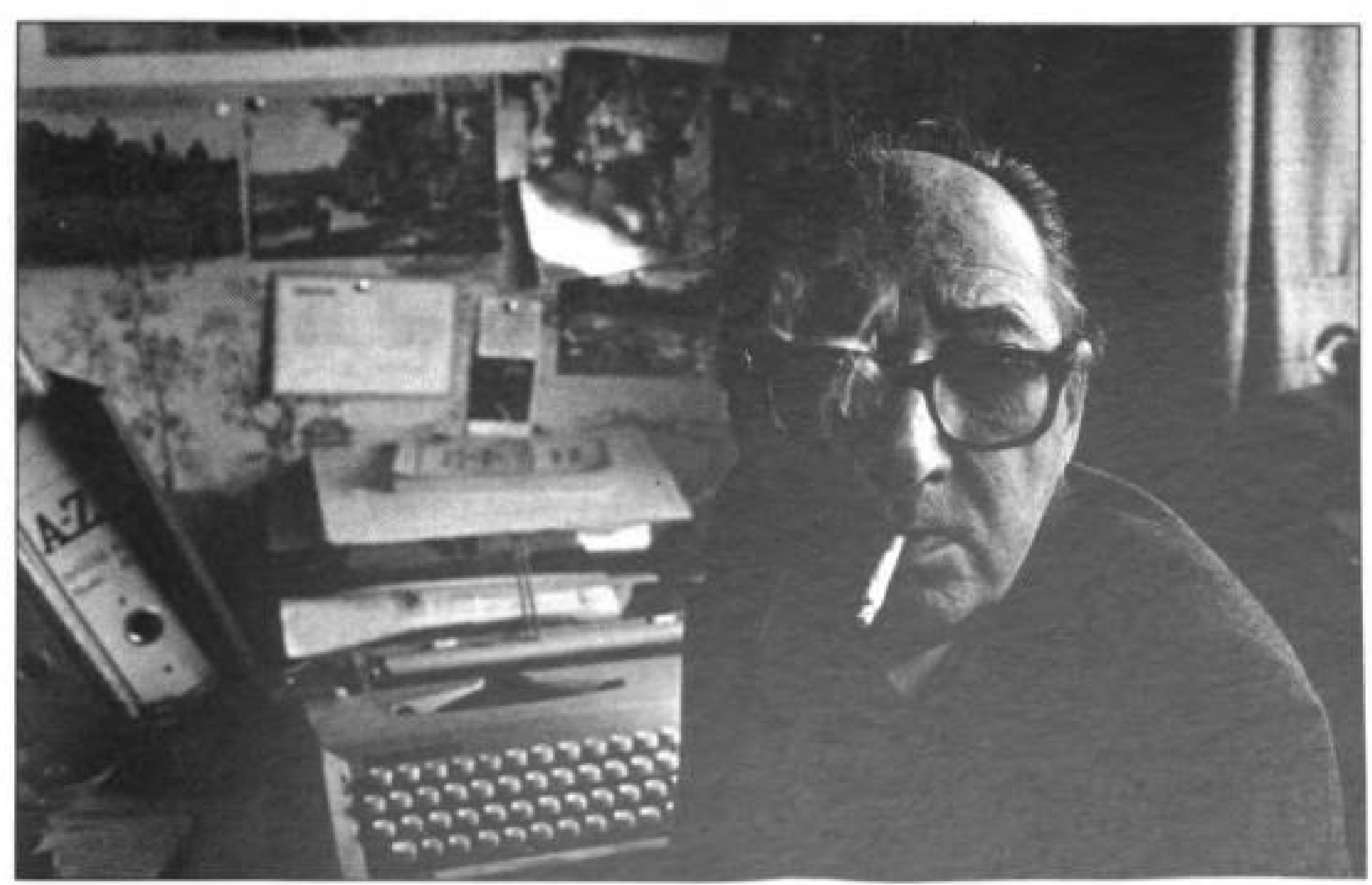
Segundo encuentro de una relación difícil. Onetti, Borges y Dolly en España.



"Pasó el verano y no viniste", ¿dónde estás tú?"
Idea Vilariño y Onetti.

"En esa época vivíamos en los bares. Pasábamos de uno a otro hasta muy entrada la madrugada."
Fabi y Onetti, fotomontaje.





"Lo mas imporante que tengo sobre mis libros es una sensación de sinceridad. De haber sido siempre Onetti".



"... llegué a España con la convicción de que lo había perdido todo... Sin embargo, aquí estoy, unos cuantos años después, sobrevivido. Esta sobrevida es lo primero que debo a los españoles." Saludo al rey Juan Carlos de España, cuando la entrega del Premio Cervantes, Madrid, 23 de abril de 1981.



"Vivo escondido aunque ignorado por las llamadas fuerzas del orden que no me tienen en sus prontuarios".

Onetti nos destroza

En enero de 1962 Onetti obtuvo el primer reconocimiento oficial a su trabajo literario. Por su obra publicada en 1959-1960, obtuvo el Premio Nacional de Literatura, junto a Francisco Espínola, que también era distinguido con el Gran Premio Nacional, un galardón otorgado a la trayectoria. En los últimos años Onetti escribía y publicaba con cierta regularidad, mientras Espínola, distraído de su producción narrativa, se había centrado en sus clases de facultad, conferencias y actividades intelectuales. El distanciamiento entre ambos había crecido y parecía irreversible. La recepción del premio fue la última oportunidad en que estuvieron juntos. Espínola hizo un largo discurso en el que volvió a dar muestras de su inteligente y coloquial seducción. Cuando le tocó el turno Onetti, se puso de pie sólo para decir: "*Yo no hablo, escribo*".

El gesto señaló la escasa estima de Onetti por el discurso intelectual que había apartado a su amigo de la prioridad de la escritura. Aunque lejos de referirse a Espínola, en una oportunidad manifestó su desprecio por la vida cultural y literaria: *"Todos los vicios de que pueden despojarse las demás clases son recogidos por la clase media. No hay nada más despreciable, más inútil. Y cuando a su condición de pequeños burgueses agregan la de intelectuales, merecen ser barridos sin juicio previo"... "Nunca iría a una peña literaria, las odio, nunca iría a dar una conferencia, para mí es vergonzoso. Y sigo detestando a esos 'intelectuales' que opinan sobre todo y no son más que bocasucias"*. En otra ocasión, le refirió a Omar Prego: *"Cuando un escritor es algo más que un aficionado, cuando pide a la literatura algo más que los elogios de honrados ciudadanos que son sus amigos, o de burgueses con mentalidad burguesa que*

lo son del arte, con mayúsculas, podrá verse obligado por la vida a hacer cualquier clase de cosa, pero seguirá escribiendo. No porque tenga un deber que cumplir consigo mismo ni una urgente defensa cultural que hacer, ni un premio ministerial para cobrar. Escribirá porque sí, porque no tendrá más remedio que hacerlo, porque es su vicio, su pasión y su desgracia".

En los próximos años Onetti trabajó protegido por el encierro en su departamento de Gonzalo Ramírez, cuya puerta difícilmente se abría a los ocasionales visitantes. En 1963 la Fundación William Faulkner dio a conocer la lista de "notables" novelas hispanoamericanas no traducidas al inglés. Distinguió a *El astillero* y otorgó el máximo premio a *Cumboto*, del venezolano Ramón Díaz Sánchez. El año anterior la editorial de la revista *Asir* había publicado el libro de cuentos *El infierno tan temido* y poco después la editorial Alfa publicó la novela corta *Tan triste como ella*, dedicada a Martha Canfield. En diciembre de 1964 la misma editorial dio a conocer *Juntacadáveres*, la historia que resucitaba a Larsen, muerto en el final de *El astillero*, para saldar una vieja deuda: su trasiego en Santa María, el fracaso de su prostíbulo perfecto. La novela compitió tres años más tarde como finalista en el Premio Rómulo Gallegos, encargado de elegir la mejor novela hispanoamericana del último quinquenio, pero el premio fue entonces para *La casa verde*, de Mario Vargas Llosa, quien al recibirlo hizo expresa mención de la importancia de la obra de Onetti, *"a quien América Latina no ha dado aún el reconocimiento que merece"*.

Las traducciones de *El astillero*, *Juntacadáveres* y *La vida breve* al francés, inglés, portugués e italiano, la edición en México de un disco con su voz, presentado por José Emilio Pacheco, comenzaron a dar a su obra una proyección que trascendía las fronteras del Río de la Plata. Con ser importante, la voz de Vargas Llosa no hubiera bastado para provocar el reconocimiento del escritor uruguayo. El salto lo promovió la agente literaria Carmen Balcells, quien por entonces gestionaba los contratos editoriales de los principales escritores que formarían el llamado "Boom de la literatura latinoamericana" y había llegado hasta el departamento de Gonzalo Ramírez para proponerle su representación. Cuando Onetti la recibió y aceptó su ofrecimiento, ignoraba que esa visita iría a cambiar

la relación entre su literatura y las dificultades económicas, un precio que había elegido pagar a conciencia y sobrellevaba con resignación. Onetti vivía para sí y escribía para sí. Como quería Joyce, se colocaba al otro lado de la mesa y se enviaba cartas. Hasta entonces sus lectores no habían trascendido pequeños círculos de admiradores.

Mientras Gabriel García Márquez, Juan Rulfo, Julio Cortázar y Carlos Fuentes difundían su obra como la de un maestro, Onetti se empeñaba en perpetuar su encierro. Muchos periodistas llamaban a su puerta para entrevistarlo, atraídos por el desafío de cruzar una frontera que por épocas se hacía inexpugnable. Entre ellos María Esther Gilio, que sumó genialidad y audacia a una prolongada serie de reportajes que se hicieron clásicos, Carlos María Gutiérrez y Alfredo Zitarrosa, enviado por *Marcha* a conversar con Onetti sobre Gardel, en los comienzos de su carrera. Zitarrosa narró el preámbulo de aquella entrevista y su agrio final. *"Hay toda una mitología preparada para sostenerlo. Vive en un apartamento de la calle Gonzalo Ramírez, donde toma cerveza ciñéndose los pantalones por debajo del abdomen... ¿Y quién no le teme a Onetti, quién le conversa de algo a ese triste apasionado, aunque se trate de conversar sobre Gardel?... Menuda tarea le tocó* —dice Zitarrosa, aludiéndose en tercera persona—, *ir a ver a Onetti, escribir sobre tamaña cosa. Cuando le encargaron la nota primero no contestó: la cabeza le trabajó de varias maneras y, después que compuso unos razonamientos adecuados, aceptó".* Zitarrosa llamó un taxi; la dirección que llevaba anotada era dudosa, en la zona había apagón, se bajó mal. Cuando se sintió extraviado, ahogado en la oscuridad, prendió un fósforo y lo acercó a la chapa de un edificio. Subió al sexto piso. *"'¿El señor Juan Carlos Onetti?' Tal vez para emplear una frase amenazadora, hizo una pausa y me contestó: 'Onetti'. Yo hice otra pausa. Tragué saliva y empecé a explicarle que venía a molestarlo para hacerle unas preguntas sobre Gardel. Creo que seguí hablando sobre la molestia, aunque él ya me había hecho entrar —a veces me paso de sensibilidad—, pero estoy seguro de haberme referido también al honor que representaba para mí. Lo cierto y sin embargo es que, cuando me quise acordar, estaba solo y él se había ido para la cocina. En la pared había*

pegados numerosos recortes, fotos y una cédula de identidad que me llamó la atención, pinchada encima de una descripción tipométrica del rostro, con la interpretación científica de la descripción, escrita a máquina; era una cédula de Onetti.

"Cuando escuché que volvía, aquel silencio ya era insoportable. Tal vez me imaginaba y quería ahuyentarlas, unas dificultades enormes para hablar; o tal vez estuve atribuyéndoselas a él, por esos movimientos lentos que hace, ceremoniales, o por aquel ritmo reflexivo de sus frases cortas, las pocas que había dicho. Le pregunté sin preámbulos por qué era tan famoso; sin alcanzar a ver lo indecoroso de aquella cuestión, vi que se sentaba, y dijo: 'Porque la fama es puro cuento, botija'."

Al terminar el reportaje, Zitarrosa estaba convencido de su torpeza y de su fracaso por arrancarle a Onetti alguna frase digna de recordar. Al llegar a su casa y revisar las notas de la entrevista, advirtió que en una de las hojas, misteriosamente, Onetti se las había arreglado para escribir con tinta azul: *"Oh, tú, joven tarado, ¿qué piensas de Gardel?"*

Muchos años después, cuando el joven que preguntaba por Gardel se había convertido en un referente supremo de la canción popular uruguaya, en la contratapa del libro de Enrique Estrázulas, *Cantar en uruguayo*, Onetti diría: *"Ahora tenemos cantores inteligentes y cultos que saben mirar alrededor y cantar lo que ven. Personalmente, separo a Zitarrosa por su talento y por su envidiable capacidad de llegar al público y hacerlo sentir. Ya dijo Machado: qué más quisiera yo que escribir para el pueblo".*

Por el departamento de Gonzalo Ramírez también solía llegar Eduardo Galeano, que por entonces sometía sus primeros textos a las implacables críticas de Onetti. Usualmente, lo encontraba tumbado en la cama, junto a un alambique de cristal que le habían traído de Viena, dotado de un complicado mecanismo de tubos y serpentinas de donde Onetti sorbía vino ordinario, con sólo estirar la mano. *"...engullía pastillas para estar siempre dormido. Pero a veces estaba despierto y a eso, él lo llamaba insomnio. A la luz de la veladora, leía novelitas policiales que se iban amontonando alrededor de la cama. El retrato de Faulkner presidía desde la cabecera".* Alguna vez se enredaron en una acalorada conversación sobre el Corsario Ne-

gro y Sandokán, que Onetti conocía al dedillo porque de niño había pertenecido a la banda del Corsario, en el barrio, enemiga de la de Sandokán. El Corsario no operaba en la Malasia sino en el Caribe y estaba enamorado de una rubia llamada Honorata, sobrina de su enemigo mortal, el gobernador de Maracaibo.

"— Se murió, al final —dijo Galeano.

—Qué se va a morir, el hijo de puta ése.

—Honorata, digo. El gobernador no. Tenía una salud de mierda, pero no se murió. ¿Te acordás? Sufría de gota. Pensaba maldades con la pata arriba de un puf. El no se murió. Honorata sí.

—La mataron, querés decir.

—Los soldados del tío.

—Eso. Cuando la fuga.

—Disparo de mosquete, fue.

—Ella se tiró del balcón y el Corsario negro la abarajó en los brazos. Los caballos esperaban en el puente.

—Era para él la bala, pero ella puso el cuerpo. Aparecieron los soldados, que los estaban esperando, y ella abrió los brazos y...

—En el pecho, le entró. Acá.

—Más abajo. Le atravesó el escapulario.

—Decime, ¿vos estuviste en Maracaibo?

—Estuve.

—Contá.

—Hay edificios enormes, con aire acondicionado, y un lago lleno de torres de petróleo.

—Cretino. No viste nada. ¿No sabés que en Maracaibo ni se puede caminar, de tanto fantasma que anda por la calle?"[18]

Con la mayor difusión de su obra llegaron las invitaciones a realizar algunos viajes. En 1966 Onetti asistió a un Congreso del Pen Club, en New York. Viajaron también Carlos Martínez Moreno y el peruano Mario Vargas Llosa, con quienes recorrió varias ciudades y universidades. Lawrence Ferlinghetti y Allen Ginsberg los guiaron por los antros hippies y bohemios de San Francisco, donde reinaban el peyote y el ácido lisérgico, sin que

18 *Días y noches de amor y de guerra*, de Eduardo Galeano, Editorial Laia, Barcelona, 1978.

Onetti abandonara una mirada indiferente, contaría más tarde Vargas Llosa[19]. En una de esas noches ambos conversaron sobre sus métodos de trabajo. *"Él me decía que para escribir novelas había que trabajar con tal horario todos los días, tengas ganas o no. Pero yo le discutía, yo le decía: si algún día te duele el hígado, si estás resfriado... Pero no, pase lo que pase yo escribo, decía él. ¿Pero no vas a dejar de escribir para jugar con tus hijos? Y él insistía que no. En esa época Vargas Llosa trabajaba en la radio francesa internacional y tenía un horario muy curioso. Concluía a las diez de la mañana. De allí se iba a su casa y empezaba con el horario de escribir. Al final de la conversación yo le decía: mirá, lo que tú tienes es un amor conyugal con la literatura y tenés que cumplir con el débito matrimonial. En cambio, para mí la literatura es una relación más pasional, más libre, como la que uno puede tener con una amante. Entonces, cuando me viene el ataque sexual, o de amor, o como quieran llamarlo, escribo. Y lo hago hasta aburrirme o cansarme. Todos mis libros los he escrito así."*

En el itinerario de la gira, Onetti visitó la universidad de Berkeley. El encargado de literatura latinoamericana elogió y comentó profusamente la obra de Vargas Llosa y Martínez Moreno, pero llegado su turno, el hombre dijo: *"con usted, Onetti, tengo que hablar a solas"*. En vez de descargar una crítica a sus libros, tal como Onetti aguardaba, el hombre le contó que habían integrado al programa de literatura una de sus novelas como libro de texto, para alumnas de edad comprendida entre los doce y los dieciséis años. Un día, una de las chicas del curso solicitó una entrevista con el profesor y le pidió, en nombre de sus compañeras, que sacara el libro del programa. *"Onetti nos detroza. Nos hace llorar, nos pone tristes"*, dijo. Finalmente debieron cambiar el libro a un programa para estudiantes mayores.

"A veces me pongo a escribir del tema más bonito, más simpático —dijo Onetti cierta vez—, *y siempre, sin poder evitarlo, me sale una veta de pesimismo; como si me desmintiera*

---

19 *El viaje a la ficción. El mundo de Juan Carlos Onetti*, de Mario Vargas Llosa, Alfaguara, Madrid, 2008.

a mí mismo, como si me dijera: que no, que la vida no es así. Es como si tuviera otro tipo dentro que no fuera yo mismo."

En agosto de 1969 Onetti viajó a Chile, invitado a participar en el Encuentro Latinoamericano de Escritores que por entonces organizaba la Sociedad de Escritores Chilenos. Allí se reunieron Leopoldo Marechal, Pablo Neruda, Manuel Rojas, Jorge Edwards, Mario Vargas Llosa, Juan Rulfo, Salvador Garmendia y muchos otros narradores, poetas y críticos del continente. *"Cuando los escritores latinoamericanos acordaron reunirse en Santiago de Chile para hablar de sus libros o de los problemas de sus libros, nadie hubiera profetizado, ni siquiera en broma, que durante aquellos días uno de los participantes no diría palabra alguna* —recuerda el escritor rumano Darie Novaceanu—. *El entusiasmo y la pasión marcaban la intervención de cada uno en los debates, contaminaban a los demás y dejaban la impresión de un inminente y radical cambio en el panorama espiritual del continente. Se subrayaba sobre todo el papel social del escritor, y en los salones, bien adornados por micrófonos, flores y perfiles de jóvenes secretarias, el ambiente iba cargándose con esta prometedora luz de mañana. Sin embargo, aquel misterioso personaje estaba preparado para no hablar; nos miraba a todos a través de sus grandes anteojos y tenía incluso la indudable voluntad de sofocar la sonrisa antes de que surgiese en la impenetrable geografía de su cara, en la cual adivinaba yo un remoto y perdido campo de olivos. Era un 'juntasilencios' perfecto y se llamaba y sigue llamándose Juan Carlos Onetti."*

El silencio que impresionó a Novaceanu podía ser proverbial con Rulfo. *"Yo quiero mucho a Juan Rulfo. Nos apreciamos mucho, mutuamente* —decía Onetti por entonces—. *Cuando me encuentro con él, que suele ser en congresos, nos decimos: '¿Qué tal estás tú, Juan?', y él me dice, '¿Qué tal estás tú, Juan?'Él se sienta con su Coca Cola y yo con mi whisky, y nos pasamos horas sin decirnos nada."*

El escritor rumano no tardó en descubrir las humoradas que podía guardar su silencio. En las distintas ciudades chilenas que visitaron los escritores, Onetti no estuvo más locuaz que en Santiago, pero al llegar a Puerto Montt, una sonrisa lo delató como artífice del desconcierto provocado por un prela-

do que fue a saludarlos embargado de emoción. Sus superiores lo habían enviado para recibir a un delegado del *Osservatore Romano*, el periódico del Vaticano, que supuestamente llegaba entre ellos. Pero quien llegaba era el observador rumano, Darie Novaceanu, cuyo título, en el congreso, Onetti había cambiado para trastorno de curas y peregrinos.

Fue en ese congreso que se condenó a las historietas imperialistas por la perniciosa influencia sobre la juventud latinoamericana, y Onetti tomó la palabra para decir: *"Sí, yo apoyo la moción, siempre y cuando se excluya de la condena a la pequeña Lulú"*. Después de publicar *Juntacadáveres* en 1964, una vez escrita la historia completa de Larsen, Onetti vivió un período de escasa producción. Se acercaba a los sesenta años y si bien estaba lejos de abandonar la escritura, el núcleo fundamental de su obra parecía realizado. Fueron años de traducciones, rescates de textos, recopilaciones, alentadas por el reconocimiento del aporte de su obra a las letras latinoamericanas. En 1967 la editorial Arca, en Montevideo, publicó la segunda edición de *El astillero*, pero salió sin la dedicatoria a Luis Batlle, lo que provocó la indignación de Onetti. Al año siguiente, Monte Ávila, de Caracas, editó sus *Novelas cortas completas* y en 1970 Aguilar, en México, recogió en un grueso volumen sus *Obras completas*. Una encuesta organizada por *Marcha* en 1972, en la que participaron narradores y poetas de distintas generaciones, eligió a Onetti como el mejor narrador de los últimos cincuenta años.

Entre 1964 y 1974 Onetti publicó sólo dos cuentos nuevos, "La novia robada", que encabezó una antología de relatos editada en Buenos Aires (CEDAM, 1968), y "Las mellizas", en la revista *Crisis*[20], acompañado de un fragmento del documental de setenta minutos sobre su vida y obra, que filmaron Julio Jaimes y Jorge Ruffinelli. También se conocieron en esos años dos prólogos, el primero para la edición de *Lloverá siempre*, de Carlos Denis Molina (Arca, 1967), y el segundo para la edición italiana de *Los siete locos*, de Roberto Arlt (Editorial Bompiani, 1971). A nueve años de su última novela, Onetti regresó al género con *La muerte y la niña*, editada por Corregidor, en Buenos Aires, 1973.

---

20 "Las mellizas", en *Crisis*, Nº 2, Buenos Aires, junio de 1973.

En el verano de ese año Onetti pasó unos días en la casa que su amigo Omar Prego tenía en La Floresta. Andaba con nuevos planes, le dijo: dos novelas y una nouvelle, todas en Santa María. Mientras buscaba unos papeles debajo de la cama donde conversaban, otro escritor corregía un cuento sobre la muerte del comisario Morán Charquero a manos de los Tupamaros, ocurrida el año anterior. Onetti no tenía por qué saberlo, ni siquiera por qué sospechar que las palabras que el otro tachaba y corregía se meterían en su vida con un espiral demoledor. Todavía era un texto garabateado como los que Onetti le mostraba a Prego, escrito al dorso de una agenda de la compañía Alitalia. A primera vista el borrador parecía difícil de interpretar. *"No por la letra* —contó Prego—, *sino por las tachaduras, por las correcciones sembradas en los márgenes, por los abruptos saltos y las misteriosas llamadas. Onetti mira el manuscrito con una indescifrable expresión, que puede ser de amor, pero también de odio".*

Esa noche Onetti tenía a su lado la traducción al italiano de *El astillero. "Me mandaron las pruebas, les eché una ojeada y en seguida me di cuenta que no había nada que corregir. Es un escritor, el hombre".* La traducción la había hecho Alberto Cicogna, a quien todavía no conocía. Todavía Onetti imaginaba un destino montevideano. Había comprado con Dolly una pequeña casa en el balneario de Lagomar y pensaba envejecer en Uruguay.

En 1971 Juan María Bordaberry había ganado las elecciones nacionales gracias a la ley de Lemas, que reunía para la lista más votada la suma de los votos que recogía el partido, y Onetti había sufragado por el Partido Colorado, pese a la presión de varios amigos para que apoyara al recién constituido Frente Amplio. El desarrollo de una creciente oposición, los últimos enfrentamientos con la guerrilla tupamara que jaqueó al gobierno de Pacheco Areco y una extendida conflictividad social, habían llevado a Bordaberry a buscar el respaldo de las Fuerzas Armadas. En febrero de 1973 los mandos militares integraron el Consejo de Seguridad Nacional (COSENA), que abrió las puertas a la represión militar en múltiples escenarios de la política uruguaya.

El 2 de marzo de 1973, Carlos Quijano escribía desde las páginas de *Marcha*: "*...Para vivir, ya dijimos, el señor Bordaberry perdió las razones de vivir. También para vivir, sacrifica a quienes le dieron políticamente vida. Aquellos de quienes fue hechura. El rodar de la carreta fantasma ¿no turba sus sueños? ¿No será algún día, otro pasajero en ella? ¿No ha empezado a serlo ya? Tal vez le sirva de consuelo en este primer aniversario de su mudanza a la casa de gobierno, la esperanzada convicción de que en el viaje no le faltará compañía. No fue el primero que marchó en la carreta; no será el último. El juego sólo ha empezado. 'Teníamos que elegir', decía Churchill, 'entre el deshonor y la guerra. Elegimos el deshonor; pero tendremos la guerra'. Dilemas semejantes se plantean muchas veces en la vida. Y es siempre preferible que la carreta nos lleve, si ha de llevarnos, por haber elegido el honor y no el sometimiento o la complicidad*".

En Montevideo, mientras las sirenas de los carros de asalto corrían a un nuevo enfrentamiento con manifestaciones estudiantiles y obreras, un profesor de literatura de treinta años borroneaba un cuento basado en la figura de un represor, apelando a los recursos del flash back y el thriller policial. Daba clases de literatura en un liceo, desde hacía seis años, y compensaba el tedio de sus horas de profesor escribiendo críticas literarias para las páginas de *Marcha*. Había publicado hasta entonces dos libros de poemas: *Los patios negros* y *Naturaleza muerta*, y uno de relatos: *Vietnam se divierte*. Si la mano seguía nerviosa, acaso podría reunir otros cuentos y publicar un tercer libro. Ayudado por los recortes de prensa sobre el atentado que le costó la vida al comisario Héctor Morán Charquero, había reconstruido la infancia, los episodios más significativos de la vida de su personaje, para llegar a esa muerte de una manera nueva. Nelson Marra apenas entendía por qué se había obsesionado con la muerte del comisario, pero se consolaba al pensar que de haberlo sabido, no habría sentido la necesidad de escribirlo. El cuento le parecía cinematográfico, verosímil —ignoraba hasta qué punto—, y dotado de fuerza. Lo tituló "El guardaespaldas".

El 17 de mayo, como en años anteriores, *Marcha* convocó a un concurso de cuentos. Entre los miembros del jurado, que

fallaría el 15 de setiembre y premiaría al ganador con la edición del relato, figuraba Juan Carlos Onetti junto a Jorge Ruffinelli, por entonces jefe de las páginas culturales del semanario, y la crítica literaria Mercedes Rein. Fue entonces que Marra decidió participar en el concurso y envió "El guardaespaldas" a la redacción, bajo el seudónimo de "Mr. Curtis".

Las semanas siguientes estuvieron teñidas por las denuncias de torturas cometidas en centros de las Fuerzas Armadas y se sumaron nuevos rumores de golpe militar. En febrero, un grupo de oficiales había dado a conocer a la población los llamados "Comunicados 4 y 7", con señales que hicieron pensar en la existencia de una corriente progresista en las filas militares. Desorientada, la clase política se resistía a imaginar un golpe de estado en un país de tradiciones democráticas, pero las evidencias crecían. La justicia militar reclamaba el desafuero del senador Enrique Erro para ser sometido a los tribunales militares y el parlamento se demoraba. En caso de que el golpe se produjera, la Convención Nacional de Trabajadores acordó la resistencia activa en los lugares de trabajo, luego de intentar un diálogo con las Fuerzas Armadas que resultó inconducente.

En el mismo número de *Marcha* en que se anunciaba el concurso literario, Quijano advertía del peligro militar y citaba al general Alejandro Lanusse, que acababa de entregar el gobierno argentino a Héctor Cámpora: *"Ayer nomás Lanusse, y razones tiene para decirlo, en una especie de testamento político dirigido a generales y coroneles, escribe: 'La experiencia lleva a desechar en forma categórica la creencia de que un gobierno resulta fuerte porque sea de las Fuerzas Armadas. Ellas son necesarias, sí, para el gobierno, como una institución del Estado. Pero no son el medio adecuado para ejercer un gobierno fuerte. Las Fuerzas Armadas pueden llegar, como lo han hecho en varias oportunidades, al gobierno por imposición de la fuerza. A corto o largo plazo quedan con la soledad de las armas. Y un gobernante, en esa soledad, no cumple con las exigencias que hoy impone el ejercicio del gobierno'"*. Y agregaba Quijano: *"Cesen las amenazas e inténtese aquí en Uruguay, a contramano de la historia, la experiencia que inició Argentina en 1930. Dentro de unos años, los que se hayan lanzado a la aventura, repetirán la amarga letra de Lanusse,*

que entró con sangre. ¿Será tarde? Nunca es tarde en la vida de un país, aunque lo sea en la propia que debe quemarse —sin aspirar, siquiera, 'a vivir en la muerte'— por su tierra y por su verdad".

La imposibilidad de controlar al parlamento decidió al presidente Bordaberry a disolver las cámaras legislativas el 27 de junio de 1973. El día anterior, el ambiente cultural montevideano se enfrentó a una muerte que, en las circunstancias, constituía una dolorosa metáfora. El 26 de junio moría en Montevideo Francisco Espínola, a los 72 años de edad. Se iba una de las grandes figuras de la intelectualidad uruguaya y con él, un modo de dialogar con el país.

Para uno de los jurados de *Marcha*, esa fecha sería doblemente aciaga. Durante el mes de junio Mercedes Rein había ensayado en el Teatro Circular la adaptación de *Operación Masacre*, de Rodolfo Walsh. El estreno era inminente. *"Habíamos puesto el cartel anunciando la obra en la vereda* —dice Mercedes Rein— *y el jefe de policía se había puesto tan nervioso que mandó decir que lo sacáramos, porque era tan metafórico... Pero no hizo nada, tenían otros temas más importantes que el Teatro Circular en qué ocuparse."*

Mercedes no fue al ensayo el 27 de junio. Se internó en un sanatorio para someterse a una biopsia. A la mañana siguiente, una enfermera entró a su habitación y le dijo: "ocupamos el sanatorio porque hubo un golpe de estado". Despertaba a un país nuevo y a una nueva pesadilla. La huelga general declarada por la CNT demoró la realización de su biopsia. Cuando detectaron el cáncer debió someterse a nuevas operaciones, surgieron complicaciones, faltaba personal, había que implorar. El paro era una resistencia cívica que amenazaba con llevarla a la tumba.

El desarrollo de la huelga concentró la resistencia al régimen durante quince días. Mientras los obreros ocupaban las fábricas, la represión se extendía en todos los sectores de la sociedad. Se confiscaron diarios y revistas, el Frente Amplio junto a los sectores "Por la Patria" y "Movimiento Nacional de Rocha", del Partido Blanco, hicieron una enérgica declaración de protesta el 5 de julio. Cuatro días más tarde, en una multitudinaria manifestación por la avenida 18 de Julio que fue duramente

reprimida, detuvieron al general retirado Líber Seregni, líder de la coalición de izquierdas. El 11 de julio, en una reunión de 43 organizaciones obreras, con 40 votos a favor, dos en contra y una abstención, la CNT levantó la huelga general. Un comunicado señaló que *"en las presentes circunstancias, la prolongación indefinida [de la huelga] sólo llevaría a desgastar nuestras fuerzas"*. Se iniciaba una cruenta dictadura que habría de extenderse por doce años.

En esos días Uruguay vivía un torbellino político, pero Onetti tenía su propia manera de estar en el mundo, con su geografía de ansiedades, deseos y violencias. En los días previos al golpe, nombrado jurado de un concurso de novelas en Buenos Aires, cruzó el río acompañado de Martha Canfield. Se habían conocido poco después de su ingreso a las bibliotecas municipales y vivían una relación intensa. El vínculo llevaba varios años y se prolongaría en el tiempo bajo las formas de un secreto que Onetti protegió con su silencio y Canfield negándose a dar su testimonio a esta biografía.

Una noche Onetti invitó a Eduardo Galeano a cenar. Caminaron unas cuadras por el centro y finalmente entraron a una cervecería de la calle Lavalle. *"El Viejo se sirvió un par de bocados y dejó los cubiertos cruzados sobre el plato* —cuenta Galeano—. *Estaba callado. Yo comía. Ella hablaba."* Al rato, Onetti le preguntó: *"¿No querés ir al baño?"* Ella dijo que no. Pocos minutos después volvió a insistir: *"¿Pero estás segura de que no querés ir al baño?"* Martha volvió a negarse, aunque comenzaba a sospechar que Onetti otra vez reemplazaba unas palabras por otras. *"Tenés la cara brillante* —le dijo al rato——. *Convendría que fueras al baño a empolvártela un poco"*. Molesta, ella sacó un espejito de la cartera y se observó la cara. *"No está brillante"* dijo, decidida a resistir. *"Pero yo creo que tenés muchas ganas de ir al baño. Yo creo que vos querés ir al baño"*, insistió Onetti con alevosía. Entonces ella se levantó de la mesa. *"Si querés quedarte solo con tu amigo, decímelo nomás. Si yo molesto, podés decírmelo y me voy"*. Galeano, que para entonces se preguntaba qué mierda se proponía el Viejo, se levantó de la silla y trató de convencerla de que se quedara. Ella insistía en irse, sollozaba. En vano Galeano intentaba retenerla. *"Vos no te vas de acá sin comer el postre. Él no te quiso decir eso. Él*

quiere que te quedes". Pero Onetti no ayudaba. Había desviado la vista hacia las cortinas de la ventana y permanecía impávido ante el derrumbe de la noche.

El postre prolongó lo que no iban a decirse. Onetti no lo probó. Galeano estaba atragantado, ella apenas probó su helado, se levantó del asiento, se despidió con la voz quebrada y se marchó. No la miró, no dijo nada. Onetti permaneció callado un rato largo. Aceptó un café y contestó con leves movimientos de la cabeza los comentarios con los que Galeano se empeñaba en remontar la situación. *"Tenía la frente arrugada y la mirada de infinita tristeza que yo le conocía bien."*

Cuando se decidió a hablar, dijo: *"Hay que joderse ¿Sabés para qué quería yo que se fuera un momento al baño? Para decirte que me siento muy feliz. Yo quería decirte que nunca estuve tan bien con ella como en estos días. Que estoy hecho un potrillo, que..., hay que joderse"*.

Esta es la noche

Días después de finalizada la huelga general de julio de 1973, Mercedes Rein salió del sanatorio en un estado delicado de salud. Pesaba 45 kilos. El viento que soplaba de la costa acentuaba la violencia del invierno. Los partidos políticos habían sido proscriptos, los despidos en las fábricas se multiplicaban. Perseguidos por la represión, quienes no eran detenidos iniciaban el camino del exilio.

En medio del marasmo, *Marcha* sobrevivía sin claudicar en el ejercicio de la crítica política y adoptaba un tono más prudente para no regalar a la dictadura el pretexto de su clausura. Los medios que no eran cerrados sufrían un permanente hostigamiento: secuestro de ediciones y penas temporarias atentaban contra sus posibilidades de financiamiento. En un estilo muy uruguayo, el nuevo régimen necesitaba un motivo preciso para censurar a la prensa.

A poco de llegar a su casa, Mercedes Rein recibió un llamado telefónico de Jorge Ruffinelli en el que le anunció el envío de los cuentos del concurso de *Marcha*. El paquete fue voluminoso. Debía leer trescientos cincuenta y dos originales. Comenzó a hacerlo, convencida de que aquello no tenía futuro. Los amigos se derramaban por el mundo, el terror crecía. Aguardaba recuperarse un poco para pensar con claridad en lo que debía hacer.

El fallo del jurado, anunciado para el mes de setiembre, se demoró por distintos motivos. En setiembre falleció la madre de Mercedes Rein y a mediados de octubre, Onetti fue invitado por el Instituto de Cultura Hispánica a dar una serie de conferencias en España, donde permaneció alrededor de un mes. A mediados de noviembre, Ruffinelli volvió a llamar a Mercedes

para anunciarle que a Onetti le gustaba mucho el cuento "El guardaespaldas" y recomendarle que lo leyera. Aunque Mercedes reconocía que el relato tenía fuerza, no lo había preseleccionado.

El arribo del verano y su sagrada convocatoria a las playas, sumaron nuevas postergaciones. Durante diciembre Onetti veraneó en La Floresta. Un tiempo caluroso, la pereza de viajar a Montevideo, alentaron la idea de que el jurado se reuniera en el balneario para decidir el fallo. Como Mercedes Rein todavía se encontraba en un estado de debilidad que le impedía movilizarse, convino con Ruffinelli en que éste conseguiría una camioneta y pasaría a buscarla, lo que finalmente no se concretó. Días después, Ruffinelli le anunciaba por teléfono que "El guardaespaldas" era el favorito. Mercedes había seleccionado otros siete cuentos, pero sin fuerzas para discutir, se los envió diciéndole que no tenía inconvenientes en que premiaran el relato elegido. Lo único que deseaba era irse a descansar al balneario La Pedrera durante el mes de enero.

El concurso y la vida política avanzaban librados a su propia inercia, pero en direcciones opuestas. El 19 de diciembre Bordaberry instaló el Consejo de Estado y días más tarde se preparaba la nueva "Ley Orgánica Militar", mientras se ponía en marcha la llamada "Operación Aseo", destinada a limpiar de inscripciones los muros de la ciudad. Una fuerte campaña antipornográfica y avisos progubernamentales en los diarios señalaban el turno de la hora moralizadora. Pero para ciertos sectores de la sociedad uruguaya era más fácil pecar por exceso de confianza que por temor.

El 25 de enero Ruffinelli dio a conocer en *Marcha* el fallo del jurado. *"El resultado del concurso cuentístico de Marcha fue este año estimulante: un primer y un segundo premios, una mención especial con recomendación de publicación y tres menciones resumen de algún modo la caudalosa concurrencia a este certamen"*. El primer premio correspondió a "El guardaespaldas", de Nelson Marra. Junto a él, fueron destacados los escritores argentinos Noemí Ulla y Sergio Sinay, y los uruguayos Napoleón Baccino Ponce de León, Ramiro Bulla y Carlos Casacuberta. Breves entrevistas a los ganadores y una significativa aclaración de Juan Carlos Onetti acompañaban el

dictamen: *"El jurado Juan C. Onetti hace constar que el cuento ganador, aun cuando es inequívocamente el mejor, contiene pasajes de violencia sexual desagradables e inútiles desde el punto de vista literario"*.

La decisión del fallo no estuvo exenta de tensiones. Onetti había manifestado su reparo desde el primer momento. Cuando Ruffinelli redactó el acta y se la dio a firmar, Onetti se negó a hacerlo, la rompió y exigió que su observación fuera incluida. Firmó la segunda acta con la recomendación de que el cuento no debía ser publicado sin que lo leyera Quijano. Pero Ruffinelli preparaba su viaje a México para hacerse cargo de una beca de docencia e investigación en la Universidad de Xalapa. Editó las páginas donde se anunciaba el resultado del concurso y omitió advertir a Quijano. *"El cuento quedó dormido en un cajón"*, cuenta Hugo Alfaro, por entonces redactor responsable de *Marcha*.

En diciembre del 73, cuando el jurado todavía dirimía su fallo, COPRIN, el organismo oficial encargado de regular los precios de los artículos de primera necesidad, dictaminó que los diarios podrían aumentar su precio en un 50 por ciento y los semanarios sólo en un 20 por ciento. El administrador de *Marcha* protestó la medida enviando una carta a COPRIN. Para equilibrar el presupuesto y mantener el mismo precio, el semanario redujo sus páginas de treinta y dos a veinticuatro.

Antes de que Mercedes Rein partiera a la playa, Hugo Alfaro y Gerardo Fernández, el secretario de redacción, fueron a verla para pedirle que se hiciera cargo de las páginas literarias de *Marcha*, tras el inminente viaje de Ruffinelli. Mercedes se resistió, alegando sus condiciones de salud, pero Fernández insistió en que la apoyaría en todo lo que fuera necesario. Cedió al fin, con muy poca idea de cómo organizarse y obligada escribir algunas notas durante su mes de descanso.

El lunes 4 de febrero, de regreso en Montevideo, Mercedes se hizo cargo de las páginas y se reunió con Quijano y Alfaro para conversar sobre la sección. Traía una nota sobre el libro de cuentos premiado por el certamen de Casa de las Américas —febrero estaba signado por el azar de los concursos—, pero a *Marcha* le pesaba el compromiso contraído con sus lectores y con el propio Marra. Ese día Hugo Alfaro había recibido en

su oficina al autor galardonado. "*—¿Está Ruffinelli?* —preguntó Marra.

—No, Jorge ya viajó para México. ¿Puedo serte útil?

—¡Es cierto que aquel se iba...! Mirá: es por 'El guardaespaldas'. Quería saber cuándo podré cobrar el premio y cuándo se va a publicar.

—Podría contestar yo las dos preguntas: a la primera, cuando haya plata, y a la segunda, cuando haya espacio."

Alfaro le comentó los problemas con la decisión de COPRIN y añadió las dificultades económicas del semanario. Quedaron en que Marra volviese el miércoles para darle una información más concreta. Antes de retirarse, Marra le preguntó: "*¿Qué te pareció el cuento?*" Alfaro se disculpó: "*¿Sabés que no he tenido tiempo de leerlo...?*".

El anuncio del fallo había levantado el ánimo de Marra. Las dificultades de encarar un destino profesional, la mediocridad que comenzaba a campear en el medio liceal montevideano, lo impulsaban a irse a Buenos Aires. Quería estudiar cine en La Plata y vincularse a la prensa argentina, donde había mayores oportunidades de trabajo. La apertura social y política iniciada el año anterior con el retorno del peronismo al gobierno, si bien había encontrado un límite en la masacre de Ezeiza y los primeros desengaños, todavía prometía ilusiones de cambio.

El miércoles 6 de febrero una noticia alborotó la redacción del semanario. COPRIN respondía al reclamo que había hecho Laureano Sebé, el administrador, y autorizaba aumentar el precio de venta de *Marcha* en un 50 por ciento, como el resto de los diarios. Durante la mañana la dirección discutió la posibilidad de anunciar el aumento para el número siguiente, regresando a las treinta y dos páginas, o hacerlo ya en ese número. A dos días del viernes, Gerardo Fernández adelantaba en el taller la edición de veinticuatro páginas. ¿Cómo agregar ocho páginas más? Quijano insistía en hacerlo esa semana. "*¡Vamos a treinta y dos! ¡No se me achiquen, carajo!*" Pero una cosa era no achicarse y otra conseguir las ocho páginas que reclamaba Quijano.

"*—Está el cuento...*" —arriesgó, no sabía hasta qué extremo, Hugo Alfaro. "*—¡Claro! ¡El cuento!* —dijo Quijano—. *Ya son como cuatro páginas menos. ¿Sabe dónde está?*" En realidad, nadie sabía. "*Mándeselo a Gerardo al taller. Podemos*

hacer una más de correo de lectores, la guía de espectáculos se puede agrandar, y las dos páginas que faltan las consigo yo."

Mercedes Rein tampoco tenía la menor idea de dónde se hallaba el cuento. Lo buscaron en la pila de originales del concurso, lo encontraron en un cajón y lo enviaron al taller. Por entonces las páginas mecanografiadas de "El guardaespaldas" eran una tabla de salvación.

Tal como había quedado con Alfaro, Nelson Marra llegó el miércoles de tarde a la redacción. Habló con Quijano, a quien conocía personalmente por primera vez.

"Cómo le va, Marra —lo saludó el director, satisfecho de haber hallado una respuesta que ofrecerle—. *Ya me dijo Alfaro. Espérenos un poquito más por el premio, hemos tenido dificultades. ¿Sabe que el cuento se publica este viernes? ¡Ah... y lo felicito! Todavía no pude leerlo, pero... un primer premio de ese jurado..."*

Sí, Marra agradecía, pero un poco alarmado por tantos elogios de un cuento que nadie parecía haber leído. Desde el momento en que lo escribió hasta ese miércoles de febrero, algunas cosas habían cambiado en el país. El detalle: un golpe de estado. Le pidió a Quijano que lo leyera porque el relato tenía algunas escenas fuertes y quizá había que modificar algo, incluso ellos mismos podrían aconsejarlo. Sí, dijo Quijano, pensando en los reparos acerca de cierta violencia sexual. Ya me dijo algo Onetti, quédese tranquilo. *"Acaban de llevarlo al taller. Si quiere corregirlo usted, arregle con Gerardo. Adiós, Marra. Hasta pronto."*

El jueves 7 de febrero Marra llamó a Gerardo al taller de imprenta para avisarle que necesitaba hacer algunas correcciones. Prefería que no saliera hasta la semana siguiente y quería hablar con Quijano. Pero Quijano no estaba en ese momento y peleando con una edición que había crecido ocho páginas de un día para otro, lo último que deseaba el secretario de redacción era levantar esas cuatro páginas. *"Ni loco* —dijo—. *Si tenés correcciones que hacer venite de apuro al taller y las hacés ahora, acá. Pero el cuento tiene que salir."* Marra no fue.

Cerca del mediodía, Mercedes Rein llegó al taller para corregir las pruebas de imprenta de su sección. Pero a las tres de la tarde las páginas con el cuento aún no salían. Cansada, sin-

tiéndose mal, hacia las cuatro le dijo a Quijano, que controlaba la edición en la imprenta: *"me tengo que ir, ya no puedo más. Espero que alguien se ocupe de leer esas pruebas"*. Se despidió y se marchó.

Al día siguiente, con la edición de *Marcha* en la calle, igual que todos los viernes Quijano y Alfaro comentaron la salida del número. A los dos les pareció que tratándose de una edición accidentada estaba bastante bien. Aún no habían leído el cuento porque cualquier peligro editorial lo esperaban en las páginas políticas, revisadas y bien controladas.

Quijano se fue esa tarde a su casa de veraneo en Laguna del Sauce, en Maldonado, y Hugo Alfaro recibió una llamada inquietante de su yerno. Moncho, su nieto de pocos meses, estaba internado en el Sindicato Médico. En cuanto pudo se fue directo para el sanatorio.

Ese viernes los lectores de *Marcha* comentaban con asombro la crudeza del cuento de Nelson Marra y la audacia de Quijano al publicarlo. Al llegar al Sindicato Médico, junto a su familia, Alfaro compartió la irreductible soledad de las salas de emergencia. El bebé les había dado un susto, pero el riesgo parecía controlado. Su yerno, que llevaba una larga espera, le comentó: *"Ché... ¡qué cuento publicaron...! ¿No se les habrá ido la mano?"* Alfaro no lo había leído todavía, y tampoco terminaría de hacerlo esa noche.

Mientras la advertencia del yerno de Alfaro quedaba postergada por los avatares de la salud del bebé, a pocas cuadras del Sindicato, Mercedes Rein caminaba rumbo al teatro El Galpón, donde preparaba la reposición de un espectáculo con los poemas más combativos de Bertolt Brecht. Había traducido los textos y armado un collage que volvía a escena al día siguiente. Pese al golpe de estado, el Teatro Circular había montado Operación Masacre con éxito de público. El espectáculo de Brecht, estrenado en noviembre, regresaba el sábado en busca de una segunda vuelta.

Mercedes apenas había hojeado ese día el ejemplar de *Marcha*. Apenas llegó al teatro la asediaron con el tema del cuento. Lo defendió diciendo que no era un cuento tupa. En el concurso había leído una cantidad de relatos que podían ser calificados de Tupamaros, escritos por gente abanderada que contaba su

experiencia, madres, militantes, pero sabía que Marra no era un escritor político. Claro que Mercedes ignoraba un detalle nada despreciable. *"Yo no estaba al tanto de lo más grave* —recuerda—, *que fue justamente la acusación que me formularon, y es el hecho de que la anécdota del cuento aludía al atentado contra un jerarca policial, Morán Charquero, con pelos y señales, con el color del auto y todo. Estaba en el limbo, completamente en babia. Para mí era un cuento agresivo, estaba el aspecto político, claro, pero entendía que era un atentado de tantos y que la anécdota podía ocurrir en cualquier lado. Además no lo había releído, ni siquiera antes de publicarlo."*

Onetti releyó el cuento, esta vez en letras de molde, instalado en su nueva casa de Bonpland 598, en el barrio de Pocitos. Buscaban un lugar amplio y cómodo donde vivir, y Dolly había insistido en mudarse a esa casa grande, con un fondo lleno de frutales y copioso césped, pensando en que acaso fuera un hogar definitivo. Pero Onetti se resistía a traspasar las fronteras de su pieza, perpetuaba los encierros de su departamento de Gonzalo Ramírez y acababa de premiar un cuento que, mientras lo leía en las páginas de *Marcha*, le decía algo más de lo que estaba escrito. Previó, esa misma noche, que lo irían a interrogar. Se lo repitió para sí, pero no dijo nada a Dolly, que preparaba con la orquesta del Sodre un concierto en el teatro Solís para la velada siguiente. Alarmarla sólo conseguiría malograr su concentración.

Quienes también volvieron a leerlo fueron Nelson Marra y su mujer en el balneario de Solymar, donde habían disfrutado del último día de playa en muchos años. Cuando la esposa de Marra terminó de leer, le dijo: *"tendríamos que irnos ya mismo a Buenos Aires"*. *"Mirá* —contestó él—, *hay que pensarlo bien, vamos a esperar un día..."* Pero a esa hora, en la jefatura de policía de Montevideo, la ansiedad por un operativo largamente esperado recorría los despachos, hacía bromear a "los muchachos" y ajustaba sus armas bajo los sobacos.

Cuando Hugo Alfaro llegó finalmente a su casa, su mujer, que no había desestimado la advertencia del yerno, buscó el cuento en las páginas de *Marcha*. Le dijo: *"Mirá, esto fue lo que Carlos comentó en el Sindicato"*. Entonces Alfaro comenzó a leerlo por primera vez y lo que leyó fue dibujando en el silen-

cio de su mujer una larga cadena de advertencias que habían desoído. Lo abandonó por la mitad y lo dejó a un costado, enfrentado a la disyuntiva de salir de la casa o permanecer en ella. Intentó imaginarse, sin éxito, una vida fuera del Uruguay. Al fin de cuentas, lo que habían hecho hasta ese momento era público y *Marcha* lo asumía todas las semanas. Parecía gratuito haber arriesgado la suerte del semanario de esa manera, pero acaso las consecuencias no fueran excesivamente duras.

Descansó por fin, llevado por el cansancio, hasta que el teléfono sonó en la madrugada. Sara, la mujer que cuidaba el local de *Marcha*, le avisaba que la policía había estado allí y que no había tenido más remedio que darles su dirección. Con la voz quebrada por el remordimiento, agregó: *"En este momento deben estar yendo para su casa"*.

Llegaron a las tres de la mañana y requisaron la vivienda. Antes de irse a México, Jorge Ruffinelli le había entregado quince ejemplares de *Reportajes a la realidad*, un libro en el que Alfaro recopilaba una serie de artículos políticos y sociales de su trabajo en *Marcha*. Ruffinelli los tenía en su casa y alejándose del país, le pareció conveniente que los tuviera el autor, para regalar a los amigos. Los policías alzaron los libros junto con Alfaro, camino del Departamento Nº 6 de las Fuerzas Conjuntas, sobre la calle Maldonado. *"Creo que ese librito nunca tuvo tanta lectura como entonces* —dice Alfaro—, *porque luego yo veía a los milicos leyendo muy interesados la nota que había escrito sobre el Chueco Maciel y todos los otros artículos donde condenaba a la policía..."*

Apenas pisó el lugar, encapuchado, recibió la golpiza sacramental. Las trompadas, los insultos, eran parte de un bautismo que en consideración a sus 56 años, Alfaro asegura que fue liviano. Lo arrojaron en una habitación sin quitarle la capucha, donde permaneció aislado. Cuando se calmó, no supo si alegrarse porque la golpiza era todo lo que cabía esperar o se trataba del preámbulo. Pero con el correr de los minutos unas voces volvieron a acercarse. Primero fueron insultos, y no le estaban destinados. Luego creyó reconocer una voz, finalmente comenzaron los gritos. Al cabo de un momento, entendió que presenciaba, a cinco o seis metros de distancia, la tortura de Nelson Marra.

"Allí pude escuchar el enfrentamiento de Marra con su torturador. Una cosa terrible —dice Alfaro—. *No sólo por los golpes sino por la periódica suspensión de los golpes. Como en un match de box, como si sonara un gong imaginario, no sólo paraban, intercambiaban cigarrillos, y luego el torturador recomenzaba con la misma brutalidad que había precedido al descanso. No le reconocían la autoría total del cuento, buscaban a un instigador. Al rato, Marra, y para detener la cosa, les dio el nombre de Ruffinelli. Entonces pensé que había elegido bien porque todos sabíamos, y también los milicos, que Ruffinelli estaba fuera del país. Pero siguieron insistiendo y entonces Marra mencionó a Danubio Torres Fierro. Me alarmé porque entonces no sabía que tampoco estaba en el país, pero Marra volvía a elegir al eventual coautor del cuento con buen criterio."*

"Pese a que me torturaron bastante, el interrogatorio pude soportarlo bien —recuerda Nelson Marra—. *Ellos querían vincular a* Marcha *con los Tupamaros. El cuento les molestó, pero en el fondo era un pretexto y les importaba un carajo. Querían probar que* Marcha *era un apoyo legal de los Tupamaros. Sobre eso giró la pregunta central. Yo afirmé que no sólo no lo era sino que además creía que la gente que trabajaba allí tenía serias discrepancias con los Tupas."*

En la madrugada del 9 de febrero, entre golpe y golpe, Marra no acababa de entender cómo había llegado a esa situación. Podía aceptar que la coincidencia entre la realidad y ciertos datos que había manejado en la ficción lo convirtieran en un sospechoso. Pero apenas lograba convencerse de que estaba a merced de su propio personaje, un torturador como Morán Charquero, y que la sangre no era metáfora, y que el dolor no era el de otro.

Esa noche, "*quien no pudo sentirla así, no la conoce*", un viento de tormenta llegó del mar y descargó la lluvia. En las primeras horas de la mañana del sábado quedaba la resaca, persistente y monótona, humedeciendo los tejados. Hacia las ocho, un automóvil se detuvo a pocos metros de la casa de Mercedes Rein. Bajaron tres individuos vestidos de sport, altos, despreocupados de la llovizna que les mojaba la ropa.

El sonido del timbre la arrancó del sueño y de la cama. Cuando Mercedes abrió la puerta, le preguntaron si ella había sido jurado del concurso de *Marcha*. Les contestó que sí y con muy buenos modales le dijeron que los tenía que acompañar a jefatura. Ella les pidió tiempo para vestirse y tomar el desayuno, pero insistieron en que debía salir cuanto antes para poder regresar temprano. Al volver al interior de la casa, antes de cambiarse, atinó a llamar por teléfono a un amigo y avisarle.

La galantería terminó cuando la dejaron en el Departamento Nº 6. La aguardaban unos tipos furiosos que comenzaron a llamarla "yegua", "hija de puta" y cuantos insultos lograron salir de sus gargantas. El trámite fue la capucha, el desprecio en que cayó su aviso de que acababan de operarla de un cáncer. Permaneció tres días sin comer, en el suelo, escuchando las voces de chiquilinas que hablaban muy alegremente a su alrededor. Luego descubrió que se trataba de un grupo de liceales del FER, de 16 y 17 años, que también habían sido detenidas. Cuando le sacaron la capucha, una de ellas se acercó para preguntarle si necesitaba algo. Aunque no fumaba, le pidió un cigarrillo que sostuvo en la mano como si la vida hubiera quedado reducida a ese cilindro de papel y tabaco para deshacerse en el aire. Entonces pudo ver que estaba en una casa antigua, con dos patios cubiertos por claraboyas, a los que daban distintas oficinas. De noche trasladaban a las mujeres a dormir al patio de adelante, cada cual recostada contra la pared, y de día las regresaban al patio trasero.

En la noche del sábado 9 de febrero, mientras Mercedes Rein, Hugo Alfaro y Nelson Marra permanecían encapuchados en la misma casa, sin saber nada unos de otros, Onetti y Dolly, que había dado su concierto en el Solís, recibían la visita del escritor Enrique Estrázulas. Cuando ella lo acompañó hasta la reja de la puerta para despedirlo, Estrázulas intentó en vano despejar un temor que inquietaba a Dolly desde las primeras horas de la mañana. Había llamado a una amiga que vivía en el edificio de Gonzalo Ramírez para invitarla al concierto y ella le avisó que esa madrugada los militares habían ido a buscar a Juan. Durante todo el día, Dolly pensó en la manera de decírselo a Juan y al fin decidió no hacerlo. Cada uno por su lado, estaba al tanto de un peligro que no irían a comentar. *"Juan no*

quería asustarme, ni yo a él —recuerda—, *de modo que jugábamos a que no pasaba nada".*

Para que Dolly durmiese tranquila, Estrázulas habría intentado calmarla con la idea de que los militares aparecieron en Gonzalo Ramírez porque habían dejado el apartamento vacío y el dueño tomaba posesión antes del amanecer, de acuerdo a la ley. El argumento era endeble y sin embargo, ni Onetti ni Dolly hicieron nada por ponerse a salvo. En la tradición de la vida política uruguaya, ir a declarar a la policía era un trámite civil cuya mayor amenaza consistía en ser demorado algunas horas, acaso un día, hasta que algún amigo con influencias tomara cartas en el asunto. Onetti carecía de afiliaciones partidarias y se sentía al margen de un proceso político que había cambiado las reglas de juego mucho más de lo que alcanzaba a suponer. Resucitado el buen tiempo, después de la lluvia del fin de semana, el lunes, cerca del mediodía, se sentó con Dolly en el porche de la casa, dispuesto a gozar un rato de sol.

Los vio venir con el orgullo de quien anticipó la derrota y advierte su inútil ventaja. Es posible que haya intentado adivinar, detrás de los rectángulos de la reja, cuál de los dos era el que utilizaba el mejor sitio del escritorio ruinoso, la butaca más prestigiosa en el patrullero. Cuando pronunciaron la frase ya escrita, repetida sin entusiasmo, Onetti les pidió permiso para pasar al baño y ponerse un pantalón. Dolly alcanzó a decirles que su esposo estaba mal de salud. *"Les mostré la mesita llena de medicamentos y pregunté si podía acompañarlo. Me dijeron que no podía y que no había razón para preocuparse".*

"Me sentaron en el auto —recuerda Onetti—, *entre los dos tipos, como si fuera un pistolero de grueso calibre, bajo las miradas asombradas de los curiosos de siempre. Cuando llegamos al Departamento 6 me interrogó el comisario. El tipo aducía las mismas razones por las cuales yo hice una aclaración en el Acta del premio literario, pero como no me dejó hablar, no pude decirle que estaba de acuerdo con él. Literariamente, consideraba un error la escena que transcurre en el ascensor".*

"Pero Onetti, cómo usted va a premiar un cuento como este...", se le quejó el comisario. Ninguno de sus intentos por responder llegaron a feliz término. Cuando el comisario co-

menzó a escribir la ficha y le preguntó a qué partido pertenecía, no imaginaba hasta qué punto aquello era una dificultad.

"*—No estoy afiliado a ningún partido*—dijo.

"*—Pero cómo, al menos tendrá simpatías.*

"*—Yo no tengo simpatías* —volvió a decir.

"*—A ver, usted ¿a quién hubiera votado?*

"*—Yo no hubiera votado a nadie.*

" *—¿Pero usted no cree en ningún partido político?*

"*—En ninguno.*

"*—Pero entonces, ¿en qué cree?* —insistió el comisario.

"*—Yo no creo en nada* —respondió Onetti, indiferente a que el otro comprendiera su sinceridad.

"*—Entonces, yo pongo 'anarquista'* —dijo el comisario, satisfecho de resolver el enigma.

"*—Sí* —afirmó—. *Ponga anarquista.*"

Mientras Onetti era interrogado, Dolly trataba de poner orden en su cabeza, asistida por Carlos Maggi, amigo y abogado, a quien llamó inmediatamente después de la partida del patrullero. Ambos decidieron ir al Departamento policial de la calle Maldonado, pero allí sólo consiguieron la autorización para llevarle un colchón, una frazada y, en un gesto de gentileza muy uruguaya, un termo con agua. De allí partieron en busca de los familiares de los otros detenidos para organizar la defensa.

Onetti fue trasladado a la planta alta del edificio, un amplio salón con piso de madera y ventanas a la calle, donde se arracimaba una veintena de hombres, algunos sobre colchones, otros recostados en bancos, en el suelo, con y sin capucha. La escalera de acceso era custodiada por un milico pobretón, sentado frente a una mesa desvencijada, sucia de yerba y migas de galleta que rodeaban un termo y un mate.

Al primero que reconoció, entre el conjunto de hombres que yacían en el salón, fue a Carlos Quijano, detenido en su casa de Laguna del Sauce y conducido, primero a la jefatura del departamento de Maldonado y, luego, hasta ahí. Quijano, con sus 74 años, Onetti, con sus 65, volvían a encontrarse en la aventura editorial que iniciaron juntos en 1939 y ahora los demoraba en un destacamento de policía con futuro incierto. Ambos debían hacerse cargo de sus respectivos equívocos. Quijano mascullaba puteadas contra sí mismo, sin terminar de

aceptar que una torpeza generalizada hubiera conducido a la clausura de *Marcha*, pero se esforzaba por mantener la moral a la altura de sus convicciones. Acaso Onetti maldijera el día en que se juntó con ese francotirador irredimible, predicador de verdades molestas, que ni siquiera en la vejez abandonaba las barricadas de la política y ahora lo miraba con gesto adusto, empeñado en convencerlo de que todo estaba bajo control, que había que aguantar un tiempito, que debajo de una capucha había aparecido Alfaro, y de otra, el autor del cuento, Nelson Marra, y que si quería podía saludarlos.

Pero aquello no era la Academia de Letras. Vestido de traje negro y corbata, parco, ajeno a cuanto lo rodeaba, Onetti se limitaba a observar el salón. *"Ahí fue que conocí a Onetti* —dice Nelson Marra—. *A los demás los conocía de* Marcha, *pero al Viejo no lo conocía, y hubiera preferido no haberlo hecho. Su obra me había impactado de tal manera que no sentía necesidad de tratarlo personalmente. Allí se mostró muy hosco, permanecía apartado la mayor parte del tiempo y no le daba pelota a nadie. A diferencia de los demás, sentía aquello como algo muy arbitrario"*.

Las horas en el Departamento 6 transcurrían por una cornisa en la que cabían los gestos más diferenciados. Desde la vereda de enfrente llegaban los ecos deportivos del club L'Avenir, su comparsa de voces en torno a la cancha de básquet. Adentro reinaba el silencio o el murmullo de quienes se arrimaban a conversar. Estaba prohibido acercarse a las ventanas que daban a la calle desde que un obrero de UTE, la empresa estatal de electricidad, arremetió contra ellas para suicidarse. El impulso le permitió romper los cristales y caer del primer piso, pero la fatalidad lo quiso malherido antes que muerto. La escena había sido presenciada por Hugo Alfaro, quien de tanto en tanto conseguía quitarse la capucha bajo la mirada piadosa del guardia encargado de vigilarlos. Ya entonces había sostenido una conversación sobre el sentido de su libro, mientras contemplaba bajo la capucha un cubo de agua que prometía un submarino y respondía a las preguntas de dos policías. *"¿Y usted cómo hace esos reportajes a la realidad?, ¿con los mismos protagonistas o son cuentos que le hacen?"*, preguntó uno de ellos. *"Yo me dije: ¿de qué me sirve ponerme hostil o distante? El tono era el*

de una conversación de boliche, como si se acercara un lector y me hiciera una pregunta verosímil... La contesté hasta con simpatía por alguien que se había interesado por mi trabajo. Le dije que esa imposibilidad que tiene cierta gente de los cantegriles para hablar sobre lo que les pasa, me impulsó a escucharlos y a transmitir lo que tenían que decir. 'Bueno, pero usted siempre encuentra la manera de hacer quedar mal a la policía, nunca dice que hacemos algo bien...', me reprocharon. Les digo: 'miren, es un poco lo de la honradez. Nadie puede invocar que es honrado. Hay que ser honrado y punto. Cuando alguien roba es cuando hay que señalarlo'. Por algún curioso motivo retiraron el balde y me dejaron tranquilo".

Onetti permaneció un día en el Departamento 6 y luego fue llevado junto a Quijano a la Jefatura Central de San José y Yi. Al salir a la calle, se encontró con Mercedes Rein, quien también era trasladada con ellos. Ella lo abrazó en busca de un contacto familiar por primera vez en esos días, pero Onetti no reaccionó ni dijo nada. *"Entre la gente que nos rodeaba* —dice Mercedes—, *Dolly gritaba frenética, había otros parientes reclamando por los presos, y Onetti miraba por arriba de las cabezas de todos, como indiferente, sin comprender."*

En la Jefatura Central los colocaron a cada uno en una celda de rejas, con espacio para una cucheta de material y poco más. Durante los primeros días las medidas de seguridad fueron estrictas. Onetti permaneció ocho días incomunicado, ocupando la celda de un bichicome aturdido que *"cedió la habitación sin protestar"*. La única persona que lo visitó entonces fue su amigo y médico Julio Blixen. La obligada abstinencia de alcohol comenzaba a alterar su organismo y su ánimo, ya excesivamente acosado por la suma de arbitrariedades. Dos veces por día, Dolly llegaba a la jefatura para llevarle comida y novelas policiales. *"Leía las novelas* —dice Dolly—, *pero la mayor parte de la comida quedaba intacta"*. Un día pasó revista un policía de particular, vestido de guardapolvo blanco. Al ver las pilas de libros que rodeaban la cucheta de Onetti, el cenicero atestado de puchos, el fuerte olor a tabaco que impregnaba la celda, exclamó:

"—¿Pero esto qué es? ¿Una biblioteca?

"—Sí, pero una biblioteca de novelas policiales —contestó Onetti, satisfecho de poder esgrimir una extrema coherencia—. *Se las dejaré para que se instruyan."*

Mercedes Rein vio a Onetti por segunda vez cuando los policías lo medían en una celda frente a la suya. Erguido, con la mirada impasible detrás de sus gruesos anteojos, el largo cuerpo ofrecido a la curiosidad de los hombres que lo rodeaban, permanecía en ese estado de suspensión con que los seres amenazados se despojan de la vida para evitar la muerte. Al abandonar la celda dejó en el muro la marca de un metro ochenta.

Pese a la incomunicación, el traslado a la central de policía significó un alivio para Mercedes, como si la hubieran llevado *"a un hotel de lujo"*. La posibilidad de tener un lugar donde organizarse representaba una sensible mejoría. Su celda tenía una ventana pequeña que daba a un pozo por donde viajaban, durante el día, las voces y mensajes de los presos, de un piso a otro, durante las noches, gritos desgarradores. Por aquel resumidero le llegó el aviso de que a cierta hora debía pedir que la dejaran ir al baño. A la hora fijada, llamó al guardia, que la condujo al compartimento asignado a las mujeres. No tenía la menor idea de lo que debía ocurrir, pero se enteró cuando dentro del gabinete, como si se tratara de una alucinación, oyó la voz de Quijano indicándole que se aproximara a un pequeño agujero en la pared lindera al baño de hombres. Era la primera conversación que mantenía con el director de *Marcha*, después de la detención. Quijano quería averiguar qué le habían preguntado y qué había respondido. Intercambiaron informaciones y al cabo de unos minutos, cada uno regresó a su celda.

Aun en las duras condiciones carcelarias, Quijano se empeñaba en mantener la coordinación del grupo. Cuando la incomunicación fue levantada y todos pudieron abandonar sus celdas durante el día, no tardó en organizar la vida comunitaria. La mayoría de las celdas daba a un pequeño patio cubierto, con piso de baldosas, por donde los reclusos podían pasear y visitarse en las celdas.

Cuando Hugo Alfaro y Nelson Marra fueron trasladados, días más tarde, a la Jefatura Central, encontraron a Quijano, Onetti, Mercedes Rein y otros reclusos tomando el té en el centro del patio. El recibimiento fue con facturas y bizcochos que

solían proveer los familiares y compartía el grupo todas las tardes a la hora inglesa, sentados en ronda sobre el suelo. Quijano se encargaba de alentar la moral de todos, con una autoridad que a esa altura de su vida tenía la consistencia de un músculo. Por las mañanas aparecía desnudo, envuelto en una toalla, camino de su ducha matinal bajo el agua fría que salía de un chorro sin flor, en un baño más parecido a un pozo que a los servicios del gran hotel de donde aparentaba salir, decidido a mostrar que había que empezar el día como se debe, por la higiene, aun en las condiciones más adversas.

Cada vez que alguno aflojaba, se humillaba o imaginaba un encierro eterno, Quijano lo reprendía fraternalmente y disputaba los cuerpos caídos en la depresión como si camorreara con la muerte. Si durante el día el régimen carcelario era flexible y permitía visitas de familiares, juegos, conversaciones, en las noches nadie dejaba de escuchar los gritos que provenían de pabellones mucho más duros que el que ocupaban los detenidos de *Marcha*. El hecho de que estuvieran en manos de la policía y no de los militares, explicaba en parte las ventajas de que gozaba el grupo; el resto iba por cuenta de los arbitrarios pliegues de la represión.

Durante los primeros días de levantada la incomunicación, la celda de Onetti tomó el aspecto de un taller literario. Allí se aproximaba Alfaro a conversar de Proust, de literatura, "*de los temas que vinieran*", como si estuvieran en el departamento de Gonzalo Ramírez. Pero pronto Onetti volvió a apartarse de los demás, a mostrarse hosco y ensimismado. Una furia interior le impedía comer y le impedía dormir. Pasaba el tiempo leyendo en su cucheta y rara vez salía de su celda, acaso sólo para intercambiar algún libro con Mercedes Rein, quien por primera vez lo escuchó putear sin reparos, *"él, que en su literatura evitaba las palabras gruesas y escribía 'hijo de perra' en reemplazo de las formas más vulgares"*.

Siempre que se lo permitían, Dolly llegaba cargada de provisiones. Durante los primeros días había pedido licencia en la orquesta del Sodre, pero el permiso fue otorgado por un tiempo reducido y pronto debió sumarse a los demás músicos, sin contemplaciones. A la Jefatura también llegaba de visita una amiga

de Onetti, quien por entonces promovía un recurso de habeas corpus entre intelectuales y amigos.

Del cierre de *Marcha* y la detención del grupo dio noticia el diario *El País* el martes 12 de febrero, pero como quería la lógica militar, no en las páginas de política sino en las policiales, bajo el título: "Publicación pornográfica: cinco detenidos". Esa fue toda la significación adjudicada al hecho. La acusación pública de la dictadura era de índole moral, un pretexto que junto al de la asociación subversiva, bastó para silenciar al semanario. Días más tarde el *New York Times* publicaba la noticia de que en las páginas interiores del diario *El País*, de Montevideo, entre notas de crímenes y abusos sexuales, un suelto informaba del cierre de una publicación pornográfica. "*Quien siga leyendo* —acotaba el articulista—, *descubrirá con asombro entre los cinco detenidos el nombre de uno de los más grandes novelistas latinoamericanos, Juan Carlos Onetti*". Luego de nombrar a los demás detenidos, *"acusados de premiar un cuento"*, comparaba el caso de Onetti con el de Solzhenitsin, y señalaba que a diferencia de éste, Onetti nunca se había ocupado de política en sus escritos, lo que volvía la historia todavía más increíble a los ojos de la sociedad norteamericana. A diferencia del tratamiento pueril dado a la noticia en Montevideo, el domingo 17 de febrero de 1974 el Suplemento Cultural de *La Opinión* de Buenos Aires homenajeó a Onetti bajo el siguiente acápite: *"Ningún escritor de ficciones hubiera querido narrar —por inverosímil y torpe— la sinuosa historia que culminó el lunes 11, en Montevideo, con el arresto policial del novelista Juan Carlos Onetti, uno de los grandes de América latina, en la honorable compañía del director y del redactor responsable del semanario Marcha, los periodistas Carlos Quijano y Hugo Alfaro, de la profesora Mercedes Rein y del narrador Winston Nelson Marra. No ha quedado claro qué temía el gobierno uruguayo cuando dispuso las detenciones de estos ciudadanos de conducta inofensiva y pensamiento libre (...) Los arrestos desataron de inmediato protestas en todo el continente. Nadie parecía entender, sobre todo, por qué el novelista de* El astillero *y de* La vida breve, *saludado como un nombre mayor de las letras latinoamericanas, era enfrentado con una cárcel que no parece haber merecido. Los textos que siguen, escritos por sus*

compatriotas Idea Vilariño, Zelmar Michelini, María Esther Gilio y Jorge Ruffinelli, así como la reproducción de un cuento poco conocido del propio Onetti, intentan ser el homenaje que su patria y Buenos Aires siguen debiéndole, y que el gobierno uruguayo ha preferido ahora convertir en presidio".

En una de las notas que integraban la entrega, el senador uruguayo Zelmar Michelini, quien desaparecería dos años después devorado por el terror que ahora denunciaba, escribía: "... *El régimen uruguayo ofrece hoy a la opinión mundial el nombre de sus dos hijos más prestigiosos y más conocidos en el mundo entero, a quienes tiene en prisión, en razón exclusiva de defender los derechos primarios del hombre, de actuar sin debilidades, de hacer cierta la máxima aquella de no vivir de rodillas. Si para Quijano y Onetti la cárcel es una ratificación de su estoicismo y de hombría, para el régimen de Bordaberry —las eternas cara y cruz de la moneda— es una marca infamante".*

Las puertas imprevisibles

La iniciativa de Carlos Maggi en defensa de Onetti arrojó escasos resultados y tomó el caso otro amigo personal, el escritor y abogado Carlos Martínez Moreno, quien se encargó de defender al grupo de *Marcha* ante el Juzgado Letrado de Instrucción del Tercer Turno y ante el juez militar, a cuyo tribunal de la avenida 8 de Octubre los prisioneros fueron conducidos a declarar. "*Qué alegría* —dice Alfaro—. *Nos llevaron en coches celulares, pero sólo la posibilidad de andar de nuevo por la calle San José, por 18 de Julio, aunque fuera en cana, nos emocionaba*". A Onetti y a Mercedes Rein los llevaron en un ómnibus especial. La vigilancia impidió que conversaran durante el viaje y al llegar al tribunal los hicieron aguardar de plantón en los jardines del fondo del establecimiento, a cincuenta metros de distancia, uno del otro. Sofocados por el calor, sus guardias no tardaron en buscar la sombra de los árboles, mientras Onetti y Mercedes quedaban bajo los rayos del sol, hacinados en la espera. Al rato Onetti se decidió a sentarse sobre una piedra y Mercedes comenzó a aproximarse poco a poco, sin que los policías se preocuparan por evitarlo.

"*Onetti maldecía a diestra y siniestra: estos hijos de puta, estos cerdos..., repetía con una violencia que le desconocía* — dice Mercedes Rein—. *De pronto, en la terraza del edificio que daba al jardín, asomó el gordo Martínez Moreno. Estaba muy agitado, pero él siempre fue eufórico, exuberante para todo. 'Las cosas van muy bien, van muy bien...', nos gritaba a los saltos, tratando de alentarnos. '¿Cómo está Onetti?' 'Furioso', le decía yo. 'Cálmelo, cálmelo', pedía el gordo, 'que no vaya a decir alguna barbaridad...' Lo tomé del brazo y traté de serenarlo como pude.*"

Al rato los reunieron con los demás en un vestíbulo del edificio y los hicieron pasar de a uno al pequeño despacho del juez. Una silla vacía, un hombre distraído en las rutinas del poder, el impúdico escribiente y su vetusta máquina de registrar confesiones, eran todo lo que cabía esperar de la humanidad en un sitio como ese.

"El juez parecía una persona muy culta —señala Mercedes Rein—. *A mí me trató muy bien. Las preguntas giraron fundamentalmente en torno a la acusación de pornografía. Evidentemente, Martínez Moreno había conseguido que el juez descartara el tema de la subversión, que era el más grave para el Ejército."*

Tanto Mercedes Rein como Onetti rindieron cuentas de su fallo literario. Explicaron al magistrado las virtudes expresivas del cuento y la frecuencia con que obras artísticas que en su época fueron acusadas de pornográficas vinieron a ser rescatadas, años más tarde, como cumbres del arte occidental. Argumentaciones como la estructura del racconto, al modo de *Conversación en la Catedral*, de Mario Vargas Llosa, la búsqueda expresiva del escritor, las tiranías de la verosimilitud, tonos y climas narrativos, convirtieron por un día el despacho del tribunal militar en un simposio literario. Hugo Alfaro, invocando la hombría de bien que impedía dudar de la sinceridad de sus palabras, intentó convencer al juez de que por extraño que pareciera, nadie había leído el cuento antes de su publicación.

De regreso a Cárcel Central, el grupo aguardó el fallo del juez militar, que finalmente fue favorable. En el acta, haciendo suyas las interpretaciones brindadas por Onetti y Mercedes Rein, dictaminó que no se trataba de un cuento pornográfico, ya que no excitaba a la comisión del acto sexual sino a su rechazo, un criterio que lo expulsó de los tribunales militares poco después de su dictamen. Días más tarde, el 22 de febrero, el tribunal civil también falló en favor de los inculpados.

A las tres de la mañana del 24 de febrero, un llamado inusual despertó a los reclusos: "¡Quijano, con todo!"; "¡Onetti, con todo!"; "¡Alfaro, con todo!". La expresión era conocida, significaba la libertad. Los tres se levantaron de sus cuchetas y comenzaron a juntar sus pertenencias. La tarea no era sencilla porque con el paso de los días las celdas se habían poblado de

colchonetas, almohadas, libros y una serie de comodidades que los guardias habían autorizado y ahora impedían que cualquiera les ayudara a cargar.

El día anterior, Onetti le había entregado a su guardiacárcel una importante suma de dinero que el otro le pedía, a modo de discreta extorsión, alegando la enfermedad de un hijo. Amigos y conocidos hicieron una colecta que fue a parar a las manos del policía con la esperanza de que por esa vía, Onetti obtuviera una sensible mejoría en las condiciones de su encierro y aun la libertad que se anunciaba ahora. La alegría y el apuro se entorpecían el paso.

Les prohibieron utilizar el ascensor. Los tres bajaron con lo que lograron cargar sobre sus espaldas por una estrecha escalera que los llevó a la planta baja. Allí debieron aguardar de pie, en un hall, para realizar el último trámite. Con la boina sobre la cabeza y su carga de misionero, Quijano semejaba un buey dispuesto a tirar del carro de la historia en donde fuera. Un miliquito que hacía guardia en el hall le olfateó el orgullo y se acercó a provocarlo.

"—¿Y usted va a permanecer con la boina puesta delante del retrato de Artigas?" —le guapeó.

Descubrirse la cabeza implicaba descargar todo lo que había conseguido echarse encima y retener en las manos. Quijano le miró unos segundos el bigote juvenil, la distancia impronunciable con que Artigas visitaba sus labios, y comenzó a dejar una por una las cosas en el suelo, convencido de que nada de lo que había hecho en sus setenta y cuatro años de vida bastaría para eludir la ofensa idiota del aprendiz. Cuando dejó el último bulto sobre el suelo, como si dijera *"eppur si muove"*, se descubrió la cabeza.

Luego de realizar el trámite de egreso los autorizaron a salir. Pero al llegar a la calle, las luces de la sirena de un carro celular rastrillaron la alegría que animaba sus rostros. Los introdujeron en un vehículo y partieron con rumbo incierto. Pese a la absolución de los jueces el Poder Ejecutivo, en uso de un derecho constitucional, acababa de aplicarles las medidas prontas de seguridad, un recurso que extendía la detención por tiempo indeterminado.

El fallo separó a los integrantes de *Marcha*. Nelson Marra fue trasladado al penal de Punta Carretas y dos años después

lo procesaron por asociación subversiva. Aunque el fiscal pidió tres años de condena, el juez le dictaminó cuatro, por lo que no obtuvo su liberación sino hasta febrero de 1978. Convertido en referente de las relaciones entre literatura y política durante las dictaduras militares de América Latina, en las interminables horas de presidio Marra se preguntaba de qué modo misterioso las palabras le habían quebrado la vida.

En la misma noche en que Quijano, Onetti y Alfaro fueron trasladados de Jefatura, llevaron a Mercedes Rein a la seccional once, donde permanecían detenidas las mujeres. Las condiciones de reclusión resultaron más flexibles, aunque con las incomodidades de un ámbito colectivizado que le hicieron extrañar su celda personal en la central de Policía. Quien también extrañó el cambio fue Onetti. Evaporadas sus expectativas de libertad, apenas lo depositaron en el Cilindro —un estadio de básquetbol, cubierto, utilizado como lugar de detención para quienes permanecían bajo medidas prontas de seguridad— se sumió en una profunda depresión.

Cuando llegó allí, alrededor de unas ciento cincuenta personas se paseaban por las instalaciones o dormitaban bajo las graderías, donde se extendían catres y colchones en improvisados campamentos. Alrededor de quince guardias armados custodiaban un lugar lo bastante amplio para organizar una activa vida comunitaria entre los prisioneros, bajo un régimen benigno que habría de permitir a Quijano confrontar con sus "predicados".

"Casi todos los parroquianos eran dirigentes sindicales o simples trabajadores —dice Hugo Alfaro—. *Miraban a Quijano y Quijano los miraba con una mezcla de respeto, curiosidad y distancia. El intelectual, acostumbrado al trato abierto con los compañeros de la imprenta, no encontraba acomodo en esa obligada convivencia de 24 horas diarias. Aquellos, sin embargo, eran los representantes tangibles de la clase obrera, a cuyos históricos derechos tantas veces se refería Quijano en sus editoriales. No se trataba, pues, de una abstracción. Eran, en carne y uña, los muchachos del Bao, vecinos de La Teja, termo bajo el brazo, mate en mano, montevideanos que hacían del carnaval, el fútbol y la lucha sindical un mismo impulso... Miraban a Quijano con indecisa admiración, sin encontrar*

acomodo ellos tampoco. Hasta que el truco, el mate, (...) fueron socavando la timidez y las reservas. Resplandecía entonces aquello que no podía seguir oculto: la unidad fraternal en el pensar y el sentir de quienes, no por casualidad, habíamos sido reunidos por el régimen bajo el mismo cielo de cemento del Cilindro. Desde entonces las charlas sobre economía política y sobre la situación del movimiento obrero uruguayo fueron el pan de cada día." "*La prisión hermana y aunque parezca incongruente, ayuda a liberarse*", dijo el director de *Marcha*, cuando pudo evocar las relaciones incanjeables con otros prisioneros y los envíos de alimentos que hacían llegar los sindicatos en señal de solidaridad. Partidos de básquet, vóley, torneos de truco, lecturas colectivas, clases magistrales, formaban parte de una vida cotidiana signada por despedidas y recibimientos. El grupo de *Marcha* se reencontró allí con amigos del semanario, entre ellos Héctor Rodríguez y la gente del GAU (Grupos de Acción Unificada), también detenidos bajo Medidas Prontas de Seguridad. Un día llegó Julio Castro, otro compañero del semanario que aquel fatídico primer viernes de febrero se hallaba de viaje por el interior del país. Había conseguido eludir a la policía sólo hasta la noche en que reunido con su compañera, alentó la idea de amarla en su casa, donde como era previsible para cualquiera menos para los amantes, los aguardaba la policía.

"*Se daban esas situaciones paradójicas en las que el que llegaba preso venía afligido, atormentado, y quienes lo recibíamos hacíamos una fiesta* —cuenta Alfaro—. *Julio Castro no tardó en colgarse un delantal de arpillera y hacerse cargo de la cocina y la gigantesca olla popular. El 21 de marzo festejamos el cumpleaños de Quijano cantando una música de Palito Ortega a la que algunos integrantes de una murga del barrio de La Teja le cambiaron la letra. 'Yo tengo fe/ que todo cambiará/ Que la tortilla/ una vuelta dará...' Cuando todos los presos iniciamos el canto como si fuera un himno, los guardias, a través de los megáfonos, comenzaron a ordenarnos que nos calláramos. Pero la gente siguió, cada vez más fuerte, hasta que finalmente dijeron: 'La guardia adhiere a la celebración del Doctor Carlos Quijano'. Aquello fue la algarabía.*"

Por las noches, Alfaro, apasionado del jazz y del cine, ahuecaba las manos y con esa armónica entonaba "Tiempo tormen-

toso". La melodía sobrevolaba el silencio de quienes se recogían en los recuerdos cuando se apagaban las luces y levantaba los chistidos de los que deseaban dormir. Quien más lo celebraba era el compañero que hacía la guardia en la despensa. Desde que advirtieron que mientras dormían, los milicos saqueaban las provisiones de alimentos, debieron montar un sistema de vigilancia cada noche, a fin de evitar los robos. La organización de una defensa policial entre los presos para contener los delitos de sus carceleros, colocaba el mundo en la medida de su absurdo.

Las relaciones con los guardias eran tan discretas como ambiguas. Policías y presos compartían la pobreza y sus secuelas, hasta que los separaran las distintas maneras de consolarse. De tanto en tanto, los detenidos hacían colectas para que los carceleros se compraran sus botellas de caña y dejaran pasar alguna que otra botella de whisky, deslizada hacia los más necesitados. Entre ellos se hallaba Onetti, cada vez más demacrado, dejándose llevar por un proceso de inanición voluntaria que comenzaba a poner en riesgo su salud física y psíquica. *"Dejó de hablar* —dice Alfaro—. *Se la pasaba dormitando con un cigarrillo encendido, abandonado en su catre, siempre vestido con ese traje negro y su corbata, que no se sacaba nunca, ni siquiera para lavarlo. Como si fuera una manera de negar lo que le estaba ocurriendo, como si la vida se hubiera detenido en el momento en que lo arrancaron de su mundo".*

"Nosotros lo íbamos a buscar al principio, pero al mismo tiempo sentíamos que él se daba cuenta de que lo rodeábamos porque estaba mal y eso lo ponía peor. Y al fin Quijano terminó por comprender que también Onetti estaba irremediablemente solo frente a la cárcel y debía sobrellevarla como pudiera." Onetti se derrumbaba, acosado por los ruidos, la despersonalización y el sinsentido. La imposibilidad de conseguir pastillas para dormir, a las que su organismo se había acostumbrado, transformaban las fraternales guitarreadas de los presos en una pesadilla, cada noche más insoportable.

Mientras Onetti languidecía en el Cilindro negándose a comer, en distintos países, amigos, intelectuales y escritores promovían el envío de telegramas que reclamaban su libertad. Jorge Luis Borges se cercioró de que no fuera comunista y fir-

mó uno de aquellos pedidos. También Octavio Paz, como se encargaría de recordárselo en una polémica futura. Aturdido por los telegramas que llegaban a los despachos de "Inteligencia militar", un oficial de alto grado exclamó furioso: *"¿Pero quién mierda es este Onetti?"*

Una amiga consiguió una entrevista con el Ministro del Interior, Linares Brum, para pedirle que lo trasladaran a un hospital. Tal como había combinado con Martínez Moreno, se encargó de explicitar el bochorno internacional que caería sobre el gobierno si Onetti se les moría en la cárcel. El jerarca respondió que la única alternativa de sacarlo del Cilindro era llevarlo al hospital militar, pero ella insistió en la posibilidad de trasladarlo a un sanatorio privado. *"En ese caso, lo tendrá que fundamentar muy bien"*, fue la respuesta.

La mujer, que en estas memorias reclamó el anonimato, Dolly, Enrique Estrázulas y el abogado Martínez Moreno, pidieron a un médico amigo, el doctor Jorge Galeano, que les enviara una historia clínica de Onetti capaz de justificar la internación en un sanatorio. El informe clínico alertaba sobre el peligro de descompensar a un alcoholista con la abstinencia. No terminó de convencerlos. Corrían el riesgo de que la información fuera manipulada por los militares para desacreditar a su prisionero. Intentaron una nueva historia clínica con otro médico, más moderada pero sólida, y consiguieron que lo trasladasen al sanatorio psiquiátrico Etchepare, donde continuó el cautiverio.

Cuando Onetti llegó al sanatorio casi ninguno de los enfermeros y enfermeras conocía su trayectoria literaria. Sabían que se trataba de un hombre derrumbado por el acoso de la dictadura, al que le temblaban las manos. Eso bastó para que lo convirtieran en un símbolo de su resistencia al régimen y lo colmaran de cuidados. Al borde de la extenuación, Onetti volvió a comer.

La internación en el Etchepare significó el inicio de un período de recuperación, alentado por la visita de numerosos amigos. Una de las primeras cosas que hizo Onetti fue devorar un paquete de masas dulces para compensar las deficiencias de azúcar de su hígado, alterado por la abstinencia alcohólica. Le otorgaron una de las mejores habitaciones de la clínica,

con una ventana enrejada que daba al jardín, pero muy pronto cerró la persiana, que desde entonces permaneció baja, prefiriendo la luz artificial. Un policía custodiaba la puerta de su habitación las veinticuatro horas del día, aunque Onetti podía desplazarse por los pasillos del establecimiento, costumbre que adoptó hasta el momento de su liberación.

Pocos días después llegó a la clínica Mercedes Rein, cuyos parientes, enterados de los beneficios otorgados a Onetti, consiguieron realizar un trámite similar. Como el régimen no estaba interesado en sumar personal en el Etchepare, ubicaron a Mercedes en la pieza contigua y resolvieron con un solo policía la custodia de ambos. Por simple aburrimiento, sospecha Mercedes, el hombre dos por tres entraba a conversar a su pieza, pero finalmente se lo prohibió, luego de alegar que alteraba sus nervios.

La alternativa de un manicomio para gente adinerada mejoraba las condiciones de reclusión, pero implicaba el desafío de pagarlo. Dolly vendió la pequeña casa de Lagomar y varios editores de Onetti, que hasta entonces gozaron de su indiferencia por cobrar derechos de autor, aportaron algunos fondos.

Aunque en la clínica le daban medicación, Onetti no conseguía dormir de noche; intentaba hacerlo de día pero como sólo conseguía dormitar, pasaba la mayor parte del tiempo encerrado en su cuarto, recostado en la cama y leyendo bajo la luz de la lámpara. La habitación no tardó en impregnarse de olor a tabaco y colmarse de pilas de libros, diarios y revistas, para escándalo de la mucama, una muchacha morena llamada Ungué, que le llevaba los alimentos al cuarto e intentaba acomodarlo en vano. Muy joven, aspirante a vedette de carnaval, Ungué solía rezongarlo con esa picardía jovial, agresiva y cariñosa que esgrimen las mucamas de los sanatorios. Onetti se las ingenió para que ella perdonara la damajuana de vino que ocultaba bajo la cama. Lo que no parecía dispuesta a perdonarle era su formalidad. Cada vez que Onetti le proponía matrimonio, Ungué le reprochaba: *"¡Qué anticuado es usted! ¿Se cree que para acostarse con alguien tiene que casarse?"*.

La convivencia con el resto de los pacientes no parecía más excéntrica que la que tanto Onetti como Mercedes Rein habían sostenido en los establecimientos carcelarios. En los pasillos se

cruzaban con los pedigüeños profesionales de cigarrillos, con delirantes, melancólicos y eufóricos irredimibles.

Un día Mercedes vio a Onetti entrar a su cuarto *"arrastrando las chancletas, agachadito, tan flaco, con aquel mal aspecto y una cara terrible. '¿Qué te pasa?', le digo. Realmente estaba asustada. De pronto se irguió, echó la cabeza hacia atrás, esgrimió una sonrisa, se mordió el labio superior y comenzó a dar unos pasitos de baile. Me miró con esos ojos tremendos, saltones, y me dijo: 'Aquí estamos todos muy mal de la cabeza'"*.

Onetti comenzó a mostrarse más animado y activo, daba paseos con Mercedes por el jardín y recuperaba el humor, atendido alternativamente por Dolly y la amiga que lo visitaba con frecuencia. Entonces estaba obsesionado con *El Quijote*, especialmente con el capítulo veinte y el episodio de los batanes. Por rara coincidencia, un día Mercedes entró a su habitación y hojeando la edición, abrió el libro en aquel capítulo, lo que despertó la admiración de Onetti y la necesidad de conversar sobre ese episodio en el que Cervantes ironiza sobre los terrores que levantan cosas nimias, las actitudes frente al peligro y sus caminos. *"El capítulo veinte es el capítulo que vivimos en Uruguay"*, le dijo a Mercedes. *"Años después* —recuerda Rein—, *me mandó un libro con una dedicatoria que hacía referencia al capítulo veinte. Nunca me explicó qué encontraba allí. Cuando en la clínica yo le preguntaba, se limitaba a contestar: porque es así. A él no le gustaba racionalizar. Él no hablaba de literatura. Si me hablaba de Sancho, no lo hacía en términos literarios. Cuando le pregunté por qué le interesaba tanto* El Quijote, *me dijo: porque me da lástima Sancho, pobre..."*

A la obsesión por el libro de Cervantes, Onetti sumó en la clínica otras dos ideas que regresaban, con regularidad, a sus conversaciones. *"Hablaba del suicidio con frecuencia* —dice Mercedes—, *del suicidio de Quiroga y del de José María Arguedas. Otra de las ideas obsesivas en aquella época era que lo querían matar. Decía que la policía le mandaba mensajes de que podía salir de la clínica, pero él sabía que lo esperaban para balearlo. Y era así, a tal punto, que cuando nos dijeron que podíamos irnos, no quería salir y decía que era una tram-*

pa. Supe que esa obsesión lo acompañó por mucho tiempo, incluso cuando estaba en España. Entonces ya era contra toda lógica, pero pienso que operaba en él como una novela. De esa manera se escriben novelas, siendo capaz de aferrar durante dos años, una sola idea."

Años más tarde, Onetti diría en un reportaje a Magela Prego: *"Yo sabía el juego que estaban haciendo. ¿Por qué me tuvieron tres meses en la cárcel? Porque tres meses era el plazo que tenía la viuda del personaje del cuento (Morán Charquero) para iniciar un juicio por difamación o calumnia. Y le insistieron a esta señora y esta señora se negó terminantemente. Entonces a los tres meses me largaron... [En el Etchepare] había permanentemente un 'tira' sentado en la puerta del sanatorio, en un banco. Cada ocho horas se renovaban para no dejarme salir. Un buen día, viene un señor, un tipo con cara de abuelo bondadoso y se presenta: 'Yo soy el Comisario Leal'. Leal, ¡eligió el nombre! 'Y venía a darle la buena noticia de que usted ya está en libertad'. Pero mientras él me decía eso, había dos sujetos en la puerta que me estaban semblanteando. Llega la noche y las muchachas del Etchepare, que no le tenían ninguna simpatía a los uniformes, me dijeron: 'Mire que el hombre se fue, no hay nadie en el banco, pero se fue al café de enfrente'. Y el café de enfrente tenía vidriera, y si yo salía me podían aplicar la ley de fuga o me podían meter cinco años más por huir"*.

En la mañana del 14 de mayo, Dolly, Martínez Moreno y varios amigos llegaron al sanatorio con la noticia de que el Poder Ejecutivo había decretado la libertad de Onetti y de Mercedes Rein. Pese a que retiraron la guardia policial, Onetti no quería creerlo, insistía en que se trataba de un engaño. Entre Dolly y Martínez Moreno lograron convencerlo y sacarlo del Etchepare cerca del mediodía.

Al cabo de tres meses de cautiverio, regresaba a un mundo del que había salido por la puerta de un concurso literario y al que reingresaba por la puerta de un manicomio. En ese tiempo se había sobrellevado en el límite de sus fuerzas. No había forma de convencerlo de que todo había acabado porque la realidad jugaba con demasiadas cartas como para confiarse en ella.

El regreso a su vida, como un territorio inclaudicable, con sus propias leyes y emociones, se había anticipado en el sanatorio Etchepare el 15 de marzo, cuando recibió la visita de Idea Vilariño. Idea escribió en su diario personal el relato del encuentro, cuyo texto cedió para esta biografía.

Fui con S. Un momento, nomás. Perdimos tiempo comprando un libro, una policial que ya tenía, y llegamos con un cuarto de hora para verlos a ambos: a él y a M. Primero a ella, preocupada por la idea de que las visitas podían perjudicarla. Quería ir y quería verlo, pero sólo un momento. Pensaba en su cara burlona, en su falta de naturalidad, en su actitud cínica y desentendida. No esperaba mucho bueno. Tocamos la puerta y no pude evitar entrar primero, y allí estaba D. corrigiendo cuentos traducidos —mal, parece— al inglés, sobre una mesita, y él en la cama. Asombrado, mudo, con su cara grande, mirando. S. se sentó en la silla y yo a los pies de la cama, y al principio nos dirigimos casi exclusivamente a ella. Enseguida, D. lo empezó a urgir ¿bromeando? para que me dijera lo que quería decirme a raíz de mi notita en La Opinión. Él seguía callado, mirándome o desviando la vista, tenso. Apenas cambió alguna palabra con S. Al fin, dijo: "Esperaba leerla para escribir una carta". (Sólo sabía lo que le habían contado). "Lo único que puedo decir es que yo no padezco de amnesia." Y lo repitió frente a nuevas instancias de D. Yo, bromeando: "Algo agresivo me está diciendo, pero no sé qué".

Lo repitió. S. dijo algunas cosas sensatas, frases sueltas. Él callaba mordiéndose el labio superior, serio. Al fin, D., en gesto muy suyo, le dijo a S.: "Vamos a ver a M.; así estos dos hablan, si no, no le va a decir nada". O algo por el estilo. Siempre fue así; yo no podría.

Quedamos solos y callados. Callados. Pero yo no soy como entonces; algo aprendí; algo me enseñó el recuerdo; siempre sentí no haber tenido más madurez para tratarlo entonces. ¿O es la diferencia entre estar y no estar enamorada? "¿Nos moriremos sin aprender a hablarnos?", pregunté. "Siempre nos costó", dijo. "¿Te acordás de aquella ves que llegaste, después de tanto tiempo, y estuvimos veinte o treinta minutos sin hablar, sentados, yo en la cama y tú en una silla? Me inhibiste siempre, en todo." "Sí", dijo. "Tú también", dije. "Una vez me

dijiste que no podías comer ni hacer el amor ni... conmigo." "Sí", dijo. Y me miraba por momentos; por momentos volcaba la cabeza; se mordía el labio superior, con una expresión de ¿impotencia, de desesperación? "Así que yo no sé lo que es el amor. Vos sufrís de amnesia, evidentemente. La primera vez que entré a tu sala del Museo quedé loco por vos. Nunca entendí lo que me pasaba; pero estaba loco por vos." "Nunca me lo dijiste." "Nunca entendí aquel deseo de posesión, aquel afán dominador. (Yo no recordaba nada parecido), no te dejaba ir a clase (Es cierto). No podía soportarlo. Y no se trataba de deseo; si no, no sentiría esta horrible ternura que siento por vos".

Pero esto fue tal vez en la segunda parte de la visita. Porque vino el médico, y salí. "¿Y?", preguntó D. "Bueno, estuvimos bastante callados; siempre nos costó mucho hablar, ¿sabés?" No sabía.

Mientras estaban ellos aún dentro, al comienzo, cuando se hablaba de mi nota que sólo D. había visto, recordé que tenía una copia en la cartera; se la di y la leyó. Objeciones: "Obsesión por la pureza, sí; por la virginidad, no. Y eso de mi amnesia. Y así que muequeo".

Cuando volví a entrar sola, pensando despedirme, me miró callado un rato, y luego me dijo: "Estás hermosa; no recordaba que fueras tan hermosa". Yo llevaba mi lindo traje de blue jean celeste y me había arreglado con cierto cuidado, para que no me viera más fea o más vieja. "¿Hace tal vez cinco años que no nos vemos?" "Sí", me dijo S. después; "tenías un brillo, una cosa". ¿La emoción, tal vez? "Yo tendría que haberme casado contigo. Tendríamos que habernos casado, saliera como saliera." "Iba a salir mal", dije, "pero tendríamos, sí, que habernos casado." "Yo tenía incomprensiblemente unos celos terribles, y tú eras muy celosa. Sólo no sentí nunca celos de C.; no sé por qué." "Por la misma razón, tal vez, que yo nunca los sentí de D." "Lo que nunca pude recordar, lo que nunca pude saber, fue cómo terminó lo nuestro, cómo te perdí de vista, qué pasó." "Mirá", le dije, "eso lo sé. Una tarde (hacía tres días que estabas en casa) no querías que fuese a una asamblea. Discutimos. Me vestí y me desvestí dos veces, creo. Finalmente me fui. Cuando volví, te habías ido. (Todavía recuerdo aquella

desolación). Te había tenido que recoger A. (Días sin comer, con Namurón y vino). Después te fui a ver porque D. me avisó que estabas enfermo. La tercera vez fui a las doce de la noche. Llegué en un taxi y no me abrieron. No volví. Tiempo después, creo, Carlitos R. me dijo que andabas enamorado de C. Así se acabó para mí la historia, con desgarramiento pero de golpe." "Sí, es comprensible. Pero ¿qué sabe ese pajarraco?, ¿qué sabía para decirte eso? Yo creo que la que tuvo una película frente a mí fuiste vos. ¿No te acordás que una noche te propuse que nos matáramos con el gas, y que lo postergamos porque no teníamos cómo hacerlo llegar al cuarto?" "Sí", dije; "la misma noche que me propusiste antes que nos casáramos; nadie me ofreció nunca tanto. Fue la única vez que creí".

Y volvían los silencios, la tensión. Me ponía en el estado de siempre: pendiente de él con todo mi ser, sin saber qué esperaba de mí, qué hacer, qué decir, sin saber casi cómo ser yo misma. Fue entonces, creo, que me dijo lo de la ternura; estaba evidentemente conmovido. "Mirá", dijo, "yo, borracho, lloré una o dos veces en mi vida, vos sabés; pero en seco, nunca. Y siento que voy a llorar".

¿Qué hacía yo ahí supremamente conmovida, inclinada hacia él desde mi silla, poniendo todo en los ojos, impotente, desesperada? Pensé que tal vez era la última vez que lo veía. "Tengo sesenta y tres", dijo. "Se supone que es la edad de la impotencia. Pero no estoy impotente, y me acuerdo de tu amor, de todo, de tu boca, como si hubiera estado anoche contigo." Estábamos como declarándonos.

Entre otras cosas le dije: "Tuve años tu robe de chambre, aquella que fue de no sé quién, y que tú usaste, colgada allí, recordándote. Durante mucho tiempo la olía a veces, hundía la cara en la seda, hasta que perdió aquel olor". Le dije también cómo, casi cada vez que pasaba por su oficina, pensaba que estaba allí, tras esa pared. Pareció costarle creerlo: "¿Es verdad, no es fiction?" Y volvía al silencio. Y se mordía el labio. Y temí que iba a llorar. Y pensé que era tal vez la última vez que lo veía en la vida. Me levanté y quise tocarlo, tocar su mejilla con la mía, consolándolo, reconociéndolo, no sé. Apenas llegaba a él cuando me agarró con un vigor desesperado y me besó con el beso más grande más tremendo que me hayan dado,

que me vayan a dar nunca, y apenas comenzó su beso, sollozó, empezó a sollozar por detrás de aquel beso después del cual debí morirme. No sé de dónde sacaba la fuerza de ese abrazo. Yo estaba sobre su pecho, envolviéndole; con una mano le acariciaba la nuca sudorosa; mi otro brazo lo abrazaba con toda mi vida. Pero oía por momentos —por momentos no oía nada— que del otro lado de la puerta estaban ellas conversando. Y así lo aparté diciéndole bajito "mi amor, mi amor". Y él miró a otro lado y yo volví a los pies de la cama. "Hace rato que quería pedírtelo", me dijo, "pero pensé, temí que te negaras", susurró.

Estaba un poco de lado, con su largo brazo sobre la pierna y su mano que no soltaba la mía. Miré sus uñas, que no recordaba tan pequeñas, toqué su piel siempre tan suave. Manos delicadas de escritor, tan diferentes a las mías que están fuertes, quemadas. Incliné la cabeza sobre esa mano, sobre su cuerpo, y la rocé, olí su piel, pegué mis labios a ella una y otra vez, con vehemencia, diría. No sé por qué lo hice, qué sentía, qué palabras sustituía así. No sé qué entendió pero tomó mi mano y me dijo "no me beses así". "Yo tengo que besar tus manos." Y me besó la mano, fervorosamente, también, una y otra vez.

Estábamos como enfermos de emoción. "Esta noche no voy a poder dormir", dijo con afligida certeza; "voy a necesitar una dosis doble. Desde que entré nunca sentí deseos de alcohol, al contrario; pero hoy quisiera emborracharme". Sólo escribirlo me trae todo el sufrimiento.

Era lo de siempre; me tenía en sus manos; me partía en dos. No me olvidaba de L ni de D. Si no, si hubiera cedido a mi emoción, creo que me hubiera arrodillado junto a la cama, y le hubiera dicho: "lo que quieras, como quieras".

Hubo aquí y allá otras cosas. "Nunca pude encontrar la foto de tus ojos, la que más me gustaba; ¿Siempre vivís en esa casa que yo nunca conocí? Esa casa está en gran parte de la novela que estoy escribiendo". Y las invitaciones —tres— a residir en España, pero no quiere, no quiere. Y la claustrofobia, cuando empezó a querer hablarle a los termos. Y el reproche por haber sacado aquella dedicatoria del libro. "¿Cómo pudiste? Yo nunca lo hubiera hecho."

El final fue un poco abrupto. Yo tenía que llegar antes de las siete a la editorial con las correcciones de H. Hacía dos horas que estaba allí y me había acordado una o dos veces, pero no podía irme, quebrar esa tensión, esa emoción. Entró D. a ponerse la chaqueta: "Me voy a comer una pizza al café", dijo echándosela por los hombros. "Mirá", le dije, "que yo debo irme; tengo que llegar antes de las siete a Banda, y que irme después para afuera". "Quedate un poco más", decía ella, cuando llegó la cena. Dejó la chaqueta y se quedó. Me acerqué a él y me besó en la boca. Ella me acompañó hasta la puerta, y no me volví a mirarlo. Esperé largo rato el ómnibus con ganas de llorar o de morirme. Vi un teléfono y hablé a la editorial para que me esperaran. Seguí esperando y preguntándome por qué no me volví a mirarlo. Entregué las pruebas de página y luego fui a casa para recoger algunas cosas. Sólo dos días después lloro. No volveré.

Ocurrido el 15 de marzo de 1974. Escrito porque sí tengo amnesia.

El camino a España

Pocos días después de que Onetti obtuviera la libertad, recuperaron la suya Carlos Quijano y Hugo Alfaro. *Marcha* volvió a editarse, pero por poco tiempo. En junio de 1974 sufrió una clausura de veinte ediciones y reapareció en noviembre, aunque sólo por tres semanas más. Hacia fin de año las persecuciones habían colocado a Quijano en una situación insostenible. Se exilió en México, donde alentó distintos proyectos hasta su muerte, el 9 de junio de 1984, poco antes de la recuperación democrática uruguaya. En una de sus últimas cartas a Alfaro, le escribió: *"¿Qué vendrá? ¿Qué nos espera? En el corto y el mediano plazo no avizoro nada bueno. Usted me dirá que para alguno, en el corto plazo se le irá la vida; para otros, en el mediano. Y que mi generación, por supuesto, y también la suya, están cansadas de esperar. Sí, pero no desmaye, a pesar de todo. El paso por la tierra se justifica cuando uno se vence a sí mismo. Cuando cara a la calumnia, a la traición, a la injusticia, sigue creyendo en su verdad y luchando por ella. Quisieron y quieren borrarnos de la faz del Uruguay; pero no nos han derrotado ni nos derrotarán. Algo, poco —una pisada en la arena— quedará de nosotros, de los cuarenta años de esperanza y empeño de nuestra Marcha"*.

Tras la partida de Quijano, muchos periodistas del semanario marcharon al exilio o cambiaron de profesión para permanecer en el país. Hugo Alfaro se dedicó a vender libros de medicina y sólo retomó el periodismo cuando la apertura democrática permitió la reunión de una parte del antiguo equipo, que fundó el semanario *Brecha* y lo eligió su director. Mercedes Rein continuó con su actividad crítica y literaria, tuvo una activa participación en el teatro independiente, de resistencia

a la dictadura, y publicó varias novelas. Luego de obtener su libertad en 1978, Nelson Marra se exilió en Suecia y finalmente en España, donde falleció en diciembre de 2007.

En los meses posteriores a su liberación, Onetti rara vez volvió a reunirse con Quijano y la gente de *Marcha*. Las secuelas de la cárcel lo sometieron a un tratamiento psiquiátrico que le permitió obtener en el Municipio una licencia por enfermedad y poco después recibió la noticia de que el Instituto Italo Latinoamericano de Roma acababa de premiar *El astillero* como mejor novela extranjera del año. Lo invitaban a viajar a Italia con pasaje y hospedaje pagos. Alentado por su psiquiatra, que le recomendó el viaje como *"la mejor medicina para alejar la angustia"*, partió en los primeros días de octubre.

En Roma fue agasajado con una ceremonia pública en la que se le entregó un premio adjudicado, en ediciones anteriores, a Lezama Lima y Alejo Carpentier. Se habló sobre su obra y lo interrogaron con distintas preguntas que Onetti accedió a contestar con buena disposición. Cuando alguien le preguntó su opinión sobre Moravia, Onetti respondió que le parecía un admirable artesano, pero a su entender el artista era Pavese. Un rumor de aprobación recorrió las filas de los jóvenes que se encontraban en la sala. Cuando terminó el acto sintió a un grupo de muchachos comentar: *"Esto de Moravia y Pavese ya era hora de que alguien lo dijera en público"*. En esos días Onetti visitó a Moravia en su casa y también compartió horas con Rafael Alberti y su esposa María Teresa León, quienes venían de un viaje por Bulgaria.

De Roma viajó a Milán para mantener una entrevista en la editorial Feltrinelli, editora de sus libros en Italia. La viuda de Feltrinelli lo colmó de homenajes y lujos itálicos que deslumbraron a quien acababa de conocer las comodidades de los centros de reclusión uruguayos; Onetti estaba realmente impresionado. La viuda le regaló un cenicero con la leyenda "Larsen-Cognac" y le reprochó ser "demasiado puritano", una queja que para alguien acusado de pornográfico, no podía sino significar un halago. En el viaje tuvo oportunidad de conocer personalmente a su traductor, Enrico Cicogna, también responsable de las versiones italianas de los libros de García Márquez, Var-

gas Llosa, Manuel Puig y Scorza. Onetti sentía por él un gran respeto y no tardó en convertirlo en su amigo personal.

Entonces la literatura latinoamericana ocupaba en Europa un lugar preponderante, pero Onetti recogió en el viaje las primeras quejas sobre la exageración de las editoriales argentinas, que descubrían un genio por día, aprovechando el sonado "boom". De regreso a Roma, un día recibió, desde Génova, el llamado de un director de cine interesado en filmar *Para esta noche*. Días después una señora le explicaba esa euforia con un comentario que Onetti no consideraría halagador: *"Comprendo perfectamente que se hayan enloquecido con la perspectiva de llevar su novela al cine, porque ellos no tienen material. Tienen muchísimo dinero, el gobierno los ayuda, tienen todo el aparato, la maquinaria, los cerebros directores, pero les faltan guiones, temas, las ideas"*.

De Roma, viajó a París, donde se reunió con Omar Prego y su mujer en un hotel alojamiento de la Avenue des Gobbelins, único hospedaje que logró conseguir en medio de una invasión de turistas promovida por una exposición de moda prêt-a-porter. Instalado en una "amueblada", Onetti eludió el tema de la cárcel y volvió a conversar de sus libros. *"Mis personajes son muy pocos* —se justificó ante una pregunta de Prego sobre su saga de Santa María—, *aparecen, desaparecen y evolucionan. En* La muerte y la niña *Díaz Grey se casó con Angélica Inés, la hija de Petrus, que era el sueño imposible, la gran ambición de Larsen, cosa que éste jamás perdonará a Díaz Grey. Esta chica, Angélica Inés, un día se clavó un anzuelo mientras paseaba por ahí. Entonces los padres llaman a Díaz Grey y se produce el primer contacto entre el médico y Petrus...* [Mis personajes] *son muy dóciles, son muy educados, nunca me han hecho reproches. Estoy escribiendo y hay un momento en que tienen que venir y vienen... fatalmente. Pienso, intuyo: 'acá tiene que venir la hija de Petrus'... y viene"*. Onetti le adelantó a Prego algunos indicios de su nuevo proyecto novelístico. *"Digamos que pertenece a eso que los críticos llaman la saga de Santa María. El personaje principal es un policía, Medina, que en* El astillero *interroga a Larsen después de la muerte de Gálvez y le pide que reconozca el cadáver. Este Medina quiere abandonar Santa María y viajar a Montevideo. Cuando la novela em-*

pieza, ese policía está trabajando como enfermero en la casa de una persona que vive en la avenida Agraciada, frente a la embajada Argentina, en el Prado... Reaparecen Díaz Grey y el Colorado, el de La casa en la arena, *y Quinteros. Los viejos fantasmas".*

Al cabo de unos días en la capital francesa, Onetti regresó a Montevideo, donde debió justificar ante las autoridades su salida del país. La recomendación médica no bastaba. Poco después de su retorno, Heber Raviolo, entonces a cargo de las páginas literarias de *Marcha*, consiguió entrevistarlo en su casa de Bonpland. *"Dada la premura con que fue concertada la entrevista* —decía en la presentación—, *llegamos al nuevo domicilio del escritor no sin ciertas inquietudes: Enrique Estrázulas nos acababa de hablar de una verja casi inexpugnable que había tenido que saltar el día anterior para poder llegar hasta Onetti. Pero esa tarde las barreras estaban levantadas y Onetti nos recibe con su cordialidad acostumbrada en la pieza de la casa en la cual casi exclusivamente se mueve..."*

"Se había hablado de que encarabas la posibilidad de irte del Uruguay" —comentó Raviolo.

—Tengo una propuesta de España" —dijo Onetti—. *"También de Venezuela. Pero no tengo nada decidido. Eso de irse tiene sus bemoles. El corte de amarras, a mi edad... Si me voy es para morirme allá, entiendo bien."*

Onetti se resistía a abandonar Montevideo, pero la dictadura estaba en pleno auge, había estigmatizado a los ciudadanos en clases A, B y C, y él sabía que no pertenecía a las dos primeras. Pidió la jubilación por enfermedad y luego la baja en el Municipio, que le fue otorgada el 4 de marzo de 1975.

La casa de Bonpland mostraba por entonces el deterioro del sueño que los había llevado a comprarla. El fondo en el que Dolly había imaginado un jardín lleno de frutales se había transformado en un bosque de yuyos y plantas enmarañadas. La pieza de Onetti prácticamente era la única habitada en toda la casa. Una mesa, alguna silla, una mesita llena de puchos y botellas al lado de la cama, *"ni siquiera amurada contra la pared* —dice uno de sus visitantes—. *Onetti se tiraba en la cama y se le caía la almohada. Salías de la pieza y era como la 'casa tomada' de Cortázar, tierra de nadie, no había un mueble, una*

silla, nada, un paisaje lunar. No había comida, había masas, y aquel aire denso, cargado, imposible."

A fines de 1974 *Cuadernos Hispanoamericanos* le dedicó en homenaje la edición de sus números 292-294, lo que incrementó su notoriedad en España. La revista había sido dirigida por Luis Rosales y contaba como jefe de redacción a Félix Grande, ambos amigos de Onetti y desde el momento en que lo llevaron preso, empeñados junto a Juan Tena, Director del Instituto de Cultura Hispánica, en conseguir que se radicara en España.

En el caluroso verano del 75, Onetti obtuvo permiso para viajar por un largo fin de semana a Buenos Aires, donde colaboró con el director de cine Fernando Ayala en el guión de la película que entonces preparaba sobre el cuento *El muerto*, de Jorge Luis Borges. El director se quejaba de las dificultades para dar cuenta de las ambigüedades del protagonista, recordaría Onetti, y Borges aconsejaba: *"nada más sencillo, suprímanlo, y listo"*.

Poco antes de viajar, Onetti había recibido la invitación a participar de un congreso sobre el barroco, que se realizaría en el mes de marzo, en Madrid. Ya en Buenos Aires, le pidió a Dolly que regresara a Montevideo a llenar dos valijas con lo imprescindible. El viaje era por un mes, pero preveía la posibilidad de quedarse. Desde la ciudad porteña, sin volver a pisar tierra uruguaya, Onetti partió a España, rumbo a un exilio que se haría definitivo.

La invitación de Juan Tena a residir en Madrid con el beneficio de una beca formó parte de un traslado que atemperaba su desarraigo del Río de la Plata. Onetti aceptó y una vez concluido el congreso, durante dos meses se alojó con Dolly en un hotel de lujo. El trato y el alojamiento estaban sobradamente bien, pero día a día la beca se demoraba y lo que comenzó siendo una sonrisa intranquila frente a las dificultades burocráticas se convirtió en inquietud y, finalmente, en angustia.

Cuando la beca fue concedida, Dolly y Onetti la agradecieron como un milagro. Obligados a reducir gastos, pasaron de las amplias habitaciones del hotel a rentar un pequeño apartamento. *"Tan pequeño* —dice Dolly—, *que para estudiar el violín debía colgar frazadas en la puerta con el fin de tapar*

el ruido. Juan se metió en cama a leer policiales y salía lo imprescindible, cuando requerían su presencia en el Instituto de Cultura Hispánica". Madrid los apabulló. El tránsito, los rascacielos, la falta de mar, la ausencia de pinos, sumía a Dolly en la nostalgia y a Onetti en los pliegues de la cama. Había decidido irse lejos de un país militarizado y confiaba en la proximidad de la muerte de Francisco Franco. Los síntomas podían verse en las calles de Madrid, en la alegría que despertaba en los jóvenes, tan diferente de *"la triste angustia montevideana"* que acababa de dejar atrás. Pero sólo se había trasplantado y aquella alegría no era suya. Suyo era el recuerdo de la cárcel, el brusco corte con el país, el desánimo para contestar las cartas que familiares y amigos enviaban ahora desde lejos y respondía Dolly. *"La carencia de un hogar y de un trabajo estabilizante nos ponía muy nerviosos* —agrega Dolly—. *Los dos estábamos como flotando en la incertidumbre sobre una tierra de nadie."*

En 1975 se editó en Barcelona una edición de sus *Cuentos Completos*, pero entonces Onetti intentaba continuar una novela que tenía avanzada en el momento de partir. *"Un largo novelón que está tratando de armar Dolly* —le había dicho a Raviolo—. *Lo vengo trabajando desde hace mucho. El error fue el modo de escribirlo, cómo te voy a decir: me viene el ataque y escribo unas páginas en un cuaderno, después pierdo el cuaderno... o si no, no encuentro un papel, armo un escándalo, me creo que no aparece, y la culpa es mía." "Creí que podía terminarla en Madrid* —dijo en otra oportunidad—, *pero durante dos años no pude escribir. Ni siquiera una línea. No sé lo que me pasaba. El desarraigo, quizá los amigos, Montevideo, el café..."* La novela prolongaba la saga de Santa María y podía significar su fin. Había quedado resonando en su cabeza una ocurrencia de Alberto Oreggioni, entonces director de Arca, deslizada poco antes de su partida de Montevideo: "Tenés que tener cuidado con el Colorado, mirá si un día le da por incendiarte Santa María...".

La historia de Medina había comenzado hacía muchos años, cuando una de las tantas tías que andaban por el pueblo llevó a su sobrino a la iglesia y le regaló un retrato del Papa. El niño había crecido con la frustración de su vocación por la medicina y su fracaso como pintor. Medina había huido de Santa

María a Lavanda, regresaría más tarde y se haría comisario de policía, pero aún no sabía cómo narraría eso y lo que iba a significar. Integró a la novela las páginas de uno de sus cuentos, "Justo el 31" y en el Capítulo siete, titulado "La Pista", los dos primeros párrafos de *El pozo*, pero nada parecía conformarlo. No resultaba sencillo vivir lejos del Río de la Plata y permanecer amarrado a él. Un día Julio María Sanguinetti, de paso por Madrid, lo llamó para preguntarle cómo estaba. "¡Harto de Onetti!" —respondió—. "¡Extraño hasta el Municipio!" Se sentía incapaz de escribir una sola palabra más.

Luego de muchos esfuerzos, Dolly consiguió trabajo tocando el Danubio Azul y Pequeña Serenata Nocturna, de Mozart, con una orquesta de cámara que recorría los colegios. Cuando alquilaron el apartamento de la Avenida de América, todo pareció afianzarse. *"Habíamos encontrado un hogar* —dice Dolly—, *con una terraza que pronto estuvo llena de pinitos y geranios, y como dijo una amiga, recreamos el mismo ambiente de allá, con las plantas y las bibliotecas, y los falsos Picassos por las paredes."*

Si se le acababan las novelas policiales, Onetti bajaba a la calle, caminaba unos pocos pasos y entraba en la tienda de canje de libros ubicada al lado de su edificio. Ahí se cruzaba con los niños que acudían a cambiar sus tebeos e historietas, entregaba la pila de policiales que ya había leído y elegía entre las mesas su próxima provisión, no sin deslizar una recomendación o escuchar un consejo. La cercanía de la tienda, que le permitía sostener un hábito montevideano, le hubiera bastado para alquilar el apartamento.

Las dificultades en avanzar la novela continuaron hasta que un día una amiga llegó a Madrid. Sostuvo con ella una larga conversación en la que se convenció de la imposibilidad de sostener un diálogo en la distancia. Comprendió que debía acabarlo, y acabarlo era renunciar a un Montevideo posible para inaugurar una latitud que la volvía una ciudad fantasma. Entonces comenzó a escribir y ya no dejó de hacerlo hasta que el comisario Medina —no se sabe si en un sueño o en su alucinada realidad—, le prendió fuego Santa María. *"De pronto me sentí desembrujado y me puse a escribir de una manera fabulosa, loca, todos los días, como nunca había hecho. Así terminé* Dejemos hablar al viento*."*

La novela fue editada en Barcelona por la editorial Bruguera, en octubre de 1979, y premiada por la crítica española como la mejor novela publicada en el año. Muchos creyeron que podía tratarse de la última obra de Onetti, pero Onetti volvía a respirar entre tanto augurio agorero y escribió "Presencia", un cuento en el que Santa María y una muchacha desaparecida, regresan a la vida de Jorge Malabia, exiliado en Madrid. Repetía a quien quisiera oírlo que podía incendiar y resucitar a cuanto personaje se le diera la gana porque al fin de cuentas su único mundo posible era el que había escrito, *"la gente que nunca existió y que existe ahora dentro de mis libros"*.

El éxito de la novela afianzó su prestigio literario en España y le abrió nuevas puertas. Necesitaba legalizar su residencia, y evaporadas las expectativas de regreso por la prolongación de la dictadura uruguaya, Onetti gestionó la adopción de la nacionalidad española. El trámite siguió la vía de generosas influencias y le deparó más de una sorpresa.

"En España se me ha tratado tan maravillosamente que me he casado legalmente —declaró una vez—. *Tengo carta de familia y la partida de casamiento con mi mujer actual y definitiva. Y dice: 'Fulano de tal, divorciado, se casa con fulana de tal, soltera'. Yo no pedí ese milagro. Aquí, que no hay divorcio, me reconocieron el divorcio mexicano... El señor ministro de Justicia, que era Cavero, me dio la sorpresa de entregarme, junto con la nacionalidad, un certificado de boda. Así que ahora estamos casados y somos españoles."*

Entonces los Onetti comenzaban a hacer amigos españoles, a recibir la visita de viajeros y exiliados uruguayos, aunque bajo las formas que imponía su habitual reserva. El 31 de diciembre de 1979, Alsina Thevenet y su mujer, que entonces residían en Barcelona, llegaron a Madrid para participar de la fiesta de fin de año uruguayo-argentina que organizaba una amiga en su apartamento de la Puerta del Sol. *"Yo no podía estar en Madrid un fin de año y no ver a Onetti* —cuenta Alsina—. *Mi anfitriona sabía de quién se trataba, pero no tenía confianza para invitarlo. Tomé el subte y llegué a la casa de Onetti hacia las siete de la tarde. Tal como suponía, Dolly y Onetti estaban solos, sin invitación ni programa a la vista. Mis primeros intentos de convencer a Onetti de que viniera a la fiesta*

*fracasaron, pero a Dolly le gustó la idea y comenzamos a insistir para arrancarlo de la cama. Al cabo de un rato, Onetti, curiosamente, accedió. Entre ambos le sacamos la camiseta, que tenía agujereada, se puso una camisa más o menos adecuada y un saco más o menos adecuado. No era un dandy pero, quedó presentable. Bajamos, tomamos un taxi, y en el camino me di cuenta de que estaba haciendo una barbaridad. Mi amiga vivía en el quinto piso de una vieja casa madrileña, sin ascensor. De momento, decidí callarme la boca y decírselo cuando fuera inevitable. Apenas llegamos, le dije: lo malo de este asunto es que hay que subir cinco pisos. '¡Uy... viejo, qué pesado que sos!', protestó. Subí rápidamente los cinco pisos y Onetti vino detrás, con Dolly, apoyándose en ella como en un bastón. Peldaño a peldaño, subió trabajosamente, y cuando lo vi llegar me di cuenta de que podía haber cometido una segunda barbaridad. El ambiente más o menos juvenil que esperábamos podía resultarle un opio total. Cuando entramos Onetti se sentó en una silla, le alcanzaron un vaso de vino y pasamos unos diez minutos tensos, hasta que apareció una mujer llamada Graciela, argentina, guitarrista y lesbiana, con su instrumento bajo el brazo. Apenas se sentó, comenzó a cantar 'Yira yira'. Y después 'La cumparsita'. Y Onetti empezó: ¿a que no sabés la letra de 'Cambalache'? Pero Graciela sabe la letra de 'Cambalache'. Y Onetti insiste: ¿a que no sabés la letra de 'Mano a Mano'? Continuaron tirándose con las letras de 'Mi Buenos Aires querido', 'Los mareados' y no sé cuántos tangos más. Finalmente los dos, más los cuatro que se juntaron enseguida y quince más que llegaron después, se fueron a la pieza del dormitorio de mi amiga y sentados en la cama cantaron tangos hasta la madrugada. Al día siguiente, me llamó Dolly: 'Le hiciste pasar la noche más feliz de su vida', me dijo. 'Y vos no sabés lo preocupado que estaba de hacerle pasar la noche más infeliz', le contesté. Todo el asunto había sido un verdadero despropósito."*En los primeros tiempos, cuando llegaban amigos a visitarlos, Dolly y Onetti solían bajar a cenar a un restaurante llamado Las Cumbres. Durante las vacaciones iban a las playas, aunque Onetti prefería quedarse leyendo en el dormitorio del hotel. Su rechazo a apartarse del territorio de la cama y la lectura, se acentuó progresivamente hasta conver-

tirse en un muro frente al mundo exterior que franquearía en muy contadas ocasiones.

El fin de la censura, luego de la muerte de Franco, la emergencia de una España que recuperaba sus instituciones democráticas, beneficiaron la actividad intelectual y editorial en un amplio abanico de propuestas que favorecieron la difusión de su obra. La agencia EFE le ofreció publicar un artículo mensual muy bien pagado, invitación que Onetti aprovechó para sumar ingresos. Escribió artículos, con regularidad, hasta 1982.

A propósito de la transición española, diría: *"Me parece indiscutible que hubo un paso muy grande dado por el Rey, porque fue el Rey quien dijo a Arias Navarro que se fuera y le indicó a Adolfo Suárez lo que tenía que hacer, y Suárez lo hizo. España le debe mucho al duque de Suárez, que hoy no es nadie políticamente, pero eso de conseguir que las Cortes franquistas se fueran a su casa me parece admirable... Ahora, a mí me gustaría que desapareciera de este país Doña Perfecta, tal como la describe Galdós, pero no el libro, sino el personaje, lo que significa, porque en muchos sitios doña Perfecta sigue viva: está en el cura, en el militar, en el terrateniente".*

A medida que Onetti se convertía en España en una personalidad literaria, aumentaron los compromisos y las invitaciones a participar de congresos y simposios. A mediados de 1980 viajó a Xalapa, México, invitado por la Universidad Veracruzana a un congreso en su honor. Jorge Ruffinelli había tomado la iniciativa de un encuentro que convocó durante quince días a escritores, críticos y figuras de la cultura de diversas partes del mundo, entre ellos Gabriel García Márquez, que concurrió especialmente a dar testimonio de su admiración y como Onetti, permaneció la mayor parte del tiempo escondido.

Las actividades comprendieron un abordaje integral de su obra, redescubierta, tardíamente, como pionera de la llamada literatura del "boom" latinoamericano. Se desarrollaban de mañana y de tarde en la universidad, en varias salas del hotel donde se alojaba el homenajeado y en diversos locales de la ciudad. Pero Onetti apenas participó de la inauguración y de la clausura, y sólo pronunció unas breves palabras. El resto del mes que permaneció en México, con todos los gastos pagos, lo pasó en la pieza del hotel, acompañado por la caja de doce botellas

de vino francés que el gobernador de Veracruz le hacía llegar todas las semanas. Apenas se desplazaba al comedor para comer algo y regresar a la cama de la pieza, junto a Manuel Claps y Carlos Martínez Moreno, entonces exiliados en México. *"La bodega estaba bien surtida porque los que intentaban conocerlo* —dice Manuel Claps—, *hacían llegar su infaltable botella de regalo, fuera whisky o champagne en bandeja de plata, con sugerentes copas vacías que finalmente, no compartirían con Onetti. El congreso lo halagaba, pero no deseaba hablar de su obra. Traductores, críticos, editores, realizaron largas horas de espera, sólo para compartir unos breves momentos de charla o declinar, resignados, el ansiado encuentro."*

En alusión al congreso de México, una vez señaló: *"...me enfermaba cada vez que me decían 'maestro Onetti'. ¿Maestro de qué? Es idiótico. Lo de maestro parece perfecto, aplicado a un individuo que quiere adoctrinar o hacer didáctica, como Bernard Shaw. Sartre también trabaja de maestro. Pero yo no. Jamás me interesó adoctrinar. Si hasta en el Quijote —que estoy releyendo— por milésima vez me revientan esos parrafitos didascálicos que a veces preceden a los capítulos. Para mí, escribir es como un vicio, una manía. Me hace feliz escribir, me siento desdichado cuando no".*

La fama de las ambigüedades de Onetti en los congresos creció a medida que se sumaron los viajes a Italia, las visitas a Cuba, a las Islas Canarias. La notoriedad le imponía compromisos que cumplía muy a su pesar. En el homenaje que le rindió la Sorbona, en marzo de 1978, por iniciativa de María Angélica Petit, las cosas marcharon sin complicaciones, pero en el Primer Congreso Internacional de Escritores de Lengua Española, que se reunió en Las Palmas de Gran Canaria y del que Onetti era presidente honorario, Martínez Moreno dijo que la culpa fue de quienes eligieron como sede un puerto franco, con whisky a precio regalado. Buena parte de los colombianos, venezolanos, ecuatorianos, peruanos o guatemaltecos que quisieron congraciarse con el presidente llegaron hasta su hotel con botellas de whisky bajo el brazo. Para desesperación de sus amigos Félix Grande y Luis Rosales, Martínez Moreno y Omar Prego, Onetti se encerró en su cuarto y se negó a participar en los actos. "¿Para qué quieren que vaya?", repetía extendido sobre la

cama y parapetado detrás de un libro. De regreso a sus países cuando terminó el encuentro, muchos comentaron la moderación de Onetti al presidir un congreso de escritores al que nunca concurrió. Lo bautizaron *"el presidente en el exilio"*. El único que no se preocupó fue su amigo Juan Rulfo, con quien se encontraba en el bar de hotel. Rulfo lo acompañaba con un jugo de frutas porque desde hacía unos años había dejado de beber. *"Rulfo se emborrachaba y lo encontraban en la calle desnudo, porque la chusma pordiosera le robaba todo y el tipo seguía durmiendo* —contó Onetti una vez—. *Después se dedicó a la gaseosa. Yo le decía: '¿Qué tal, Juan?' 'Aquí andamos, Juan'. '¿Hay Cordillera, Juan?' (por el libro que entonces escribía) y él me contestaba: 'No hay Cordillera'. Y nada más. Compartíamos silencios mientras él tomaba una gaseosa porque ya el cuerpo no podía soportar el alcohol."*

Un episodio similar al de Las Palmas ocurrió en el Festival cinematográfico de Cines del Sur, España, de cuyo jurado Onetti también había sido designado presidente. Sin poder levantarlo de la cama del hotel, debieron sustituirlo por otro. Contra su apego a la bebida, Dolly hacía lo que estaba a su alcance, ganaba unas batallas y perdía otras. *"Nunca he conocido un hígado como el de Onetti* —dice Claps—. *En uno de nuestros primeros encuentros en Montevideo, cuando empezaba a reunirse con quienes hacíamos la revista* Número, *lo vi beber en El Sibarita 14 chops de cerveza, uno tras otro, sin que se le moviera un pelo. La bebida y la literatura siempre formaron parte indisoluble de su mundo"*.

Hacia fines de 1980, pese a estar postulado al premio Cervantes, Onetti no tenía ninguna expectativa de ganarlo. Ya había sido propuesto en 1978 y se lo otorgaron al poeta español Dámaso Alonso. Su recurrente destino de segundón en los concursos, le impedía imaginar que lo preferirían a Ernesto Sábato, Juan Rulfo y Octavio Paz, integrantes de la terna de ese año, u obtener el Premio Nobel de Literatura, al que acababa de promoverlo el Pen Club Latinoamericano en España. En el jurado participaban los ganadores del año anterior, Jorge Luis Borges y Gerardo Diego, quienes lo obtuvieron compartido, por única vez en la historia del premio. Ambos discreparon a propósito de Onetti y Borges votó por Octavio Paz. Cuando el periodista uru-

guayo Rubén Loza Aguerrebere le preguntó cuál era su reparo a la obra de Onetti, Borges le contestó: "Bueno, el hecho de que no me interesaba. Una novela o un cuento se escriben para el agrado, si no, no se escriben... Ahora, a mí me parece que la defensa que hizo de él, Gerardo Diego, era un poco absurda. Dijo que Onetti era un hombre que había hecho experimentos con la lengua castellana. Y yo no creo que los haya hecho.... Ahora, si Gerardo Diego cree que lo importante es escribir con un lenguaje admirable, eso tampoco se da en Onetti." Pero el autor de *El Aleph* quedó en minoría.

Cuando un martes de diciembre de 1980 le comunicaron por teléfono que le habían otorgado el Cervantes, Onetti pensó que se trataba de una broma. Un llamado siguió a otro y en pocas horas su apartamento se colmó de amigos, periodistas e ignorados felicitadores. La máxima distinción de la lengua Castellana venía acompañada de diez millones de pesetas, una suma de dinero capaz de desterrar las preocupaciones económicas que lo acompañaron a lo largo de su vida, pero no de devolverle el momento en que le hubiera sacado mayor provecho, sugirió una vez. Frente a las preguntas de rigor, Onetti contestó con una sinceridad que resultó irritante. Valoraba los diez millones de pesetas y nada añadía el premio al concepto que tenía de su obra.

En la mañana del 23 de abril de 1981, mientras peleaba con la faja y las mangas del frac que Dolly y su hermana Raquel consiguieron alquilarle, Onetti se aferrraba con desesperación a las frases que había logrado reunir para la ceremonia que lo enfrentaría al rey de España y a una sala colmada de público. Estaba aterrado. Las mujeres le andaban alrededor y le reprochaban que no hubiera aceptado ir a la tienda para que le tomaran las medidas. Era más fácil ganar el premio Cervantes que meter a Onetti adentro de un frac. *"Pero no puede ser* —se quejaba el sastre—, *todo el mundo viene. Uno se lo ajusta, si hay que agrandar se agranda, si le queda grande, se ciñe..."* *"No, no* —repetían las dos mujeres—, *apenas si conseguimos tomarle las medidas, él no va a venir, así que las únicas medidas son estas"*. Podría haberle quedado mejor, pero gracias a las destrezas femeninas, le ajustó bien. El frac había estado colgado de una percha, para desconsuelo de Onetti, que lo mi-

raba con angustia. Una tarde la llamó a Raquel al dormitorio y le dijo: *"por favor, sacame a ese ahorcado de ahí, que ya no lo puedo ver..."*.

Alborotada la casa, Onetti temía que su torpeza a la hora de hablar fuera a estropearlo todo. Se quejaba de la injusticia con que lo había condenado la naturaleza: *"Todo el mundo aprende a hablar antes de aprender a escribir. Y yo sólo sé escribir..."*.

En el salón principal de la Universidad Complutense, de Alcalá de Henares, luego de recibir de manos del rey Juan Carlos el título y la medalla del Premio Miguel de Cervantes, Onetti enfrentó al auditorio y habló en un tono tan completamente dominado, que sin conocer detalles cualquiera podría haber tomado sus quejas por falsa modestia.

Majestades, excelentísimos señores académicos, dignísimas autoridades, señoras y señores:

Yo nunca he sabido hablar ni bien ni regular. La elocuencia, atributo muy hispánico, me ha sido vedada. Hablo mal en privado, por eso hablo poco en las pequeñas reuniones de amigos, y hablo peor en público, por lo cual sería mejor para ustedes que no les dijera nada. Me resistí siempre a ofrecimientos, insistencias e incredulidades, sin saber que una fatalidad inexorable me obligaría a hablar públicamente, por primera vez, en España. Para desilusión de mis oyentes, muchos de ellos magistrales conversadores, mi torpeza oratoria se vio penosamente confirmada.

Hoy, sin embargo, me presento ante ustedes con temerosa alegría porque, por una única vez, estoy dispuesto a hablar, no sólo porque debo, sino porque quiero hacerlo. Porque quiero manifestar de viva voz —o con una voz más o menos viva— la profundidad de mi gratitud a España.

El viejo Heráclito el Oscuro dejó escritas estas sibilinas palabras: 'Si no esperas, no te sobrevendrá lo inesperado'. He descubierto que, sin darme cuenta, hubo algo que esperé a lo largo de mi vida, y que, inesperadamente, me ha sobrevenido en España. No me refiero al premio Cervantes en sí, ni a eso que llaman fama o gloria, sino a una forma de humanidad, de amistad, de cordialidad, de entendimiento que he encontrado aquí, y que dudo se prodigue en otra región de la tierra con

tanta generosidad como en ésta. Digo estas palabras no sólo pensando en mí, sino en miles de hijos de América que han hallado su nueva patria en la patria de Cervantes.

Que un hombre, a mi edad, se vea rodeado de pronto, sin merecerlas, por tantas formas del amor y de la comprensión, ya es, en sí mismo, uno de los mejores dones que el destino puede depararle, un regalo de los dioses, algo que, por desgracia, sucede muy pocas veces. En mi caso particular tengo más motivos que la mayoría para estar agradecido: llegué a España con la convicción de que lo había perdido todo, de que sólo había cosas que dejaba atrás y nada que me pudiera aguardar en el futuro. De hecho, ya no me interesaba mi vida como escritor. Sin embargo, aquí estoy, unos cuantos años después, sobrevivido. Esta sobrevida es lo primero que debo a los españoles. Estos años de regalo, en los cuales he vuelto a escribir con ganas, después de mucho tiempo de no hacerlo. He creído, gracias a esta tierra generosa, que todavía tenía algo que decir, un penúltimo grano de arena.

Ya que hablamos de primicias españolas, con relación siempre a mi persona, es conveniente que se sepa que el jurado del premio Cervantes ha tenido en esta ocasión la quijotesca ocurrencia de otorgar esa gran distinción a alguien que desde su juventud estaba acostumbrado a ser un perdedor sistemático, a un permanente segundón que hasta entonces sólo había pagado a 'placé' —o a colocado, como se dice en España— y que no tenía ninguna victoria en su palmarés. No dejo de pensar, a veces, en la irónica y compasiva justicia —o injusticia— de este, para mí, sorprendente fallo con que me han beneficiado. Cervantinos siempre, quijotescos, los miembros del jurado transformaron el pesado molino de viento de mis novelas en un soberbio gigante Briareo de cien brazos.

He leído a Cervantes, y en particular al Quijote, *incontables veces. Era un niño cuando lo descubrí, y espero volver a leerlo una vez más, por lo menos, antes de morirme. Lo que nunca pude imaginar, ni siquiera en los momentos más delirantes de mi existencia, es que mi nombre llegara a estar unido al suyo. Hoy, por méritos que otros me han exagerado, lo está. Les agradezco su delirio, superior al mío. Para mí, de*

todos modos, no puede haber mayor motivo de emoción y de orgullo. Para mí y para todo novelista auténtico.

He dicho que soy desde la infancia un inveterado y ferviente lector de Cervantes. Todos los novelistas, sea cual sea el idioma en que escribamos, somos deudores de aquel hombre desdichado y de su mejor novela, que es la primera y también la mejor novela que se ha escrito. Una novela en la que todos hemos entrado a saco, durante siglos, y que, a pesar de nosotros y de tan repetida depredación, se mantiene, como el primer día, intocada, misteriosa, transparente y pura.

A pesar de que hay en este recinto muchas personas más cultas y talentosas que yo, y a pesar de provenir, como provengo, de un lejano suburbio de la lengua española, me atreveré a dar una tímida opinión personal sobre uno de los incontables valores de la obra de Cervantes y, en especial, del Quijote.

El planteamiento del libro, su esencial libertad creativa e imaginativa marcan la pauta, conquistan el terreno sin límites en el que germinará y se desarrollará toda la novelística posterior. El maravilloso entramado de la más cruda realidad y la fantasía más exaltada, la magia prodigiosa de dar vida permanente a todo lo que su mano, como al descuido, va tocando, son virtudes que ya han sido, y siempre serán, alabadas, aplaudidas y comentadas.

Yo no voy a referirme en este caso a la estética, a la técnica narrativa ni a la creación novelística de Cervantes, sino a otro sustantivo, tan inmediato siempre a la verdadera poesía y que yo he mencionado al pasar: la libertad. Porque el Quijote *es, entre tantas otras cosas, un ejemplo supremo de libertad y de ansia de libertad.*

Mi entrañable amigo, el gran poeta Luis Rosales, tuvo el acierto de titular uno de sus libros exactamente así: Cervantes y la libertad. *Un enorme acierto, una enorme verdad, porque la libertad ha sido siempre una principal preocupación, y también una causa principal para todos los hombres sensibles e inteligentes. Esta libertad que hoy respiramos, sencillamente, sin esfuerzo, casi sin darnos cuenta. Esta libertad que a muchos parece trivial, aburrida, insignificante. Yo, que he conocido la libertad, y también su escasez y su ausencia, puedo pedir que siga siendo siempre así. Un aire habitual, sin perfu-*

mes exóticos, que se respira junto con el oxígeno, sin pensarlo, pero conscientes de que existe.

Esta libertad que me permite estar hoy aquí, porque me pregunto: ¿Dónde, sino en un país libre, podría un hombre como yo encontrarse en un lugar como éste y en estas circunstancias? Un país libre, por supuesto, en el que existen comprensión y sentido del humor.

Amparándome en esta comprensión, en este sentido del humor (que no es un invento exclusivamente británico, sino también y principalmente español), protegido de esta forma, me permito declarar que yo, si tuviera el poder suficiente, que nunca tendré, haría un solo cercenamiento a la libertad individual: declararía, universalmente, la lectura obligatoria del Quijote.

Dijo Flaubert, quizá con excesiva ingenuidad, que si los gobernantes de su tiempo hubieran leído La educación sentimental, la guerra franco-prusiana jamás se habría producido. Por mi parte les pediría que leyeran a Cervantes, al Quijote. Confío en que si lo hicieran nuestro mundo sería un poco mejor, menos ciego y menos egoísta.

Esta libertad que yo le debo a España se la debo también, como todos los españoles y no españoles que vivimos sobre este suelo, principalmente a su rey.

Yo, que sufrí amargamente años atrás la derrota de un gobierno legítimo español, y que he sido toda la vida un demócrata convencido, nunca imaginé que me llegaría el día de hacer un elogio público y sincero a un rey, a un monarca en cuanto tal, es decir: por el hecho mismo de ejercer la jefatura del estado. Hoy lo hago fervorosamente, y querría que todas las repúblicas de América se enteraran de ello.

El fantasma de aquel manco desvalido, preso por deudas vigila y sabe que no miento, que he dicho la verdad, honestamente.

Pido permiso a los señores académicos para citar una vieja frase latina: Ubi Libertas Ibi Patria.

Gracias, Majestad; gracias, España.

En las espaldas del sol

La obtención del premio Cervantes, las traducciones gestionadas por su agente y amiga Carmen Balcells, pero sobre todo la recuperación de las fuerzas para escribir, alejaron a Onetti de la idea de regresar al Río de la Plata. La dictadura uruguaya se prolongaba en el poder y nada indicaba que fuera a culminar en el corto plazo. En Montevideo, Onetti contaba con una irrisoria jubilación y Dolly con el previsible rechazo del Sodre a renovar su contrato. Había conseguido ingresar a una orquesta estable de Madrid y las perspectivas parecían inmejorables. Con los recursos del premio, compraron el apartamento donde vivían y vendieron la casa de Bonpland a su hermano Raúl. Cuando llegó Beatrice, una perrita que se convertiría en guardiana de las proximidades de su amo, Madrid se transformó en un hogar.

Los compromisos del Cervantes lo llevaron a integrar el jurado de su próxima edición, un sitio incómodo para un escritor ajeno a la vida literaria. En 1981 el premio se dirimía entre Rafael Alberti y Octavio Paz, que acabó por ganarlo. Después del fallo, Onetti realizó declaraciones a la prensa en las que cuestionó las ideas políticas de Paz, lo que motivó un cruce de cartas personales que no se dieron a conocer hasta 1992, cuando en un reportaje de Carlos Dámaso Martínez, publicado en el Suplemento Cultural del diario *Clarín*, de Buenos Aires, Onetti señaló: [A propósito del Cervantes] *"me peleé, o se peleó conmigo Octavio Paz. En realidad no fue una pelea, fue un reproche de él. Paz se enteró de que en la reunión del jurado yo votaba por Alberti, porque había dos candidatos: Alberti y él. Entonces me mandó una carta reprochándome mi elección y diciendo que cuando yo estuve preso en Montevideo, él había firmado un manifiesto pidiendo mi libertad. Mani-*

*fiesto que también firmó Borges. Divertido, Borges, antes de firmar, le dijo a Bioy: '¿Estás seguro que no es comunista?' Le aseguraron que no y entonces firmó. Bueno, le contesté a Paz que no me había enterado de su intervención, porque todos esos documentos los recibía el que era el jefe de policía en ese entonces. Por otra parte, yo siempre sospeché de la posición política de Paz. Como se lo dijo Vargas Llosa: 'Pensador del PRI'. Y que el PRI 'era la dictadura perfecta'. Definición con la cual coincido."*Ante la difusión de estas declaraciones, Octavio Paz envió al diario un desmentido sobre el mencionado reproche y las dos cartas que intercambiaron en aquella oportunidad. *"Nunca le reproché a Onetti que no hubiese votado por mí, ni nuestra correspondencia versó sobre sus juicios y preferencias literarias sino sobre sus opiniones políticas* —señaló Paz—. *Cuando se me otorgó el Premio Cervantes, algunos diarios españoles publicaron unos juicios de Onetti, que era uno de sus jurados, en los que decía, entre otras cosas, que yo era un partidario del imperialismo norteamericano, un propagandista de Reagan y un defensor de las dictaduras militares de América Latina. Le envié inmediatamente tanto la trascripción de lo que había dicho realmente en la televisión mexicana sobre la elección de Reagan, como un fragmento de un ensayo mío,* Polvos de aquellos lodos, *publicado en* Plural, *en marzo de 1974, y recogido en* El ogro filantrópico, *en 1979. Era un ensayo acerca de las revelaciones de Solyenitzin sobre la Unión Soviética (esas sí merecen el nombre de revelaciones); en la parte final decía que los horrores de allá no justificaban las faltas de acá, fueran las del imperialismo y del racismo, los asesinatos en Chile y las torturas en Brasil o la prisión de Onetti (pp.259 y 260). Onetti contestó con una larga carta y yo le respondí con una más corta. Le envío copias de ambas..."*

Madrid, 15 de febrero de 1982

Querido Octavio Paz:

Mucho te agradezco el envío de la fotocopia de parte de un librito tuyo en que se me nombra y se hace la crítica de la reiterada intervención de las dictaduras de nuestra pobre América en asuntos culturales y su libre expresión.

También agradezco la versión de tu conferencia radial y los muchos elogios que ella contiene y que, sinceramente, no sé si los merezco.

Personalmente, considero un poco absurdo que se haya fraguado una fricción Paz-Onetti. Ignoro qué versiones te llegaron de mi intervención en el jurado para el Premio Cervantes del año 1981. Quiero decirte algunas verdades que son definitivas porque las escribo bajo palabra de honor.

Cuando integré el jurado en el último Premio Cervantes supe de inmediato que te estaba adjudicado. Luego del fallo asistí a una conferencia de prensa en la que me extendí elogiosamente sobre tu intento, siempre vano, de explicar qué es Méjico y los esfuerzos que tú habías hecho mediante tus libros para también decir a nosotros, hispanoamericanos, y tal vez resolver, el problema llamado Méjico. Acaso pasados algunos siglos de esa actual gigantesca confusión pueda alcanzar límites respetables de claridad.

En esa conversación con periodistas, puedo asegurarte y reiterar que expresé con admiración la calidad de tu obra.

Luego de la conferencia, un grupo de aprendices de periodistas, siempre jóvenes y simpáticos, me acorralaron asegurando que se veía en mis ojos que yo había votado por Alberti.

Un año atrás, tal vez los mismos periodistas me preguntaron que, si yo hubiera sido miembro del jurado, por quién habría votado. Les contesté y espero que también de esto te hayas enterado, que hubiera votado por Octavio Paz. Considero y consideré que tu obra era más importante que la mía porque tú te habías dedicado, con extraordinaria inteligencia y voluntad de comprender, a los problemas de esa tan diversa América en que nacimos.

Lo mío no era, y espero que lo siga siendo, nada más que un conjunto de obras de ficción en que lo único que me intere-

saba era mi yo enfrentado y tal vez unido a las peripecias de muchos personajes que la vida me impuso o que acaso yo haya imaginado.

Creo que con esto queda disuelto todo mal entendido que haya llegado a tu país.

Ratifico, sí, que cuando los chicos aludidos me rodearon y acribillaron con preguntas, les dije que mucho lamentaba tu actual inclinación hacia la derecha y tu saludo radial a un buey paranoico y esquizofrénico que se ha metido en una tienda de porcelana. Bien sabes a quién me refiero; y les expresé a los muchachos que mucho temía que Octavio Paz elogiara algún día al sargento Haig.

Eso y exclusivamente eso es lo que ha motivado sin duda tu reacción que sigo considerando amistosa.

Comprendo, tal como lo comprendí en su tiempo, que te haya dolido la incautación que realizaron sub-intelectuales comunistas de tu revista Plural, que fue durante muchos años la mejor publicación literaria que se haya hecho en nuestros países y hoy es un pasquín dirigido por los comisarios del partido comunista.

Esto explicaría, tal vez, ese cambio, para mí triste y sorprendente, de varios importantes escritores americanos que en un día fueron jóvenes —la apasionada juventud de los veinte años— y que ahora no tienen reparo en escribir y confesar su acomodo, su deseo de acomodo bajo las alas, desgraciadamente siempre poderosas y llenas de cariño, del imperialismo contra el cual, en un tiempo pasado, tanto tú como yo hemos luchado sin lograr buen éxito.

Nunca hubo amnesia: sólo ignorancia de lo que habías escrito y dicho sobre el abajo firmado.

Queda otro aspecto. Recuerdo haber dicho a los jóvenes periodistas que consideraba tu poesía admirable y tan emparejada con la de Borges pero, para mi pobre sentido crítico, era, como la otra, en exceso hermética y cerebral.

Querido Octavio, los tiempos cambian y los años pasan. Como tú sabes, ya estoy viejo y mucho le temo al frío. De todas maneras haré lo posible para abrazarte con motivo de tu consagración el próximo 23 de abril.

Juan Carlos Onetti

10 de Marzo de 1982

Querido Juan Carlos:

Gracias por tus líneas. Sabía que contestarías: eres un hombre generoso. Me has conmovido.

Lo que escribí sobre ti es más bien insignificante y no tienes nada que agradecerme. Comprendo tus juicios sobre mis versos y mi prosa aunque, claro, no los comparto. Pero no fueron tus opiniones literarias sino las políticas las que me irritaron un poco y me entristecieron otro poco. ¿Cuándo y dónde he defendido a Reagan? En un artículo de una serie, publicada en El País y en otros diarios, después de lamentar la mediocridad de los dos candidatos (Carter y Reagan), intenté explicar las razones de la elección de este último. Escribí que entre los grandes electores de Reagan —además del mal estado de la economía, la incoherencia de Carter y los reveses internacionales de los Estados Unidos— se encontraban aquellos que, como Brejnev y Castro, con sus actos y sus palabras, unos y otras agresivos, fortalecen a los conservadores en todo el mundo. Sigo pensando lo mismo.

Como mejicano comprendo muy bien tus sentimientos frente a los Estados Unidos. Esos sentimientos fueron los míos y en buena parte lo siguen siendo. Pero me parece que tus ideas políticas pertenecen a otra época. Tu caso no es excepcional: la petrificación ideológica es un mal generalizado entre los escritores y los intelectuales latinoamericanos. Acusar a los 'gringos' por la existencia de dictaduras en la mayoría de nuestros países es un recurso fácil. En el siglo XIX echábamos la culpa a los 'godos' y a los 'gachupines'. Los chivos expiatorios cumplen una función psicológica pero no sustituyen a las explicaciones. Los yanquis se han aprovechado de la inestabilidad política de nuestros pueblos, la han fomentado y han apoyado a los Somoza y los Trujillo. Pero no han sido los inventores de la anarquía y el militarismo; América Latina ha vivido entre la demagogia y la tiranía porque esos males están inscritos en nuestra historia. Para extirparlos hay que hacer antes un examen de conciencia: pensar en nuestra historia. Apenas si necesito aclararte que no pretendo disculpar al imperialismo yanqui ni negar su funesta influencia. Por otra

parte, incluso si fuese cierto que el imperialismo norteamericano es el único y principal responsable de esa catástrofe histórica que se llama América Latina, la situación ha cambiado radicalmente desde que Castro entregó la revolución cubana a los rusos. Desde entonces la dictadura burocrática que ha usurpado el nombre del socialismo —y que es el régimen más reaccionario y oscurantista de este final de siglo— tiene algo que no tuvieron ántes ni Napoleón III, la Reina Victoria, Guillermo II y los antiguos imperialismos europeos: una base política y militar en América. Seguir la prédica en contra de los gringos y no ver la aparición en nuestras tierras del otro y más feroz imperialismo, como hacen tantos escritores e intelectuales latinoamericanos, es enterrar la cabeza no en la arena, como los avestruces, sino en el polvo de la propaganda y los lugares comunes. Esta actitud revela cansancio moral y frivolidad política.

Un abrazo de tu lector que te admira.
Octavio Paz

¿Qué hacía Onetti discutiendo de política internacional con Octavio Paz, cuando a lo largo de su vida evitó las confrontaciones públicas alrededor de posiciones ideológicas y políticas? La cárcel dejó en Onetti más de una cicatriz.

Poco después de instalarse en España, Nelson Marra llevó a Onetti un libro que le enviaba Martínez Moreno desde México. Era la primera vez que se veían desde que se separaron en las prisiones uruguayas y Marra tenía temor. Jorge Ruffinelli le había contado que cuando lo visitó en Madrid por primera vez, Onetti se mostró muy receloso y sólo su insistencia logró vencer el inicial rechazo. *"¡Qué cagada te mandaste!"* fue el reproche que reinició el diálogo entre ambos, sin que Onetti le permitiera dar explicaciones. Nunca más volvieron a hablar del tema.

A Marra lo recibió con una cortés frialdad. Eludieron el tema de la cárcel y el cierre de *Marcha*. Conversaron de Montevideo, de España, hubo bromas y algún gesto tierno que le permitieron pensar a Marra en una posible amistad. Pero cuando tiempo más tarde, una revista le pidió que lo entrevistara y lla-

mó para solicitársela, Onetti se negó y finalmente le dijo que lo llamara otro día. La segunda vez atendió Dolly y mencionó dificultades para concretar el encuentro. Cuando Onetti tomó el teléfono le dijo algo que Marra, sin molestarse, entendió como una marca irreductible. *"Mirá, ¿sabés lo que me pasa contigo? Yo te veo y veo la esquina de San José y Yi, la jefatura de policía." "Bueno, entonces nada"*, contestó Marra y ya no volvió a llamar.

La anécdota muestra hasta qué punto el recuerdo de la cárcel estaba vivo. Como prueba de su absurdo conservaba, enmarcada y colgada en su apartamento madrileño, la única constancia que pudo conseguir de su experiencia carcelaria: "Se hace constar que no ha estado detenido el ciudadano Juan Carlos Onetti". Era un certificado expedido por el Ejército. Ni en sus archivos ni en los de la policía montevideana había quedado registrada su pesadilla. Para las fuerzas de seguridad uruguayas, se trataba de una ficción más, en el caso nunca escrita, que acentuó su tendencia al encierro, lo colocó al borde del suicidio y lo condujo al exilio.

Desde entonces, Onetti se mostró preocupado por la vida política de un modo nuevo. Cuando se produjo la apertura democrática uruguaya y crecía la expectativa sobre el futuro, lamentó las dificultades de renovación de la clase política: *"Lo que me ha llegado de Uruguay es que habría una esperanza en la nueva generación, pero no existe: los nombres que me llegan son los mismos nombres con los que yo he nacido"*.

Poco después de obtener el gobierno en las elecciones nacionales de 1984, Julio María Sanguinetti lo llamó por teléfono con el fin de invitarlo a la ceremonia de asunción del poder. Para muchos se había convertido en un símbolo literario del exilio y la expectativa por el retorno de miles de uruguayos emigrados acompañaba la que se centraba en la liberación de los presos políticos. Onetti condicionó el viaje al estado de su salud y entrevistado por Magela Prego en esos días, señaló la distancia con sus anteriores simpatías por el Partido Colorado: *"La respuesta a la invitación es mi sincera satisfacción de que Sanguinetti sea por fin un Presidente legítimo, elegido por el pueblo de la República Oriental del Uruguay, que es mi patria...Yo aprendí a leer con el diario* El Día. *He recibido algu-*

nos ejemplares de ese diario en el año y veo que es muy distinto al que yo leía en mi infancia y mi juventud. Luego constato que hay un período en que el batllismo se detiene. Porque el batllismo que había fundado el viejo Batlle, Don Pepe, era un batllismo progresista, y tanto que fue calificado de socialista por unas fracciones del partido Colorado, que se alejaron. Lo que hizo Batlle era socialismo de Estado. No hubiera podido hacer otro socialismo, aunque lo hubiera querido... Su obsesión por lograr que el Uruguay fuera gobernado por un Consejo integrado por más de un partido era una idea muy generosa y que, a mi juicio, de haberse mantenido en su total pureza, hubiera evitado golpes de Estado, que en definitiva, han convertido a varias repúblicas sudamericanas en simples republiquetas".

Durante la mayor parte del reportaje, Onetti se mantuvo alejado de todos los sectores políticos uruguayos, relativizó los triunfalismos y señaló los condicionamientos de la transición —*"la presión del capitalismo extranjero, las multinacionales"*—. En un raro gesto de debilidad, cedió a la invitación de dar un mensaje a la juventud crecida durante la dictadura: *"No me creo autorizado para aconsejar a nadie. Todos sabemos que los consejos se olvidan en cinco minutos o se aceptan y se siguen para desgracia del aconsejado. Me limito a desearles que la vida les permita larga juventud del espíritu para actuar como yo: defender la democracia apoyando a las izquierdas. Y al decir izquierdas no me refiero exclusivamente a los que, de cualquier edad, votaron al Frente. Pienso —recuerdo la multitud de mujeres que vi tiradas en el pasto de plazas o de arrabales, llorando por la muerte de Don Pepe Batlle en el aciago año 1929— en sus hijos o nietos. Pienso, exceptuando al lumpen, a proxenetas y contrabandistas permitidos, pienso en los que habitan cantegriles sin más defensa contra el frío y el calor que latas y cartones. Pienso en una clase media martirizada por la pobreza creciente. Todos los que, cualquiera sea la lista que hayan votado, forman parte de una izquierda, lo sepan o no, que aspira a la justicia y a la dignidad que les corresponde por el simple hecho de haber nacido en un país que fue ejemplo en el mundo. Y espero, con fervor y rabia, que la democracia que hoy se le restituye le devuelva el manoteado*

prestigio. Y ahora, al decirte adiós me pregunto, abusando de la paciencia de un genio, si las izquierdas no estarán siempre formadas por batallones grises, hoy inmóviles, de humillados y ofendidos. Todos sabemos que en Uruguay, durante once años, se aplicó la humillación y la ofensa."

Su desembozada simpatía por las izquierdas era un modo de ratificar su posición del lado de los débiles y de los perdedores. Simpatizante de los judíos durante las persecuciones del nazismo, en el conflicto árabe-israelí estuvo del lado de los palestinos, y con tanto celo que sacrificó a la guerra de Medio Oriente una de sus amistades más sensibles. En una carta dirigida a Hugo Alfaro y publicada en el cuarto número de *Brecha*, del 1 de noviembre de 1985, entre felicitaciones y saludos por la aparición del semanario, Onetti escribía con mordaz ironía desde Madrid: "*...Veo que el corresponsal de la nonata* Brecha *en Tel Aviv es un tal Julio Adín. (Su verdadero apellido es Stein y nunca escuché chistes tan graciosos sobre el sionismo como los que me contó entre una mujer y otra). Espero informará minuciosamente sobre las matanzas de palestinos que no son, claro está, actos terroristas. Como hijo de* Marcha *tú estás conformado para escuchar dos campanas. Por eso te propongo la candidatura de un viejo amigo que ahora anda en la mala y al que le vendrían muy bien algunos mangos que pudieras girarle. Este muchacho se llama Arafat y un día de estos te enviaré su dirección. Entre tanto, te hago llegar abrazos cariñosos*".

Onetti conocía las posiciones progresistas de Julio Adín en el conflicto, y sus críticas a la derecha judía. Desde que se radicó en Israel en 1964 para contribuir a la formación de los primeros kibbutz, Adín había visitado a Onetti en varias ocasiones. Más de una vez se hospedó en su departamento de Madrid, pero cada vez que hablaba con entusiasmo de Israel, Onetti descalificaba sus argumentos y lo acusaba de hacer propaganda. Discusiones y riñas formaban parte de un vínculo fraternal que los años no habían desdibujado. Cierta vez en que Adín lo llamó por teléfono, le dijo: "*Decile a Dolly que la amo*". "*Yo también la amo*", respondió Onetti. "*No, no, no* —insistió Adín—, *no es lo mismo. Vos la amás y la reclamás, y exigís que se porte de una manera determinada, que te sirva y que sea obediente. En*

cambio yo, la amo desinteresadamente. No le exijo nada. Sólo la amo". "En mi próxima novela vas a trabajar en un prostíbulo" fue la airada respuesta de Onetti, convencido de que al menos, el destino de Julio Stein le pertenecía.

Pero no por entero. Poco después de que Onetti publicara su carta en *Brecha*, llegó la respuesta de Adín desde Israel. Decía que el sionismo había llegado tarde a la historia para recurrir al genocidio, que pese a los crímenes cometidos por el ejército israelí no había tal genocidio en Palestina. Agregaba que no pretendía discutir con Onetti ni arañar el mármol, pero sentía curiosidad por saber si entre los papeles de su abuelo, que había sido secretario de Rivera, no encontró referencias a la OLCH (Organización para la Liberación de los Charrúas).

La respuesta en *Brecha*, cuya copia del original, Adín le envió a Madrid, lo enfureció. *"Cuando meses más tarde viajé a Madrid y lo llamé por teléfono* —cuenta Adín—, *atendió Dolly. Quedó petrificada al escuchar mi nombre y ya supe que estaba perdido, que me borraban del mapa.*

"—Hola —dice Onetti.

"—Habla Julio.

"—Andate a la mierda —me dice.

"—Me voy a Israel.

"—Es lo mismo.

"—Ah... —le digo —. Ya no vas a hacer como Arturito.

"—¿Qué?

"—Como Arturito Rimbaud, que 'por delicadeza yo perdí mi vida' —Quería decirle con aquel poema de Rimbaud que no fuera grosero conmigo, pero no me dio pelota.

"-—Andate a la mierda —volvió a decir.

"—Te traigo la entrevista con María Esther. ¿Te la mando por correo?

"—Sí.

"— Chau.

"Así terminó mi relación con uno de los hombres más inteligentes y cabales que conocí en mi vida. Es difícil sospechar qué puede herir la susceptibilidad onettiana."

Reiteradas invitaciones, ofrecimientos y honores brindados por Julio María Sanguinetti, no lograron convencerlo de regresar a Uruguay, ni siquiera de visita. Cuando el gobierno sancionó la ley de caducidad que garantizó la impunidad por los crímenes cometidos durante la dictadura, una intensa campaña reunió las firmas necesarias para someter a plebiscito la validez de la ley. Onetti presidió en Madrid la filial española de la Comisión Nacional pro Referéndum. *"Yo estaba con los verdes, es decir, quería que los militares que habían cometido delitos fueran juzgados. No se puede resucitar a los muertos, a los asesinados. Entonces ahí cometieron otro error. Al indultar o amnistiar a las tres ramas militares, es como si se atribuyera a todos los delitos, asesinatos, torturas, secuestros, robos, que los hubo. El mismo Ejército debería haberlos juzgado, condenarlos y decir: nosotros no somos así, nosotros no somos eso. Pero los milicos son muy brutos."*

De la historia de un típico militar latinoamericano se ocupaba por entonces, pero no en la trampa de la política, sino en la del amor. Como lo había hecho otras veces, abandonó la escritura de un anunciado "novelón de cien capítulos" y se abocó a trabajar en un cuento que amenazaba crecer. Regresó a las calles de Buenos Aires para indagar un misterio del que en cierta forma, tomó parte años atrás. Un compañero del diario *Acción* le había narrado la historia de una muchacha de rara belleza que se hacía mantener por un agregado militar. En uno de sus viajes a Buenos Aires, en el bar de una dinamarquesa ubicado sobre la avenida Corrientes y llamado Noname, al que solía ir con Julio Adín en busca de los cócteles que preparaba un moreno, descubrió a la amante del militar. *"Aquella cara estaba construida por una frente muy extensa, casi masculina; y ella lo sabía e intentaba disimulos por medio de peinados variables. La frente lisa y bien redondeada confirmaba la sospecha de una hermosa calavera. Los ojos se estrechaban al correrse hacia las sienes. Eran negros y con chispas permanentes que delataban lo que no era necesario decir. La boca estaba hecha con labios delgados, austeros, engañosos, tan frecuentes en las mujeres que saben disfrutar de una cama... La nariz, casi recta, con una leve curva hebraica, marcaba la personalidad*

de la cabeza. Era más hermoso mirarle el perfil que enfrentarla."

Onetti se acercó a ella en el Noname y cuando el tiempo decantó aquella relación, contó las relaciones de la prostituta Magda con el militar latinoamericano y con el periodista Lamas, que inicia el relato de la historia. El tejido de voces que estructura la trama se cierra con el cable de una teletipo dando noticia de la caída del avión "Presidente" en el que viajaba el agregado militar y su esposa. En 1961, Carlos Martínez Moreno había iniciado su primera novela, *Cordelia*, con aquella fuente periodística que Onetti utilizaba ahora para ocultar a los ojos de Lamas una noticia que le sería más decisiva: el suicidio de Magda.

Cuando entonces fue publicada en 1987 por la editorial Mondadori, en Barcelona, y despertó más entusiasmo en España que entre los críticos rioplatenses. A Onetti no le pasaría desapercibido. *"Ese librito tuvo una muy mala acogida en Montevideo. Se formó allá una generación de parricidas, de jóvenes que no han escrito ninguna obra y que, sin embargo, buscan destruir todo aquello que ha sido aceptado."*

Luego de recibir el Premio Cervantes había escrito y publicado algunos cuentos en revistas, varios de ellos recopilados en el volumen *Presencia y otros cuentos*, editados en 1986 por la editorial Almarabu, de Madrid. *Cuando entonces* significaba su regreso a la novela mientras crecía, en forma desordenada y discontinua, la escritura de su regreso a una Santa María transformada por nuevos acontecimientos. Con relación a ellos, le había escrito a Idea Vilariño, en 1984: *"Mientras, envejezco y escribo una novela casi recién nacida pero de la cual ya estoy enamorado y haría un pacto con el diablo para que me permita vivir hasta terminarla. Claro que ya sabemos que el diablo es judío y no hace malos negocios aceptando como moneda de cambio almas ya podridas y condenadas"*.

En las pocas ocasiones en que Onetti se refirió a la novela, la definió como *"un dramón en el que un juez alcohólico, bondadoso, indiferente, cuenta a la gente que concurre a un boliche, una sentencia que ha dictado en el pasado"*. En otra oportunidad señaló: *"Vuelve a aparecer Santa María, pero en otras condiciones. Ahora ha sido invadida por los suizos puri-*

tanos, porque en Montevideo había, en la parte suroeste, unas playas muy hermosas que se llamaron Colonia Suiza. Y tengo ahora toda la documentación de cómo la fundaron, quiénes la fundaron, y resucito a Díaz Grey y le hago trabajar allí. Aparte de Díaz Grey, resucito a esta mujer medio rara, de El astillero, *la hija de Petrus, Angélica Inés, que está un poquito loca. Díaz Grey se casa con ella para protegerla, por ternura, por el amor que se puede tener a un niño, y la cuida mucho. Ella tiene sus arrebatos sexuales pero él la trata más bien como médico y los toma como uno toma la temperatura: tiene fiebre, no tiene fiebre. Él casi no tiene celos. Debe haber envejecido también, lógicamente".*

La novela estaba avanzada cuando en 1989 una inyección mal aplicada por un enfermero le produjo una gangrena que afectó seriamente su salud. *"Me ha producido una septicemia de la que aún no me he recuperado* —le dijo a Ramón Chao, quien por entonces lo entrevistaba para la televisión francesa—. *No sé si podré seguir. Me he quedado muy desanimado con esto, la impotencia de no poder caminar... ¿no me habrá afectado el cerebro este animal?"*

Onetti interrumpió la escritura por un largo período. Debió someterse a una operación quirúrgica a consecuencia de la inyección y desde entonces prácticamente ya no se levantó de la cama. *"¿Para qué voy a salir? ¿Qué tengo que ver? ¿Querés decirme qué hay afuera?* —le dijo a María Esther Gilio—. *Miseria, muertos de hambre, bombas sobre campos de refugiados. Si con el dinero alcanza..."* Ella intentaba comprender los motivos de su encierro y conocer su percepción de Madrid. Sin mencionar el problema de la inyección, Onetti respondía: *"me acostumbré a Madrid por indiferencia". "Usted no sólo no sale de casa sino que pasa buena parte del tiempo en la cama* —insistía María Esther— *¿Fue producto de una decisión o algo que empezó a ocurrir?" "¿Cómo va a ser producto de una decisión? Me fui quedando. Estaba cómodo." "En parte, suena razonable"* —agregó ella—. *Pensándolo bien, en la cama se puede hacer casi todo: leer, escribir, comer..." "Y mirá qué cosa, querida* —la interrumpió Onetti—, *a veces también es un buen lugar para hacer el amor. Fijate de lo que te fuiste a olvidar."*

La enfermedad incorporó al apartamento de Madrid a Susana. Joven, bonita, la enfermera no tardó en recibir el apelativo de "Susto", sumada a Dolly y Beatrice en el cuidado femenino del lecho onettiano. La dedicación de Dolly, desde 1955, fue absoluta. Esposa, madre, enfermera, secretaria, correctora, mensajera, son roles que alternó a lo largo del tiempo con una fidelidad que de tan radical, se convirtió en un amor transgresivo de las convenciones burguesas.

Visitado por amigos, por su hijo Jorge y su esposa, también radicados en Madrid, o los eventuales viajeros que le acercaban noticias uruguayas, Onetti vivió sus últimos años atento a las noticias del Río de la Plata. Pero la invitación que le hiciera llegar el entonces intendente de Montevideo, Tabaré Vázquez, a regresar a Uruguay, corrió la misma suerte que la de Sanguinetti. Con el paso de los años, Montevideo y Buenos Aires se habían convertido en ciudades ilegítimas fuera de su memoria. *"Es que Montevideo ya no puede ser mi Montevideo* —dijo una vez—. *No me seduce eso de la barra del boliche que atrae a mucha gente, amigos míos uruguayos que han estado acá, que añoran aquellos amigos del café, aquellas callecitas del barrio. Es toda una antología del tango. Bueno, eso yo lo siento en algún momento con ternura. Pero más bien, lo que me produce nostalgia son las personas, no las calles...Yo no tengo ni experiencia ni documentación de cómo han cambiado, no sólo los uruguayos, sino el ambiente uruguayo. Entonces yo me doy cuenta que esto que estoy escribiendo está situado en un Montevideo o en un Buenos Aires de la presalvación. Sigue ahí, y el tiempo no pasó."*

Al tiempo de la presalvación pertenecía Kostia, el amigo que le presentó a Roberto Arlt y reencontró, alarmado, en un relato de Ricardo Piglia titulado "Homenaje a Roberto Arlt". A raíz de un reportaje de Ana Inés Larre Borges a Piglia (en *Brecha*, 28 de julio de 1989), Onetti le escribió a Piglia desde Madrid: "Me asombra que en el mencionado reportaje aparezca un Kostia recitando anécdotas de Arlt a cambio de que le pagaran copas. Esta imagen no tiene ningún punto de relación con el Kostia que yo conocía. Si se trata del mismo, te ruego confirmarme esa increíble decadencia que a mí me resulta desconcertante si hablamos del mismo Kostia. El mío era una de las personas

más inteligentes, delicadas y con un olfato extraordinario en materia literaria." Piglia le aclaró que se trataba de una ficción, inspirada por la presencia de ese hombre que se derramaba la ceniza de sus cigarrillos en las solapas, y lo tranquilizó. El episodio muestra hasta qué punto cobraban una presencia insobornable sus viejos amigos.

Cada vez que Dolly hacía un viaje al Río de la Plata disparaba su cámara fotográfica sobre casas, esquinas, habitaciones y rincones, sobre Litty y sus hijos, y cuanto sitio retuviera una significación para Onetti. Cientos de fotografías se acumularon en la cómoda de la casa de Madrid registrando los cambios, a veces casi imperceptibles, sobre lugares y seres queridos. Onetti las contemplaba como si jugara una partida de cartas contra sus propios recuerdos.

Con el deseo irrenunciable de la novela bajo la lámpara de su mesa de luz —desde hacía años único sol de su vigilia—, Onetti regresó a Santa María en busca de Díaz Grey. Si en algún momento imaginó el regreso de Larsen montado en una mula y convertido en cura párroco, luego la desechó. Conservó la figura del cura, entrevista en la secuencia de una procesión, pero sin identificarla con su viejo amigo. Conservó al juez, pero enmudecido por el alcohol y sin historias. Iba en busca de un personaje que durante años había mostrado la arrogancia del testigo, con mordacidad, comprensión y cinismo, capaz de sobrevivir a las trampas del deseo y sus condenas. Iba por él como si arremetiera contra un silencio.

Cuando ya no importe, terminada a fines de 1992 y publicada en abril de 1993 por Alfaguara, muestra una Santa María póstuma, dividida en "Vieja" y "Nueva", invadida por los puritanos de Colonia Suiza. Ha muerto Jeremías Petrus sin saber que el pleito judicial del astillero se resolvió finalmente a su favor. Brausen es una estatua en la plaza del pueblo y el nombre de un bar; el prostíbulo de Larsen, apenas un recuerdo en la memoria de Díaz Grey. Detrás del nuevo testigo que llega a Santa María —siempre habrá alguien dispuesto a escuchar la historia con interés y desaprensión—, Onetti respira sin simulaciones. Quiere averiguar por qué el médico se ha casado con la ninfómaca hija de Petrus, Angélica Inés, parturienta de una criatura que permitirá a Onetti celebrar, una vez más, a las

adolescentes capaces de vencer las depredaciones del tiempo. *"Es que el mundo, generación va y viene, está perpetuamente poblado de falsas muchachas. Hay muchas que nacieron no muchachas y nunca variará su condición, tan lamentable. Las muchachas legítimas, al dar sus primeros berridos ya son esclavas deliciosas de su destino inmutable. Porque el muchachismo persevera y se mantiene exento de edades o peripecias. Es eterno, y la hermosura no es indispensable."* María Elvira, como la melliza auténtica, como Juanina, como las adolescentes que pueblan sus relatos, amalgama su voz con la de todas las muchachas que ha conocido a lo largo de su vida. Un puente construido sobre la autenticidad de la escritura le ha permitido incorporar, al final de la novela, una carta de María Esther Gilio escrita desde Haití, o conversar con el médico Díaz Grey sobre la ausencia de su pasado, su existencia a partir de los treinta años de edad, sin que realidad y ficción se violenten.

Decidido a llevarse consigo una época de Santa María, Onetti regresó a su ciudad para asistir al desmoronamiento de Díaz Grey, el último sobreviviente de una historia sepultada en el recuerdo. Su suicidio, sugerido de un modo elíptico, es el fin de un espejo que le permitió a Brausen imaginarlo en los días de angustia porteña, sin saber que su rostro reflejaba la desesperación de otro hombre que lo imaginaba. La idea es propia de la literatura fantástica, similar a la del famoso cuento de Borges, "Las ruinas circulares", solo que llevada a cabo dentro de la tradición del realismo. La síntesis de ambas vertientes dio a la construcción de Santa María el carácter original y fundador de la obra onettiana.

El fin de Díaz Grey terminó de inscribir a Santa María en la geografía mítica del Río de la Plata, expuesta, como Montevideo y Buenos Aires, al trasiego del tiempo. *Cuando ya no importe* recorta en la naturaleza de su frase un conflicto que recorre la obra y la vida de Onetti: la fuerza del deseo debía convivir, de un modo irremediable, con su decadencia. Una distancia amoral y sin embargo capaz de grandes gestos individuales, piadosos a veces, en ocasiones de una extrema crueldad. *"Lo más importante que tengo sobre mis libros es una sensación de sinceridad* —dijo una vez—. *De haber sido siempre Onetti. De no haber usado nunca ningún truco..., de no haberme estafado a mí mismo ni a nadie, nunca. Todas las debilidades que*

se pueden encontrar en mis libros son debilidades mías y son auténticas debilidades".

Durante años Onetti durmió durante el día, despertaba a las diez de la noche, se alimentaba de cigarrillos, whisky y tortas dulces. Junto a la luz del velador leía novelas policiales, como aquel viejo tío de Sayago, y escribía en un cuaderno, apoyado sobre el lado derecho de la cama. Como si viviera en Montevideo y los nombres fueran intercambiables, escribió en las páginas de su última novela: *"Vivo escondido aunque ignorado por las llamadas fuerzas del orden que no me tienen en sus prontuarios. Me escondo porque aquí hay personas, sobre todo mujeres, cuyas caras y renuncias me niego a conocer después de tantos años. Por iguales motivos me disgusta muchísimo mostrarles mi cara de hoy, permitir que sospechen o adivinen algo de mis pasadas, pequeñas infamias".*

"Escribí la palabra muerte deseando que no sea más que eso, una palabra dibujada con dedos temblones. No puedo decir que el cuerpo me haya traicionado nunca ni haya reclamado venganza por mis malos tratos. Apenas, en esta etapa comienza a sugerir análisis, palpaciones, compañías químicas. Sé muy bien que terminará rebelándose y que usará dolores de intensidad escalonada para obligarme a tenerlo en cuenta, justamente cuando ya no importe demasiado al mezclarse con hastío y resignación".

"Otra vez, la palabra muerte sin que sea necesario escribirla. Hay en esta ciudad un cementerio marino más hermoso que el poema. Y hay o había o hubo allí, entre verdores y el agua, una tumba en cuya lápida se grabó el apellido de mi familia. Luego, en algún día repugnante del mes de agosto, lluvia, frío y viento, iré a ocuparlo con no sé qué vecinos. La losa no protege totalmente de la lluvia y, además, como ya fue escrito, lloverá siempre".

Onetti se despidió de su obra con el título de la novela de un viejo amigo del café Metro[21].

El jueves 26 de mayo de 1994 internaron a Onetti con fuertes dolores hepáticos en el Instituto de Cirugías Especiales de

21 *Lloverá siempre*, de Carlos Denis Molina, Montevideo, Arca, 1967. Onetti prologó esta edición.

Madrid, donde permaneció en estado de semi conciencia. Contó su hijo Jorge Onetti que el sábado tuvo momentos de lucidez, leyó Babelia y sonrió ante una declaración de Juan Marsé, en la que afirmaba que ignoraba si tendría tiempo suficiente de leer todos los libros que tenía pendientes. El primero en la lista eran los *Cuentos Completos* de Onetti. "Sabía que a él se le había acabado el tiempo".

Falleció el lunes 30 de mayo, a los 84 años de edad. Su cuerpo fue incinerado en el crematorio de Almudena, donde sus restos fueron acompañados por una decena de allegados. *"Por supuesto, se ha respetado su última voluntad* —declaró Dolly a la prensa—, *e incluso se ha sacado la cruz que había en el ataúd"*. No hubo discursos ni ceremonias. Pese a reiterados intentos oficiales de repatriar las cenizas, quedaron depositadas en el cementerio madrileño. Pero es posible imaginar, sin violencia, que una fría noche descendió de un ómnibus polvoriento en la terminal de Santa María, encendió un cigarrillo al amparo de su mano larga y ahuecada, y entró en sus calles.

Fuentes

Las piedras en la mano

Los datos de la infancia de Juan Carlos Onetti han sido aportados, principalmente, por su hermana Raquel. Aunque Onetti siempre habló poco de su infancia, dio indicios en algunos reportajes. Entre las más importantes figuran los que le realizó María Esther Gilio, como así también los del escritor uruguayo Omar Prego, en su libro *Juan Carlos Onetti*, Ediciones Trilce, 1986, Montevideo, Uruguay; y los del crítico uruguayo Jorge Ruffinelli en "Las fuentes de la nostalgia y de la angustia", entrevista a Juan Carlos Onetti, revista *Crisis* Nº 10, Buenos Aires, febrero de 1974, y en "Creación y muerte de Santa María", entrevista a Juan Carlos Onetti, en *Réquiem por Faulkner y otros artículos*, Calicanto/Arca, Buenos Aires, 1976.

Otros detalles y anécdotas han sido tomados de "Estoy muy viejo, físicamente impresentable", entrevista de Carlos Dámaso Martínez, diario *Clarín*, 12 de marzo 1992, Buenos Aires; "La literatura: ida y vuelta", Juan Carlos Onetti, en *Réquiem por Faulkner y otros artículos*, ob.cit.; "Onetti, el fabulador", entrevista de Sol Alameda, en *El País Semanal*, Madrid, 1981; "Onetti en el tiempo del cometa", entrevista de Carlos María Gutiérrez, revista *Panorama*, Nº 144, Buenos Aires, 16 de diciembre de 1969; "Onetti el escritor", entrevista de Carlos María Gutiérrez, revista *Reporter*, Nº 25, Montevideo, 11 de octubre de 1961.

Yago y el amor romántico

Además de la citada entrevista a Raquel Onetti, otras referencias de la primera adolescencia de Onetti fueron tomadas del libro de Omar Prego y de la entrevista que la periodista española Sol Alameda le realizara a Onetti para la revista de *El País* de Madrid, anteriormente citados.

La historia de Villa Colón, de la familia Giot de Badet y las relaciones de André Giot con la poeta Delmira Agustini, fue consultada en *Villa Colón en el Cincuentenario de su fundación 1872-1922,* Arturo E. Mossman Gros, Imprenta del Colegio Pío, Montevideo, 1923; *Delmira Agustini y André Giot de Badet*, compilado por Roberto Ibañez en *Fuentes,* Órgano del Instituto Nacional de Investigaciones y Archivos Literarios, Año 1, Nº 1, Montevideo, agosto de 1961.

Las notas al pie de página indican la bibliografía utilizada para reconstruir el clima de la vida sexual y amorosa a inicios del silgo XX, como así también títulos y fechas de los primeros relatos de Onetti en su revista *La tijera de Colón*. Otros datos sobre la revista fueron tomados de "La fama me llegó diez años tarde", entrevista a Onetti de Milton Fornaro, en el suplemento *La Semana* del diario *El Día*, Montevideo, 20 de diciembre de 1980.

Onetti refirió a Carlos María Gutiérrez el episodio de su encuentro con el embajador ruso en Montevideo, tal como quedó registrado en "Onetti, el escritor", artículo publicado en la revista *Reporter* Nº 25, ya citada. Otros datos han sido tomados de "Dejemos hablar a Onetti", recopilación de Hugo Burel, *El País Cultural* Nº 2, Montevideo, 20 de octubre de 1989.

Por una razón más firme

Las alternativas de su primer matrimonio fueron narradas para este libro por su ex esposa María Amalia Onetti. Las entrevistas realizadas al músico Casto Canel y al pintor Tola Invernizzi aportaron valiosa información sobre la vida de Onetti en aquellos años, utilizada en éste y sucesivos capítulos.

La historia de los personas que inspiraron la creación del personaje de Larsen y los avatares de Onetti en su primer viaje a Buenos Aires fueron rescatados por Jorge Ruffinelli en su entrevista de la revista *Crisis* Nº 10, ya citada.

Onetti relató su relación y encuentro con Roberto Arlt en "Semblanza de un genio rioplatense", Prólogo a la edición italiana de *Los siete locos*, Bombiani Editore, Milán, 1971; reproducido en *Marcha*, Nº 1545, Montevideo, 28 de mayo 1971.

La amistad de Onetti con Francisco (Paco) Espínola, las anécdotas y los textos críticos mencionados, fueron registrados por la crítica literaria Ana Inés Larre Borges en los siguientes números del Semanario *Brecha*: "Paco Espínola ante la crítica", 18 de junio de 1987, (pág.30-31); "Paco y Onetti (1)", 16 de octubre de 1987, (pág. 30 y 31); "Espínola escribe la primera valoración del *El pozo*", 23 de octubre de 1987, (pág.30 y 31), Montevideo.

La carta de Onetti a Julio E. Payró, y la cita de Hugo Verani, fueron tomadas del artículo "Cézanne, Gauguin y el Aduanero Rousseau, una secreta tradición para la literatura de Onetti", de Hugo Verani, publicado en el suplemento dedicado a Onetti en *Brecha* Nº 1221, Montevideo, 17 de abril de 2009. El artículo y las cartas fueron presentados como adelanto del libro de próxima aparición "Juan Carlos Onetti. Cartas de un joven escritor (Correspondencia con Julio E. Payró), edición crítica de Hugo Verani, Trilce.

Marcha, el capitán Langsdorff y El pozo.

El inicio del Semanario *Marcha* y los esfuerzos de su fundador, Carlos Quijano, fueron narrados al autor por Hugo Alfaro, uno de los principales compañeros de Quijano, luego director del semanario *Brecha*. Alfaro ha historiado la vida de *Marcha* en su libro *Navegar es necesario - Quijano y el Semanario Marcha*, Ediciones de la Banda Oriental, Montevideo, 1984. El testimonio directo de Onetti sobre su trabajo en el semanario está detallado en la citada entrevista de Jorge Ruffinelli en la revista *Crisis* Nº 10, la que también registra el encuentro de Onetti con el último Larsen, "Juntacadáveres".

Los entretelones de la publicación de *El pozo* han sido narrados para este libro por su primer editor, Casto Canel, y las alternativas de su distribución y primeras repercusiones, por Homero Alsina Thevenet y Tola Invernizzi. Las cartas a Julio E. Payró, sobre la edición de *El pozo* y la separación con María Julia Onetti, como así también la dedicatoria del ejemplar de *El pozo*, fueron tomadas de Brecha Nº 1221, Montevideo, ya citado. La correspondencia y el ejemplar dedicado se conservan en la Biblioteca Hesburg de la Universidad de Notre Dame, Estados Unidos.

Otros datos fueron tomados de: "*El pozo*, de Juan Carlos Onetti" por Francisco Espínola (hijo), diario *El País*, Año XXIII, Nº 6533, Montevideo, miércoles 18 de setiembre de 1940; "Un pozo con medio siglo de profundidad", Hugo Burel, *El País Cultural*, Nº 2, Montevideo, 20 de octubre de 1989; "Onetti, Barreiro y ratas", *El País Cultural*, Nº 10, Montevideo, 15 de diciembre de 1989.

Los textos periodísticos de Onetti en *Marcha* fueron recopilados en los libros *Réquiem por Faulkner y otros artículos*, ya citado, y *Cuentos Secretos, Periquito el aguador y otras máscaras*, Biblioteca de Marcha, Montevideo, 1986.

La alegre caravana

El anecdotario de la bohemia montevideana en los años cuarenta ha sido recopilado merced a entrevistas con Homero Alsina Thevenet, Tola Invernizzi y Casto Canel. Un rico testimonio sobre las reuniones en el café Metro fue narrado por Mario Arregui en su libro *Liber Falco*, Arca, Montevideo, 1964.

La aludida entrevista a Onetti sobre Gardel, de Alfredo Zitarrosa, fue publicada originalmente con el título: "Onetti y la magia de El Mago", en el semanario *Marcha*, Nº 1260, 2º sección, págs. 1 y 6, Montevideo, 25 de junio de 1965.

Un relato pormenorizado de la relación de Onetti con la melliza menor, que habría de inspirar su cuento "Las mellizas", se halla en la entrevista que le realizara Emir Rodríguez Monegal en agosto de 1969, publicada bajo el título: "Conversación con Juan Carlos Onetti", en *Onetti*, Biblioteca de Marcha, Montevideo, marzo de 1973.

Rubias y morochas

Las citadas entrevistas a Homero Alsina Thevenet y Tola Invernizzi, otras realizadas a Fabi, a la tercera mujer de Onetti, Elizabeth María Pekelharing, a Julio Adín y a Manuel Claps, son las fuentes principales de este capítulo.

Algunos datos sobre la escritura de la novela *Para esta noche* y del cuento "Bienvenido Bob" fueron tomados de "La historia secreta de 'Para esta noche'", Jorge Ruffinelli, en *Onetti*, Biblioteca de Marcha, Montevideo, marzo de 1973, y de "Creación y muerte de Santa María", en *Réquiem por Faulkner y otros artículos*, Jorge Ruffinelli, Arca, Montevideo, 1975.

Otros datos sobre la vida de Onetti en Buenos Aires se hallan registrados en "Arlt, Borges, Gombrowicz y Onetti en 1942 - El cuarteto de Buenos Aires", de Álvaro Abós, *Brecha*, Montevideo, 13 de julio de 1990.

Santa María cayó del cielo

Como en el capítulo anterior, los testimonios de las personas mencionadas en el apartado anterior permitieron narrar la vida de Onetti en su segunda estadía porteña.

El episodio sobre el enamoramiento de Onetti de quien sería su tercera esposa, Elizabeth María Pekelharing, ha sido referido por un compañero de trabajo en Reuter, en la revista *Jaque*, Montevideo, viernes l3 de setiembre de 1985. Emir Rodríguez Monegal ha contado el encuentro de Onetti con Borges en el Prólogo a *Juan Carlos Onetti, Obras completas*, Editorial Aguilar, México, 1970.

Otros datos han sido tomados del citado libro de Omar Prego; de la entrevista filmada para la televisión francesa por Ramón Chao, reproducida parcialmente en el matutino *La República*, Montevideo, domingo 20 de agosto de 1989; de "Juan Carlos Onetti: se acabó Santa María", Luis Sánchez Bardon, *Informaciones de las Artes y las Letras*, nº 589, Madrid, 20 de octubre de 1979, y de *Juan Carlos Onetti, La vida breve*, estudio crítico y cronología de Roberto Ferro, Editorial Hachette, Buenos Aires, marzo de 1986.

El otro

Idea Vilariño, Elizabeth María Pekelharing y su hija, Isabel María Onetti, "Litty", han contribuido con su testimonio directo a la reconstrucción de la vida del escritor en estos años.

Referencias a la interrupción de la escritura de *Juntacadáveres* y al inicio de *El astillero* se encuentran en las siguientes fuentes ya citadas: "Onetti, el fabulador", entrevista a Juan Carlos Onetti, de Sol Alameda; "Las fuentes de la nostalgia y de la angustia", entrevista a Juan Carlos Onetti, de Jorge Ruffinelli; "La literatura: ida y vuelta", en *Réquiem por Faulkner y otros artículos*; "Conversación con Juan Carlos Onetti", de Emir Rodríguez Monegal.

Las primeras cartas de Onetti a Idea Vilariño fueron publicadas en el semanario *Brecha*, Nº 187, Montevideo, 30 de junio de 1989. De las cartas de Idea Vilariño a Onetti ha dado testimonio Elizabeth María Pekelharing.

El rey y el náufrago

Los datos sobre los primeros tiempos de Onetti en Montevideo, a su regreso en 1955, fueron aportados por Dorotea Muhr (Dolly), en el reportaje "Ignorado perro de la dicha", que le hiciera María Esther Gilio para la revista *Zeta*, Montevideo, 28 de junio de 1989. La información de los encuentros de Idea Vilariño y Onetti, como así también de las alternativas por las que atravesó su relación, fue suministrada por la poeta.

Onetti narró a Omar Prego su aventura en las elecciones de Bolivia, recogida en su libro *Onetti*, ya citado. Los inicios de Onetti en la biblioteca del Municipio de Montevideo han sido aportados por una amiga y compañera de trabajo, que pidió reserva de su nombre; también por Eduardo Galeano, en su libro *Días y noches de amor y de guerra*, Editorial Laia, Barcelona, 1978. El episodio de la visita del Che Guevara a Montevideo se halla narrado en "A 30 años de la muerte de Arbelio Ramírez - Así empezó el fascismo", de Rodolfo Porrini, *Brecha*, Montevideo, 16 de agosto de 1991.

Otros datos han sido extraídos de: "Conversación con Juan Carlos Onetti", Emir Rodríguez Monegal, ya citado; "Homenaje

a Juan Carlos Onetti", en la revista *El Paseante*, Madrid, reproducido en la revista *20/21*, Montevideo, viernes 27 de julio de 1990; *"J.C.O.: un trayecto posible"*, Elvio E. Gandolfo, *Punto y Aparte*, Nº 23, Montevideo, Junio de 1989; "Onetti y el anillo de Marie-Jo", Elvio E. Gandolfo, citando reportaje de Pierre Broncenne, Revista *Lire*, París, junio de 1989, en *El País Cultural* Nº 1, Montevideo, 13 de octubre de 1989.

Los originales en los que Onetti escribió las letras iniciales del Ave María fueron cedidos por Martha Canfield a Wilfredo Penco, y difundidos en el semanario Brecha, 11 de junio de 2004.

Retrato de familia

El relato de la vida familiar de Onetti en los años '60 fue confeccionado con el testimonio directo de Elizabeth María Pekelharing y de su hija Litty. El retrato de su nieto, Carlos Esteban Onetti, ha sido tomado de "El agüelo", *Cuadernos Hispanoamericanos*, Nº 292-94, Madrid, Octubre-Diciembre 1974.

Onetti nos destroza

La anécdota del encuentro de Onetti con Francisco Espínola cuando recibieron el Premio Nacional de Literatura, ha sido tomada de "Espínola escribe la primera valoración de *El pozo*", nota de Ana Inés Larre Borges, en *Brecha*, ya citada. La opinión de Onetti sobre los intelectuales y la clase media fue registrada en "A medio siglo de *El pozo*", revista *20/21*, Montevideo, viernes 27 de julio de 1990.

Alfredo Zitarrosa publicó su entrevista a Onetti bajo el título "Onetti y la magia de El Mago", en *Marcha*, Nº 1260, ya citada. La conversación de Onetti con Galeano se halla narrada en *Días y Noches de amor y de guerra*, como así también la escena en el bar de Buenos Aires.

La conversación con Mario Vargas Llosa acerca de los distintos modos de abordar la escritura fue tomada de la entrevista que Carlos Dámaso Martínez le realizara a Onetti para el diario *Clarín*, ya citada. Datos del viaje de Onetti a Chile se hallan registrados en "Juan Carlos Onetti, o el organizador del caos",

Darie Novaceanu, en *Cuadernos Hispanoamericanos* Nº 292-294, Madrid, octubre-diciembre de 1974. Otros, han sido tomados de la nota "Dejemos hablar al viento, nueva novela de Onetti", de Juan Cruz Ruiz, *El País*, Madrid, 20 de octubre de 1979, y de "Para ver Patoaventuras en televisión", de Xavier Uranga, *Brecha*, Montevideo, 13 de marzo de 1992.

La nota de Omar Prego sobre su encuentro con Onetti en La Floresta, publicada bajo el título "Onetti se confiesa, pero poco", en la revista *Zeta*, de Montevideo, y el testimonio de Nelson Marra, permitieron ubicar la simultaneidad entre la escritura del cuento "El guardaespaldas" y las mencionadas vacaciones de Onetti.

Las editoriales de Carlos Quijano antes del golpe militar de 1973 han sido tomadas del libro *Navegar es necesario - Quijano y el Semanario Marcha,* de Hugo Alfaro, ob.cit.. Mercedes Rein suministró un testimonio directo sobre su experiencia en aquellos días.

El altercado entre Onetti y Martha Canfield fue contado por Eduardo Galeano en "Días y noches de amor y de guerra", Laia, Barcelona, 1978.

Esta es la noche

La clausura de *Marcha* y las alternativas de la detención y cárcel de Onetti, junto a las demás personas implicadas, fueron reconstruidas gracias al testimonio que brindaron Mercedes Rein, Dolly, el propio Onetti, Hugo Alfaro, Nelson Marra y Manuel Claps.

Otros datos han sido tomados del volumen *35 años en Marcha*, de Pablo Rocca, Ediciones del Municipio, Montevideo, diciembre de 1992; "Homenaje a Onetti", *La Opinión Cultural*, Buenos Aires, 17 de febrero de 1974; "Onetti y su 'fuga' de Montevideo", Pablo Rocca, en *Brecha* Nº 370, Montevideo, 30 de diciembre de 1992.

Las puertas imprevisibles

Como en el capítulo anterior, las circunstancias narradas fueron recreadas por el testimonio directo de sus protagonistas.

El texto de Idea Vilariño pertenece a su diario personal y fue suministrado por la escritora para este libro.

El camino de España

Las cartas de Carlos Quijano transcriptas, fueron tomadas del libro de Hugo Alfaro, *Navegar es necesario - Quijano y el Semanario Marcha*, ob.cit..

Los datos del viaje de Onetti a Italia fueron obtenidos de la entrevista que le hiciera Heber Raviolo a su regreso, publicada bajo el título "Onetti premiado en Italia", *Marcha,* Nº 1674, Montevideo, 8 de noviembre de 1974. Otros datos fueron proporcionados por una amiga del escritor.

Dolly aportó valiosa información sobre los primeros tiempos de la estadía en España. Otras anécdotas fueron narradas por Alberto Oreggioni, Homero Alsina Thevenet y Raquel Onetti. El testimonio de Manuel Claps permitió conocer las alternativas del viaje de Onetti a México, en el que fuera homenajeado.

Del reportaje que Sol Alameda le hiciera a Onetti para *El País* de Madrid fueron tomados los datos sobre su legalización como ciudadano español. Otras referencias a la vida política española surgen del reportaje que le hizo Juan Cruz, publicado en el diario *La Razón*, Buenos Aires, 28 de abril de 1985. El discurso de Onetti en ocasión de recibir el Premio Cervantes se halla publicado en la revista *Anthropos,* Nº 2, especialmente dedicado a su obra, Barcelona, noviembre de 1990.

En las espaldas del sol

La entrevista de Carlos Dámaso Martínez a Onetti fue publicada bajo el título "Estoy muy viejo, físicamente impresentable", ya citada. Las cartas de Octavio Paz fueron publicadas bajo el título "Paz - Onetti: candidatos a una polémica" en el suplemento "Cultura y Nación" del diario *Clarín*, Buenos Aires, 26 de marzo de 1992.

Nelson Marra y Julio Adín narraron las anécdotas en que aparecen implicados. El reportaje de Magela Prego a Onetti, que recoge sus opiniones políticas en torno a la recuperada democracia uruguaya, integra el libro de Omar Prego, *Onetti*, ya

citado. Mario Benedetti refirió la participación de Onetti en la campaña por el voto "verde" en su artículo "Onetti y el alma de los hechos", *Brecha* Nº 187, Montevideo, 30 de junio de 1989.

Referencias a la escritura del "novelón de cien capítulos", se encuentran en "Si no existieran las mujeres, hubiera escrito el doble de libros", entrevista de Michi Strausfeld para *El Paseante*, reproducido en *Página/12*, Buenos Aires, 13 de marzo de 1989; entrevista de Ramón Chao para la televisión francesa, reproducida en "Juan Carlos Onetti, en Madrid, a los 80 años", diario *La República*, Montevideo, 20 de agosto de 1989; "La literatura es una forma de vivir", artículo de Hortensia Campanella, en *El País*, Madrid, julio de 1980.

Onetti envió a Ana Inés Larre Borges copias de las cartas que intercambió con Ricardo Piglia a propósito de Kostia, de donde fue tomada la cita.

Otros testimonios han sido reunidos de los reportajes "Con uniforme ni los carteros me gustan", de Susana Viau, *Página /12*, Buenos Aires, 1987; "Hombre quieto en Madrid", de Laura Linardi, en *El País Cultural* Nº 58, Montevideo, 23 de noviembre de 1990.

Los datos de su internación, muerte y cremación fueron extraídos de las notas publicadas por el diario *El País* de Madrid en los días que siguieron a su fallecimiento

Índice analítico

Índice



Se terminó de imprimir en los talleres gráficos de Tradinco S.A.
Minas 1367 - Montevideo - Uruguay - Tel. 409 44 63. Abril de 2009
D.L. 349.233/09. *Edición amparada en el decreto 218.996 (Comisión del Papel)*

www.tradinco.com.uy

Es autor además de las novelas *Pozo de Vargas* (1985), *Bicicletas negras* (1991) y *Tres muescas en mi carabina* (2002, premio Juan Carlos Onetti); de la biografía *Tola Invernizzi. La rebelión de la ternura* (2001); de los libros de investigación: *Delitos de amores crueles* (2001), *Escritos en el agua* (2002, premio del Ministerio de Educación y Cultura), *El norte profundo* (2004) y *Las Puertas de la tierra* (2007). Ha escrito dos obras de teatro: *La incapaz* y *Polski*.

También en *Cal y Canto*
Estás acá para creerme
Mis entrevistas con Onetti
María Esther Gilio

María Esther Gilio entrevistó a Onetti a lo largo de treinta años. Su prolongada amistad alentó preguntas irreverentes y un asedio implacable a los secretos del escritor revelados en cada nuevo encuentro bajo el juego de una mutua seducción y con el ritmo de un duelo verbal donde rivalizan la inteligencia y el humor.

En este libro Gilio cuenta la historia completa de su relación con Onetti, desde la cita inicial en la rambla de Pocitos, cuando ella era una adolescente y Onetti trabajaba en Reuter, hasta su difícil final.

Por la profunda indagación del mundo onettiano y la interpelación al hombre que lo creó, *Estás acá para creerme* es un texto singular, irrepetible, destinado a convertirse en un clásico de la cultura uruguaya y rioplatense.

Onetti creó en el Río de la Plata una literatura, una ciudad y una leyenda. Su obra y la fundación imaginaria de Santa María motivaron una abundante bibliografía, pero su vida permaneció parcialmente oculta por la imagen de un escritor legendario y recluido hasta la publicación de esta biografía en 1993, ahora revisada y corregida.

Construcción de la noche recupera la trama de una de las aventuras más audaces de la literatura contemporánea. La suma de sus claves, la bohemia nocturna en Montevideo y Buenos Aires, el testimonio de personas que acompañaron sus días, desde su infancia hasta sus últimos años en Madrid, acercan un Onetti íntimo, testigo y protagonista de incontables experiencias. Juntas, forman un fresco de la cultura literaria en el Río de la Plata y un retrato de la autenticidad que distingue la compleja belleza de su obra.


ISBN:978-9974-54-059-0
9 789974 540590